JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

CONFERENCIAS Y DISCURSOS.



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

CONFERENCIAS
Y
DISCURSOS



SEGUNDA EDICIÓN AUMENTADA
CON PRÓLOGO
DE BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

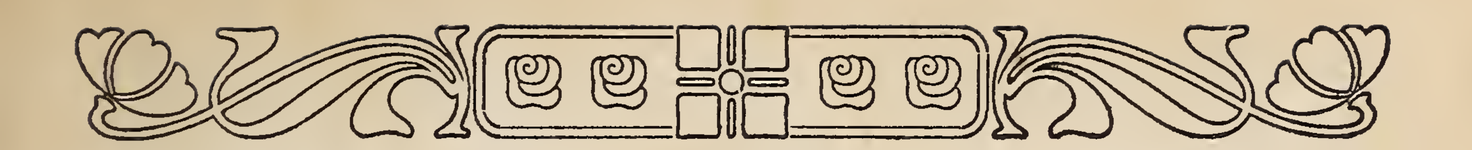


MAUCCI HERM.os é HIJOS
BUENOS-AIRES

BERTRÁN y CASTRO
MONTEVIDEO

MAUCCI HERMANOS
MÉXICO

JOSÉ LOPEZ RODRIGUEZ
HABANA



PRÓLOGO

I.

Este libro, que se publica apenas terminada una guerra civil, y cuando las resonancias de la lucha fratricida, como una dolorosa imprecación del pasado, parecen sentirse aún al perderse á lo lejos, es una afirmación en un país de negaciones; es una afirmación, no sólo del talento literario y de las energías morales del autor, sino también del carácter de la nación que lo produce.

Después de leerlo, todos los que tengan la inteligencia de la belleza y del bien comprenderán esa afirmación, y adquirirán la convicción consoladora de que podemos contarnos entre los países que, según las palabras de Pearson, tienen «la riqueza de las grandes acciones que han formado el carácter nacional, de las palabras aladas que han pasado al lenguaje corriente, de los ejemplos de vidas y trabajos consagrados al servicio de la república.»

Las Conferencias y Discursos *del más grande poeta del Uruguay y de la América Española, van á continuar, en esta forma más duradera del libro, la misión con que su autor les dió vida en forma oral. No son sólo «palabras de buena gracia», como dice el Eclesiástico, sino también ideas profundas y substancia valiosa de buenos estudios, que, en forma bellísima, fueron comunicadas á espíritus atentos, con el arte supremo é innato de un orador, como pocos señor del ritmo del lenguaje, y poseedor del don de conmover, y de transfundir su entusiasmo y sus emociones á los oyentes.*

Un día ya lejano, el 19 de Mayo de 1879, al pie de un monumento que simboliza la independencia del Uruguay, en la Florida, nació la gloria literaria de Juan Zorrilla de San Martín, con su Leyenda Patria *; y, al mismo tiempo, se revelaron sus cualidades incomparables de orador, que lo han hecho admirar en todas partes. En aquel momento glorioso, en el cual hasta la naturaleza pareció obedecer á su mágico acento, cuando, al describir el alborear de la independencia, el sol rompió el nublado para iluminar la escena, todos cuantos lo*

oían sintieron esa emoción indefinible que arrebata, que hace ver agigantado al orador, y que hace se le subyuguen pensamientos y voluntades.

Desde entonces, donde quiera que su voz ha resonado con acento inconfundible, ya repitiendo los versos ardorosos de la Leyenda, *ya afirmando, en oraciones memorables, la fe cristiana ó la fe nacional, evocando glorias humanas ó divinas, señalando en visión profética el porvenir de la raza ó la morada definitiva de las almas, los oyentes han sentido el estremecimiento inexplicable, la emoción que no puede ocultarse ni dominarse, como si, según la definición del mismo orador, « su voz resonara en las cabezas de los oyentes, brillara en sus ojos, ó recorriera la piel de sus carnes habitadas por el espíritu ».*

Pero se engañará el que crea que, cual en otros oradores, las palabras que, en boca de Zorrilla de San Martín valen tanto, al leerse serán como las obras de teatro, que sólo tienen su mérito en acción. Nó; en las conferencias y discursos de este maravilloso orador é inspiradísimo artista, no hay sólo la belleza de la forma y de la expresión propia; son producciones destinadas á vida más larga, si no más intensa, como obra de un pensador original y profundo, de un patriota, y de un creyente sincero.

A los que pudieran creer que sus producciones oratorias, á las cuales animaron un día su arte y sus cualidades típicas, solo tuvieron valor de circunstancias; á todos los otros que tan justamente marca Roosevelt para el gran rebaño, diciendo que no comprenden que un poeta pueda hacer mucho más por un país que el propietario de una usina cualquiera, este libro convencerá del error.

Hay en este libro conferencias de rica mas no aparatosa erudición, y admirable síntesis sociológica, como la que trata del descubrimiento y conquista del Río de la Plata; hay discursos de entonación épica, como el que canta el descubrimiento del nuevo mundo y los destinos de la raza, delante del monasterio de la Rábida; concepto clarovidente de la enseñanza en el discurso de clausura del Congreso Pedagógico; expresión exacta y feliz del carácter de la lengua castellana y de su suerte, en la memoria del Congreso Literario y en la alocución en la Academia Española; afirmaciones convencidas sobre el derecho internacional, en el discurso del Congreso Jurídico; exaltación del heroísmo y de la tradición nacional en el discurso sobre Lavalleja; lecciones de sana y previsora filosofía política, en A trabajar en paz, *y en los pronunciados en el Salto y en el palacio de gobierno de Montevideo; definición exactísima de la democracia cristiana y del génesis y carácter de nuestra revolución, en* León XIII *y la* América Latina; *oraciones fúnebres, ejemplares del género, y que no hacen pensar en Bossuet ni en otros fríos modelos clásicos; alocuciones líricas, subjetivas, expresiones del* propio yo, *como diría Walt Whitman, en el banquete á Núñez de Arce y en el que le dieron sus amigos al regresar de Europa... Todas las cuerdas de la lira admirable han sido pulsadas, y aquella lira de hierro que pidiera el poeta para cantar su* Tabaré, *tuvo*

todas las voces: desde la arrebatadora del entusiasmo épico, hasta la velada por el llanto ante la muerte del Padre, Maestro y Amigo, *que fué Monseñor Vera.*

II.

Vamos á hablar de esos discursos y conferencias, como si con los lectores juntamente los hubiéramos oído, y quisiéramos evocar las impresiones más intensas.

La conferencia sobre el descubrimiento y conquista del Río de la Plata fué pronunciada en el Ateneo de Madrid. Era la época en que el autor representaba á su país en España, y forma parte de la serie con que aquel centro, de donde ha irradiado tanta luz, se unió á la conmemoración del cuarto centenario de América.

Comienza la conferencia con una presentación que podría llamarse plástica del mundo americano y del hombre que lo habitaba al llegar el europeo; recuerda después el descubrimiento, y el del Río de la Plata, y muestra con relieve escultórico las figuras de los conquistadores, fundadores de pueblos, núcleos de naciones, y de pronto dice:

«La palabra, señores, arrojada al alma, tiene la resonancia de la piedra arrojada al abismo; toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden; sólo por eso puedo acariciar la esperanza de que mi voz, al resonar en vuestro espíritu, sea menos indigna de los recuerdos que evoca, de los hechos que conmemora, de los gloriosos nombres que pronuncia».

Se presenta así con su originalidad el orador, que es siempre muy personal, y que establece una comunicación estrechísima con el público.

Continúa estudiando el carácter de la colonización del Río de la Plata, y advierte que el primer acto externo de los colonos fué la exportación, no del oro tan funesto para España como para América, que engendró las encomiendas, distribución de tierras y hombres en que el hombre era un accesorio poseído por la tierra, sino de pieles y azúcar, productos del trabajo, revelación de que aquí no había siervos y señores, sino pastores y agricultores humildes, que vivían al lado de los propietarios, cuando no lo eran, y compartían con ellos las penurias de la vida y partían el mismo pan.

Habla en seguida de la calidad de los conquistadores del Plata, y dice que Irala y Garay, como Valdivia y otros, no tienen quizás en España la aureola de prestigio que rodea á Cortés y á Pizarro: «Es, dice, que el pueblo, en general, es cautivado por la temeraria intrepidez, la acción, la audacia inaudita, la victoria clamorosa y resonante; por la raya hecha en tierra por Pizarro con la punta del puñal, por la fabulosa humareda de las naves incendiadas por Cortés».

Esa admiración hacia el valor puramente material es para el autor «la forma más primitiva de la cultura humana. Todas las mitologías más ó menos salvajes, comienzan por la divinización del

hombre valiente, temerario; la luz de la civilización es la que va sacando poco á poco de la sombra al pensador, al poeta, al benefactor del hombre y de la sociedad; los representantes del valor moral, de la fuerza de alma, que se llama virtud, van entonces desalojando del espíritu del pueblo á los representantes divinizados de la fuerza, á medida que el pueblo avanza hacia la luz».

El que así se expresa ha penetrado hondamente en la historia, y ha deducido esas síntesis que hoy llamamos sociológicas. Profunda y sana filosofía que aquilata acciones y personajes y los muestra bajo una luz que permite apreciarlos con toda exactitud.

El público selecto del Ateneo de Madrid, comprendió pronto que oía á un pensador original, ilustradísimo, que se expresaba como poeta, y en forma que acaso nunca había sido superada en aquella tribuna.

La impresión que causó la conferencia debe recordarse aún entre nosotros por lo que reflejó la prensa española. Fué la consagración literaria, y más que literaria, de Zorrilla de San Martín, y le señaló el puesto culminante que iba á tener en las fiestas del centenario, que debían hacer perdurar, unido al nombre de su Patria, el del poeta, orador y diplomático que tan brillantemente supo representarla.

Cánovas del Castillo le hizo abrir las puertas de la Academia de la Historia; el gobierno español le confirió la Gran Cruz de Isabel la Católica; y Sánchez Moguel, organizador con el mismo Cánovas de las conferencias del Ateneo, al dar cuenta de la de Zorrilla en la revista El Centenario, *órgano oficial de la Junta Directiva de las solemnidades, lo hace en estos términos:*

«Ocho días después, el 25 de Febrero, dió su conferencia sobre el Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata, *el señor Ministro del Uruguay. Imaginación brillantísima, corazón entusiasta, poeta de grandes alientos, arrebató á sus oyentes desde los primeros periodos con el encanto y la magia de su elocuencia. Las hazañas de Juan Díaz de Solís, de Ayolas, de Irala, de Garay y de Ortiz de Zárate, tuvieron cantor inspiradísimo en el señor Zorrilla de San Martín; la colonización del territorio argentino, tan distinta á la de otras comarcas, expositor inteligente y discreto.*

«Aparte de estas condiciones, el señor Ministro del Uruguay ofreció á sus oyentes un atractivo mayor que todos en aquellos momentos: el españolismo noble y generoso que rebosaba en sus frases, el entusiasmo con que, en nombre del mundo de Colón y de Isabel, publicaba la gratitud americana para con la madre patria. Fué aquello un acto *tan esperado como oportuno; fué la consagración solemne de la fraternidad hispano-americana».*

Y Miguel Cané, después de referir en un interesante capítulo de su libro Prosa ligera, *las circunstancias y forma en que fué invitado Zorrilla de San Martín para hablar en el Ateneo, dice:*

«Esa noche fuí allí por primera vez, y con encanto respiré su culta atmósfera, tan afectuosa para nosotros. Llegado el momento, el alma vigorosa y bien templada del poeta uruguayo subió hasta la

tribuna su pequeña envoltura mortal. El público miró con sorpresa aquel rostro invadido por la hirsuta y rebelde cabellera que, al avanzar sobre la frente, parecía continuarla, para dar ancho hogar al pensamiento. Cuando empezó á hablar, el acento, la armonía de la palabra, la vibración de la idea, la lujosa forma en que salía envuelta y la gracia con que se movía, conquistaron á poco andar al auditorio, que rompió en aplausos calurosos.

«Por fin, cuando Zorrilla de San Martín, de pie en la cumbre que parte el istmo americano, como Balboa, miró, no ya los dos océanos que tendieron su inmensa majestad á los ojos atónitos del rudo navegante, sino el cuadro entero de esa colosal América latina, que empieza en el continente austral por las regiones que baña el Orinoco y concluye en la glacial soledad del último cabo del mundo habitado; cuando, como Andrade en su canto, descubrió una á una las naciones desprendidas del vigoroso cuerpo de España, sus luchas feroces, herencia de su organismo pasional, sus esfuerzos por surgir á la luz, sus riquezas, sus esperanzas y su fe en el porvenir; cuando ligó todo ese pasado al pasado de la madre patria, y confundió en la imagen esplendorosa del triunfo definitivo que reservan los días venideros, á la raza entera, entonces los ojos se llenaron de lágrimas, los corazones se agitaron á romperse, y las manos se buscaron instintivamente. Núñez de Arce, que estaba á mi lado, murmuraba á cada instante, á mi oído, palabras de gratitud, y fué con un abrazo estrecho que recibió á Zorrilla, cuando éste descendió de la tribuna».

La resonancia de esa conferencia llegó hasta el momento de un triunfo mucho mayor: el que obtuvo Zorrilla en la explanada del Monasterio de la Rábida, en seguida de inaugurado el monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 de Octubre, con un discurso que la prensa de Madrid fué publicando en fragmentos que se le transmitían telegráficamente.

Es ese discurso el titulado El Mensaje de América*; y, al leerlo, se siente una emoción intensísima, que hace pensar en la que ha de haber producido en el lugar y en el momento en que se pronunció.*

Léase la invocación al genio invisible de los antiguos poetas, la descripción de las cosas sugestivas; el monasterio, el puerto de Palos, el Odiel, la barra de Saltes, los habitantes de la región, y las carabelas, reproducción de las que llevaron á Colón y sus compañeros al encuentro de América; y tras esa pintura, que hacía ver la realidad, y evocaba lo pasado y lo presente también como realidad, suenan nombres de glorias americanas, reproducción de las españolas: Boyacá y Carabobo, Las Piedras, Salta, Junín y Ayacucho, la reconquista de Buenos Aires por Montevideo, Chacabuco, Cancha Rayada, Maipú, Ituzaingó y Sarandí; y los héroes: Hidalgo, Morelos, Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano, O'Higgins, Artigas y los Treinta y Tres.

Viene después la presentación de las banderas, que estaban enarboladas en torno del monumento, y que parecían escuchar alborozadas al orador,

«Veo desde aquí, dice, el tricolor mejicano; distingo los colores del grupo de las hermanas centro-americanas, que parecen confundirse en la gloria del cielo; allí traza Santo Domingo su cruz blanca en el fondo transparente de este aire azul; allí están las estrellas de las amigas boreales de la América del Sur, Venezuela, Colombia, Ecuador; bien veo, más allá, la blanca estrella de Chile, solitaria en su cielo azul; y allí, el bicolor peruano, y el tricolor paraguayo más allá, y el rojo-auriverde boliviano, y el blanco y el azul resplandeciente de mi hermana la República Argentina; y por fin, destacándose para mi alma de todo el grupo, como luz en la luz, como si su azul fuera un azul recién creado, como si su movimiento en el aire fuera personal y señorial como ninguno, veo conmovido resplandecer el sol de mi Uruguay sobre sus franjas bicolores; veo que esa bandera se desprende de su grupo aéreo, se adelanta hacia mí como mi señora... y siento que mis brazos se abren, que mis rodillas se doblan, que mis ojos se humedecen, que mi garganta se anuda. No me reprochéis, oh hermanos en la patria ibérica, esa mi debilidad. Vosotros la habéis sentido como yo; habéis sentido lo que yo. Cuando he marcado con la mano vuestro pabellón; cuando he pronunciado con el alma, en este momento que no volverá á sonar, el nombre de vuestra patria, que habéis aclamado, mi voz ha resonado en vuestras cabezas, ha brillado en vuestros ojos, ha recorrido la piel de vuestra carne habitada por el espíritu».

Se comprende, con sólo leerlo, la impresión que debió causar este genial rasgo oratorio, esta inspiración en que el arte supremo estuvo unido al patriotismo.

Se ve al orador dialogando con sus oyentes, infundiéndoles su entusiasmo y de ellos recibiéndolo, al aplaudir, nombre tras nombre, el de todas las naciones de América, para hacerse más grande, más sonora la aclamación, al oir ese nombre del Uruguay, tan musical, tan armonioso, que, como la bandera blanca y celeste, iluminada por el sol, hace sentir siempre que la patria es algo más que una combinación política y una definición geográfica.

El orador habla en seguida del mensaje de América á la madre España, á la entidad política que perdura grande y gloriosa en el concierto de los pueblos soberanos, la que cumplía siglos en aquel día, la descubridora, la conquistadora, la colonizadora, la grande.

«Ella existía en la raza, dice, cuando nosotros no habíamos nacido; ella es, pues, la madre; no la madre anciana, pues los pueblos no tienen edad mientras viven, sino la madre eternamente núbil.»

«La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón».

Habría que citar todo el discurso, hasta las palabras del libro de Job, hasta el Gloria á Dios *con que termina, y es el único digno de la gran raza cristiana.*

Fué una grande, una hermosa expresión de justicia para España ese discurso que tiene conceptos que deben ser eternamente consoladores para la madre patria.

Uno de los oyentes de la Rábida ha escrito este párrafo:

« Fué de ver la sorpresa, el asombro que produjo, entre los españoles sobre todo, yo entre ellos, aquella voz musical y vibrante, aquel florecimiento de la lengua castellana en labios americanos, aquella elocuencia inesperada que venía desde el otro lado del mar, como un eco del mismo mar: fresca y honda, llena de pensamientos atrevidos, de ideas muy grandes y revelaciones no atendidas. Con saberse, como se sabía, que en América se habla el español, se ignoraba que pudiese hablarse así. Aquello fué un triunfo; el nombre del Uruguay estaba en todas las bocas, en muchas de ellas por la vez primera; Zorrilla de San Martín había descubierto el Uruguay para muchos europeos (1) ».

El discurso sobre Derecho Internacional *difiere radicalmente de los anteriores; es otro género de oratoria. En él predomina el raciocinio, no la sensibilidad; habla del jurisconsulto, el pensador, el maestro; no sólo el artista. Fué pronunciado en la sesión inaugural del Congreso jurídico ibéro-americano, reunido el 25 de Octubre de 1892; de él sólo se había publicado algún fragmento en el diario de sesiones del Congreso.*

Es notable en ese discurso la precisión de conceptos sobre las personas y la sociedad internacionales, el derecho entre personas jurídicas, autoridad internacional, derecho individual y social, guerra, revolución y arbitraje; la indicación certera sobre divergencias de criterio entre estados americanos y europeos; las referencias al Congreso de Montevideo y la confirmación de la ley personal y territorial. En esos conceptos se ve cuan arraigadas estaban ya en el autor las ideas que América ha ido haciendo suyas en las cuestiones internacionales, y que informan ya tratados y actos de gran trascendencia. Hay en ese discurso ideas propias, trascendentales, acaso nuevas en la ciencia del derecho.

La memoria sobre la lengua castellana (que va en este libro porque tiene la forma de una conferencia, fué presentada al Congreso Literario Hispano Americano, celebrado en Madrid en Noviembre de 1892, y se refiere al tema « Razones de conveniencia general que aconsejan la conservación en toda su integridad del idioma castellano en los pueblos de la gran familia hispano-americana ».

Empieza Zorrilla refiriéndose á la conmemoración del descubrimiento, y dice cómo debe rectificarse el error de la afirmación histórica que designa á la toma de Constantinopla (1453) como el hecho inicial de la era moderna, pues los sucesos que determinaron el tránsito de la época medioeval á la nueva época, son, sin ningún género de duda, la toma de Granada y el descubrimiento de América.

Desarrollando el tema, dice que la unidad del idioma debe ser conservada con ahinco por España; que ella casi se identifica con la unidad nacional; y que la América debe conservar, y conservará

(1) Saiz de Ulloa en *El Correo de París*, del 23 de Mayo de 1898.

de acuerdo con la metrópoli, la unidad de la lengua común; que deben vigorizarse los agentes que á ello contribuyen, y combatir los que propendan á menoscabar tan preciosa unidad.

Estudia las lenguas indígenas de América, y demuestra que, á diferencia de lo que sucedió con la dominación de Roma sobre las poblaciones europeas primitivas, en América, las poblaciones aborígenes han sido sustituídas por la nueva raza europea, que llevaba como verbo la lengua española, y es esta exclusivamente la que ha servido de base á las distintas sociabilidades americanas. Reconoce que la lengua española debe sentir la influencia de las nuevas sociabilidades cultas establecidas en América, porque el lenguaje del pueblo es el gérmen de la lengua, y las lenguas y dialectos de nuestros aborígenes han dejado profundos vestigios; los vocablos vulgares de la fauna y de la flora indígenas se imponen; las faenas del campo, por ejemplo, distintas de las europeas, exigen instrumentos propios, operaciones características que, para ser designadas, han exigido la creación de nuevos vocablos, los que, lejos de adulterar el idioma, lo enriquecen; que otro tanto debe afirmarse de la incorporación al vocabulario de las voces y locuciones de otras lenguas cultas modernas, cuya influencia puede serle favorable y puede serle perjudicial: favorable, cuando aumenta su léxico con voces nuevas necesarias ó útiles, que no destierran del uso popular vocablos equivalentes tanto ó más eufónicos y expresivos, y más de acuerdo con el genio de la lengua; muy perjudicial, cuando, no sólo destierra esos vocablos, sino que, introduciendo sonidos y signos gráficos contrarios al genio de la lengua, y hasta á la disposición orgánica de los que la hablan, y sobre todo, atacando la estructura sintáxica, que es el alma del idioma, introduce en éste el germen de la corrupción y de la muerte.

Revelan estas palabras una convicción fortalecida por estudio y meditación, del carácter de la lengua española y de su destino en América. El tema está tratado profundamente, y la convicción del autor se impone á los que leen la memoria, acaso la más notable, por el fondo y la forma, de las presentadas al Congreso Literario Hispano-Americano de 1892.

He aquí una de las producciones que, con frase de Whitman, hemos llamado expresiones del propio yo; *porque en él habla Zorrilla de San Martín del poeta, y se identifica en la efusión de sus sentimientos con el ilustre bardo que elogia: hablamos de ese armonioso discurso pronunciado en el banquete á Núñez de Arce.*

Recuerda primeramente el orador cómo sintió pasar las estrofas aladas y despertadoras del viejo poeta amigo, tocando á gloria en sus clarines de plata, en la mañana de sus años, y despertando en su alma núbil, como cantos nupciales, las primeras revelaciones de pubertad del pensamiento creador.

Define la poesía: resplandor melodioso de los seres ó de los

hechos, reflejados, al través de lo infinito, en las almas capaces de encenderse, dando forma concreta á la luz, á la eterna vibración afinada, difundida por el espacio invisible.

Habla del mundo que es dominio de los poetas, de donde proceden los recuerdos sin imagen sensible, los deseos sin objeto propio, las revelaciones sin procedencia, los grandes silencios que descienden de los astros en las noches inmóviles.

Y dice que el poeta es el que se asoma á ese mundo, para hablar «del amor puro que allí existe, del puro ideal de patria, emanación del espíritu de los héroes, que allí vive también; de la esencia del sacrificio y del martirio que allí se ha reconcentrado, después de desprenderse, sin hacer sombra, de la lágrima de una madre, de la gota de sangre de un soldado, de la oración de un santo, del quejido de un huérfano, del grito perdido en el mar de un pescador náufrago.

De la impresión causada por este melodioso discurso, en una fiesta que fué un torneo de oratoria, en que tomaron parte los más esclarecidos literatos españoles, puede juzgarse por lo que dice Benito Pérez Galdós en carta dirigida á «La Prensa» de Buenos Aires:

«Y con Echegaray, dice el autor de los Episodios Nacionales, *cito también al ministro del Uruguay, señor Zorilla de San Martín, que, en aquella noche de alegrías literarias, habló en nombre de América y de las letras americanas. Amigo de España, ardiente admirador de nuestras glorias, que son, por la unidad de la lengua, comunes á todos los países que tienen por dioses mayores á Cervantes, Calderón, Quevedo, etc., expresó con elocuentísimo arranque esa otra fraternidad no menos bella que la expresada por Etchegaray.*

«Declaro que en aquella noche feliz menudearon las gratas sorpresas. Yo no conocía más que de nombre al digno representante de la República Oriental. Había oído hablar de sus facultades oratorias, que me parecieron extraordinarias. La viveza de su imaginación corre parejas con su dominio del idioma. Posee, como pocos, el arte supremo de arrebatar al auditorio, y de comunicarle el fuego de su inspiración tempestuosa. Y cuando calla el orador y habla el caballero, ¡qué hombre tan ameno y simpático! En Madrid se le paga al señor Zorilla de San Martín con un afecto vivísimo el amor que tiene á España».

El discurso de clausura del Congreso Pedagógico, en que tuvo el cargo de Vicepresidente, obligó á Zorrilla de San Martín á expresar su opinión sobre la pedagogía moderna, y sobre el sistema de enseñanza aplicable á la América.

Empezó por establecer que su patria, el Uruguay, era, entre las repúblicas hispaño-americanas, la que más difundida tiene la instrucción pública y la privada en el pueblo.

«Nadie mejor que españoles y americanos, dice después, pudieran y debieran reunirse para deliberar sobre los medios más

adecuados de hacer fecundo su esfuerzo en pro de la instrucción y de la educación populares. Esos medios deben adaptarse á las condiciones especiales del hombre á quien deben aplicarse: á sus tradiciones, á sus creencias, á sus costumbres, á su carácter. Recurso pedagógico habrá que, produciendo magníficos frutos morales é intelectuales en un pueblo, puede llegar á ser de nulos y hasta de funestos resultados en otro, cuyo carácter y costumbres difieran radicalmente de los de aquél. Sistema de enseñanza puede haber, que, con ser benéfico y eficaz en una nación, no tendrá esas cualidades en otra. Ley de instrucción pública podría encontrarse, que, siendo un estímulo y una simiente de progreso en un país, se convierta en otro en una rémora injusta y odiosa, capaz de alimentar un monopolio irracional á expensas de muchos gérmenes de adelanto sacrificados».

El discurso, en que se llega á conclusiones tan exactas, de tan sana y práctica filosofía, termina con una admirable defensa y altísimo elogio de la independencia americana y sus próceres, defensa y elogio que debieron borrar el último resto de prevención ó reticencias que quedara en mentes españolas hacia los hombres que produjeron ó empujaron el hecho lógico de la revolución Americana.

Y después de presentar á los hombres de la familia hispánica, como las hordas gaélicas, sentados en torno del hogar, reunidos en aquellos congresos para transmitir á los hijos tipos, ejemplos, sanciones, esperanzas, armas para la lucha, termina:

«Es preciso avanzar, marchar hacia adelante, dominar las fuerzas brutas de la naturaleza, vencer al enemigo que está fuera de nosotros, con la ciencia, con el trabajo; pero es menester, ante todo, domar al enemigo que está dentro de nosotros, la pereza, la sensualidad, el egoismo, la debilidad de carácter, la falta de fe en el propio esfuerzo; domarlo con la fuerza del alma, con la virtud. Hay algo más grande que abnegarse ó sacrificarse: es el dominarse, el poseerse. Hay algo más noble que realizar grandes acciones resonantes: es el realizar buenas acciones ignoradas. Eso es ser valiente según el concepto cristiano, eso es lo que transmitiremos á nuestros hijos en nuestras escuelas, con la eficacia de los más perfectos recursos de la ciencia pedagógica. Eso, restituyendo á nuestra gran familia hispánica la mente sana en cuerpo sano, hará resplandecer para ella, con el supremo auxilio de Dios, aquellos tiempos en que, paseando por la redondez de la tierra por primera vez el estandarte de la Cruz y el de Castilla, demostró que nuestra raza tiene las condiciones necesarias para realizar grandes empresas, y para ser, como ninguna otra, la protagonista del mundo».

En la fiesta celebrada en favor del «Dispensario Alfonso XIII» habló Zorrilla de San Martín, y su tema fué El idealismo hispánico. *Este discurso es un gran acorde, una pensativa armonía, que debió adaptarse noblemente al ambiente del Teatro Real de*

Madrid, tan poblado de magistrales vibraciones. ¿Es en este ó en los otros, donde raya á mayor altura la inspiración de este orador? Pregunta bien difícil de contestar, por cierto.

Habló primero de la caridad, de la dádiva del Uruguay, la de menos valor, pero la más cordial; presentó el contraste entre las fiestas paganas; ensalzó las cristianas, y el idealismo hispano que impulsó al descubrimiento de América, dando á Colón la bandera blanca con cruz roja, para que fuera á estrecharse con otra cruz de estrellas, que es la radiosa constelación del hemisferio austral; con la cruz de estrellas desconocidas, recién nacidas, que, entre miriadas de astros nuevos, habían de saltar en el cielo, como chispas de un inmenso pedernal, al chocar en el inviolado horizonte negro las proas vencedoras de las naves españolas.

Véase ahora cómo evoca á Isabel, la gran cooperadora de Colón, la que comparte con él la gloria del descubrimiento: «una mujer blanca, pálida, de cabellos rubios, de ojos azules casi sin mirada, pero llenos de recuerdos más azules y más profundos que los ojos, y con una alma tenue, que filtraría como una luz convaleciente al través de la carne de marfil casi sagrada».

Y después de esa evocación mágica que conmueve los corazones, dice: «El sol naciente del ideal, tocó á España en su cumbre más augusta y más sedienta de luz y de calor: en la frente de Isabel. España fué grande, porque, en los ojos de su reina, vió la realidad invisible; porque, con la fe de su mujer fuerte, creyó en la presencia inmanente de la realidad futura; porque, en el corazón de su heroina profética, amó con pasión lo que no era carne».

Zorrilla viene á Montevideo, á hacer una visita de algunos meses á su tierra. Está de paso en ella, y es reclamado por el Instituto Verdi para hacerse oir en una fiesta dedicada á Santa Cecilia. Pronuncia entonces su oración sobre el arte musical.

En ese discurso traza en frases sonoras, y con oportuna erudición, el origen de la música, su desarrollo, su perfeccionamiento, la obra de los genios. Y después cuenta la historia de Santa Cecilia, una historia que llama bien «angélica, superhumana, ininteligible para los oídos que estén llenos de tierra».

«El dominio de la música, dice sintetizando sus ideas, comienza allí donde termina el dominio de las otras artes, sin excluír el de la palabra: emociones que no tienen nombre, ensueños que no tienen forma, vagas aspiraciones á una felicidad sin consistencia real, caricias de manos que no han existido, vaguedades infinitas y tenuísimas, colores que no están en el iris, lágrimas que no se han hecho materiales; todo eso, que no tiene nombre, es ritmo, es melodía, es acorde»... «La música no es ni debe ser imitativa, sino expresiva, sugestiva, despertadora; es lengua hablada en infinitos mundos y por infinitos seres».

III.

Una brusca transición se impone á nuestro análisis; nos sale al encuentro el discurso A trabajar en paz, *pronunciado por Zorrilla de San Martín en 1888, cuando acababa de ser electo diputado, y debemos examinarlo junto con las dos resonantes oraciones políticas, pronunciadas quince años después, y que figuran en el libro con los títulos* Paz á los hombres *y* Obra de paz.

Hasta aquí hemos visto al autor de este libro fuera de la patria, ó de paso en ella; hemos presentado al señor de la palabra, al erudito, al artista, al diplomático. Ahora debemos verlo en la patria, en la lucha; debemos considerar al ciudadano, al político, al leader *de un principio profesado y practicado con la inquebrantable tenacidad de las convicciones hondas y firmísimas. Esos tres discursos, esculturales por la forma, lo son aun más por la materia: son de piedra. En el primero, en el de 1888, proclama Zorrilla sus principios sociales y políticos, los que le dicta la filosofía cristiana confirmada por una dolorosa experiencia, y les jura fidelidad; en los dos segundos, en los de 1903, cumple prácticamente su promesa con la integridad y la energía inquebrantables de un altivo solitario.*

El orador de la Rábida, después de pronunciado en Montevideo el discurso de 1888, en que, aleccionado por la revolución del Quebracho en que tomó parte, declara que el ángel de la esperanza para la patria no puede ser un arcángel armado, ha pasado siete años en Europa, y ha vuelto con su convicción vigorosa como nunca, clara, señora de su espíritu: es preciso, ante todo y sobre todo, extirpar en su tierra el espíritu revolucionario, germen de todos sus males; es indispensable, para ello, vigorizar, levantar, prestigiar la autoridad, muy especialmente cuando hay que optar entre ella y la tendencia á la revuelta. Roosevelt dice en su Ideal Americano *que «el hombre que produce más mal á un país libre es aquel que convence á los jóvenes de que uno de los caminos que conducen á la gloria, á la fama y á las ventajas temporales está en la resistencia armada al Gobierno, y en los esfuerzos por derribarlo». Así pensaba Zorrilla en 1888, y así pensaba á su regreso de Europa, de acuerdo con todos los grandes pensadores, y de acuerdo sobre todo con sus principios católicos.*

Ese es todo su programa político del primer momento; una vez realizado ese primer artículo, lo demás vendrá.

Una revolución ha tenido lugar en el país durante su ausencia, la de 1897; su espíritu, casi vencedor, se ha encarnado en una personalidad extraña, extravagante, casi íbamos á decir estrafalaria, elevada al poder por los sucesos: el presidente Cuestas. Cuestas no es hombre que se detenga ante los antecedentes y méritos del orador de la Rábida y del Ateneo de Madrid. Acaso

esos mismos méritos y antecedentes son para él motivo de odio. No es hombre que pueda comprender, y mucho menos respetar, á Zorrilla de San Martín. Al contrario, se complace en la depresión de tales hombres.

Con un rasgo de pluma, que trasmite á París el telégrafo, lo arroja de su puesto diplomático, agradeciéndole sus servicios, pero sin aducir un solo fundamento, sin dictar siquiera un decreto de separación, sin acordarle los recursos para su viaje de regreso, ni el tiempo necesario para preparar el de su familia. Lo obligó á emprender ese viaje con uno de sus hijos tan gravemente enfermo, que murió al llegar á la patria, tan honrada por su padre.

Zorrilla de San Martín regresó silencioso á su país, trayendo como último testimonio de su conducta de diplomático, la cruz de Comendador de la Legión de Honor que le confirió el Gobierno francés, y la encomienda de número de Carlos III que el Gobierno español agregó á la gran Cruz de Isabel que antes le había discernido. Zorrilla regresó silencioso; silenciosos lo recibieron también esta vez sus conciudadanos; no sonó una palabra en defensa del esclarecido representante de la nación en España y Francia, ni una en contra de su injusta separación. Era el momento en que todo lo que sonaba en el país sonaba á aclamación á Cuestas. La separación de Zorrilla había sido ordenada por Cuestas, y eso era bastante para hacer silencio. Cuestas era una especie de monstruo ó de dragón sagrado, que era preciso alimentar con cualquier género de víctimas.

Por esas crisis han pasado y pasan todos los pueblos de la tierra.

Los principios y la virtud cívica del gran orador fueron sometidos á dura prueba; pero Zorrilla triunfó de ella. Aunque no se acercó á Cuestas, apoyó resueltamente en la prensa el gobierno existente, el gobierno de Cuestas; lo apoyó hasta el fin; hasta el momento, que él previó, en que los más apasionados ensalzadores del dragón sagrado, habían de convertirse en sus más encarnizados enemigos.

Aun se recuerda bien su artículo El último cuestista, *ática y amarga ironía, digna de Juvenal, dirigida á los que, después de haber levantado á Cuestas, pretendieron dar en tierra con él. Zorrilla no lo elevó ni lo hubiera jamás elevado; pero una vez constituído en autoridad, es él quien lo sostiene; lo sostiene sobre todo ante la amenaza revolucionaria. En la opción, no puede vacilar un momento: será el último cuestista, es decir, el primer enemigo de toda revolución.*

Pasa Cuestas, y es elegido legalmente el señor Batlle y Ordóñez. El espíritu revolucionario vuelve á agitarse en torno del nuevo gobernante.

La actitud del orador de 1888 no puede ser dudosa: desdeñando toda consideración secundaria; sacrificando intereses, amistades

y simpatías; encerrado en la torre de marfil de sus principios, apoya en Batlle la legalidad, la normalidad, el orden; y de su lira de hierro brotan esos dos magistrales discursos de 1903, que consagran un carácter, y definen una personalidad.

Una revolución se ha levantado frente al señor Batlle y Ordóñez, á los quince días de su elección. El esfuerzo popular consigue desarmarla sin lucha, y el pueblo alborozado, presidido por la Cámara de Comercio, van en imponente manifestación á aclamar con ese motivo al Presidente de la República, y á los doctores José P. Ramírez y Alfonso Lamas, que fueron los intermediarios de pacificación.

Zorrilla de San Martín es el órgano de ese pueblo, en su discurso Paz á los hombres, *y en el saludo que dirige á los doctores Ramírez y Lamas. Es órgano del pueblo, porque el pueblo piensa en ese momento con él. Pero bien comprende que la obra de paz no está terminada; el germen de guerra no está extirpado; el pueblo será voluble, pero él no. Una nueva ocasión de continuar su obra institucional se le ofrece con motivo del viaje que hace el Presidente de la República á los departamentos del Norte. Acepta sin vacilar la invitación que recibe, y va; va á apoyar la autoridad constituída, á prestigiarla, á arraigarla en las entrañas del pueblo, que aun se agita receloso como el mar después de la tempestad. Va á ver de conjurar la nueva tempestad que relampaguea en el horizonte, y que se abatirá muy pronto sobre el país, á pesar de sus esfuerzos. Habla primeramente en Paysandú, donde es aclamado, y pronuncia después en el Salto el discurso que, al incorporarse en este libro, vivirá con él.*

Y debe vivir, porque es modelo de oración política en la forma; modelo de integridad de espíritu en el fondo. Debe vivir, sobre todo, porque es lo esencial permanente en medio de lo accidental; es la roca agarrada en el fondo, en medio de las olas que ruedan veleidosas en la superficie; es lo que perdura y reaparece constantemente, en medio de lo que pasa y pasa sin cesar para no volver, ó para volver transformado. Se dirá acaso que en eso no se ve un político. Puede ser, aunque no lo concedemos; pero si no se ve un político, se ve un hombre. La misma incorporación de ese discurso en este libro denuncia á ese hombre en toda su férrea integridad.

Con haber hablado ya mucho, aun no hemos trazado, ni siquiera ligeramente, el rasgo fundamental de la personalidad de Zorrilla de San Martín. Ese rasgo, que es el que se refiere al creyente y al defensor de su credo religioso, al fundador y leader *de una causa cívica de principios en el Uruguay, está en todas las páginas de este libro, pero lo encontraremos especialmente en el discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico del Uruguay, en el que, con el título* León XIII y la América Latina, *pronunció en 1902, en el consagrado al Arzobispo de Montevideo, y en todos los otros concordantes, que, con ser numero-*

sos, no son, sin embargo, sino una parte de las palabras germinales que ha sembrado en su laboriosa vida de propagandista.

No cabe en nuestro carácter de prologuista de este libro el tomar parte en la difusión de las sanas doctrinas de su autor; para eso está el libro; sólo debemos ofrecer una rápida semblanza de esa personalidad tan rara en nuestro tiempo.

La obra de Zorrilla de San Martín como propagandista católico, al presentar reunidas en este libro sus notas más salientes, reviste unas proporciones tales, que infundirá respeto y simpatía aun á sus propios adversarios. Ya lo hemos visto, en su discurso de 1888, ir espontáneamente al Club Católico, á hacer refrendar por sus correligionarios sus poderes de diputado; á infundir, en una sola manifestación solemne, la propaganda de sus diez primeros años de vida pública, es decir, de toda su vida anterior; á quemar sus naves, desligándose de todo partido político que no se caracterice por sus principios cristianos, á fin de consagrarse sólo á estos; á trazar un plan de organización, y el germen del gran programa de principios de una nueva entidad cívica.

En el discurso pronunciado en la Unión Católica del Uruguay esa tendencia tiene un amplio desarrollo. En él hay todo un programa de principios y de acción. Está allí desde la proclama del credo fundamental y esencial de la Religión del Verbo increado que era al principio y estaba en Dios y era Dios, hasta la proclamación de la democracia, cuya verdadera esencia define el orador admirablemente, presentándola como identificada con la patria, y como la más pura expresión del principio cristiano; desde los principios fundamentales é indiscutibles, hasta los artículos controvertibles del programa cívico y aun político del partido católico que entrevé en el porvenir, y cuyos cimientos están en esas sus palabras llenas de gérmenes; desde la idea fundamental, hasta el detalle de la acción práctica.

« Sí, señores, dice el orador; yo soy un viejo soñador incorregible. Cual si estuviera ligado por un voto superior á mi voluntad, yo he renunciado al mundo, para encerrarme en el claustro solitario de mis ensueños de fe, y esperar en él la hora de la resurrección, y apresurarla, si fuera posible, con mi labor sin tregua ».

Las ideas fundamentales de ese discurso tienen su amplio desarrollo científico en la conferencia que, con el título León XIII y la América Latina, *pronunció Zorrilla algunos años después. En esa notabilísima pieza oratoria se ven las profundas raíces del árbol que ha producido, como flores y frutos, las palabras y las ideas armoniosas diseminadas en estas conferencias y discursos. La marcha del Pontificado al través de los siglos; la doctrina ortodoxa sobre el origen del poder público y su aplicación al régimen democrático republicano; la profunda observación que se hace sobre la actitud de la Iglesia Católica en presencia de las transformaciones históricas de las sociedades civiles; el ma-*

gistral parangón entre la revolución francesa y la revolución de la independencia americana; la interpretación práctica, en fin, de las instrucciones de León XIII á los católicos ciudadanos.

Todo en esa conferencia es fundamental; todo revela un conocimiento profundo de la ciencia del derecho; pero no de esas filosofías que, como dice Carlyle, son en los hombres el suplemento de su práctica y una especie de barniz lógico con que se adornan, epidermis de inteligencia con que se recubren y con la cual se esfuerzan por hacer admisibles sus actos instintivos y ciegos después que los han realizado, sino de la filosofía que, identificada con la fe, es nervio de la voluntad, principio de acción, norma sagrada de conducta, sanción íntima y eficaz.

Tracemos, siquiera sea rapidamente, la nota final, el rasgo indiscutido de esta interesante figura. Ese rasgo está en el discurso sobre Lavalleja; lo está en ese Artigas que aparece como una sombra gigante en la conferencía sobre León XIII de que acabamos de hablar.

El autor de la Leyenda Patria es, en su tierra, algo así como un símbolo. Su sola presencia ante la multitud sacude la fibra nacional. Cuando últimamente recitó en la Plaza de la Independencia su canto á la patria, el inmenso pueblo allí congregado se descubrió instintivamente al verlo subir á la tribuna. Nadie ha hecho despertar como él el sentimiento nacional; nadie ha arrancado al pueblo oriental las aclamaciones delirantes á la patria que él ha arrancado cien veces al pronunciar su nombre y recordar sus glorias.

Zorrilla ama á su patria con verdadero recogimiento. «Amar á otra patria, más que á la suya propia, escribió últimamente, es robar á su madre para hacer limosna».

En ese discurso sobre Lavalleja se refleja algo de todo eso, algo solamente, porque para verlo todo es preciso ver los ojos del orador cuando pronuncia el nombre de su patria; hubiera sido necesario verlo dirigir la mirada al jinete de bronce que se alzaba ante él, en la plaza de la ciudad de Minas, al viejo amigo, al viejo símbolo, y decirle con voz del alma: ¡Presentes, mi general!

Véase ese Lavalleja de Zorrilla de San Martín; véase el Artigas del discurso sobre León XIII.

Lo que hay en ellos de más notable es que la manifestación afectiva y conmovedora del patriotismo está unida íntimamente al profundo raciocinio sociológico; el canto al héroe brota conjuntamente con su razón de ser y con la razón de ser de su influencia, de su misión, de su obra. Artigas es la idea de Hegel, el héroe de Carlyle, el personaje reinante de Taine, la imagen de Goethe; es la democracia nativa; es la patria atlántica subtropical necesaria; Lavalleja es el hijo primogénito de Artigas, el continuador de la luz profética. Nunca se ha demostrado y proclamado con mayor vigor de raciocinio y de sentimiento la existencia de la patria uruguaya independiente.

IV.

Quedan todavía otros discursos sin mencionar.

De los demás hemos recordado á los lectores rasgos é impresiones de una lectura que antes de ellos hemos hecho.

No nos ha sido posible, porque el arte poderoso nos falta, presentarles la figura completa del autor, y ello importaba mucho, porque estos discursos no son producciones literarias como los poemas ó las novelas que se escriben; son hechos, son sucesos de una vida, como dice el mismo autor. No han sido formados para hacer un libro; han sido pronunciados para obtener un resultado sobre un auditorio determinado, no sólo por medio de la idea ó de la imagen emitidas, sino por medio de la vibración de la voz, de la actitud, de la acción. Todo eso, fundido en un solo acorde, constituye propiamente el discurso.

El libro que de ellos se forma tiene que ser, pues, sólo un memorándum *ó un reflejo.*

Sólo podrán apreciarlo en toda su significación é intensidad los que hayan oído al orador. Los que no lo hayan oído, tienen que imaginárselo al leer estas páginas.

El concepto de Zorrilla sobre sus producciones oratorias es este: «Yo no pronuncio lo que escribo; escribo lo que pronuncio. Cuando preparo un discurso en la soledad de mi estudio, predispongo mi espíritu á hablar, no á escribir; me escucho á mí mismo: soy un simple taquígrafo ó amanuense de mi palabra interna, que suena en mi oído, mientras con la imaginación veo á mi auditorio».

Si como orador, en las facultades que podríamos llamar físicas ó externas, Zorrilla de San Martín es eminentísimo, y puede ponerse entre los grandes maestros, realiza también en sus discursos, como lo comprueba este libro, el ideal que Taine indica en su estudio dedicado á Macaulay en la Historia de la literatura inglesa:

«Hablar en público, dice, es vulgarizar las ideas, es arrancar la verdad de las alturas, donde habita con algunos pensadores, para hacerla descender en medio de la multitud; es ponerla al nivel de los espíritus comunes, que, sin esta intervención, no la habrían percibido nunca sino de lejos y muy por encima de ellos».

Zorrilla sabe conciliar la novedad de la frase y la intensidad de la imagen con la naturaleza del género oratorio. Este no permite el uso de frases é imágenes que, por su intensidad estética, no puedan ser rápidamente percibidas. Una concepción que sería bellísima en un poema destinado á ser leído, podría ser, no sólo inútil, sino perjudicial, en una pieza oratoria: el auditorio no se apoderaría de ella, porque la palabra oral no da tiempo á la percepción de lo que exige un poco de meditación; toca el espíritu y pasa.

No es posible, por otra parte, tener en constante tensión á un auditorio; después de las locuciones intensas, es preciso hacerlo reposar en las sencillas, casi banales y de rápida comprensión.

Tiene, pues, que haber diferencia, y la hay, entre el estilo y ca-

rácter de estos discursos: los destinados al pueblo son distintos de los pronunciados en una asamblea científica; en los unos se revela el poeta; en los otros el pensador, el periodista, el profesor, el propagandista; en todos el artista, el conocedor de la materia que trata y del auditorio á quien se dirige.

Y como síntesis, como impresión definitiva de todas las producciones, queda la convicción de una personalidad original y vigorosa, que se revela con las ideas dirigentes: en el extranjero, no dejando pasar una ocasión de recordar á su patria el Uruguay, y la representación diplomática que inviste, su convicción democrática y cristiana; en su tierra, evocando el pasado para afirmar, en los sólidos cimientos de su gloriosa tradición, el carácter nacional; para trazar los rumbos del futuro, la acción común, el deber de todos, confundiéndose entre los que tienen que llenar la misión indeclinable, y aportar el esfuerzo á la obra bendita de una nación á consolidar, de una sociedad á conservar para la vida cristiana y feliz.

Diplomático ó simple ciudadano, su voz cálida y vibrante sólo se ha alzado para proclamar el ideal, para hacer afirmaciones luminosas, para enseñar y para alabar lo bello y lo bueno. Sus discursos todos, son hechos, buenos hechos, acciones de mérito.

Los aplausos que su elocuencia arrebatadora hizo brotar donde quiera, no van sin embargo indicados en la casi totalidad de esos discursos y conferencias, como es costumbre en otros que se publican. No lo necesitan, ni sería posible consignarlos sin interrumpir el texto á cada paso; pero se sienten, están en todas las páginas; casi podría decirse, aplicando una imagen que creemos ya usada, que no hay más que aplicar el oído, como en uno de esos hermosos caracoles que, después de rodar largo tiempo por el fondo del mar, aparecen un día entre las arenas de la playa, para sentir la resonancia perdurable.

Montevideo, Enero de 1905.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.



DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA

Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 25 de Enero de 1892

(Dos ediciones en Madrid: Rivadeneira (1902) y Fortanet (1902))

SUMARIO: Exordio.—El continente americano.—El hombre americano.—La llegada del hombre europeo.—Juan Díaz de Solís.—El Río de la Plata.—La conquista.—El charrúa.—Magallanes y Elcano.—Gaboto.—Don Pedro de Mendoza.—Ayolas.—Irala.—Alvar Núñez.—Don Juan de Garay.—Fundación de ciudades.—Buenos Aires.—Asunción.—Carácter especial de la colonización del Río de la Plata.—Don Bruno Mauricio de Zabala.—Montevideo.

Señoras:
Señores:

Sea por temeridad; sea por el gran deseo que sentía de incorporarme, en alguna forma, á la vida activa de este prestigioso centro intelectual; sea por el anhelo de conquistar honra para mi nombre por el simple hecho de asociarlo al vuestro, ello es que acepté el honor que me dispensó el Ateneo de Madrid, al elegirme, con cortesía que de todas veras agradezco, para daros esta noche una idea del *descubrimiento y conquista del Río de la Plata*, y vengo á cumplir mi compromiso.

Soy, señores, el primer americano del Sur á quien cabe la honra de hablar desde este sitio; pero no juzguéis del estado intelectual de la América, y muy especialmente del país que tengo el honor de representar en España, por lo que voy á deciros esta noche; mi voz no es capaz de reflejar el verbo americano. No me atrevo ni aun á invocar, para obtener vuestra preciada benevolencia, el temor que en estos momentos no puede menos de embargarme; porque, aun sin él, nada pudiera ofreceros digno de vosotros, del tema histórico que he de desarrollar, y del alto propósito que informa

la serie de conferencias, de que la mía debe formar parte, con que el Ateneo de Madrid prepara la rememoración del descubrimiento de América.

He vacilado, sobre todo después de haber oído á los esclarecidos oradores que me han precedido en otras conferencias, respecto de la índole que debía imprimir al desarrollo de un tema tan vasto, tan interesante y tan propicio á la prolija investigación histórica: ó bien desenvolvía, con detenido criterio, un punto controvertido relativo al descubrimiento y conquista del Río de la Plata, ó bien os daba una idea general y comprensiva, pero por eso mismo ligera, de aquel suceso, procurando hacer destacar de su narración los caracteres de los hechos y de los hombres principales, vinculando ó eslabonando mis informaciones y conclusiones con la totalidad de los hechos que constituyen el descubrimiento del Nuevo Mundo, dan carácter á la época en que tuvo lugar, y reúnen hoy á todos los hombres de la familia ibérica á conmemorar glorias comunes, y á estrechar sus vínculos tradicionales, en el regazo de los recuerdos centenarios.

He optado por lo segundo, por creer que así coadyuvaré mejor al propósito que en esta serie de conferencias persigue el Ateneo, y que me fué comunicado: el de ilustrar la opinión española sobre los principales sucesos del descubrimiento de América, cuyo aniversario va á celebrarse.

Voy, pues, con ese objeto práctico, á daros las ligeras informaciones que me habéis pedido, ó, más bien, voy á ahorraros el trabajo de largas lecturas concordadas y prolijas, que he refrescado para vosotros, tendentes á apreciar, primero en su conjunto, y después en sus grandes detalles, el hecho memorable del descubrimiento y conquista de América, por el genio, la perseverancia y el valor españoles.

Para daros una idea de aquel gran suceso, y poder en seguida apreciar la significación relativa, geográfica, etnológica é históricamente considerada, del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, que se derrama en el Atlántico, allá á los 35 grados de latitud Sur, yo quisiera llevaros con la imaginación, señores, al extremo de las glaciales latitudes del Norte, allá, al círculo polar ártico, y señalaros con la mano el teatro espléndido del drama histórico iluminado por el crepúsculo del siglo XV y la aurora del XVI; quisiera mostraros ese continente, especie de vertebrado colosal que se baña en dos océanos, y que, tocando con sus extremidades superiores, con la mano de la Groenlandia, la Europa, y con la que acaso fué el istmo de Beering, el Asia, va á sumergir, más allá de la Tierra del Fuego, su larga extremidad inferior, entre las profundidades del mar, y los eternos hielos inexplorados del polo antártico.

Miradlo, señores: ahí está, con su superficie de *cuarenta millones* de kilómetros cuadrados; con su columna vertebral de dos mil quinientas leguas; con sus montes como nubes, y sus llanuras,

y sus selvas; con sus volcanes ardientes tributarios del cielo, y sus ríos, soberbios tributarios del mar.

Mirad hacia abajo, desde la cima de vuestra imaginación, y ved primero esas montañas que se bifurcan y trifurcan teniendo por núcleo la *Rocallosa;* esos cinco lagos, que ocupan una superficie de *trescientos mil kilómetros cuadrados;* esos ríos como mares, que se llaman el *Misisipí* y el *San Lorenzo*, y deteneos á escuchar un momento esa voz soberana de la naturaleza: es el *Niágara*, que se despeña cantando sus canciones inmortales y prolongando las vibraciones de su interminable trueno casi hasta alcanzar las últimas del *Tequendama*, su incomparable rival de la América del Sur, que habla á su vez con su hermano el *Yguazú*, la más rugiente y la más grandiosa de las cataratas del mundo.

Cruzad, señores, la gran meseta de Méjico; mirad de paso, en pie sobre ella, al *Orizaba* y al *Popocatepetl;* distinguid el golfo, el de las leyendas y las glorias, y pensad, al mirar aquella península de California, que se adelanta en el mar, que es oro lo que circula por las venas subterráneas de esa especie de víscera silícica.

Más allá, la América se estrecha para formar el istmo; y, como si la tierra, estrujada y casi estrangulada, respirase con mayor violencia, levanta más su seno, y abren en él sus cráteres los veintisiete volcanes activos de Guatemala que parecen arraigados en las entrañas del mar; se hunde en su profundo lecho el extenso dormido lago de Nicaragua; asoman las Antillas sus trescientas sesenta cabezas del fondo de las aguas, como náufragos que sobrenadan aún del naufragio de un trozo de la tierra sumergido por la lucha sin historia de dos océanos, que, para encontrarse, quisieron acaso partir en dos la granítica cintura del continente sin lograrlo, y busca por fin expansión y se dilata, más allá del istmo, en las hermosas regiones bañadas por el *Magdalena* y el *Orinoco*, precursores del *Amazonas*, el mayor de los ríos de la tierra, el cual, al encontrarse con el océano, lejos de sorprenderse ó arredrarse ante su azul inmensidad, rechaza sus aguas saladas, y corre sin confundirse con ellas en una extensión de trescientos kilómetros; mirad por fin, al *Uruguay* y al *Paraná*, que, naciendo en las entrañas de la América Meridional, en las sierras del Brasil, que los separa de los ríos que van hacia el Oeste, corren de Norte á Sur, atravesando distintas latitudes y climas en un trayecto de *tres mil setecientos kilómetros*, para formar el caudal del Río de la Plata, el grandioso estuario de mi patria cuyo nombre no pronuncio sin conmoción en este momento, y que, con una anchura de cuarenta leguas, se derrama en el Océano, allá á los 35 grados de latitud Sur.

Porque mi pensamiento tiene que detenerse, señores, aquí en esta costa del Atlántico, no os he mostrado, siquiera sea de paso, esa región inmensa que hemos dejado á nuestra derecha en nuestro descenso de Norte á Sur, para completar este vuelo de nuestra imaginación sobre las cumbres; no os he hecho detener en esa trifurcación de los Andes, en esa región que sigue á las Antillas, y escu-

cha, en medio de su eterna primavera, la voz del Tequendama; no os he señalado la espléndida vegetación tropical que fecunda el Amazonas; no os he indicado siquiera la cumbre del *Chimborazo*, que se eleva en el desierto, ni el cono truncado del *Cayambé*, especie de columna miliaria del mundo, sobre cuya cabeza blanca pasa la línea del Ecuador; ni el *Pichincha* que, como el Cerbero de la fábula, ruge por sus cuatro cráteres; ni el *Cotopaxi* de esbeltas formas matemáticas; ni el *Ilimani* más allá, ni el *Sorata*, ni aquellos últimos gigantes, guardianes de un mundo, que se levantan en aquel extremo, y que se llaman el *Descabezado*, el *Maipú*, y, por fin, el *Aconcagua*, la cumbre más elevada de los Andes, que se pierde en las nubes, á una altura de 6.894 metros sobre el nivel del mar.

No os he indicado los valles que se extienden entre los innumerables contrafuertes de los Andes, ni los lagos de las cumbres, ni esa cuenca del Plata que se dilata entre las dos cordilleras que franjean el continente, con sus pampas sin orillas, sus ríos sin riberas y sus azules cielos sin nubes.

Todos los climas están allí, desde el frío del polo hasta el calor del trópico, sin encontrarse, sin embargo, en esas suntuosas comarcas, ni los mares de fuego de los desiertos africanos, ni las regiones muertas de las estepas del Asia; todos los cielos se proyectan en su cielo; todos los cantos se oyen en sus bosques; todos los metales circulan en las arterias subterráneas de ese mundo, como corrientes de fuego que bañan las raíces de ese bosque de piedra que se llama los Andes; la fauna y la flora todo lo invaden, sin dar casi espacio al dominio de la infecunda arcilla; la naturaleza está pronta allí á recibirlo todo, á fecundizarlo, á multiplicarlo todo.

Y sin embargo, señores, ese mundo estaba casi vacío. La soledad, sentada en las cumbres ó discurriendo por las riberas oceánicas, miraba el mar al morir el siglo XV; las estrellas desconocidas brillaban en sus constelaciones ignotas, y parecían tiritar de frío.

Mirad al hombre que allí existía: procede de una noche misteriosa y vive sumergido en ella; despojo de las tempestades del alma y de la naturaleza, vino acaso formando caravanas sin historia; á excepción de algunas semicivilizaciones que agrupan algunas razas en torno á fragmentos monumentales ó vestigios de civilizaciones humanas sin recuerdo, el hombre vaga, desnudo y solitario, como el ciervo ó el tigre, por los bosques, las montañas, las costas ó las llanuras; va triste; sufre acaso la nostalgia de su olvidado origen; el tiempo le ha teñido la piel con los cambiantes del rojo; tiene la frente estrecha, los cabellos rígidos, el pómulo saliente, los ojos pequeños, melancólicos y negros; parece que camina á tientas, en actitud huraña, irresoluta y desconfiada; es un extranjero; en su cara casi no se refleja el alma; parece impasible, atónito; habla en voz baja; nunca ríe; apenas si una amarga

sonrisa contrae alguna vez sus labios, formando en ellos una mueca desdeñosa ó sarcástica; lucha gritando, mata rugiendo, pero muere en silencio; no ama, no espera, no canta sino alguna que otra melodía triste y monótona, y, lo que es más triste, señores, el desgraciado no sabe llorar.

¿ Era para ese hombre el mundo espléndido sobre cuyas cumbres hemos volado ?

¡ Infeliz ! Ni siquiera podía sospechar sus riquezas, ni comprender la voz de su elocuente naturaleza, que lo llamaba en un idioma indescifrable para él.

¿ Era acaso señor y dueño, con derecho de propiedad estable sobre ese mundo ?

Tampoco: ni siquiera lo ocupaba moralmente: era dueño sólo de aquello en que imprimía sus escasas facultades: de la pieza que hería con su flecha de punta de sílex ó de espinas de pescado; del árbol que derribaba para comer su fruto, ó ahuecaba al fuego para flotar en las aguas; pero era nómada, errante; no poseía la tierra; la mujer clavaba y desclavaba el toldo de pieles á cada paso, llevando á cuestas el fardo de su hijo y de su triste vida esclava; encendía por la mañana el hogar en la llanura, para volverlo á encender de nuevo en la cumbre al caer la tarde, mientras al hombre de la tribu, que no tenía más ocupación que la guerra, se le prolongaba la pupila, como á la especie felina, á fuerza de acechar para atacar á la tribu enemiga, ó esperar su siempre inminente ataque, y satisfacer su suprema aspiración: luchar, matar ó morir.

Res sacra miser, ha dicho con razón el poeta latino: es sagrada la desgracia; por eso está bien un latido de compasión, y aun de ternura, en el pecho del poeta americano, señores, y también del pensador cristiano, cuando se piensa en el inexorable destino de las razas aborígenes americanas, que desaparecieron bajo el peso de una ley providencial que ofusca la mente y contrista el corazón.

Pero yo tengo la persuasión de que ese hombre no era ni podía ser un principio; era un término, un último vestigio. Era joven y hermosa la naturaleza, y el hombre era decrépito; el hombre agonizaba, y la naturaleza nacía ó renacía; el hombre temía y notaba en todas partes funestos presagios, y la naturaleza ansiaba; el hombre cavaba su tumba, mientras la naturaleza cubría de musgo y flores esa tumba, y preparaba en ella una cuna ó un tálamo nupcial para el hombre que esperaba ó presentía, capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre.

Vosotros sabéis, señores, cómo el hombre llegó; vosotros conocéis y habéis escuchado muchas veces la historia de las tres sagradas carabelas; habéis sentido repercutir en vuestras almas emocionadas el débil cañonazo de la *Pinta*, el grito de *¡ Tierra !* y el *Ave Maris Stella* de las tripulaciones arrodilladas en torno de la figura profética de Colón, y ante la cruz que las guiaba. Pero acaso no habéis oído, ni se ha interpretado aún, el grito inaudito de *¡ el hombre !* lanzado por la naturaleza americana, por sus bos-

ques, por sus montañas, por sus confusas lejanías atónitas, al sentir clavarse en su suelo y flotar en sus aires las dos cruces, emblema de su redención: la cruz divina que había redimido á la humanidad catorce siglos atrás, levantada en la cumbre del Calvario, y la cruz roja en campo blanco, gloriosa enseña de Castilla, que acababa de salvar la civilización cristiana de Europa, enhiesta en las almenas de la torre de la Vela de Granada.

Y yo os quiero hacer notar, señores, en apoyo de esta idea que ha preocupado algunas veces mi imaginación, exaltada por lo grande, que hay una faz misteriosa en el descubrimiento de América: Colón y sus marineros no la buscaban; ellos buscaban sólo el Oriente por el Occidente; no fueron, pues, las carabelas las que salieron al encuentro de América; fué América la que salió al paso á los heroicos navegantes, para detenerlos y decirles: «Aquí estoy.»

Fué recto y prodigioso el viaje, vosotros lo sabéis, pues os lo han narrado ya desde esta tribuna oradores más elocuentes que yo; fué asombrosamente favorable al desarrollo de la grande empresa el sitio á que arribaron las carabelas: precisamente el centro, la conjunción de las dos Américas; parece, señores, que aquellos vientos que empujaron á las videntes naves fueron grandes inspiraciones del pecho oprimido del mundo que las esperaba, y que las atrajo precisamente á su corazón, al centro mismo de su sér.

Cerca relativamente de la isla de Guanahani, á que arribó Colón, estaba el istmo, la parte más estrecha del continente, que, aun después de descubierto, era, como tal, desconocido; según la opinión general, las tierras recién reveladas constituían la parte oriental del Asia, como sabéis. El mar misterioso estaba dominado: la fe, el genio y el valor le habían arrancado su secreto; pero detrás de las montañas que cerraban el horizonte de las nuevas tierras, estaba, como oculto y agazapado, otro coloso: era el mar del Sur, el inmenso mar encargado de desvanecer el error de Colón, y de revelar al mundo que la tierra que había salido del abismo al encuentro de sus mensajeros, no era la costa del Asia, sino un nuevo é inmenso continente, que ensanchaba las proporciones del planeta.

Vosotros ya sabéis, señores, cómo el ilustre y desventurado Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo, con un puñado de héroes, entre montañas, bosques impenetrables, marismas y pantanos de aliento mortífero, animales venenosos y hombres fieros.

Su descubrimiento produjo profunda impresión en España, y cambió el rumbo de los proyectos. Se aprestaba una nueva expedición á la India, cuando llegó á la Península la noticia de la existencia del mar de Balboa.

¿Luego es un nuevo continente, y no la costa oriental del antiguo, lo que ha sido encontrado en esos ignotos mares?

¡Pues á buscar sin dilación el paso entre uno y otro mar al tra-

vés de ese continente! se dijo. ¿Es éste grande? ¿Es pequeño? ¿Está el paso cerca del istmo? ¿Engrana esa tierra en el polo, en lo misterioso? ¿Está allí la fortuna ó la muerte?

Eso no detenía entonces ni hacía vacilar aquellos corazones férreos.. Era necesario buscar el paso marítimo de Oriente á Occidente, á través del mundo nuevo, y el paso debía aparecer sin dilación.

Y allá van, señores, surcando los mares desconocidos, otras tres pequeñas naves, que han salido el 8 de Octubre de 1515 del puerto de Lepe. Allí va, sereno, en el puente de la capitana, fijos los ojos en la rosa de bitácora, uno de los primeros navegantes de su tiempo: el bizarro y honesto Juan Díaz de Solís, piloto mayor de España, cuyo nombre hace palpitar en estos momentos mi corazón de americano, de rioplatense y de cristiano. ¡El buen Díaz de Solís!

Va á buscar la muerte, señores; pero sus frágiles naves avanzan, y siguen avanzando, y navegan dos mil leguas ¡dos mil leguas, señores! hacia el Sur, sin desaliento, hasta que allá, á los 35 grados de latitud, nota el piloto que la tierra cambia de rumbo y se dirige al Occidente.

Se adelantan las naves en esa dirección, casi seguras de haber hallado el estrecho en que debían fundirse las salobres aguas de los dos océanos; pero pronto el asombro las embarga: aquella inmensa cantidad de agua sin riberas que cortaban sus quillas era dulce y potable.

¡Un mar dulce!

Las naves españolas surcaban por primera vez el Río de la Plata.

¡El Río de la Plata! ¡También había de llamarse así en definitiva, señores, en el mundo de Colón, que se llama *América*, el gran río, que no tiene plata, ni en sus costas, ni en sus arenas, pero tiene en cambio, en las primeras, los restos ignorados de Juan Díaz de Solís!

Este se adelanta con una de sus naves á reconocer el uno de los dos caudalosos ríos que, al desembocar, forman el grande estuario que los naturales llamaban *Paraná-Guazú*, *Rio como mar*; penetra en el verde *Uruguay*, que, á diferencia del *Paraná*, de profuso delta, desemboca por un solo brazo de grandes proporciones, y fondea cerca de su ribera oriental en tierra firme: la actual República del Uruguay, mi buena y querida tierra.

El sitio del desembarco de Solís ha sido objeto de reñidas controversias; se ha controvertido y se controvierte hasta el hecho de ser Solís quien primero navegó el Río de la Plata, pues hay quien afirma que, desde 1506, los navegantes holandeses y portugueses cruzaron sus aguas, y que los segundos, conducidos por Américo Vespucio, tomaron posesión de sus costas en nombre del monarca lusitano; podría con esas investigaciones, aun no incorporadas á la historia, formarse una conferencia no escasa de interés y novedad; pero, como antes os lo he anunciado, no es la controversia ni la paciente investigación histórica el objeto de este discurso. Deje-

mos, pues, á los historiadores en su laboriosa y meritoria tarea; tomemos sólo sus conclusiones aceptadas y corrientes hasta ahora, y acompañemos hasta su ignorada y gloriosa tumba á Juan Díaz de Solís, ya que nuestro propósito es ante todo apologético.

El descubridor desembarca con algunos compañeros en la costa, á tomar posesión de aquella hermosa tierra subtropical, de clima europeo, en nombre del rey de España; entre los jarales y los bosques inmediatos lo acecha *el charrúa*, el indio que, con los querandíes de la ribera occidental y las demás tribus que en esas latitudes tenían derramadas la raza tupí-guaranitica y la chaqueña, fué acaso el indio más fiero é indomable de América, y cuya conquista ha costado más sangre española en el continente de Colón, según el sentir autorizado de don Félix de Azara.

Y allí reveló desgraciadamente su fiereza: el siniestro alarido de guerra y muerte brotó de entre los jarales repentinamente, y la flecha charrúa atravesó el corazón del descubridor y sus compañeros, que fueron destrozados á la vista de los que en la nave habían quedado, y que regresaron á España con la triste nueva. Debo omitir detalles, señores, y, con mayor razón, controversias históricas sobre los hechos que os narro. La historia etnológica del Río de la Plata está aún por estudiar. Se discute si fueron efectivamente las tribus charruas quienes sacrificaron á Solís; si lo fueron, éste no fué devorado como se ha dicho, porque los charrúas no eran antropófagos; se estudia aún el origen de las diversas razas de hombres que poblaban aquellos territorios, sus nombres, sus lenguas, sus costumbres, sus caracteres antropológicos. Un campo vastísimo se ofrece allí á la ciencia; pero en este momento, debemos decir con el altísimo poeta: « *non ragionar di lor* ». Pasemos, pues, señores, y esperemos á que los sabios nos den sus conclusiones.

El primer jalón de la conquista del Río de la Plata está plantado; el reguero de generosa sangre española es la primera senda abierta á la civilización en el seno de mi patria, y vosotros me permitiréis, señores, que el tiempo que había de invertir en minuciosos detalles históricos, que me están tentando, lo invierta con preferencia en ofrecer á la memoria de aquellos primeros mártires de la civilización americana el homenaje de mi admiración y de mi gratitud.

Como se ha dicho con razón, somos nosotros, más aún que vosotros, los que heredamos los frutos del árbol regado con esa sangre; somos, pues, nosotros, los americanos, los hispánicos nacidos en América, los que en primer término estamos en el deber de admirar la memoria de los que la vertieron, y de vindicarla siempre con reconocimiento filial.

Yo, señores, hijo de la tierra en que Solís halló su tumba, al tener que recordaros toda la sangre, todo el heroísmo que reclamó su conquista para la civilización cristiana á esta noble madre patria española, temo que puedan atribuirse á lisonjero halago ó á

gratitud de huésped reconocido, las ideas y sentimientos que sobre esos hechos y esas glorias españolas estoy en el deber de enunciar, pues brotan espontáneas al calor de los recuerdos. Pero felizmente puedo reproduciros aquí mi sentir, manifestado en el seno de la patria, cuando no creí ciertamente que había de presentarse esta feliz ocasión de decíroslo á vosotros. Ved cómo yo expresaba, hace diez años, en mi poema *Tabaré*, lo que eran la conquista de mi tierra y sus conquistadores:

«Como el cachorro oculto bajo el cuerpo
Del tigre provocado,
Así se oculta la uruguaya tierra
De su indómito rey bajo los arcos.

El indio ruge, al escuchar la planta
Del extranjero blanco,
Con rugidos de rabia y de deseo,
Siempre en acecho, cauteloso, huraño.

Brilla el ojo del indio en la espesura;
Suena por todos lados
Su alarido feroz; brotan rabiosos
De entre las flores sus agudos dardos.

¿Dónde se esconden? Donde esconde el viento
Sus gritos ignorados;
Donde esconde la muerte las lumbreras
Que enciende sobre el haz de los pantanos.

Allí donde tan sólo se ve un grupo
De chircas ó de cardos,
Hay rostros escondidos y en acecho,
Siempre despiertos, sangre olfatëando.

Allá en el matorral algo se mueve:
¿Quién trepa en el barranco?
¿Sentís un grito en la lejana orilla?
Es la muerte; si vais, veréis su rastro.

¿Qué hay más allá? Lo ignoto, lo imprevisto,
Quizá lo sobrehumano;
Algo más que la muerte, más oscuro...
¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va á retarlo?

España va; la cruz de su bandera,
Su incomparable hidalgo;
La noble madre raza, en cuyo pecho,
Si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

El pueblo altivo, que, en la edad sin nombre,
Era el cerebro acaso
Del continente muerto,
Ya sumergido en el abismo atlántico,

Que, no teniendo en sí, para el cadáver
De aquel coloso espacio,
Dejó asomar, sobre la vasta tumba,
Miembro insepulto, el mundo americano.

Sólo España, ¿quién más? sólo ella pudo,
Con paso temerario,
Luchar con lo fatal desconocido,
Despertar el abismo, y provocarlo;

Llegarse á herir el lomo del desierto,
Dormido entre los brazos
De la infinita soledad su madre,
Y en él clavar el pabellón cristiano,

Y resistir la convulsión suprema
Del monstruoso aquel, al revolverse airado,
Sin que el pavor le acongojara el alma,
Ni el resistir le desarmara el brazo.

Así pensaba y así pienso, señores: sólo España. Yo creo que es un postulado histórico y sociológico que los hechos heroicos no son realizados al azar por los pueblos: los realiza quien debe realizarlos, quien merece realizarlos, no otro. Si sólo España comprendió á Colón, fué porque sólo España, en aquel entonces, tenía la capacidad necesaria para contener su genio; porque sólo ella era, por consiguiente, tan grande como Colón. Lo heroico no se lleva á término por casualidad ó por sorpresa, porque el heroísmo es realidad, es persistencia, es el grado supremo de la virtud, que significa fuerza.

Y así fué, señores: la sangre de Juan Díaz de Solís y sus compañeros no hizo vacilar el corazón español, porque estaba forjado para eso; no constituyó una valla, trazó una senda; y la conquista recomienza bien pronto, para hacer de aquellas vastas regiones desconocidas, el teatro de hazañas y sacrificios que emulan con los más grandes realizados por los conquistadores de América, y del mundo por consiguiente, y cuya narración no puede caber desgraciadamente en los estrechos límites de una conferencia académica, con el detalle que su interés reclamaría.

Después de Solís, es Magallanes quien, en persecución del paso marítimo al través del continente, visita de nuevo, el año 1520, el Río de la Plata; pero el buque que ha enviado hacia el Norte, regresa á los quince días, después de haber reconocido el espléndido río Paraná, y haber adquirido la convicción de que, tanto este como el Uruguay, no se desviaban hasta sus fuentes de su rumbo hacia el Norte; no estaba, pues, allí el paso de oriente á occidente que se buscaba.

Efectivamente: el Uruguay y el Paraná son el Eufrates y el Tigris americanos, que forman la Mesopotamia argentina, incompa-

rablemente mayor y más fecunda que la que, en los tiempos antiguos, dió vida á las Nínives y Babilonias de histórica opulencia.

Dejemos, pues, á Magallanes seguir su ruta; no podemos, señores, acompañarlo en su famosa expedición de descubrimiento del estrecho de su nombre, que voz más galana que la mía os hará conocer; él, por fin, halló el paso, entre uno y otro oceáno, que tantos habían buscado; no podemos detenernos ni un instante en su sepulcro, en una de las islas oceánicas, ni seguir ese reguero de sangre española al través del mar y de las islas, vertida por los héroes que dieron por primera vez la vuelta al mundo á las órdenes de Sebastián Elcano, el bizarro guipuzcoano; ni siquiera podemos saludar el arribo á *Sanlúcar* de la nao *Victoria*, tripulada por solos 17 hombres, restos de los 265 españoles que, con Magallanes y Elcano, pasearon por primera vez el pabellón de la Cruz y el de Castilla por toda la redondez de la tierra. Esas hazañas sin precedente atraen casi irresistiblemente nuestro espíritu; ellas nos traen á la memoria, y quizá no nos hacen aparecer tan hinchada como parece, la hipérbole del poeta popular que, en su ardoroso entusiasmo, nos dice que no hay un puñado de tierra sin una tumba española; pero las naves de Sebastián Gaboto, el tercer explorador, entran al Río de la Plata con una nueva expedición descubridora, y allí me reclama mi deber de conferenciante con tema y tiempo limitados. Seguidme tras él, señores.

Estamos en 1526, y es en esta fecha cuando, después del descubrimiento, comienza la conquista, y conjuntamente la colonización del Río de la Plata.

Me permitiréis, señores, haceros una ligerísima exposición de los hechos, para ofreceros en seguida las consideraciones que ellos sugieren á la crítica histórica, y dan especialísimo carácter á la conquista y población del que será virreinato de Buenos Aires.

Sebastián Gaboto, que sale de Sevilla en 1526, inicia la población de aquellas tierras. Penetra en el Uruguay; en su margen oriental, confluencia con el río San Salvador, deja un fuerte con un puñado de valientes, que luchan contra el irreductible indio charrúa, hasta caer bajo la zarpa de la indomable fiera moribunda; remonta en seguida el Paraná, y fija allí el legendario fuerte de *Sancti Spíritu*, teatro inmediatamente de una de las más melodiosas y trágicas leyendas americanas, en que la figura transparente de *Lucía Miranda*, la hermosa heroína del amor conyugal, flota sobre el vapor de sangre de la guarnición exterminada, y se ofrece hoy al poema, más aún que á la historia, como la Elena de una Ilíada salvaje, con el prestigio del amor y del martirio.

Sigue remontando el Paraná, y penetra al Río Paraguay, donde trescientas piraguas guaraníticas, como una invasión de cocodrilos, atacan su nave. Lucha, vence y regresa á España, después de haber dejado iniciada la población de aquellas regiones, sin más

apoyo que el mandoble del soldado, y algunas efímeras alianzas con las tribus salvajes circunvecinas.

Le sucede en la labor, en 1534, don Pedro de Mendoza, que conduce una grande expedición de catorce naves, que llevan á su bordo 2.500 españoles y 150 alemanes. Llegan los expedicionarios á la margen derecha del gran río, y los aires estivales que llenan sus pulmones fatigados, les inspiran el nombre de la ciudad que allí fundaron, destinada á ser la suntuosa metrópoli del Plata; allí amasaron con sangre los cimientos de Santa María de *Buenos Aires*.

Pero el indio querandí, el rival en fiereza del charrúa de la orilla oriental, sitia y diezma noche y día á la guarnición, y hace imposible su permanencia en aquel sitio. Envía entonces Mendoza á sus dos bizarros capitanes, don Juan de Ayolas y don Domingo de Irala, á buscar al Norte un sitio más propicio y hospitalario; y mientras Mendoza, enfermo y desalentado, regresa á España para morir en la travesía, Ayolas é Irala, que, como todos los héroes, se agigantan ante el peligro, clavan, nuevo jalón de la conquista, allá en las costas septentrionales del río Paraguay, las estacadas y débiles baluartes del fuerte de la *Asunción*, en el que queda Irala en lucha sin cuartel con los naturales, mientras Ayolas, como Juan Díaz de Solís, va á buscar la muerte, á manos de los indios, en las soledades del gran Chaco argentino, que había cruzado hasta llegar á las fronteras del Perú. ¿Os dáis cuenta, señores, de lo que es cruzar desde la desembocadura del Plata hasta el Perú? Aun hoy, es una empresa temeraria; entonces, realizada por algunos hombres vestidos de hierro y armados de imperfectos arcabuces, era una obra sobrehumana, á la que los conquistadores daban cima todos los días.

Irala espera en la Asunción, constituída en centro de la conquista, al nuevo adelantado designado por la corte, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que se pone en viaje el 2 de Noviembre de 1540, y, llegando en sus naves hasta Santa Catalina sobre el Atlántico, emprende por tierra, con 300 españoles y 36 caballos, la travesía hasta la Asunción; otro viaje asombroso y que rivaliza con los más arduos y peligrosos de la conquista. Imaginaos, señores, esa nueva travesía: de las costas del Atlántico, hoy territorio del Brasil, á la cuenca central del continente, al Paraguay. Alvar Núñez la hizo, atravesando los ríos en piraguas, y las montañas sabe Dios cómo, y sin perder un solo hombre.

Las disensiones surgidas entonces en la Asunción, y las rivalidades entre Irala y Alvar Núñez, no caben en los estrechos límites de esta ligera ojeada histórica; tienen, por otra parte, el mismo carácter que las otras disensiones acaecidas en la Española, en Méjico, en el Darién ó en el Perú, y que son un rasgo tan característico de nuestra raza, que forma tal vez el defecto de nuestras cualidades.

Alvar Núñez es conducido á España, é Irala, á fin de legitimar su gobierno, emprende viaje al Perú, desde cuyas fronteras manda

cumplimentar á La Gasca, el ilustre vencedor de Pizarro, y gran organizador del virreinato en el Pacífico.

La figura de Irala, una vez confirmado en el gobierno, es de primera magnitud en la historia de la conquista: noble, valiente, activo y organizador, reconcentra en la Asunción los últimos restos de la diezmada población de Buenos Aires, que queda, por entonces, abandonada; tienta nuevamente la fundación de una colonia á la entrada del Plata, en la tierra del charrúa, que inmediatamente la destroza y aniquila; organiza el gobierno; recibe al primer obispo de la Asunción; protege y estimula el trabajo honrado y reproductor, y toma posesión estable y definitiva de aquellas tierras, sometiendo á los indios, y reduciéndolos á prestar sus servicios.

Pero ya ha surgido á su lado el que ha de emularlo en hechos, en glorias y en virtudes: es el hidalgo vascongado don Juan de Garay, el verdadero y definitivo fundador de la ciudad de Buenos Aires, y el tipo protagonista acaso de aquella colonización.

Don Juan de Garay es encargado en la Asunción de explorar el Paraná y radicar en sus márgenes la conquista; inicia su obra con la fundación, á orillas del río, de la ciudad de Santa Fe, y allí, uniendo el valor indomable del soldado al tino del sociólogo, reduce á las tribus indígenas, que engruesan sus filas, y serán sus poderosos auxiliares, y aun sus colonos.

Sin él, muy triste destino hubiera cabido á la expedición del nuevo adelantado, don Juan Ortiz de Zárate, cuyo contrato con el rey Felipe II es el último asiento celebrado para la conquista del Río de la Plata.

Don Juan Ortiz de Zárate, hombre de condiciones muy inferiores á su época, penetra con su expedición al Río de la Plata el año 1573, se interna en el Uruguay, y va á levantar un fortín, precisamente donde Solís y sus compañeros fueron sacrificados: en la tierra de los charrúas, acaudillados á la sazón por el fiero y valiente cacique Sapicán.

No tardan en comenzar las hostilidades, y los conquistadores tienen que abandonar la tierra firme, para refugiarse al fin en la pequeña isla de Martín García, en cuyas costas naufragan las naves, quedando la destrozada colonia en la más triste extremidad. La muerte de todos era el más probable de los desenlaces.

Aparece entonces don Juan de Garay en su socorro. El río Uruguay lo recibe rencoroso y fiero, como constituído en implacable aliado del charrúa, y hace naufragar la nave de Garay, que arroja destrozada sobre la costa; pero el ilustre vascongado, sacado á la orilla en hombros por algunos de los indios que lo acompañan, empapado, jadeante, organiza rápidamente el grupo de sus soldados que ha tomado tierra, y presenta al charrúa batalla desesperada y definitiva. El arcediano Barco de Centenera nos la describe en todos sus interesantes detalles; yo los he incorporado á lengua musical al poema del Uruguay que os he citado; pero ellos no tienen cabida en esta ligerísima ojeada histórica. Una cer-

tera flecha mata el caballo de Garay; otra se clava en su pecho; pero el bizarro capitán se arranca ésta ensangrentada, monta en otro córcel, y conduce á su heroico grupo á la más completa victoria, que aniquila para siempre al indomable charrúa, dejando muertos en el campo á sus principales caciques.

Garay es entonces el verdadero protagonista en aquel vasto teatro, y con él puede darse por terminada la conquista del Río de la Plata. Sucede á Ortiz de Zárate en el gobierno de la Asunción, después de un período intermedio insignificante; enfrena á los salvajes, y parte con sólo sesenta hombres á repoblar á Buenos Aires, en cuyo puerto levanta sus pendones el 11 de Junio de 1580, y deja para siempre enhiesta allí la bandera de Castilla, dando á los querandíes, como en la otra orilla á los charrúas, la última batalla, que les hace desalojar las costas y replegarse á las tierras interiores.

Falta el rasgo definitivo de tan gloriosa vida: el sacrificio. Seguro ya de la completa sumisión de los indios, sale de Buenos Aires en 1584 á visitar sus provincias, en dirección á la Asunción; y, como Solís en el Uruguay, y como Ayolas en el mismo Paraná, es inmolado con todos sus compañeros por un grupo errante de indios minuanos que acechan el desembarco, asaltan á los expedicionarios entre las sombras, y los hacen pasar del sueño del tiempo al de la eternidad y la gloria.

La conquista del Río de la Plata puede darse por terminada, señores, con el gobierno de Garay y la fundación de Buenos Aires, que ha de ser la metrópoli del virreinato; porque, al par que los hechos que acabo de indicaros se realizaban en el litoral de los grandes ríos tributarios del Plata, y en el del Plata mismo, otra conquista y otra colonización, convergentes al mismo litoral, han venido desde el antiguo imperio de Manco Capac y Atahualpa, los hijos del Sol, ya dominado por las armas españolas, y han poblado el interior del país.

Al mismo tiempo que Solís descubría por el Atlántico el Río de la Plata, los conquistadores que iban en pos de Balboa desde el norte, desde el istmo, por el Pacífico, se acercaban á las mismas latitudes en las costas del este, y, persiguiendo ambos grupos el paso, al través del continente, ó las más fáciles comunicaciones terrestres, marchaban los unos al encuentro de los otros, explorando inmensos territorios, cruzando llanuras sin límites, bordeando pantanos intransitables, ó tramontando casi inaccesibles cordilleras.

En el mismo año 1527, en que habéis visto á Gaboto fundar en el Paraná el desventurado fuerte de *Sancti Spíritu*, centinela perdido y avanzado en el desierto, Pizarro trazaba en el Pacífico la *raya* aquella de Oriente á Poniente, que debía separar los héroes de los hombres. En el mismo año 1535, tienen lugar la primera fundación de Buenos Aires y la de Lima, núcleos de los futuros virreinatos; en el mismo 1573, en que los conquistadores del Plata

se dirigen al Occidente con la fundación de Santa Fe, la ciudad de Garay, los conquistadores del Pacífico adelantan hacia el Oriente con la fundación de Córdoba del Tucumán, bajando á las pampas argentinas por las gargantas de los contrafuertes orientales de los Andes, y poblando á su paso el Alto Perú, actual República de Bolivia, mientras allá por las vertientes occidentales, otro grupo puebla el reino de Chile, replegando hacia el extremo sur del continente, en porfiada lucha, á las tribus araucanas que, fieras y valientes, aunque no tan indomables como los charrúas del Uruguay, disputan palmo á palmo á los hombres nuevos la tierra que canta el poeta-soldado de aquella conquista; conquista tan legendaria como la del Plata, pero más afortunada, puesto que tuvo voz y acento imperioso, por el solo hecho, señores, de haber vibrado en el alma y en la lira del excelso cantor de su grandeza.

Os he trazado, cómo lo veis, señores, sólo líneas generales; os he mostrado sólo el esqueleto de la grande historia, al que vuestra imaginación intelligente y preparada dará, á no dudarlo, músculos y nervios, arterias y circulación y vida. La palabra, señores, arrojada al alma, tiene la resonancia de la piedra arrojada al abismo; toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden; sólo por eso puedo acariciar la esperanza de que mi voz, al resonar en vuestro espíritu, sea menos indigna de los recuerdos que evoca, de los hechos que conmemora, de los gloriosos nombres que pronuncia.

Fijad, pues, vosotros mismos las proporciones de la empresa que os he narrado; recordad que el teatro cruzado por los descubridores en todas direcciones, como si un niño trazara líneas sobre un plano, era un territorio que ocupaba la cuarta parte de la América Meridional, que se extendía desde los 55 grados de latitud sur hasta cerca de los 10 grados dentro del trópico de Capricornio, y que ha dado territorio magnífico á las hoy repúblicas independientes del Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia; recordad, por fin, el carácter indómito de las tribus aborígenes aliadas del desierto pavoroso y del bosque impenetrable, que salían á cada paso al encuentro del descubridor; no olvidéis los elementos de locomoción y de guerra, así ofensivos como defensivos, con que podían contar aquellos hombres, y convendréis conmigo en que el descubrimiento y conquista del Río de la Plata es de lo más grandioso y homérico en la historia del descubrimiento y conquista del mundo de Colón.

Indicados los hechos, me permitiréis, señores, que, para terminar, os haga algunas ligeras consideraciones á su respecto, y os señale los caracteres que distinguen, de una manera clara y precisa, la colonización de aquellos vastos territorios.

El Río de la Plata, en la gran cuenca que lo caracteriza, tuvo una inapreciable fortuna: no tenía oro.

En cambio, la madre tierra, virgen y fecunda entonces como hoy, y adaptable como ninguna á la vida del hombre europeo por su clima y por sus productos, ofrecía su seno al trabajo que ennoblece y constituye sociabilidades homogéneas y solidarias. Así, el conquistador tenía que transformarse allí inmediatamente en colono, en pastor ó en agricultor; tenía que renunciar á la aventura y á la opresión, que es su consecuencia natural, para radicarse, constituir su hogar, y rendir el tributo de su trabajo á la agradecida tierra, que muy pronto demostró que es madre generosa para aquellos que saben regar su seno con el sudor de su frente, antes que mancharlo con la sangre de su hermano.

Y una prueba de ello la tenemos, señores, en que el primer acto externo de los colonos, muy poco después de la fundación de Buenos Aires, el año 1580, es la exportación, no de ese oro, causa de tanta opresión y de tanta desgracia en otras regiones, y que en este caso, mejor que en ningún otro, podría llamarse *vil metal*, pues no enriqueció ni á España ni á América; no de ese oro que engendró las encomiendas, distribución de tierras y hombres en que el hombre era un accesorio poseído por la tierra, sino de pieles y azúcar, producto del trabajo reproductor, y que revelaban que allí no había siervos y señores, sino pastores y agricultores humildes, que vivían al lado de los propietarios de la tierra, y que compartían con sus amos las penurias de la vida, y partían con ellos el mismo pan.

Los indígenas no domados se replegaban á las tierras interiores; pero los sometidos, gracias especialmente al esfuerzo del misionero, que fué el primer héroe de la conquista, se amoldaban á la vida civil y estable de los conquistadores, y formaban sus hogares á su lado: es que no veían cercanas las bocas de las minas, como tumbas de mandíbulas siempre abiertas para recibirlos al caer bajo el peso de su esclavitud sin esperanza.

A estas circunstancias naturales, se agregó el carácter de los ilustres conquistadores cuyos nombres he ofrecido á vuestro recuerdo y á vuestra admiración.

Irala y Garay en el Río de la Plata, como Valdivia en Chile, no tienen quizá en España, según lo he notado, la aureola de prestigio guerrero que rodea á Cortés ó á Pizarro: es que el pueblo en general, es cautivado por la temeraria intrepidez, la acción, la audacia inaudita, la victoria clamorosa y resonante; por la raya hecha en tierra por Pizarro con la punta del puñal; por la fabulosa humareda de las naves incendiadas por Cortés. Esa admiración hacia el valor puramente material es, si bien lo examináis, la forma más primitiva de la cultura humana; todas las mitologías más ó menos salvajes comienzan por la divinización del hombre valiente, temerario; la luz de la civilización es la que va sacando poco á poco de la sombra al pensador, al poeta, al benefactor del hombre y de la sociedad; los representantes del valor moral, de la fuerza de alma, que se llama virtud, van desalojando del espíritu del pueblo á los representantes divinizados de la fuerza, á medida que el pueblo avanza hacia la luz.

Los Pizarro y los Cortés eran héroes extraordinarios por su valor, es cierto, y digna es su memoria, por consiguiente, del homenaje de la posteridad; pero los conquistadores del Río de la Plata eran héroes y, al mismo tiempo, colonizadores y magistrados. Tras de la conquista heroica, ya organizaban la colonia, ya fijaban residencia al hombre, ya acallaban el espíritu de aventura, y despertaban el de trabajo y de orden.

De ahí que los primitivos pobladores del Río de la Plata puedan considerarse, nó aventureros, sino verdaderos inmigrantes; muchos de ellos fueron acompañados de sus mujeres é hijos; en las expediciones figuraban veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los que se contaban un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús, y muchos capitanes y oficiales, «gentes que fueron sin duda, dice don Félix de Azara, los más distinguidos é ilustres entre los conquistadores de Indias».

La grande expedición de don Pedro de Mendoza, por ejemplo, una de las más numerosas y ricas que fueron á América, no tuvo necesidad de reclutar gentes de poco valer y escasas disposiciones, para formar su núcleo principal. Gracias á las noticias traídas á España por Gaboto, muchos hombres de gran valía se disputaban un puesto en las naves. Muchos hijosdalgo de cuenta, dice Díaz de Guzmán, gentiles hombres del Rey, caballeros de las grandes órdenes, y apellidos de ilustre linaje, daban carácter á ese conjunto de hombres y familias, base de la sociabilidad ríoplatense.

Esos fueron, señores, los rasgos característicos de aquella conquista; y ellos acaso demuestran que los conquistadores de América tuvieron que sufrir la influencia del medio en que desarrollaban su acción, de una manera casi inevitable; y que á los fundados cargos que se hacen contra los reprensibles abusos de los aventureros que explotaron la encomienda ó la mita en condiciones de crueldad, después de sometido el indio, podría contestarse con amargura, pero también con verdad, en la forma gráfica del poeta: «Crimen fueron del tiempo; nó de España».

Aquí podría dar por terminada, señores, mi tarea; he procurado daros una ligera idea del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, indicándoos los hechos, los hombres y las consideraciones que, en primer término, se ofrecen á nuestro examen; pero ni daría integridad al cuadro que esbozo, ni, dado el carácter subjetivo que instintivamente he impreso á este estudio, satisfaría una exigencia de mi alma, si no os pronunciara siquiera el nombre del mariscal don Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo, mi patria, que, con Buenos Aires, han sido las dos metrópolis del Plata, capitales hoy de los dos pueblos hermanos que se sientan en sus márgenes, definitiva é irrevocablemente independientes, bajo la protección de Dios.

Median casi dos siglos, señores, entre la fundación de una y otra metrópoli. Los conquistadores se empeñaban en buscar un centro de unión imposible entre las poblaciones del Atlántico y las del Pacífico, y, en vez de fijarse en la desembocadura del Plata, pre-

firieron internarse en el Paraguay, y fundar allí su metrópoli atlántica. Creyeron que la Asunción debía ser el centro de aquella conquista, que se extendía entre el Atlántico y el Pacífico, y dejaron casi abandonado el hermoso territorio que se desarrolla entre el Uruguay, el Plata y el Atlántico, y que pertenecía, sin embargo, á los dominios españoles. Ese territorio quedó mucho tiempo despoblado é inerme, aun después de la fundación de Buenos Aires, y hubo de atraer necesariamente la atención y la codicia de otras naciones que, sin el esfuerzo del ilustre mariscal vascongado, acaso nos hubieran arrebatado á los hijos del Uruguay lo que hoy á vosotros nos vincula: la sangre española, la fe, la lengua, las tradiciones, las glorias que acabo de recordaros, y que consideramos tan nuestras como vuestras, señores.

Don Bruno Mauricio de Zabala tuvo que luchar largo tiempo, y contra muchos y poderosos enemigos, para conseguir ese objeto; pero, con la fundación de Montevideo en 1726, salvó definitivamente para la raza españóla el hermoso territorio que hoy ocupa la República del Uruguay; y, al darle por capital una gran plaza fuerte, la primera de aquellas regiones; al establecer en ella personalmente el *Cabildo, Justicia y Regimiento* que había de constituir su gobierno político y económico, dió á ese feraz territorio que se extiende hasta el Atlántico, al oriente del Uruguay y del Plata, una personalidad propia, una autonomía poderosa dentro del virreinato, y lo marcó, desde ese momento, como patrimonio inconfundible de un futuro estado independiente. Esa es la genealogía de todos los de América, señores: un baluarte y un cabildo fueron en todos ellos la simiente de una nación.

Los primeros conquistadores de América, señores, allá en el gran siglo XVI, parece que eran guiados de un instinto profético: con los cimientos de las ciudades que fundaban, echaban los de las futuras nacionalidades americanas; el patrimonio de cada una de éstas debía ser el heredado de España; sus límites, los trazados por los demarcadores españoles.

Pizarro funda en 1535 la ciudad de los Reyes, la hermosa señora del *Rimac*, nombre que, transformado en *Lima*, es hoy el de la capital del Perú; don Pedro de Mendoza, en el mismo año 1535, amasa con la sangre de las dos razas en pugna, como lo hemos visto, los cimientos de Buenos Aires, sobre cuyas cenizas levantará más tarde, en 1580, la población definitiva, el ilustre don Juan de Garay; Quesada clava las primeras estacadas de Santa Fe de Bogotá, en 1538; Valdivia se fija en Santiago de Chile, y domina el valle del Mapocho con sus primeros baluartes, en 1547; Losada, capitán de Ponce de León, funda á Caracas en 1567; Irala la Asunción, en 1534, allá en las costas septentrionales del río Paraguay.

Todas esas ciudades serán más tarde capitales de las repúblicas americanas.

Don Bruno Mauricio de Zabala trazó, pues, las fronteras de una nueva patria hispánica al emplazar los cañones de la ciudadela de Montevideo; esta fué la Roma cuadrada de mi patria uruguaya,

y Zabala, el gran Zabala, como le llama el dean Funes, su primer ilustre precursor. Débole, pues, señores, en este momento, un tributo de especial afecto; debo presentaros á ese hidalgo sin tacha, cuyo nombre no puedo confundir con los de los demás esforzados colonizadores del Plata, con ser éstos lo que fueron, porque suena á mi oído de uruguayo como una nota amiga que quiere desprenderse del gran acorde.

Yo he ido personalmente á Durango, señores, en el viejo señorío de Vizcaya, sólo por conocer el sitio en que Zabala vió la luz, al finalizar el siglo XVII; por ver el noble solar de sus abuelos; por respirar el aire que él respiró ; he ido á Durango, como si fuera en piadosa peregrinación patriótica, y como si en la cuna del hidalgo vascongado fuera á encontrar algo de la cuna de mi patria americana.

Conoced á Zabala, señores, conocedlo en vuestra España.

El esforzado hidalgo recibió una educación esmerada, y se dedicó, desde su primera juventud, á la carrera de las armas, en la cual siempre descolló por su valor sereno, y, muy especialmente, por la nobleza de su carácter señorial. El mariscal era un gran señor: era el tipo de aquellos caballeros vascones, sanos y hermosos de cuerpo y alma, que lucharon en Roncesvalles, y cuyas voces guerreras animan el canto de Altabiscar.

Luchó bajo las banderas de su patria en las campañas de Flandes: el bombardeo de Namur lo vió en los puestos de mayor peligro; en el sitio de Gibraltar, en el ataque de San Mateo, en Zaragoza y en Alcántara, combatió bizarramente, ascendiendo siempre en su brillante carrera. En el sitio de Lérida rindió á la patria el tributo de su sangre: un proyectil enemigo le destrozó un brazo, que perdió ; y esa honrosa mutilación, con muchas otras cicatrices, constituían otras tantas condecoraciones, que el bizarro hidalgo ostentaba al lado de la roja insignia de la orden le Calatrava.

Era ese el hombre que, el 11 de Julio de 1717, tomaba posesión del cargo de gobernador y capitán general de Buenos Aires, con el grado de mariscal de campo, que le había sido conferido en premio de sus servicios.

Precisamente en ese mismo año, se realizaba, en las costas del territorio á que antes me he referido, del que, abandonado por los conquistadores, estaba á punto de caer en manos no españolas, una tentativa más de toma de posesión por Esteban Moreau, corsario francés que desembarcaba en la costa de Maldonado.

Moreau ya había sido precedido en esos propósitos por corsarios holandeses, portugueses y dinamarqueses, desde el célebre pirata Tomás Cavendish, que apareció por aquellas costas en 1587.

Zabala desaloja á Moreau, capturándole dos de sus buques ; pero el corsario reaparece de nuevo en 1720, aprovechando el abandono en que de nuevo queda la costa oriental del Plata.

El gobernador envía entonces al capitán Pando y Patiño, quien traba un combate con el audaz aventurero, en que éste muere, y sus tropas se rinden á discreción.

Poco tarda Zabala en tener que acudir una vez más á salvar para España esa codiciada región del continente.

Era ella, de mucho tiempo atrás, campo constante de batalla en- tre españoles y portugueses, como quiera que por allí pasaba la lí- nea divisoria de sus mutuos dominios, y la corte española habíε dictado las providencias necesarias para impedir que Portugal n: nación alguna se apoderase de los puertos de Maldonado y Monte- video ; pero la falta de recursos había hecho imposible su fortifi- cación ; allí estaba, pues, como eterna manzana de discordia.

En 1723, los portugueses se posesionan resueltamente de Monte video, lo pueblan, lo fortifican, y, á la intimación de Zabala parε que sea desalojado, invocan el dominio de su nación sobre aque territorio ; el Uruguay y el Plata debían ser, según ellos, la lineε divisoria occidental de los dominios portugueses, que hoy consti tuyen la espléndida herencia de nuestros hermanos del Brasil.

El gobernador Zabala arma entonces y equipa tres navíos, qu manda personalmente, y se dirige á reivindicar el puerto usur pado.

No se le opone resistencia: antes de llegar á Montevideo, el jef portugués le comunica su retiro, « por no quebrantar las paces y en vista de los aparatos con que intentaban atacarle » ; pero Za bala no incurre en la desidia de sus predecesores: continúa s marcha hasta la ensenada, la fortifica, y dispone su ocupación d una manera sólida y permanente.

En Febrero de 1724, comienza á construir el fuerte de San Jos que se conservó hasta hace pocos años, y no cesa en su labor, e la que despliega extraordinaria actividad y energía, hasta deja cerrada la línea de baluartes.

Dirige entonces una expresiva comunicación á la corte, en qu da cuenta de sus procedimientos, y en la que encarece la necesida de atender aquella hermosa fracción de los dominios españoles, por fin consigue su objeto.

Sus procedimientos son aprobados por Real Cédula de 16 d Abril de 1725, en la que también se dispone que cuatrocientos hon bres fueran á constituir la guarnición de Montevideo y Maldonad y treinta y cinco familias del reino de Galicia, y otras tantas d las islas Canarias, constituyeran la primitiva población. En es real cédula el soberano da á Zabala *muchas gracias y, en su re nombre, le manda se las dé á la ciudad, militares y demás vasall que concurrieron á esa función.*

Zabala realizaba, pues, el móvil supremo de sus generosos e fuerzos. Tiene entonces que trasladarse al Paraguay por orde expresa del virrey del Perú, para someter á Antequera y rest blecer el orden allí perturbado ; pero una vez llenada enérgicamen su misión, vuelve á ocuparse de la población de Montevideo ; y r habiendo aún llegado las familias pobladoras que se esperaban (España, procede, sin más dilación, á su fundación solemne, c algunas familias de Buenos Aires. Hace delinear la futura ciuda por el capitán de corazas don Pedro Millán, y, el 30 de Enero c

1726, bajo la advocación de San Felipe y Santiago, en recuerdo del soberano á la sazón reinante, Felipe V, funda solemne y definitivamente la hermosa ciudad, que ha de ser más tarde capital de la República Oriental del Uruguay.

Todos sus esfuerzos se concretaron entonces á fomentar la recién nacida población: declaró hijosdalgo y personas nobles de linaje y solar conocido á los pobladores de Montevideo y sus descendientes; ofreció transporte libre, y solares, y campos, y ganados, y semillas y exención del pago de alcabalas, á todos los que quisieran pasar de Buenos Aires á incorporarse á la población oriental; y fué personalmente á inspeccionarla, dotándola entonces de una organización definitiva, al organizar en ella el *Cabildo, Justicia* y *Regimiento* para su gobierno político y económico.

Revistió el acto de instalación del primer cabildo toda la solemnidad posible; Zabala, personalmente, recibió el juramento á los cabildantes electos; mandó abrir los cimientos de la iglesia parroquial al norte de la plaza mayor; distribuyó auxilios de todo género á los vecinos; fundó un hospicio de franciscanos, y, terminada su obra, regresó á Buenos Aires, donde el rey, *para premiar su celo, inteligencia y discreción*, demostrados en siete años de gobierno de la provincia del Río de la Plata, lo promovió, ya teniente general, á la presidencia de Chile.

Pero el ilustre Zabala debía vincular su nombre sólo al Plata, y muy especialmente á Montevideo: antes de emprender su viaje al través de los Andes, y cuando regresaba del Paraguay, á donde tuvo que acudir de nuevo á apaciguar disturbios que enérgicamente sofocó, lo sorprendió la muerte en el Paraná, el año 1734.

¿Preveía don Bruno Mauricio de Zabala, señores, al desarrollar tanto empeño é inteligencia tanta en la fundación de Montevideo, que estaba su ciudad destinada á tan importantes destinos en el porvenir?

¿La soñó acaso llamada por su rey *la muy noble y reconquistadora ciudad*, y privilegiada en la época colonial con el uso de la corona real en su escudo, supremo honor entonces para una ciudad, en premio de la heroica reconquista de Buenos Aires, que ella inició un esfuerzo que hoy causa asombro?

¿Previó acaso el rápido incremento que tomó aquel pequeño cabildo formado por él, y que, dando carácter y personalidad propia á aquella ciudad, había de echar los cimientos de altivez é independencia que son la base de un pueblo libre?

Los hombres son instrumentos de la Providencia, señores, y los que son grandes, lo son porque ella los ha llamado á grandes destinos: nunca sus actos son plenamente conscientes en cuanto á sus resultados; pero los hijos de la hermosa ciudad de Zabala; los hijos de la república de que ella fué núcleo y tradición de vida y gobierno propio, amamos y bendecimos el recuerdo del ilustre vascongado, viendo en su esfuerzo el gérmen de la patria independiente; reclamamos para él el lauro de los grandes hombres, y sentimos la más viva satisfacción cuando contribuímos, en el seno

de la madre patria, á honrar la pura memoria del último de los fundadores de grandes ciudades españolas en el mundo de Colón.

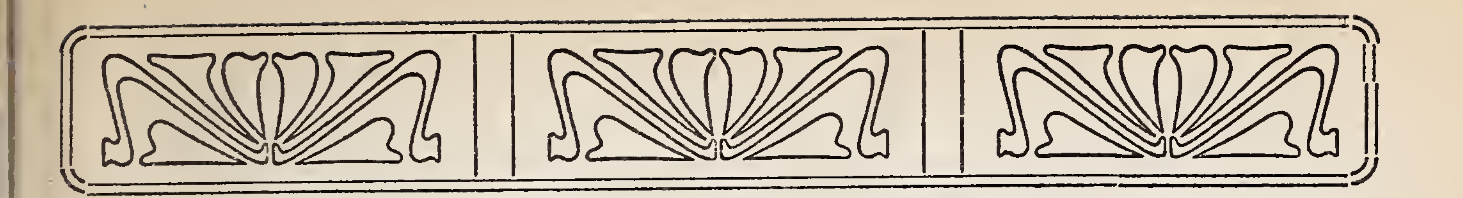
Zabala significa, pues, para nosotros, algo que se identifica con la patria misma, por que significa la hidalga genealogía de la patria. Los heroicos conquistadores, nuestros padres, creían defender y defendían realmente entonces colonias; pero hicieron mucho más: echaron los cimientos de naciones que hoy son para España incomparablemente más que colonias: son hijas cuyas glorias tendrán que reflejarse siempre en la madre que no olvidan ni olvidarán jamás; son ramas de aquel tronco vigoroso regado al brotar en América con la sangre de Solís, de Ayolas y de Garay, y que, por el simple hecho de vivir hoy con vida propia y exuberante, son prueba evidente del incontrastable vigor del tronco de que proceden.

Por eso, señores, como el Perú hace la apoteosis de Pizarro, como Buenos Aires da el nombre de Garay á una de sus calles; como Chile levanta la estatua de Valdivia, Montevideo da el nombre de Solís á su principal coliseo, y levanta en una de sus plazas, votada por el parlamento, la estatua de su fundador, don Bruno Mauricio de Zabala.

Es el altar de la raza, señores, que complementa y preside, en el orden cronológico histórico, los otros altares de la patria independiente; es la protesta de bronce que dice al mundo, y á vosotros especialmente, que si por ley providencial se pueden y es indispensable romper vínculos políticos, no pueden romperse, ni se romperán jamás los de la sangre, los de la fe, los de la lengua y los de las tradiciones y glorias que nos son comunes, y constituyen nuestro orgullo conjuntamente con las demás glorias nacionales.

Que Dios proteja, señores, los destinos de nuestra familia hispánica, de los cuales jamás debemos desesperar. ¿Quién sabe? Acaso España fué un día, geológicamente considerada, la cabeza del gran coloso destrozado y sumergido en parte por el Atlántico. Que el tiempo confirme, señores, esa atrevida suposición: sea ahora España la cabeza, el cerebro, el pensamiento; palpite en América el corazón, mientras circula para siempre en todo ese inmenso organismo, dueño tal vez del porvenir del mundo, la sangre y los recuerdos de los Cortés, de los Pizarro, de los Valdivia, de los Irala y los Garay, de los Juan Díaz de Solís y de los Bruno Mauricio de Zabala.





EL MENSAJE DE AMÉRICA

Discurso pronunciado en la explanada del Monasterio de la Rábida, después de inaugurado el monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 de Octubre de 1892.

(Publicado en la prensa
de Madrid en fragmentos transmitidos telegráficamente de la Rábida)

SUMARIO: La sugestión de las cosas: El Monasterio de la Rábida, el Puerto de Palos, el Odiel, la barra del Saltés, los habitantes de la región, las carabelas.—La persona Hispania.—Lo que es una nacionalidad.—La nacionalidad ibérica.—Su curso al través del tiempo y del espacio.—Dos mensajes: el de América á España; el del mundo español al genio hispánico.—Gloria á Dios.

Y bien, señores: seré yo, pues así lo queréis, y puesto que alguno de entre nosotros, los representantes americanos, ha de ser, seré yo, á pesar de todo, quien preste su voz á nuestra América, que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento. No hay duda: se siente flotar aquí un mensaje inarticulado que satura esta atmósfera; se le siente bajar, en lluvia vibrante y sutil, de ese cielo azul que nos envuelve... Yo tengo que recogerlo, y articularlo, y transmitirlo; yo tengo que darle alguna forma, ¿no es verdad? tengo que abrigarlo en una frase que no existe aún.

Aquí procedería, señores, la vieja invocación de los poetas al Genio invisible; nunca mi palabra se ha sentido más desproporcionada con el ambiente en que tiene que dar un sonido ajustado á una enorme armonía; nunca más pequeña, ante el gran momento vacío que tiene que llenar de un pensamiento generoso que lo ilumine; nunca más estrecha, para contener eso que anda en el aire sobre nuestras cabezas, y para dar asilo al tropel de ideas y sentimientos comunes, que, despertados en el fondo de todos nosotros, buscan en mi boca su verbo melodioso y perdurable, su verbo americano. Yo quisiera imprimirle entusiasmo, con toda su significa-

ción helénica, *en theos*, eco de un dios interior; quisiera darle ternura filial, solemnidad religiosa, vibración heroica, ruido de mar en playas remotas ó de bosques tropicales sacudidos por el viento, rumor de multitud invisible, elocuencia de tempestad... yo quisiera más: quisiera darle toda la expresión de un gran silencio, que sólo el silencio es grande, ¿no es así? sólo el silencio es grande, señores, ante las cosas que nos rodean, y nos están mirando, y que parecen circundadas de un nimbo de luz tenuísima que de ellas emana, como si fueran cosas santas.

Todo esto que nos circunda está animado de una vida extraña, de un espíritu sonoro; todo: la tierra que pisamos, el aire que respiramos, el sol que nos alumbra, el instante que suena en el reloj del tiempo, y que nos recuerda que, ahora hace cuatro siglos, partió Colón de allí, de esa punta de tierra que está allí; y esas tres carabelas que vemos allá fondeadas, y que, á la voz creadora del arte, han resucitado á los cuatrocientos años de entre los barcos muertos, cruzaron por ahí, por esas aguas rojizas del Odiel, y atravesaron aquella barra del Saltés, y se perdieron por allá, por detrás de esa colina del monasterio, en busca del mar azul, que entonces, como hoy, estaba tal cual lo hemos visto al cruzar la ría: manso y apacible como una fiera dormida al sol; azul, como si todo el cielo hubiera descendido hasta el agua transparente.

¡Y el viento era propicio; y era amiga la aurora; y el viento era propicio! ¡Era el volar del espíritu, del grande espíritu!

Aquel, señores, es el convento, el verdadero convento de la Rábida; su nombre sólo, produce un escalofrío en nuestra carne; esa es la cruz de hierro de la explanada, la cruz que conocéis, aquella en cuya gradería de piedra, esa misma que está ahí, se sentó Colón el niño, mientras el viejo, el mensajero, apoyado en su báculo, fué á golpear aquella puerta, en la que nos parece vamos á ver aparecer al Padre Marchena; ved aquel caserío que comienza á blanquear en lo alto de aquella loma verde, que termina en las barrancas grises: ¡es el puerto de Palos de Moguer! El campanario va á tocar el *Angelus* de mediodía, el *Angelus* de aquella mañana que también conocéis, de la mañana del viaje, del más memorable de los viajes emprendidos por los hombres; estos tipos populares que estamos viendo en esta región de España, esos hombres que me miran y me escuchan, y á quienes miro á mi vez con una intensidad que ellos no comprenden quizá, son los mismos calafates y marineros que construyeron hace cuatro siglos aquellos barcos sagrados; son los mismos que los tripularon, acaudillados por los Pinzones; sus mujeres son las mismas que allí, sobre esa costa, agitaban los pañuelos y levantaban en alto á sus hijos pequeños, y miraban al través de sus lágrimas, cómo las carabelas, con las largas flámulas ondulantes al viento y el glorioso pabellón de la cruz de sangre en campo blanco en el mástil, se alejaban, se perdían, se perdían acaso para siempre en la niebla rosada del horizonte crepuscular de aquella perpétua mañana...

Se diría, señores, que, como un alienado ó un vidente, os estoy

describiendo una aparición, ó narrándoos un ensueño; y sin embargo, vosotros lo véis como yo, todo es una verdad conmovedora y grande, que sacude el alma americana, y le infunde un recogimiento religioso como si la invitara á la grande oración de acción de gracias.

Pero hay aquí algo más grande que todo eso, señores, mucho más grande: es su aliento el que sentimos en el viento que nos toca.

Sobre todas estas cosas, que persisten y se nos aparecen al través de cuatro siglos, compenetrándolo y concentrándolo y animándolo todo, la luz que nos envuelve, el sol que nos calienta, las raíces de los árboles que nos dan sombra, los ojos de esos hombres que nos miran, la transparencia del cielo en que estamos sumergidos, y que son las mismas que vió Colón, hay aquí algo, hay una realidad intrínseca y trascendental, tan viviente, más viviente que el sol, más grande que lo que vemos con los ojos, y que, como todo esto, vive y perdura desde los siglos pasados, y pasará á los futuros en la plenitud de su excelsa personalidad sagrada: está España, la nación descubridora, más grande ó más pequeña que entonces, más feliz ó más desventurada, más próspera ó más abatida, pero la misma, señores, la misma que rodeaba á la mujer magna que se llamó Isabel, la misma que creyó en Colón, y que, por el hecho de creer en él, vivió de su vida, que era su fe, y fué tan grande como él; la misma que le dió barcos que echar á la mar, que le dió sangre viva que sembrar en la tierra presentida, sangre saturada de oxígeno secular, que ahora sentimos florecer en nuestras arterias americanas, y alzar en ellas el salmo primaveral de nuestra raza.

Sí, señores, ella, la inmortal persona, la persona Hispania, está aquí, y es para ella, sin duda alguna, el mensaje que recojo en este ambiente glorioso; sin ella, todo esto que nos rodea serían cosas inanimadas, incapaces de producir la conmoción que nos está clavando su garra de león en las entrañas.

Yo no hablo, señores, de la entidad política ó del estado español solamente; yo hablo de la entidad humana, de la nación hispánica. Una nación es algo así como una humanidad en la humanidad, es una alma, un principio espiritual que informa los hechos encadenados, que amalgama las sangres, que ata en haces á los hombres, y los empuja al través del tiempo y del espacio, de las tierras y de los mares; es una herencia de recuerdos, aceptada por un acto colectivo instintiva y perpetuamente renovado; es... en fin, yo no sé lo que es, señores, ni quiero saberlo en este momento, mucho menos definirlo; me basta con sentirlo intensamente, al sentir la respiración de un gran sér colectivo que se alza sobre todo esto, y que me parece escucha las palabras que suben de mi corazón, como si recibiera el incienso que sube desde una ascua; yo sé que, como esos grandes ríos quese derraman en el mar, y corren muchas aguas sin confundirse con él, fluyen las nacionalidades por entre el mar de la humanidad, determinando corrientes en que rever-

bera el sol. ¿ De dónde proceden ? ¿ á dónde van ? Flotan entre dos eternidades, como el tiempo en que viven ; son un misterio, como la ley del universo. Yo veo, y se vé claramente, esa enorme corriente ibérica en cuyo curso inconfundible vamos envueltos ; yo veo sobre ella una forma grande, grande como una nube brotada del oriente caucásico, empujada sin cesar hacia el occidente, aun al través del mar inviolado, por el soplo del espíritu, y cuyos bordes se esfuman en los cielos, pero cuyo núcleo permanente camina hacia nosotros, dejando atrás los siglos que se van hundiendo en sí mismos. En ella se revuelven y confunden los alientos de los iberos y los celtas, y brota el alma celtíbera, y sopla el viento huracanado de Roma que suena como un canto en las almenas numantinas, y estalla la tempestad que se abate del Norte, y que la hace arder sin quemarse ni consumirse, y sale el sol visigodo que ilumina la masa entera de la nube, y brillan durante ocho siglos los relámpagos intermitentes de la reconquista, reverberando en los blancos alquiceles de los moros, y en las coronas de hierro de los reyes fugaces, y en las bruñidas armaduras de los héroes caballeros del romancero-epopeya.

Todo eso forma una sola entidad indivisible que absorberá el nuevo mundo ; lo anima substancialmente un espíritu, en que se funden astures y galaicos y lusitanos, cántabros y vascones, leoneses y castellanos y navarros y aragoneses y catalanes. Flota sobre eso un arcángel, el mensajero de Dios que preside los destinos de las razas, que refunde, que agrupa, que guía, que señala y alumbra la ruta con su espada resplandeciente ; que pone lenguas de fuego sobre las frentes de los conductores inspirados, de los Sertorios y los Viriatos, de los Ataúlfos y los Leovigildos y los Recaredos, de los Rodrigos y los Pelayos, y los Cides, y los Alfonsos y los Carlos y las Isabelas ; que resplandece en las Numancias y las Granadas y las Zaragozas, y que, como el fuego de San Telmo, arde en las puntas de los mástiles de las tres carabelas que cruzan el mar ignoto, bajo el influjo de la constelación de estrellas que preside la marcha de la nube que vino del Cáucaso, y que, al chocar en el negro horizonte desconocido, harán saltar en él nuevas estrellas y constelaciones nuevas.

Sí, señores: todo eso es una persona, y esa persona está aquí, se sienta sobre la luz de este día ; oh, sí, está en todas partes, en todas ; pongamos el oído en nuestro propio corazón, que hemos traído de América, y oiremos una voz que viene desde adentro, y que nos dice que también esa persona está aquí, dentro de nuestras entrañas ; oigamos el eco de esta mi voz que está sonando, y que es la vuestra, y ese eco nos dirá que también está aquí, en nuestra lengua castellana, en nuestro verbo español aprendido allá, detrás del mar, y que es el acorde perdurable que ha resultado del vibrar de millones de almas que, en el correr de veinte siglos, han alentado y se han fundido en la esplendente nube ibérica.

Es que ésta no se detuvo á orillas de ese mar que circunda esta península, señores ; el fuego sacro que brillaba en las puntas de

los mástiles de esa *Santa María*, de esa *Pinta*, de esa *Niña*, hizo fuego é hizo luz del otro lado del Atlántico.

Como arrastra el cometa su cauda luminosa por los espacios siderales, las carabelas arrastraban en pos de sí por el Atlántico la cauda heroica de la inmensa nube; y ésta ató los continentes, y circundó la tierra, como circunda á Saturno el resplandeciente anillo; allá, del otro lado, refundió, como aquí, nuevos alientos, nuevas almas; allá estallaron nuevas tempestades que sacudieron la masa entera de la nube; brillaron nuevos meteoros, que la iluminaron con resplandores cárdenos; allá continuó el romancero español en las hazañas de los descubridores y conquistadores, y, por fin, en las de sus hijos; allá renacieron las Numancias y las Covadongas y las Zaragozas, en el grito de Dolores, en los clamores de Boyacá y Carabobo, en las voces de las Piedras, de Salta y de Junín y de Ayacucho, en la reconquista de Buenos Aires por Montevideo, en las cargas de Chacabuco, de Cancha Rayada y de Maipú, en las dianas de Ituzaingó, en la aurora de Sarandí; allá, en el interior de la nube ibérica, se estrecharon las sombras de Pelayo y Recaredo, de Daoiz y de Velarde, con las de Hidalgo y Morelos y Bolívar y Sucre, con las de San Martín y Belgrano, con las de O'Higgins y Artigas y los Treinta y Tres; y al aliento de cántabros y castellanos y aragoneses y catalanes, se unió el aliento de mejicanos y centroamericanos, de paraguayos y colombianos y chilenos y peruanos y bolivianos y argentinos y uruguayos.

Y no por ensancharse y dilatarse, estalló ni se disipó ni perdió su carácter la nube peregrinante, señores; no por eso ha dejado de reverberar el sol en la corriente ibérica; no por eso ha envainado su espada de fuego el arcángel que le imprime movimiento.

Mirad, señores, esas banderas, que, como aves marinas empapadas de sol y de azul de mar, aletean esos altos mástiles clavados en la tierra, que circundan el convento de la Rábida. Es la España de este lado quien ha enarbolado ahí esos colores, para arrancarnos á nosotros, á los hispánicos del otro lado, una lágrima de gratitud y de ternura; son nuestras banderas, señores, nuestras queridas banderas nacionales, llenas del alma de nuestras patrias americanas, y que, al agitarse mezcladas con ese pabellón español de oro y llama que entre ellas resplandece, son aves de la misma banda, son flores del mismo tronco, son colores del mismo arco luminoso que cruza el cielo de la historia: son las banderas hispánicas. Están en su puesto, señores, están bien ahí, junto al convento de la Rábida; benditas sean.

Veo desde aquí el tricolor mejicano; distingo los colores del grupo de las hermanas centroamericanas, que parecen confundirse en la gloria del cielo; allí, traza Santo Domingo su cruz blanca en el fondo transparente de este aire azul; allá están las estrellas de las amigas boreales de la América del Sur, Venezuela, Colombia, Ecuador; bien veo, más allá, la blanca estrella de Chile, solitaria en su cielo azul; y allí, el bicolor peruano, y el tricolor paraguayo

más allá, y el rojo auriverde boliviano, y el blanco y el azul resplandeciente de mi hermana la República Argentina; y, por fin, destacándose para mi alma de todo el grupo, como luz en la luz, como si su azul fuera un azúl recién creado, como si su movimiento en el aire fuera personal y señorial como ninguno, veo conmovido resplandecer el sol de mi Uruguay sobre sus franjas bicolores, veo que esa bandera se desprende de su grupo aéreo, se adelanta hacia mí, como mi señora.. .y siento que mis brazos se abren, mis rodillas se doblan, que mis ojos se humedecen, que mi garganta se anuda. No me reprochéis, oh hermanos en la patria ibérica, esa mi debilidad. Vosotros la habéis sentido como yo; habéis sentido lo que yo. Cuando he marcado con la mano vuestro pabellón; cuando he pronunciado con el alma, en este momento que no volverá á sonar, el nombre de vuestra patria, que habéis aclamado, mi voz ha resonado en vuestras cabezas, ha brillado en vuestros ojos, ha recorrido la piel de vuestra carne habitada por el espíritu.

Y por eso he pronunciado esos nombres uno á uno, señores, y por eso he tocado con mis ojos, uno á uno, esos colores sagrados: para arrancar de vuestro propio organismo la prueba viva de que el sentimiento de la nacionalidad que proclamo, lejos de debilitar el santo sentimiento de patria, lo vigoriza, lo incorpora á la eterna gradación que es la eterna armonía providencial: el sentimiento de patria en el de nacionalidad, el de nacionalidad en el de raza, el de raza en el de humanidad, el de humanidad creada, en el de acatamiento y adoración al Dios Creador y Conservador de la humanidad, y de las razas, y de las naciones, y de las patrias.

Y hé aquí, señores, que el gran mensaje que yo debía desentrañar de este ambiente, de lo que está fuera y de lo que está dentro de nosotros, se ha definido, se ha aclarado, al definir con precisión la entidad que reina sobre nosotros, y á quien debemos dirigirnos al hablar en este momento perdurable.

¿Cuál es eso mensaje? ¿De quién es? ¿A quién es?

Es, sin duda alguna, una gran palabra de amor y de gloria, de filiales parabienes de nuestra América á la madre España, á la patria española, á la entidad política que perdura, grande y gloriosa, en el concierto de los pueblos soberanos. Hoy es su cumplesiglos; ella es la descubridora, ella la conquistadora, ella la colonizadora, la grande.

Ella existía en la raza, cuando nosotros no habíamos nacido; ella es, pues, la madre, no la madre anciana, pues los pueblos no tienen edad mientras viven, sino la madre eternamente núbil.

La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón. Sí, señores, hoy es día de justicias seculares.

El descubrimiento de América, su conquista, su colonización fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa enorme herida se derramó su sangre sobre el otro mundo; se fueron con ella muchas energías que, si hubieran quedado aquí, en este hermoso territorio, aquí hubiera dado sus frutos, engrandeciendo á esta nación, dándole prosperidad, como prosperan materialmente

los hombres infecundos, los que no parten su pan con sus hijos no nacidos. Hoy hace cuatro siglos, señores, ganó la raza hispánica; pero perdió la nación española; y lo que ella perdió fué nuestra vida, fué nuestra herencia.

No seremos nosotros los americanos, señores, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla gloriosa, como lo son las grandes cicatrices en el pecho, como lo es la santa palidez de la mujer convaleciente, después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo.

La América, señores, reconoce su deuda: en las puertas del convento de la Rábida, arrodillada en esta tierra que pisó Colón el mensajero, y que es la tierra santa de la redención americana, á la que América vendrá un día en piadosas peregrinaciones, besa hoy en la frente á la fiera España, á la buena España; la besa sobre todo en sus cicatrices, la llama madre, la llama grande, en el transporte de justicia secular, que ahora afluye á mis labios desde todas vuestras almas refundidas en lá mía.

Para eso, señores, para decir esas cosas, y muchas más que no caben en una frase, para lanzar una vez más ese ¡viva España! sacramental que viene del otro lado del mar, hubiera querido arrancar á nuestra América la quinta esencia de todas sus voces intensas, y llenar de un acorde devorador de todos los demás, la religiosa transparencia de este día.

Pero además de ese mensaje-aclamación de todos y cada uno de los pueblos libres americanos, al pueblo que los precedió en la gloria de la raza y los evocó á la vida, queda el otro, señores, el más grande, el más solemne: es el coro litúrgico que, como enorme nube de incienso iluminada por el sol, alza toda el alma española de ambos mundos al grande espíritu hispánico del pasado, del presente, del porvenir, al arcángel tutelar de nuestra raza, que flota bajo este cielo; al Dios omnipotente, sobre todo, al Dios que vive en ese cielo y más allá de ese cielo; al que enciende el fuego sacro del genio en la mente humana, bien sea en la de Colón, el navegante del mar, bien sea en Pasteur, el navegante de una gota de agua: ambos descubren mundos; al que, según el libro de Job, el profeta enorme del desierto, pesa la fuerza de los vientos, y mide las aguas del abismo, da leyes á la lluvia y marca á las tempestades su camino; al que envía el rayo, y el rayo va, y vuelve para decirle ¡aquí estoy!; al que da inteligencia á los meteoros del cielo; al que envolvió en tinieblas la tierra recién nacida, como se envuelve un niño en sus pañales...

Señores: ese es el único grito digno de la raza hispánica en este momento perdurable; el solo digno del momento, el solo digno de la gran raza cristiana: *¡Gloria á Dios!*



DERECHO INTERNACIONAL

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso Jurídico Ibero-Americano, reunido en Madrid en celebración del 4.° Centenario del Descubrimiento de América. — (25 de Octubre de 1892).

(Fragmentos en el Diario de Sesiones del Congreso. — Madrid 1893).

SUMARIO: Contestación al saludo del señor Cánovas del Castillo.—Objeto y naturaleza del Congreso Jurídico Ibero-Americano.—Las personas internacionales.—La sociedad internacional.—El derecho entre personas internacionales.—La autoridad internacional.—Derecho individual y derecho social.—La guerra.—Las revoluciones.—Ideal remoto del derecho internacional.—El arbitraje.—Derecho internacional privado.—Divergencia posible de criterio entre los estados europeos y los americanos.—Ley personal y ley territorial.—El Congreso de Montevideo.—El hombre como persona de derecho internacional.—La nacionalidad iberó-americana.

Señores:

Mucho me honra, pero también me confunde, la invitación que he recibido del señor Cánovas del Castillo, el ilustre hombre de estado que nos preside, para hacer uso de la palabra en esta sesión inaugural del Congreso Jurídico Ibero Americano; y me confunde tanto más, señores, cuanto que tengo que mezclar mi voz á las vibraciones pensativas, que aun perduran en vuestros oídos y en vuestros espíritus, de la palabra elocuentísima de aquel maestro del decir y del pensar, y de la no menos palpitante de los esclarecidos portugueses señores Pinto Coelho y conde de Valenças.

Comprendo, sin embargo, que debo hacerlo, aunque ello me imponga algún sacrificio de amor propio. Y me lo impone, señores, porque, si bien no voy á improvisar en este momento convicciones ó doctrinas jurídicas, y mucho menos sentimientos personales, pues voy á exponer principios que he meditado, y á expresar viejos afectos, tendré que confiar en gran parte á la obediencia, no siempre pronta, de la palabra, la forma en que expondré mi pensamiento,

y que hubiera deseado ofreceros lo menos indigna de vosotros que me fuera posible.

Debo sin embargo, lo repito, aceptar sin demora la honrosa invitación que recibo. Habiéndose escuchado en este acto solemne las voces de los hombres de ciencia que han interpretado el pensar de las dos naciones descubridoras, madres de los actuales pueblos ibero-americanos, parece realmente indispensable que, aunque sea por el órgano del más modesto de los hijos de América, llegue hasta el seno de esta asamblea un reflejo al menos de la mente, y un latido siquiera del corazón americanos.

Retribuyo, pues, señores, con gran cordialidad, en nombre de los pueblos de América, y especialmente en el del Uruguay mi patria, el cariñoso saludo de bienvenida que nos ha dirigido el señor Cánovas del Castillo, en representación de S. M. la reina regente, en el del pueblo y en el del gobierno españoles. Si bien se mira, á eso hemos venido, señores, principalmente, á esta vuestra tierra española, los representantes americanos: á cambiar con vosotros un saludo memorable; á buscar ocasiones de poner en armonía nuestras almas; á deliberar sobre nuestros destinos, con el objeto de darnos el placer de verlos á la luz de la ciencia, y reconocerlos comunes, solidarios, casi idénticos.

Y eso es lo que nos va á decir la ciencia jurídica, á mi juicio, en las sesiones de este Congreso, que puede considerarse un congreso de plenipotenciarios del corazón, ya que no puede llamarse un verdadero congreso de plenipotenciarios: más que á discutir ó investigar conclusiones jurídicas, vamos á proclamar las que, si son aspiraciones más ó menos concretas de la humanidad civilizada, deben considerarse como axiomas en la gran familia ibero-americana: la paz, la justicia, el mutuo apoyo en el orden del derecho internacional público; la mayor armonía jurídica en el del internacional privado, la mayor extensión posible, dentro de las soberanías individuales, del imperio de las leyes del uno en el territorio del otro.

El presidente de esta academia espera, y no sin causa, el concurso de los hombres de ciencia y de experiencia, para resolver, en las sesiones del congreso que en este acto se inaugura, esos trascendentales problemas sometidos á su deliberación. El señor Cánovas del Castillo, que es actualmente uno de los grandes pensadores de Europa, ha comenzado ya, en el intenso discurso que acabamos de oir, á atraernos ese concurso por su parte, al presentarnos la verdad desnuda sobre el universal anhelo de evitar la guerra entre los pueblos; él nos ha recordado los peligros inevitables, las tristes y obscuras leyes, superiores á la voluntad del hombre, que perturban el equilibrio internacional, y provocan las tempestades; pero también ha manifestado una consoladora confianza en la marcha progresiva y cristiana de la ciencia del derecho, que, si no puede hacer desaparecer por completo el mal, triste herencia de la humanidad caída, podrá al menos atenuarlo mucho,

en los futuros destinos de los hombres y de las naciones.

Yo adhiero, señores, á las doctrinas, y también á los generosos anhelos y esperanzas del señor Cánovas del Castillo; ellos arraigan en las entrañas de la naturaleza ó de la persona humana, y en la naturaleza, por consiguiente, de las agrupaciones de hombres que constituyen las personas colectivas, personas de derecho internacional, que llamamos estados independientes y soberanos y cuya coexistencia sobre la tierra constituye, *ipso facto* é *ipso jure*, la sociedad internacional, como se constituye *ipso jure* é *ipso facto*, la sociedad civil, que nace de pleno derecho con la coexistencia de las personas físicas en un espacio determinado de la tierra. La paz, la armonía, el respeto mutuo, el mutuo auxilio, la caridad, son el orden, son la ley, son el bien; el antagonismo, la rivalidad, la guerra, el odio, son el mal, porque son la perturbación del orden, la violación de la eterna Voluntad Creadora, que, en el amor necesario á la perfección infinita de su propio Sér, que es todo amor, traza la norma del bien absoluto, y de la obsoluta felicidad.

Como lo veis, señores, yo creo en lo absoluto, en lo eternamente preexistente; yo creo en la causa de las causas: creo en Dios. Yo creo que, así como los radios de un círculo eran iguales, aun antes de haber sido trazado el primer círculo; así como el camino más corto entre un punto y otro era la línea recta, aun antes de haber existido la primera línea y de haberse emprendido el primer camino á la luz del primer sol, así existía la ley del hombre, antes de existir un hombre; la ley de la sociedad civil necesaria, antes de coexistir los hombres formando sociedad; la ley de la sociedad internacional, antes de coexistir los estados soberanos formando el concierto de los pueblos civilizados.

Desentrañar esta última ley, señores, del estudio del gran organismo de la sociedad internacional, y de su funcionamiento al través del tiempo; formularla, promulgarla, sancionarla sobre todo, y trasladarla de la esfera moral á la jurídica, esa es la empresa en que está empeñada, desde siglos atrás, la humanidad, que trepa lentamente la montaña interminable, como aquel Sísifo que llevaba sobre la cabeza la enorme piedra que sostenía con las manos; esa es la obra que continúan estos congresos internacionales, con los ojos fijos en el ideal cristiano entrevisto en la cumbre lejana, pero inclinando de vez en cuando la cabeza, para mirar la tierra en que caminan, ó volviéndola hacia atrás, para ver el camino recorrido.

Empujemos, señores, hacia arriba, la pesada piedra, con nuestras cabezas y con nuestras manos; pensemos y analicemos; estudiemos los hechos á la luz de los principios: es el método deductivo; deduzcamos los principios de la permanencia ó repetición de los hechos: es el inductivo. Sin los principios, los hechos carecen de legitimidad; sin los hechos, los principios no serán prácticos. La experiencia sólo puede suministrar lo que es; pero no lo que debe ser; y, si bien la historia nada tiene que ver con la moral, es indudable que la moral tiene su historia, y esta historia su

influencia. Todos sabemos, señores, que el derecho internacional es un derecho consuetudinario; todos sabemos, y es un viejo axioma, que la experiencia es la madre de la ciencia, y que la razón, por poderosa que sea, muy á menudo yerra, sin el contraste de la experiencia: verdad vulgarísima, de la que me parece se ha abusado demasiado en nuestros días.

El señor Cánovas del Castillo acaba de decir que el derecho de gentes es la parte más atrasada del derecho general.

Y se comprende, señores. Las personas que son sujeto y término de esa rama del derecho, y cuyas relaciones morales y jurídicas deben regirse por él, son personas que viven al través de los siglos, como los hombres al través de las horas; no tienen, por otra parte, como los hombres, una vida de ultratumba; su destino se realiza en la tierra; sus días, como los días genesíacos, son épocas históricas; su marcha es muy lenta, pues, con relación á la vida del hombre, que, en la tierra, es un instante de aurora; su infancia es muy larga, su madurez muy tardía. Vosotros lo sabéis, señores: la antigüedad fué una larga noche; la edad media un crepúsculo, en que el sol del cristianismo rompía lentamente las brumas de la barbarie; apenas son una alborada la edad moderna y aun la contemporánea para el derecho internacional. Los astros comenzaron á aparecer en España, como lo ha afirmado el señor Cánovas: Suárez, Victoria, Soto, Ayala. Y los astros no envejecen; las doctrinas de los teólogos españoles parecen resucitar en nuestros días, y resucitarán eternamente, porque son la verdad. Es que nada son el tiempo y la distancia en la eterna armonía: el tiempo es un misterio; el sol es una estrella de la vía láctea, de la infinita nebulosa. La humanidad, señores, es acaso un niño de cuatro mil años; la sociedad internacional, que ni siquiera ha entrado en su período constituyente, es quizá ¿lo diré, señores? es acaso una enorme tribu de gigantes, sin más autoridad que la del más fuerte, ya que la autoridad que debiera residir potencialmente en el conjunto de personas colectivas, en el conjunto de estados soberanos, es aún una especie de *res nullius*, que sólo pertenece al primer ocupante, al que la ejerce de hecho.

Y eso acontece, señores, á mi sentir, porque aun no se ha hallado la forma de determinar esa autoridad, encarnación de la Voluntad Suprema, por medio de la voluntad de las naciones; esa autoridad que, si no es elemento esencial de la noción filosófica de sociedad, es, sin duda alguna, un medio necesario para que la sociedad civil, y también la internacional, tengan funciones ordenadas, y realicen sus destinos: el bien común de todos los pueblos, en primer término, y la felicidad de los individuos, personas físicas ó personas colectivas, de cuyo conjunto están formadas respectivamente, como término final. La sociedad internacional no ha entrado aún, como antes lo he afirmado, ni siquiera en su período constituyente, y mucho menos en su período legislativo; ese derecho que la rige ó debe regirla, está, sí, muy atrasado, señores, como

lo ha afirmado el señor Cánovas del Castillo con la autoridad de su elocuente palabra.

Pero, lo que debe ser, *es*, en el orden moral; ese derecho existe, señores, porque debe existir: está en las entrañas de la naturaleza humana, y en la de las agrupaciones de hombres que forman los estados. Leamos, señores, en esas entrañas, como los antiguos augures leían sus vaticinios en las entrañas de los holocaustos.

Yo veo en ellas, señores, un derecho internacional que, como el derecho civil, presenta dos aspectos: el del derecho individual, y el del derecho social. El primero considera á los estados en sí mismos, con las facultades y atributos inherentes á su personalidad inviolable, con destino propio, fin de sí mismos; nunca simples medios para que otros realicen sus destinos; los mira, pues, como simplemente coexistentes. El segundo, el derecho social internacional, los considera como asociados, como miembros de esa sociedad natural y necesaria formada *ipso jure*, como antes he dicho, por la coexistencia sobre la tierra de personas colectivas de la misma especie, del mismo origen, del mismo destino. Pero el derecho social no puede estar en pugna con el individual, señores, en la sociedad internacional, como no lo está en la civil; son rayos del mismo foco luminoso; son funciones del mismo organismo; son notas del mismo acorde.

Así, pues, como la sociedad civil y el derecho social que la rige, lejos de menoscabar la inviolable personalidad del hombre, tienen por objeto esencial su conservación, su desarrollo en su ambiente propio y su felicidad, así la sociedad internacional, y el derecho social que de ella emana y que es su ley, lejos de menoscabar la soberanía de los estados que la forman, tiene por objeto último el conservarla, el vigorizarla, el desarrollarla. No existe el hombre para el estado; existe el estado para el hombre. No existen los estados para la sociedad internacional; pero debe existir ésta para los estados soberanos.

Yo concibo, pues, señores, en la sociedad internacional, el ejercicio de los derechos individuales por cada una de las personas colectivas en que esos derechos radican, y concibo también el ejercicio de los derechos sociales, ó, más bien dicho, de los derechos de la sociedad internacional, por la entidad jurídica que pueda invocar legítimamente la personería de esa sociedad, y defenderla de los injustos agresores de la felicidad común, que sólo puede ser el resultado de la felicidad individual.

Llego, por consiguiente, á concebir, y hasta á vislumbrar en el porvenir, la existencia, no sólo de un derecho constitucional de la gran confederación humana; no sólo la de un derecho civil y administrativo, sino también la de un derecho penal internacional, entendiéndose por tal, no el apoyo mutuo que se prestan los estados soberanos para castigar el delito en los individuos, como lo entienden hoy los autores al tratar de la extradición, sino el castigo impuesto á los estados mismos, con el objeto de restablecer el

orden moral internacional perturbado; con todas las benéficas consecuencias, en el orden sociológico y económico, del reinado de la justicia sobre los pueblos.

Pero ¿quién es esa entidad jurídica que ha de dirimir los conflictos del derecho individual de cada estado, ó asumir la personería de la sociedad internacional, para ejercitar y hacer prevalecer los derechos sociales que se identifican con el orden ó la intrínseca armonía?

En una palabra, señores: ¿cuál es la forma de gobierno de la sociedad internacional? ¿Quién es el superior entre los iguales, la encarnación del conjunto entre los miembros soberanos que lo forman? ¿Cómo se determina? ¿Cómo se designa y constituye la autoridad, sin incurrir en un monstruoso cesarismo internacional?

He ahí el gran problema, cuya solución encierra acaso el porvenir; pero que no conoce el presente. La sociedad internacional, señores, seguirá, en su desarrollo al través de los tiempos, las mismas ó parecidas etapas por que ha atravesado la sociedad civil ó política, con la sola diferencia que antes hemos notado: su marcha será más lenta, sus años se contarán por siglos. También las sociedades políticas tuvieron su período de larga formación; también en ellas, la autoridad perteneció durante mucho tiempo al más fuerte, al primer ocupante. Y aun hoy, señores, ¿en qué período vivimos?

Se dice que es la fuerza la que predomina en las relaciones entre los estados, y se reniega por eso de la justicia internacional, ó se abandona la labor que conduce á su conquista.

¿Pero acaso en las diversas sociedades políticas ha dejado en absoluto de ser la fuerza el árbitro entre los hombres, como suele serlo entre los estados? ¿Acaso es hoy un hecho el reinado de la justicia, y de su hijo primogénito el derecho, en nuestras sociedades políticas? ¿Acaso las leyes internas de los estados son siempre ordenaciones de la razón enderezadas sólo al bien común, y promulgadas por la legítima autoridad?

La autoridad que legisla, que juzga, que ejecuta la ley, no es siempre en la sociedad civil, bien lo sabemos por desgracia, la encarnación de la eterna justicia que fluye del eterno amor.

Y la injusticia, señores, es la hija y es la madre del odio. Y el odio engendra la guerra.

¡Ah, la guerra! Hé ahí el enigma que aparece, señores, la negación de todo amor, la hija predilecta del arcángel que no amó. La guerra es una esfinge que mira con ojos inmóviles de hermosura siniestra. Su beso es mortal, y su hija suele llamarse Gloria. ¿Y no ha dado nacimiento á las naciones? Es otras veces un genio vengador; es otras, un flagelo meteórico, de fulgurante cauda roja, que purifica el ambiente sideral.

Pero sea lo que sea, ahí está, señores, sentada en los horizontes internacionales, con los ojos siniestramente hermosos, impasibles

y gélidos, clavados en nosotros que pretendemos interrogarla. Miradla: parece muda; no os contesta. Y si llegara á contestaros, sus palabras serían más hondas é impenetrables que el silencio, más obscuras que el dorso de nuestros párpados cerrados, más frías que la piel del hombre muerto de ayer.

La guerra, señores, es la tiranía, pero... ¡cuántas veces, en el hecho, la tiranía ó la dictadura es la autoridad, aun en la sociedad civil!

Notad, señores, yo os lo ruego, la marcha que ha seguido la humanidad en cuanto al criterio internacional sancionado por la guerra.

Esta fué, durante largo tiempo, la sanción de los derechos individuales en la sociedad internacional; fué el acto por el cual los estados se defendían, se hacían justicia por sí mismos; los pueblos tenían empeño en encerrarse en los derechos individuales; aun las doctrinas sobre equilibrios europeos é intervenciones, se fundaban sólo en los derechos de cada estado á su propia seguridad, en el derecho individual internacional. Hoy ya se invoca abiertamente el derecho social, el bien común de los estados, el interés de la humanidad, para justificar el empleo de la fuerza. Ya es algo más que la intervención de un estado en el régimen interno de otro estado, que provocó en las escuelas los anatemas de la mitad de este siglo: es la constitución de hecho de la autoridad en la sociedad internacional; es la aplicación á ésta de los principios que rigen la organización de las sociedades políticas. La evolución es radical, pero se define con toda precisión, y parece incontrastable. Es preciso que la ciencia se adelante á ella, y la encauze en los límites del derecho.

Obsérvese bien, señores, y medítese en la analogía que existe entre un estado que hace una guerra defensiva contra otro que, erigido en autoridad, la trae ofensiva, invocando el orden internacional, y un pueblo que se alza en revolución, para resistir al gobierno de hecho que rige la sociedad, y dice defender el orden político. Este se proclama autoridad en la sociedad civil, con el mismo título con que se atribuye ese carácter en la sociedad internacional el estado agresor que, en posesión de la fuerza, toma también posesión de la autoridad internacional, que, como *res nullius*, viene á pertenecer de hecho al primer ocupante.

En ambos casos existe, pues, la autoridad; en ambos será la fuerza, será la guerra, la que, en definitiva, establecerá cuál es, de hecho, la autoridad legítima; en ambos, la sanción expresa del pueblo ó de las naciones, que constituiría la verdadera legitimidad, queda sustituída por el silencio, por la resignación de la humanidad ó del pueblo, y afianzada en el tiempo por la prescripción ó por el hecho consumado.

Si negamos, pues, señores, la existencia de la autoridad en la sociedad internacional, porque es sólo la fuerza la que en ésta la ejerce, tendremos que negar también su existencia en la sociedad civil, porque también en ella concurre muy á menudo esa circuns-

tancia. La historia de las sociedades políticas no es sino la historia de sus grandes revoluciones, la de sus constantes tentativas por hallar lo que también busca la sociedad internacional: la forma de constituir la autoridad legítima, ó de hacer práctico el principio absoluto de justicia que debe reglar las relaciones entre los hombres ó entre los estados.

Caen, señores, los estados débiles, víctima de los fuertes, en la sociedad internacional, como caen, víctima de la injusticia de los magistrados ó de los otros hombres, las personas débiles, físicas ó colectivas, en la sociedad civil.

¿No se constituyen muchas veces por la fuerza ó por el fraude las autoridades en el seno del estado?

¿Pues en qué se diferencia, señores, esa *sentencia política*, dictada y sancionada en definitiva por la fuerza interna que prevalece, de la *sentencia internacional* contenida en uno de esos llamados casi sarcásticamente tratados, ¡y tratados de paz! impuestos por el vencedor al estado vencido?

La consecuencia de todo esto, señores, es, á mi entender, la siguiente: en la sociedad internacional, lo mismo que en la sociedad política, el simple funcionamiento del organismo social, que obedece á una ley divina, tiende á la constitución de una autoridad, como tienden los átomos, por su propia rotación, á agruparse en torno de un núcleo: ó esa autoridad se constituye de derecho, ó se constituye de hecho, que acaso fué el derecho primitivo; pero se constituye forzosamente. Sin ella, la guerra es inevitable.

La solución del gran problema que nos hemos planteado no debe buscarse, pues, en el rechazo de la autoridad internacional, sino en hacer á ésta legítima, en buscar el misterio de su forma constitutiva, desentrañándola de los principios y de los hechos. Es el secreto del porvenir, como antes lo he afirmado; es la labor del presente.

Sustituir la autoridad de derecho, la autoridad determinada por la voluntad inteligente del hombre, á la simple autoridad de hecho emanada de una fuerza ó dinamismo ajeno á la razón y á la libertad individuales humanas, ha sido la larga y lenta labor de las sociedades políticas; ella ha dado por resultado, hasta hoy, la proclamación del principio de la soberanía popular, cuya forma de ejercicio perfecto busca en vano la ciencia del derecho constitucional, que día á día se perfecciona con la educación cívica de los pueblos.

Pues bien, señores: esa misma labor, más larga y más lenta, pero no más sangrienta, porque no lo son más las guerras internacionales que las civiles, esa misma labor es la que sigue al través de los tiempos la sociedad internacional; ese mismo ideal de soberanía razonable es el que persigue, sin lograr alcanzarlo, la ciencia del derecho de gentes; y ese es, señores, el ideal que hoy congrega á todos los miembros de la gran familia ibero-americana, en el congreso jurídico que en este acto se inaugura, para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Nuestro programa propone especialmente á nuestro estudio, como solución del problema que he planteado, el arbitraje internacional, y el señor Cánovas del Castillo acaba de marcarlo con el dedo en su magistral discurso, como el núcleo de nuestras deliberaciones.

Sí, señores; ahí está la palabra de orden de esta asamblea; el arbitraje internacional es la última palabra de la ciencia jurídica moderna, para acercarnos á la solución del problema que acabo de indicar, ya que no es su verdadera solución.

Todos los otros proyectos de paz universal han fracasado como lo sabéis: sólo el arbitraje persiste en los dominios de la ciencia jurídica.

Pues bien, señores: los estados de nuestra América lo aceptan unánimes; puedo declararlo sin vacilación. Aun más: me parece sentir en este momento, que, no sólo el Uruguay mi patria, sino todos mis hermanos los estados de la familia ibero-americana, me incitan á reclamar para nuestra América el honor de ser llamada la patria del arbitraje internacional.

Bien sabéis, señores, que, á despecho de los que se empeñan en buscar en la antigüedad, y aun en las edades media y moderna, la genealogía del arbitraje, es éste, como entidad jurídica, una institución contemporánea; el arbitraje de Ginebra sobre el *Alabama*, en 1872, y las declaraciones del parlamento italiano, hechas más ó menos en la misma fecha á instancia de Mancini, en favor de la cláusula compromisaria, son, en Europa, los actos iniciales de esa nueva faz del derecho de gentes.

Ahora bien, señores: medio siglo antes de que tales sucesos se produjeran en Europa, ya la cláusula compromisaria se introducía, por iniciativa de Bolívar, en los primeros tratados de las repúblicas americanas recién nacidas; ya la idea de un tribunal de arbitraje figuraba en ellos. Y si bien es cierto que esa idea de arbitraje nacía allí vinculada á la de liga ó confederación, opuesta á una posible reacción contra la común independencia, no por eso perdía su carácter esencial: y si bien la influencia de tales pactos podría considerarse circunscrita á la reducida esfera de acción de aquellas incipientes repúblicas, bueno será recordar que, en algunos de ellos, fueron partes Inglaterra y Estados Unidos, que, medio siglo después, habían de someter al mismo procedimiento la solución del conflicto producido por los célebres corsarios de la guerra de secesión.

Desde los tratados á que dieron lugar los congresos de Panamá de 1822 y 1826; desde los formulados en los congresos y conferencias de Lima (1847-48) y de Santiago y Wáshington (1856) y Lima (1864-65), hasta los celebrados entre el Brasil y la Argentina y el Paraguay para arreglar arbitralmente la cuestión de límites con este último, ó los que actualmente someten á arbitraje la importante cuestión de Misiones entre los dos primeros, una serie no interrumpida de pactos internacionales, concluídos entre los estados americanos, y entre estos y los europeos, da testimonio, como

sabéis, de lo que afirmo: la América española podría reclamar, y no sin títulos, el derecho de ser llamada la patria inicial del arbitraje, considerado como institución jurídica.

¿Pero es realmente el arbitraje la solución del problema?

Nó, señores: no debemos hacernos ilusiones: el arbitraje que, precedido de la mediación, los buenos oficios, las comisiones de investigación, las gestiones diplomáticas, es el gran triunfo de la razón pública en la época moderna, no es, sin embargo, como antes lo he afirmado, la solución que se busca; no es esa entidad, entrevista por la ciencia jurídica y por el anhelo universal que ha de desempeñar, en la sociedad internacional, las funciones que desempeña en la civil, la autoridad legítima. Esas dos entidades difieren substancialmente: la autoridad es fuerza; el arbitraje es razón; la autoridad es poder moral, y también jurídico, que engendra deberes y derechos perfectos; el arbitraje es sólo poder moral, que da origen á deberes y derechos imperfectos sin sanción coercitiva; la autoridad es, en la sociedad, la encarnación de algo superior substancialmente á los individuos que la componen, y que, siendo iguales entre sí, no pueden crear, por el simple hecho de reunirse, una superioridad que obligue en conciencia, y que no tienen individualmente considerados; el arbitraje no entraña ese espíritu superior, ordenador del caos, que flota sobre los estados como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas antes de nacer la luz; encarna sólo la voluntad de los estados que á él se someten voluntariamente; es delegación revocable de igualdad inalienable: no es tribunal, no es espada, no sale de la esfera del derecho individual de los estados coexistentes. Examínese bien la fórmula *arbitraje internacional obligatorio*, señores, y se la verá desvanecerse en el principio de contradicción; arbitraje y obligación jurídica son términos que se excluyen; el arbitraje no pertenece, pues, al derecho constitucional de la sociedad de los estados soberanos; es un artículo de su derecho civil incipiente; no resuelve, por consiguiente, el punto relativo á la organización social de los estados soberanos.

No debemos, pues, contar con el arbitraje, señores, para los conflictos internacionales en que el elemento político predomine, con prescindencia, tácita ó expresa, del elemento jurídico. En tales casos, mal puede invocarse el derecho positivo, cuando se trata precisamente de crearlo, ó, más propiamente dicho, de destruir el existente para sustituirlo por uno nuevo.

Es claro, señores, que estoy hablando del derecho positivo con sanción coercitiva, del derecho que se indentifica con la ley. El derecho, facultad ó potencia que defiende y guarda los atributos inherentes á la personalidad, es una entidad, nó del orden físico, sino del racional y moral. Nada tiene, pues, que ver con la fuerza física; ésta no puede ni crearlo ni aniquilarlo. El nuevo derecho positivo á que me refiero, germina y crece muchas veces sobre las ruinas de la moral y de la justicia absoluta, como esas plantas que nacen en la tierra abonada por la ceniza de los bosques incen-

diados; y ese derecho engendra nuevas personas colectivas, que nacen, y se desarrollan, y se perpetúan, como esos hijos hermosos, y aun virtuosos, que nacen de madre adúltera, ó como aquellos bastardos que grababan entre las empresas de su heráldico escudo de nobleza los símbolos y los emblemas de su propia bastardía, adoptando como lema el *Honni soit qui mal y pense* del noble escudo.

Pero el arbitraje internacional, señores, es, y no es posible dudarlo, un paso hacia adelante, hacia la ignota cumbre que va escalando la caravana humana; el congreso jurídico ibero-americano lo proclamará, estoy seguro, como un postulado de la gran familia aquí reunida para conmemorar glorias comunes, y los representantes de las repúblicas hispano-americanas adheriremos á él sin vacilar, no sólo porque así lo aconseja la ciencia jurídica, sino porque, como antes lo he recordado, el arbitraje internacional está escrito en las tradiciones, y aun en las leyes positivas del derecho público americano.

También hallaréis en nosotros, señores, sinceros y entusiastas adherentes á los principios de derecho internacional privado, que, á falta de una imposible unidad ó uniformidad de legislaciones internas, diriman los conflictos de nuestras leyes respectivas, haciendo desaparecer, en lo posible, para ellas, las fronteras que nos separan, y acercándonos así más y más á la constitución jurídica de la sociedad internacional que antes he indicado, y que he entrevisto como el ideal remoto de la humanidad.

Porque si hoy prima quizá el principio según el cual la fuerza obligatoria de las leyes armónicas de un estado en el territorio de otro, depende sólo del consentimiento expreso ó tácito de dichos estados, en vista de conveniencias individuales recíprocas, existe indudablemente una ley, no escrita aún, que prescribe esa obligación, como emanada, no del derecho individual de los estados, y mucho menos de su libre arbitrio, sino del derecho social, hijo de la moral y la justicia, que los une en sociedad perfecta; esa ley sólo espera el legislador que la promulgue como la carta fundamental de la sociedad internacional constituída del porvenir, á fin de trasladarla de la esfera moral á la jurídica.

Nadie más predispuesto, señores, que los pueblos de nuestra América española á cooperar á la sanción de esas leyes que se ocupan del hombre en marcha al través del universo, y persiguen la más amplia extraterritorialidad del derecho, conciliada con la conservación y el funcionamiento regular del organismo nacional de los estados soberanos.

Yo creo ver, señores, en esas nuestras repúblicas, la patria clásica del Derecho Internacional Privado del porvenir, como veo en ellas, y en todos los estados menos fuertes, y por lo mismo que son débiles, los defensores naturales del derecho y de la justicia que constituyen su principal baluarte.

Formados por la emigración europea, que una ley providencial pone en movimiento para distribuir la humanidad sobre la tierra,

los horizontes de esas repúblicas jóvenes son como dos brazos siempre abiertos para recibir á los hombres, incorporarlos á su vida rebosante, y hacerlos parte integrante de su propio sér colectivo. La igualdad absoluta de derechos civiles y de condición social entre nacionales y extranjeros, es allí un postulado democrático. ¿Y como nó, si los llamados extranjeros son nuestros padres? ¿Cómo nó, si lejos de ser *extraneus*, transeuntes, son la base de nuestro propio hogar americano, y, por consiguiente, del conjunto de hogares que constituye la patria independiente y soberana?

Aun en cuanto á los derechos políticos, señores, el extranjero, ya que me es necesario emplear la palabra, es en nuestra patria tan extranjero cuanto él mismo quiere serlo, pero no más; en mi país puede serlo todo, menos presidente de la república. Nuestro ideal es hacernos amables, hasta inclinar hacia nosotros ese libre querer, respetando, sin embargo, el sentimiento de nacionalidad, tan delicado, tan celoso, tan natural, y que nosotros abrigamos como el que más. De eso se deduce, señores, que en los estados ibero-americanos, el interés político, el sentimiento de nacionalidad, lejos de pugnar, se identifica en un todo con el interés personal de los habitantes del estado, y hace de éste su objeto; la nacionalidad y el domicilio ó la residencia con ánimo de permanecer, de buscar el bienestar propio, de formar una familia, tienen que ser ideas inseparables en pueblos formados principalmente por hombres de nacionalidades varias, que allí se han domiciliado, formando por ese solo hecho, una nacionalidad nueva.

Si de esos hombres y de sus hijos, que somos nosotros, no se forman las potencias americanas, señores, ¿de qué se han de formar? ¿Qué sería de las diez y seis repúblicas ibero-americanas, si adoptáramos, como única base de los estados, el principio de la nacionalidad, que ata al hombre indefinidamente á su patria de origen, y con él á sus hijos y á los hijos de sus hijos?

Se refundirían las unas en las otras, para refundirse en seguida en sus metrópolis respectivas; y por ese camino, señores, ¿no iríamos á la reconstitución del antiguo imperio romano de que proceden los mismos pueblos latinos de la Europa occidental?

No puede ser idéntico al nuestro, bien lo comprendo, el criterio, por más amplio que sea, de los pueblos antiguos y de raza homogénea, en los cuales las inmigraciones en masa son desconocidas. No es posible exigir á esos pueblos la absoluta prescindencia de las tradiciones seculares, de las exigencias políticas, de los sentimientos de raza, para la resolución de los problemas de derecho internacional privado, que sólo buscan sin embargo el bien y la felicidad del hombre y de la familia, donde quiera que se encuentren, y considerados *como fin y no como medio* de las sociedades políticas.

De ahí, señores, que puedan surgir entre nosotros algunas discrepancias de doctrina jurídica, al desarrollar, en este importante fraternal congreso, los temas que se relacionan con el predominio de la ley ó estatuto personal ó de nacionalidad, en contraposición

con la ley territorial, del domicilio, ó estatuto real. Vosotros conocéis como yo, señores, las conclusiones á que llegó el Congreso Sud Americano de Derecho Internacional Privado que, á invitación del gobierno de mi país, la república del Uruguay, y del de su querida hermana la república Argentina, se celebró el año 1888 en la capital del Uruguay, y en el que estuvieron representados, además de los dos estados iniciadores, los de Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Perú. En ese Congreso de Montevideo se diseñó con bastante precisión la tendencia del derecho público y privado sudamericano: el hombre, antes que la agrupación política, como objeto del derecho internacional privado; la mayor extraterritorialidad del derecho, conciliada con la conservación y desarrollo de la soberanía nacional; la tierra poseída por el hombre; no el hombre poseído y dominado indefinidamente por la tierra; y, como consecuencia de tales premisas, el sistema del domicilio, como el recurso más científico de solución para los conflictos que surjan entre las diversas legislaciones, sin perjuicio de la *lex rei sitae*, y de las formas de los actos que crean vínculos jurídicos.

Pero esos principios, señores, no son inflexibles; muy lejos de ello; nosotros mismos debatimos largamente sobre su extensión y aplicación. Lejos, pues, de entorpecer ó desarmonizar las deliberaciones de este congreso, bien pueden proyectar sobre él la lumbre, aunque sea débil, de un ideal, más ó menos remoto, pero encendido y alimentado por el alma del pueblo hispano-americano, que, como todos los jóvenes, señores, acaso tenga proféticas ingenuidades.

Ese criterio sobre derecho internacional privado, presupone, á mi sentir, un criterio, también hispano-americano, sobre derecho internacional público, que acaso pudiera sintetizarse en esta fórmula que yo propongo: el hombre no es persona de derecho internacional, cuando no tiene un carácter representativo. Identificar, por consiguiente, los derechos ó intereses de un hombre con los de un estado, en las relaciones de derecho público; transformar el conflicto que surja entre un hombre y el estado soberano de su residencia, en un conflicto internacional entre estado y estado; aplicar á la solución de ese conflicto los principios de derecho que rigen las relaciones mutuas de las personas internacionales, y dar en él intervención ó personería á los representantes diplomáticos, es, sin duda alguna, un error científico, porque adiciona unidades heterogéneas, ó atribuye al hombre un carácter representativo, y le otorga una especie de credencial tácita perpetua para hacer solidaria de sus actos á la nación de que procede. Si se establece que un extranjero que es perjudicado en el estado de su residencia tiene derecho á recurrir, en demanda de justicia, á su país de origen, ¿no sería de lógica estricta el acordar al estado de la residencia de ese extranjero una acción contra la patria de éste, en caso de que sea el extranjero quien ocasiona el perjuicio? ¿Y no es esto absurdo á todas luces? Es claro, señores, que estoy hablando de las relaciones entre estados civilizados. La protección que un

estado presta á sus súbditos que se hallan entre bárbaros, no se basa en el principio de nacionalidad, sino en el de humanidad ; y esa protección puede prestarla, no sólo el estado de que procede el hombre, sino cualquiera nación del mundo, como ha sucedido en la guerra declarada por la humanidad entera á la esclavitud ó la piratería, cualquiera que sea el origen del hombre que es su víctima. Pero eso mismo demuestra que la intervención de un estado en el seno de otro para defender los derechos de los súbditos del primero, importa negar al segundo el carácter de pueblo civilizado, é inferirle, por consiguiente, un injusto agravio.

En ninguna asamblea, señores, mejor que en la que por este acto se inaugura, podrían encontrarse, promulgarse y llevarse á ejecución las soluciones desinteresadamente científicas de los grandes problemas del derecho internacional, sea público, sea privado. Yo siento aquí, señores, sin abandonar el terreno del raciocinio puro y simple, algo de esa noción vaga de patria internacional que ha entrevisto tantas veces la humanidad sin verla con precisión. No es aquel estado, ó confederación, ó imperio artificial y monstruoso, con que soñaron los empíricos, lo que se ofrece á mi examen en esta asamblea, en que se reunen á deliberar los estados procedentes de las dos grandes metrópolis descubridoras y pobladoras de América ; no es tampoco esa confusión moderna de la noción de estado y de nacionalidad, que atribuye, contra los dictados de la ciencia y la experiencia, sólo al clima, á la lengua, á las tradiciones, á las influencias étnicas, á los accidentes geográficos, el poder jurídico de formar los estados políticos soberanos ; doctrina sostenida por hombres de ciencia, y con todo, no más científica ni más consistente que los ensueños de monarquía universal. Pero yo veo aquí algo que, sin ser nada de eso, constituye, sin embargo, una entidad sociológica que no es posible desconocer ; hay entre los estados ibero-americanos una fuerza de cohesión innegable, que, sin confundirse con el vínculo político, ni con los intereses nacionales, ni con los cálculos ó combinaciones internacionales, imprime á este congreso una homogeneidad característica, muy distinta de la que tendría una asamblea formada por otros pueblos. Existe, pues, una nación ibero-americana ; yo veo en ella el núcleo de una de las sociedades internacionales parciales, de cuyo conjunto se formará acaso la gran sociedad internacional definitivamente constituída de que antes he hablado.

Yo no quiero entrar á analizar ese fenómeno ; me basta con consignarlo, me basta con sentirlo en el ambiente que nos envuelve. Yo no quiero hablar de raza, de religión, de lengua, de tradiciones; analizarlo demasiado, sería debilitar el poder del hecho que se ofrece directamente á nuestros ojos. Sólo quiero que me permitáis recordar, para terminar, que esos grandes agentes de cohesión entre los hombres y los pueblos, como procedentes de designios providenciales, suelen hacer su aparición en los grandes momentos his-

tóricos, y desbaratar los veleidosos planes de los hombres, restableciendo los equilibrios humanos perturbados.

No reneguemos, señores, de ese agente misterioso que nos vincula y nos vinculará, con nuestra voluntad, sin nuestra voluntad y aun contra nuestra voluntad; cultivémosle más bien, y cifremos en él las grandes esperanzas de la familia ibérica. Lo quiere la historia, lo permite la ciencia, y lo confirma el corazón. Y yo, señores, lo proclamo con gran satisfacción en este momento, como el mejor tributo que, sin disonar en la serenidad de un congreso científico, puedo ofrecer, en nombre de América, á la esclarecida nación que, hace cuatro siglos, supo identificar la más pura y más fecunda de sus glorias, con el primero entre los recuerdos, y la primera entre las grandes efemérides del continente americano.





LA LENGUA CASTELLANA

Memoria presentada en el "Congreso Literario Hispano-Americano" celebrado en Madrid, (31 de Octubre á 10 de Noviembre de 1892) en la que se desarolla el tema 1.º de la sección filológica: "Razones de conveniencia general que aconsejan la conservación en toda su integridad del idioma castellano en los pueblos de la gran familia hispano-americana".

(Actas de sesiones del Congreso Literario Hispano-Americano)

SUMARIO: El descubrimiento de América, hecho inicial de la edad moderna.—La lengua castellana en América.—Necesidad y conveniencia de su cultivo y conservación, ante todo en España y para España.—Proporciones y efectos de su difusión en América.—El maestro Lebrija y su primera gramática.—Necesidad y conveniencia de la conservación del castellano en América.—Proposición de don Andrés Bello.—La unidad de lengua signo de progreso y esplendor.—Las lenguas americanas.—Su infinita variedad.—Causas de ésta.—La procedencia del hombre americano.—Las tribus aisladas.—La conservación del idioma conciliada con su vida y su desarrollo orgánico.—La influencia popular conciliada con la científica.—Influencias que han obrado sobre la lengua castellana en América.—Acción de las lenguas extranjeras.—El vocabulario y la sintaxis.—Principios fundamentales de Max Müller.—La herencia común.

Señores:

Es un error, que la historia deberá rectificar, el haberse establecido la toma de Constatinopla (1453) como el hecho inicial de la edad moderna.

No es, por supuesto, menos errónea, á mi sentir, la opinión de los que indican la predicación de la Reforma por Lutero, (1517) ó la revolución francesa (1789).

No faltan autores, como sabéis, que sólo admiten dos edades, limitadas por el nacimiento del Redentor del mundo: la antigua ó pagana, y la moderna ó cristiana. Aun predominando esta opinión, el hecho de la difusión del Evangelio en un continente aparecido á la humanidad, no podría menos de establecer una subdi-

visión fundamental en la segunda de esas edades. El descubrimiento de América, determinando un cambio de ley ó de estado en un mundo nuevo, tiene que dar origen á una nueva edad, si es que por edad debe entenderse, como es opinión general, un período de la historia iniciado por una de esas transformaciones.

. Pero aun aceptando las divisiones corrientes, creo que los sucesos que determinan el tránsito de la época medioeval á la nueva época son, sin ningún género de duda, la toma de Granada y el descubrimiento de América. Esos dos acontecimientos cambian la faz de la humanidad ; cierran un pasado y abren un porvenir ; radican definitivamente la civilización cristiana en Europa, y, haciéndola dar un paso inaudito en su marcha providencial, que, como la del sol, avanza de oriente á occidente, abren el occidente desconocido, la cuarta parte del planeta, al paso triunfal del Evangelio.

La marcha de la cruz en la sobrevesta de los cruzados al través de Europa, pero de occidente á oriente, para reconquistar el santo sepulcro ; su mismo paso de las catacumbas á la corona de Constantino, ejercen, á mi sentir, menos influencia en los destinos humanos, que su salto desde las almenas de la torre bermeja de Granada hasta las playas del nuevo mundo, al través de las tinieblas impenetrables del mar ignoto.

Cupo á España la gloria de abrir ese nuevo horizonte á la humanidad, y de descubrirle sus nuevos destinos.

Digitus Dei est hic.

Era quizás el premio que discernía la Providencia á su esfuerzo de ocho siglos ; era que la Providencia ponía la cruz que debía pasar al mundo nuevo al través del Atlántico, en la misma mano que, como ninguna otra, había sostenido esa cruz en el mundo antiguo, con perseverancia secular ; era que la sangre que debía poblar el continente reservado al más digno de poseerlo, tenía que ser la misma que había llenado los fosos del antemural de la civilización cristiana en Europa, de ese baluarte pirenaico, en cuyas crestas y gargantas los siglos medioevales vieron siempre de pie, con la mano en la cruz de la espada, y el corazón en la cruz de la bandera, al obstinado pueblo ibero, al centinela de hierro que guardó las puertas últimas del mar que se apoyaban en las columnas de Hércules ; era por fin, señores, que en la misma lengua en que había sido pronunciado el nombre de Dios en Covadonga y las Navas y el Salado, para que fuera oído con pavor por el infiel, al cerrar tras él para siempre aquellas puertas, debía ser pronunciado por primera vez en el mundo recién nacido, á fin de que fuera escuchado con asombro de esperanza por la selva virgen, por el desierto, por el hombre americano.

Esa lengua castellana tomó entonces posesión de aquel mundo iluminándolo, y aun hoy es su dueña en gran parte.

¿ Debe arrebatársele ese dominio secular ?

¿ Hay alguna lengua que pueda ejercer, á justo título, contra la castellana, el derecho de reivindicación ?

¿O hay, por el contrario, razones, no sólo de conveniencia, sino también de naturaleza, que aconsejan é imponen la conservación del común idioma castellano en los pueblos de la gran familia fundada por la madre España en el continente que descubrió ?

La conveniencia de esa conversación, sus razones, los perjuicios de una desmembración que entrañaría la destrucción del más precioso de los patrimonios, constituirán el tema de esta sintética memoria, cuyas deficiencias deberán atribuirse, no sólo á la escasez de facultades de su autor, á quien, sin merecerlo, habéis honrado con la presidencia de la primera comisión de este congreso, y, por eso, está en el deber de hablaros, sino también á la desproporción entre lo vasto del asunto, y el tiempo de que le es dado á aquél disponer para su racional desarrollo.

Si en América ha habido quien lo niegue, señores, no ha llegado á mi noticia que haya existido en España quien ponga en duda la conveniencia de que la lengua castellana sea conservada en todos los pueblos americanos que actualmente la hablan. Testimonio viviente de la más grande y más fecunda de las glorias nacionales, ya que el descubrimiento de América á que dió cima España es la « mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó », según la gráfica expresión de Gómara ; ensanche inmenso de la esfera de jurisdicción del pensar y del sentir españoles ; arteria por donde circulan al través del mundo, como sangre del alma, las tradiciones, las costumbres, el espíritu de esta nación, es indudable que ningún español puede desear que las fronteras territoriales de su patria formen un valladar que detenga el vuelo de su pensamiento, siendo así que el mismo impulso y el mismo esfuerzo pueden hacer que ese pensamiento, sin perder ni el polvo brillante de sus alas, ni el calor del alma en que nace, salve aquellas fronteras, y se difunda por la tercera parte del mundo civilizado.

No cabe en las proporciones de esta memoria, señores, el ofreceros un estudio estadístico sobre el colosal desarrollo que ha tomado y está llamada á tomar la población de las repúblicas iberoamericanas, dueñas de una superficie de más de veinte millones de kilómetros cuadrados ; me permitiréis benévolamente, sin embargo, darme la satisfacción de citar como ejemplo, ya que alguno he de citar, el que ofrece la república del Uruguay, mi patria, la cual, nacida á la vida independiente hace sólo sesenta años, con una población total de *setenta ú ochenta mil* habitantes, diseminados en su privilegiado territorio de doscientos mil kilómetros, ofrece hoy en su sola capital, Montevideo, una población de doscientos quince mil almas, y entrará al siglo veinte con un millón de habitantes de raza caucásica en su casi totalidad. Toda la América de origen ibérico, que ha seguido una proporción análoga, tiene hoy una población de sesenta millones de almas, en una superficie de más de veinte millones de kilómetros cuadrados.

Ese es, señores, el campo de acción, trazado en un solo rasgo, de la lengua castellana en el continente de Colón.

Si se considera además que ese extraordinario aumento de población se ha formado, en gran parte, por la inmigración procedente de todos los pueblos de Europa, de orígenes y lenguas diferentes, y que los hijos de esos millones de hombres, franceses, ingleses, italianos, alemanes, que han convergido y seguirán convergiendo á América, hablarán como nosotros la lengua castellana, á la que, como nosotros, llamarán su lengua madre ; si se advierte que todos esos hombres del presente y del porvenir, aunque originarios de diversas razas humanas, oirán en lengua castellana los cantos de la cuna, en castellano pronunciarán el nombre de Dios y el de la Patria, y en lengua castellana darán el último adios á las generaciones que dejen en pos de sí, legándoles, con el idioma, el espíritu español que lo informa y vivifica, no es concebible que pueda existir un hijo de la tierra de Cervantes, que no vea en la conservación de la unidad de su lengua dentro de la gran familia hispano-americana, el triunfo más sólido, el verdadero triunfo de la España descubridora de mundos. ¿ Qué ha sido, qué queda, señores, de los antiguos dominios españoles en Cerdeña, en Sicilia, en Nápoles, en Flandes ? Todo se ha desvanecido en el tiempo apenas si algún nombre nos recuerda que allí venció España, y que allí dominó. Y en cambio, en nuestra América, ¿ qué importa la ruptura de sus vínculos políticos con la metrópoli, si los estados que allí han nacido son arterias por las cuales continúa circulando la sangre melodiosa de la lengua común, que el corazón secular la madre España, continúa elaborando y distribuyendo por el árbol circulatorio de la familia ?

Es indudable, señores: el lenguaje es, para un pueblo, lo que la sangre para un organismo ; como ésta determina la constitución en el hombre, aquél determina el temperamento en una nación sus tendencias, su carácter. El lenguaje es una perpetua sugestión la misma asimilación de ideas extrañas tiene que hacerse previa traducción de esas ideas á la propia lengua ; y la traducción es, en sí misma, una transformación en substancia propia, una adaptación á nuestro modo de ser.

Cuando el americano, señores, que de veras ama á España, recuerda, como yo lo hago en estos momentos, la deuda de gratitud que la América tiene contraída para la nación que le dió la civilización cristiana, no puede menos de experimentar cierta satisfacción al considerar ese predominio de la lengua española ; le parece que, con orgullo filial, puede decir á la madre patria : tú conquistaste América para la civilización cristiana, á trueque de grandes sacrificios que te extenuaron ; América, para pagarte tan inolvidable beneficio, conquista gran parte del mundo para tí : ahí tienes esos sesenta millones de hombres, procedentes de los cuatro vientos, que hablan tu lengua ; los hijos, y los hijos de los hijos de esos hombres, hasta las innúmeras generaciones, la llamarán como nosotros, lengua madre ; y tú, oh vieja heroína de la historia, tú reinarás en la tercera parte del mundo con sólo hablar. Y tu reino no tendrá fin, mientras haya palabra humana.

Pero señores: para que España pueda ejercitar el derecho que asiste á su lengua sobre el mundo que sacó del mar; para que la madre patria sea, como debe ser, el núcleo de resistencia contra las tendencias disgregadoras, y el de lucha inteligente en pro de la unidad de la lengua en toda la familia hispano-americana, fuerza nos será convenir en que debe tomar á pechos la conservación de esa unidad dentro de sus propias fronteras, y dedicarse á ella con ahinco. Esa unidad casi se identifica con la unidad nacional, como quiera que ella fué también la conquista á que dió cima el esfuerzo secular de la España que triunfó en Granada.

Notad, señores, una circunstancia muy digna de mención al respecto: en los precisos momentos en que España recoge las llaves del último baluarte moro; en el momento en que entrega tres barcos y un puñado de sus héroes al vidente genovés, para que vaya en busca de la visión surgente del Atlántico, el maestro Lebrija da á la prensa la primera *Gramática Castellana*, con el propósito, según él mismo lo dice, *de engrandecer las cosas de su nación*, y de dar á su patria, en los momentos en que las naves de Colón cruzaban el mar tenebroso, *una lengua definitiva, para imponer con ella sus leyes de vencedor á los pueblos bárbaros ó naciones de peregrinas lenguas que conquiste, y que tendrán que recibir aquellas leyes.* La lengua española se formaba, pues, en definitiva, especialmente para la América, para sustituir con ella las peregrinas lenguas del nuevo mundo.

El insigne maestro tenía razón: el pequeño libro que escribía era más poderoso, para asegurar la conquista, que los mosquetes y arcabuces de los soldados; ella es lo que ha quedado á Espana de todo su dominio. Es bastante, sin embargo.

Pero hoy ya no existen, como en los tiempos de Lebrija, conquistados y conquistadores, vencedores y vencidos; hoy España, bien que vencedora en el tiempo y en el espacio, no intenta imponer sus leyes: reclama sólo, y no sin causa, el derecho, y cumple solícita con su deber de madre, al estimular á sus hijos, de aquende y de allende el Atlántico, á no dilapidar la preciada y costosa herencia de la lengua común, que hace comunes las glorias, común el caudal literario de los siglos de esplendor, y da á nuestras ideas, al encenderse en nuestro verbo común, la vibración necesaria para brillar, como las constelaciones cenitales, sobre los dos hemisferios.

La América, dignamente representada en este congreso literario, debe adherir, señores, sin vacilar, á tal y tan simpático propósito, y pugnará con vosotros en defensa de su herencia. Sensible es que para ello cuente en este momento con tan débil intérprete; pero para que, cuando menos en su proposición fundamental, tenga esta memoria la debida autoridad, invocaré la opinión del más ilustre de los filólogos americanos, de autoridad irrecusable. El esclarecido don Andrés Bello juzga de tal importancia la unidad del lenguaje hispano-americano, que no vacila en afirmar que ese era uno de los principales fines que perseguía al escribir su *Gramática Castellana*, obra monumental que es honra y prez de las letras

españolas. «Juzgo importante, dice el sabio venezolano, la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación, y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.» Como se ve, la proposición del maestro americano coincide en un todo con la de la primera sección de Filología que me cabe la honra de desarrollar en este congreso literario hispanoamericano. Voy, pues, en buena compañía, y recorreré con seguridad el camino.

Sí, señores: la América debe conservar y conservará, de acuerdo con España, la unidad de la lengua común; debe vigorizar los agentes que á ello contribuyen, y combatir los que propenden á menoscabar tan preciosa unidad. Pero, como lo afirma el mismo Bello, es preciso no confundir la unidad con el purismo supersticioso; ella no pugna tampoco, en manera alguna, con el desarrollo progresivo, natural y científico, del organismo vivo del idioma, ni es parte á arrebatarle la fuerza asimiladora que caracteriza la vida, sino que, por el contrario, alimenta su vigor y acrecienta sus energías, á fin de que pueda absorber sin ser absorbido; así podrá armonizar el crecimiento con la existencia, el movimiento con el orden, la autoridad y el uso con la ciencia y con la lógica.

Eso es lo que demostraré en esta memoria.

Con decir que los pueblos que hoy hablan el idioma castellano son, como no es posible dudarlo, sociabilidades civilizadas con personalidad y carácter propios, dicho se está que deben considerar su lengua tan inconmovible y permanente en su esencia y en su genio, como su propia personalidad política y sociológica. Dudar de la primera ó suponerla en formación caótica, es vacilar sobre la segunda, es considerarse á sí mismo como un embrión, como la materia cósmica de que se formará ó no se formará un sér colectivo, pero no como una persona social determinada y definitiva. Y huelga decir que un pueblo que admite dudas sobre su propia existencia de tal, no puede ser considerado como un pueblo.

La unidad de las lenguas con vasta jurisdicción territorial ha coincidido siempre, en la historia de la humanidad, con las épocas de progreso y esplendor de las naciones; la desmembración del lenguaje, por el contrario, ha sido signo inequívoco de decadencia; ha representado, en el orden moral y social, lo que el feudalismo ó la anarquía en el orden político, lo que la descomposición cadavérica en el orgánico. Los hechos que pudiera citar en apoyo de mi afirmación han acudido ya á vuestra memoria, según son ellos notorios y concluyentes; pero ninguno más interesante, oportuno y digno de estudio, que el que nos ofrecían los pueblos salvajes de América al ser ésta descubierta. Una infinita variedad de lenguas, revelación del estado de aislamiento y de ignorancia de aquellos hombres, poblaba el continente, y era indudablemente una de las causas, y no la menos principal, que impedía, y hubiera impedido siempre, su civilización, si una lengua común no hubiera creado allí la comunicación moral é intelectual de los hombres

La América era un torre de Babel. Los escritores de los primeros tiempos del descubrimiento, Fernández de Oviedo, Solórzano, los misioneros, nos manifiestan su sorpresa al respecto; el padre Kircher, citado por el erudito Fernández y González, lleva el número de lenguas americanas á quinientas; en el siglo XVIII, don Juan Francisco López afirma que se hablaban en las Indias occidentales no menos de mil quinientas; y esta opinión aparece confirmada por el abate Clavijero, que atestiguaba haber distinguido hasta treinta y cinco lenguas diferentes, sólo en naciones conocidas de la jurisdicción de Méjico. En el siglo pasado, los estudios de Buschmann, D'Orbigny, Orozco y Berra, Bancroft, Federico Muller y otros, citados también por Fernández y González, denuncian cifras análogas; y Brinton, el ilustre profesor de arqueología y de lingüística americanas, habla de unos ochocientos cincuenta y cuatro lenguajes, entre idiomas y dialectos.

¿Cuáles eran las causas de esa enorme variedad de dialectos y lenguas en el continente descubierto por Colón?

No hay duda de que la diversidad de origen del hombre americano es una de ellas. Ni mi preparación científica en esta materia, que excede mis facultades; ni la índole y proporciones de esta memoria, me autorizan á desarrollar ese debatido é interesantísimo tema. Yo creo, sin embargo, con las últimas conclusiones de la ciencia, que existieron en nuestro planeta comunicaciones terrestres ó marítimas distintas de las que conocemos por la historia del hombre. Cada período geológico ha modificado la estructura de la costra terrestre; aun en nuestros días, sentimos de vez en cuando, como es notorio, bajo nuestros pies, la lenta continuación subterránea de ese misterioso proceso evolutivo de tierras y de mares. Se eleva el suelo submarino del Atlántico, se modifica el relieve de las costas, parece que, como enormes cetáceos dormidos sobre el mar, los continentes, al moverse y cambiar lentamente de estructura, quieren demostrarnos que, aunque sumergidos en sueño secular, no están muertos. Existió un continente en el Atlántico entre América y Africa; esas constelaciones de islas de los archipiélagos del Pacífico son restos que sobrenadan de otros continentes tragados por el mar, son como palabras que persisten de un idioma extinguido; la Australia es un pedazo de una pequeña América, rota por un zarpazo del abismo.

Sí: ha habido un día, envuelto en niebla, en que el antiguo y el nuevo mundo se han dado la mano; por allí, por el Atlántico y por el Pacífico, desde el occidente de Europa y desde el oriente de Asia, ha pasado á América la emigración humana, hasta que los levantamientos de los Alpes, quizá, del Himalaya, de los Andes, y los derrumbes caóticos acaecidos en el Atlántico y en el Pacífico, interpusieron las inmensidades oceánicas entre los continentes que sobrevivieron al gran cataclismo geológico.

Quedaron, pues, en América, diversos pueblos de distintos orígenes, con diferentes caracteres antropológicos, con diversas lenguas. Pero si bien es cierto que esa es una de las causas, sin

duda la principal, de la variedad de lenguajes americanos, no lo es menos que la desmembración ó descomposición de éstos, y la consiguiente formación de infinitos dialectos, á que antes me he referido, tuvieron por causa, y fueron causa á su vez, de la decadencia, de la ignorancia y de la barbarie en que la civilización cristiana encontró á los aborígenes de América. Sin terciar en las disputas que se han empeñado á este respecto, á mí me basta saber, para apreciar dicho estado, aun entre los pueblos más adelantados del continente en la época del descubrimiento, lo siguiente: en materia moral, no conocían á Dios, mucho menos á Jesucristo, y ofrecían sacrificios humanos; en materia económica, no conocían la moneda; en materia industrial, no conocían la rueda.

Max Müller cita una observación de Mr. H. Bates, que vivió muchos años entre las tribus del Amazonas, y que es muy digna de ser tenida en cuenta, siquiera sea por el color sugestivo con que está expuesta.

« La lengua, dice Bates, no es un guía seguro para establecer la filiación de las tribus brasileñas, puesto que siete ú ocho lenguas se hablan en las orillas de un mismo río, en un espacio de 200 ó 300 millas. Hay en las costumbres indias ciertas particularides, que acarrean la alteración de las lenguas y la separación de los dialectos. Desde el momento en que los indios, hombres ó mujeres, se ponen á conversar entre sí, parece que tienen un placer especial en desfigurar las palabras y en inventar pronunciaciones nuevas. Es ciertamente divertido el ver cómo toda la reunión estalla en risa, cuando el gracioso del corrillo encuentra algún nuevo término de jerga ó jerigonza ; y esas palabras nuevas permanecen muy á menudo ».

« Desde que estas corrupciones de lenguaje se producen en una familia ó en una pequeña horda, que permanece á menudo, durante largos años, sin comunicación con las demás tribus, aquellas palabras quedan consagradas por el uso definitivamente. Así es como las hordas separadas, aunque pertenezcan á la misma tribu y habiten las orillas del mismos río, acaban, después de un número de años de aislamiento, por no ser entendidas por sus hermanos. Me parece, pues, muy probable que, en esta disposición á inventar nuevas palabras y nuevas pronunciaciones, y en el aislamiento en que viven las hordas y las tribus, es en donde podemos encontrar las causas de la asombrosa diversidad de los dialectos de la América Meridional ».

¿ No es verdad, señores, que, si bien en menores proporciones, algo de lo que observaba Bates entre los salvajes podría observarse en el seno de nuestras sociedades cultas, para atribuir á ello la decadencia ó la desmembración de nuestra lengua común? ¿ No es verdad que ello nos debe mover y convidar á ponernos en guardia, parapetados en la ciencia y el buen sentido, contra la invasión de la ignorancia inconsciente, que así habla de reformar ó enriquecer la lengua sin conocerla, como de formar nuevos idiomas al azar?

Como desaparecen las estrellas, cuya luz de plata parece diluirse en las primeras tintas de la aurora, así desaparecieron las lenguas primitivas de América al salir el sol de nuestra lengua castellana; y es incontrovertible que la marcha de la civilización en el continente, ha sido determinada por la ascensión de ese sol en el cielo de nuestra América española. Cuando menos, es un hecho que allí donde su luz no ha penetrado, ha continuado la noche de la barbarie.

Pretender que los pueblos americanos retrograden de esa luz meridiana, si nó al caos absoluto de las lenguas aborígenes primitivas, al vago crepúsculo en que se hallaban los pueblos occidentales de Europa antes de la formación de sus actuales lenguas, sería renunciar, sin causa alguna ni pretexto, al legado providencial de los siglos. Y no otra cosa que esa regresión sería la formación de dialectos en las diferentes regiones ó estados americanos, sin más base que la ignorancia de la lengua heredada, ó el desdén indolente en lo relativo á su cultivo científico, y á la conservación de su pureza y unidad.

Bien es verdad que ha habido quien afirme que la lengua castellana llegará á ser, con el andar del tiempo, lo que el latín clásico: una lengua muerta, que sólo vivirá en sus hijos; estos serán tantos cuantos sean los estados hispano-americanos, España misma inclusive. Pero esa hipótesis, además de ser gratuita, no puede sernos simpática. No fué ciertamente una ventaja para el mundo romano la desmembración de la lengua común, si es que común pudo considerarse en él la lengua latina, como lo es hoy la castellana entre los pueblos de América, lo que no creo. Si esa comunidad hubiera existido, nada hubiera sido más grande que su conservación. Imaginémonos, si nó, á la Italia, la Francia, la Rumania, la España, el Portugal, y todos los estados iberoamericanos hablando la misma lengua, cultivándola, inoculándole la vida intelectual y moral de toda esa gran familia latina. ¡Qué tesoro no sería para ésta la posesión de esa lengua común!

Pero he dicho que la hipótesis es gratuita. La desmembración del latín, y la formación de los idiomas romances, obedecieron á causas que la ciencia ha estudiado y establecido, y que no obran sobre el castellano. Ni las influencias étnicas y antropológicas; ni las sociológicas determinadas por las distintas invasiones del Norte en los diversos pueblos de la Europa occidental; ni el aislamiento en que éstos se encontraban por falta de fáciles comunicaciones; ni las rivalidades seculares de sentimientos é intereses entre los distintos pueblos, ni nada de lo que determinó la formación del francés al lado del español, ó del italiano al lado del francés, concurren á formar el argentino al lado del uruguayo ó del chileno, ni el mejicano al lado del centroamericano. Las grandes influencias que pueden modificar la lengua castellana se ejercerán por igual en toda su masa, en todos los pueblos que la hablan, España inclusive; las diferencias locales serán siempre accidentales, más de vocabulario que de sintaxis, tal cual acontece con

el francés en las diversas regiones de Francia, ó con el español en las de España.

Porque es preciso no echar en olvido que la dominación de Roma sobre los pueblos europeos, fué militar y política ; pero no sustituyó un pueblo á otro en las regiones á donde llevó sus armas. Las poblaciones europeas primitivas, aunque adoptaron la lengua del vencedor, persistieron como entidades sociológicas, se desarrollaron, constituyeron la única base de las distintas naciones latinas. No así en América : las poblaciones aborígenes han sido allí sustituídas por la nueva raza europea, que llevaba como verbo la lengua española, y es ésta exclusivamente la que ha servido de base á las distintas sociabilidades americanas. La civilización del nuevo mundo es, desde su origen, la civilización europea, la civilización cristiana ; no la azteca, ni la incásica, ni la guaranítica, que, como entidades sociológicas, desaparecieron desde los albores de la conquista. La colonización europea en América fué una especie de repoblación.

Es verdad que, así como España impuso su lengua á las distintas regiones de América que dominó, Roma había impuesto la suya, el latín, á los distintos pueblos de Europa ; ese predominio del latín en Europa, fué, sin duda alguna, tan grande ó mayor que el del español en América ; llego á creer que lo fué más : creo que los vestigios de las lenguas primitivas americanas en nuestro lenguaje popular, no son menores que los que quedan en el español de las lenguas primitivas de los iberos, de los celtas, de los fenicios y demás pueblos anteriores á la dominación púnica, y aún más que á los que dejaron los bárbaros del Norte y los mismos árabes, con haber éstos dominado durante largos siglos en la península. El español, como el italiano ó el francés ó los otros romances, es hijo exclusivamente del latín ; quíteseles todo lo que puedan tener de celta, de godo, de árabe, y apenas si se echará de menos ; hágase con el español, por ejemplo, la prueba que hizo Chevallet con el francés, cuando puso el mismo pasaje de la Biblia en celto-bretón, en tudesco, en latín y en francés, y se verá que el mismo resultado que él obtuvo en su lengua se ofrece en la nuestra : de 71 palabras de texto, las 65 eran latinas, 5 germánicas y 1 celta.

Pero adviértase que, si bien eso demuestra que las lenguas romances de Europa fueron hermanas, como hijas del latín, no por eso queda demostrado que fueron *la misma lengua*, como lo fué desde su origen, y lo es hoy día, el español, en todos los estados de América. Desde el primer momento de su nacimiento en los distintos pueblos europeos, el neo-latín de cada uno de ellos por los motivos antropológicos, sociológicos, políticos, geográficos, y hasta económicos á que antes me he referido, tomó su rumbo divergente ; y la dispersión hubiera sido mucho mayor, con gran perjuicio de la gran familia latina, si, al dejar el imperio romano todo el occidente de Europa á merced de las hordas invasoras con la traslación de su capital de Roma á Bizancio, no hubiera existido otra gran entidad que restableciese en occidente el benéfico predo-

minio de Roma, y conservase su preciosa lengua; esa entidad, como lo sabéis, fué la Iglesia, que, haciendo de la capital del imperio la metrópoli del cristianismo, y adoptando el latín como lengua cristiana por excelencia, inoculó en él su indestructible vitalidad; y haciéndolo servir de intérprete á la civilización de la edad moderna, reservó á la gran familia latina el honor, que hoy es su gloria, de ser madre de la humana civilización.

Pero ninguna de esas circunstancias, lo repito, concurre, ni remotamente, en el reinado de la lengua española en el continente americano; y nada es, por consiguiente, más contrario á la historia y á la ciencia filológica, que la hipótesis á que me he referido, y que combato.

No es, pues, de presumir, y menos de desear, la muerte de la lengua madre castellana, como condición necesaria para que sus hijos gocen de su autonomía política; esta no exige la malversación de la preciosa herencia común, tanto más preciosa cuanto mayor sea el número de hombres y naciones que nos entiendan cuando hablemos nuestra lengua materna.

¿Debe ahora deducirse de esa doctrina, que la conservación de la unidad y pureza del idioma importa necesariamente condenarlo á muerte y momificarlo, dejándolo, como la religión de los egipcios, á merced del albedrío de una casta privilegiada, y haciéndolo inaccesible á la influencia popular?

Todo lo contrario: los dos factores esenciales en la formación y desarrollo de las lenguas son precisamente el individuo con su iniciativa propia, y el todo social que en ella influye, que la determina en gran parte, y que consagra por el uso el signo creado por aquél. En la mutua corriente entre ambos factores, consiste la vida del lenguaje, «producto vivo del hombre interior» como dice Schlegel. Podría, pues, afirmarse que las lenguas están en perpetua formación, en creación indefinida.

Las lenguas cultas, consideradas, no sólo en su desarrollo, sino aun examinadas en su esencia, son hijas legítimas, no de otra lengua madre, sino de los dialectos populares precisamente: por ellos nacen y por ellos se desarrollan.

El latín clásico, que, descompuesto por los distintos pueblos, dió origen á las lenguas romances ó neolatinas, era, en su origen, uno de los dialectos de los habitantes de Italia; era, en Italia, el dialecto del Lacio; en el Lacio, el dialecto de Roma; en Roma, el dialecto de los patricios.

El pueblo, pues, ha dado y dará siempre la materia prima, si se me permite la expresión, para la construcción y desarrollo de las lenguas literarias; pero para que estas tomen los caracteres de tales, dejando de ser dialectos informes y sin persistencia, es necesario que sean fijadas, organizadas y usadas, ya no por el pueblo solamente, sino por los Livios y los Andrónicos, por los Catones y los Lucrecios, por los Scipiones y los Hortensios y los Cicerones. Por eso el latín prevaleció, y levantó su colosal predominio

sobre las ruinas de otros dialectos, que desaparecieron ó se fundieron en la lengua soberana, absorbidos y sojuzgados por ella: por que *se formó*, es decir, porque fué amasado, si me toleráis la frase, por el esfuerzo de la inteligencia humana. Eso es lo que yo llamo *formarse*. Todo se cubre y envuelve naturalmente en formas, dice Carlyle; la única parte utilizable de la tierra es la *formada*, la que representa una suma de fuerza invertida en ella por la industria y el ingenio del hombre. Podría decirse, agrega el pensador inglés, si no vamos desacertados, (y ésta sería la definición más breve) que las formas que crecen espontáneamente alrededor de una substancia, corresponderán á la naturaleza real y espíritu íntimo de la misma, y esas serán las formas verdaderas, las buenas; pero las formas que *se disponen* conscientemente alrededor de una substancia, serán, por ese mero hecho, falsas, *no genuinas*.

Así *se forman*, efectivamente, los idiomas, como todas las cosas; así se formó el latín, y por eso prevaleció.

Otro tanto pudiera decirse de las lenguas romances modernas, y entre ellas de nuestro castellano, que, como el latín en Italia, se formó en la península ibérica por el predominio de uno de los dialectos populares, fundiendo en este todos los elementos asimilables de origen distinto, é inoculando, por fin, en ese limo depositado por el tiempo en el territorio de la nación española, el aliento vital del espíritu de ésta, que cobró forma definitiva en el verbo de sus grandes escritores.

Ahora bien, señores: si el lenguaje del pueblo es el germen de la lengua; si él tiene tan vital intervención en su nacimiento, ¿cómo no ha de tenerla en su perpetuo desarrollo? ¿Cómo, pues, al pasar á América la lengua castellana, no ha de sentir la influencia de las nuevas sociabilidades cultas allí establecidas?

Allí dejaron las lenguas y dialectos de nuestros aborígenes sus profundos vestigios; allí los vocablos vulgares de la fauna y de la flora indígenas se imponen, no sólo al lenguaje popular, pero al mismo vocabulario de la ciencia; allí las faenas del campo, por ejemplo, distintas de todo en todo de las europeas, han exigido utensilios propios, instrumentos de labor no conocidos, operaciones características que, para ser designadas, han exigido la creación de nuevos vocablos: el pastor ó el *tropero*, conductor á grandes distancias de nuestros ganados innumerables; el agricultor ó el *chacarero*, habitante del *rancho* aislado, pues allá no se conoce la aldea; el hombre casi nómada, el *gaucho* de nuestras *pampas* ó de nuestras colinas; el esforzado soldado de nuestras luchas que, con el flotante *poncho* al viento y el *lazo* y las *boleadoras* sobre las ancas de su inseparable amigo, recorría las llanuras ó las cuchillas, llevando por lanza un trozo de tijera de esquilar enastado en una *tacuara* ó caña americana, todas esas faenas, todos esos tipos, y tantos más, tales y tan llenos de carácter, han tenido que dar nacimiento á nuevas voces irremplazables. Ellas, lejos de adulterar el idioma, lo enriquecen, porque a-

gregan á él, nó nuevos términos bárbaros, de esos que, como la mala yerba en la vegetación, se desarrollan á expensas de los vocablos útiles y castizos que ellos matan y sustituyen, sino un caudal precioso de voces con etimología racional, intérpretes de ideas, de sentimientos, de necesidades y de objetos nuevos.

Todo eso puede y debe incorporarse al caudal de la lengua común sin adulterar su genio ni romper su unidad científica, antes imprimiéndole, dentro de esta, una pintoresca y sugestiva variedad.

Otro tanto debe afirmarse, y por las mismas razones, sobre la incorporación al vocabulario de las voces y locuciones de otras lenguas cultas modernas. La influencia de estas sobre nuestra lengua común, puede serle favorable, y puede serle perjudicial: favorable, cuando aumenta su léxico con voces nuevas necesarias ó útiles, que no destierran del uso popular vocablos equivalentes, tanto ó más eufónicos y expresivos, y más de acuerdo con el genio de la lengua; muy perjudicial, cuando, no sólo destierra esos vocablos, sino que, introduciendo sonidos y signos gráficos contrarios al genio de la lengua, y hasta á la disposición orgánica de los que la hablan, y, sobretodo, atacando la estructura sintáxica, que es el alma del idioma, introduce en éste el germen de la corrupción y de la muerte.

Bien es verdad, señores, que esa influencia deletérea de las lenguas extranjeras sobre la lengua española, se siente profundamente en los pueblos hispanoamericanos, por lo mismo que ellos son el gran receptáculo de la inmigración cosmopolita de que están formados principalmente; pero no es menos cierto que ella se echa de ver y se deplora también en España, y que no pocos de los giros, locuciones y vocablos que inficionan el lenguaje americano han pasado antes por la sanción del uso español. Eso denuncia poca fe en la vitalidad de nuestra lengua común, en su fuerza de asimilación conciliada con la de propia conservación. Y es preciso que los hombres que meditan seriamente sobre el porvenir de la patria, y el de la familia hispánica, se empeñen, tanto en España como en América, por demostrar, recordando las épocas de esplendor, que nuestra lengua castellana, conservada en toda su pureza esencial, y desarrollada científicamente, tiene energías y elementos sobrados para disputar á cualquier otra lengua la soberanía en todas las esferas de la actividad humana; es menester que nosotros mismos adquiramos la convicción de que, si el maravilloso instrumento de nuestra lengua no ha producido, en los últimos siglos, los grandiosos acordes originales de otros tiempos ó de otros pueblos, no debemos imputar ese silencio al instrumento, ni mirar impasibles su inconsiderada destrucción. Es, pues, común y urgente la necesidad de luchar, tanto en España como en América, contra las influencias disgregadoras á que me he referido, sin que ello entrañe, como algunos han querido suponerlo, la momificación del habla castellana. Hemos sentado que el desarrollo progresivo es *la vida* de una lengua; y mal puede suponerse que de la asimilación constante, que constituye precisamente la vida,

ha de resultar la muerte del organismo de un idioma, es decir, la pérdida de su carácter, de su unidad, ó, más propiamente dicho, y para expresarlo en el término más comprensivo, la transformación brusca é irracional de su gramática, de su sintaxis.

Con esto no quiero afirmar que la sintaxis no sufra también, como el léxico, transformaciones; pero esas transformaciones son tan lentas é insensibles, que no son percibidas por una generación.

Yo, por mi parte, debo confesar que las influencias extranjeras sobre la lengua castellana en América no me sobresaltan hasta hacerme temer por la vida de la última, ni mucho menos. Bien es verdad que esas influencias tienen que modificar algo el idioma; pero lo modifican mucho menos de lo que generalmente se cree, y, sobre todo, es incomparablemente mayor la influencia que en América ejerce el idioma castellano sobre las ideas y costumbres y tendencias extranjeras introducidas allí, que la que los idiomas extraños pueden ejercer sobre la lengua española. Y con decir que las ideas y las costumbres propias quedan vencedoras de las extrañas por la influencia de la lengua, dicho se está que vencedora queda también ésta.

Creo, por otra parte, señores, que nuestra lengua española, como todas las lenguas, contiene en su propia esencia tesoros secretos ó inexplorados, potencias desconocidas, gérmenes ocultos, que bien pueden hallar ambiente propicio para desarrollarse en la tierra americana, como otros lo han hallado y lo hallarán en tierra española. Esa nueva eflorescencia de la lengua castellana, será siempre una manifestación y un ensanche del alma hispánica, y no hay que mirarlo con ojeriza.

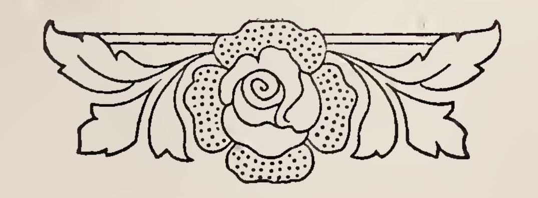
Entre los filólogos modernos, ninguno acaso como Max Müller, el célebre autor de *La Extratificación del Lenguaje*, ha sentado y desarrollado los verdaderos principios lingüísticos. De ellos ha deducido dos fundamentales, que califica de verdaderos axiomas: 1.° *La gramática es el elemento más esencial, y, por consiguiente, la base de la clasificación de las lenguas.* 2.° *Una lengua mixsta no es posible.*

De estos dos axiomas filológicos, cuyo desarrollo no cabe en los límites de esta memoria, debemos deducir que la inevitable incorporación al lenguaje común hispanoamericano de nuevos vocablos y locuciones no debe ser tan inconsciente é iliterata que pugne con la elemental estructura de la lengua, adulterando su gramática.

Si eso se aceptara, á poco andar del tiempo tendrían distintas lenguas iliteratas é informes, no ya cada uno de los estados de la gran familia hispanoamericana, sino cada una de sus regiones dentro de la república, cada ciudad, dentro de la región, cada barrio dentro de la ciudad. Reproduciríamos la América anterior al descubrimiento.

No podemos aspirar á tal situación los que, en posesión de una lengua como la castellana, somos dueños de un tesoro inapre-

ciable; no es posible sostener que el uso que de esa lengua se hace en el corrillo, en la conversación familiar, aun en la prensa periódica, á la que el vértigo de la labor diaria no permite el esmero y la corrección necesarios, ha de sobreponerse al uso consecuente y científico, meditado y noble de los Cervantes, Granada, Quevedo, Solís, Jovellanos, Lista, Bello, Heredia, Valera, Menéndez y Pelayo, Pereda, Caro, Cuervo, Pardo y Aliaga, Tamayo y Baus, Becquer, Fernández Guerra, Núñez de Arce y tantos otros que, así en España como en América, significan, no sólo el esplendor y la gloria de la lengua española, sino su marcha y sus modificaciones progresivas, sus palpitaciones al través del tiempo, su energía asimiladora, la conciliación, en una palabra, del movimiento con el orden, del uso con la lógica, del desarrollo con la vida.



NÚÑEZ DE ARCE

Discurso pronunciado en el Banquete dado por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles en honor de su Presidente Don Gaspar Núñez de Arce, el 5 de Enero de 1894.

SUMARIO: «Nuestro» poeta.—Añoranzas de América.—Glorificación de España en el poeta español.—El poeta y la poesía.—La forma rítmica.—La región de las madres.—El que viene de allá.—Los que reciben el mensaje musical.—Lo que trajo Núñez de Arce á su regreso.—La aclamación de la raza.

Sí, señores: me he dado cuenta del deber que me impone el honor que me habéis dispensado al sentarme en este sitio, á la derecha del poeta, y estoy dispuesto á cumplir con ese mi deber. No importa que, para mayor confusión mía, tenga que proyectar mi pensamiento sobre ese resplandor que acaba de dejar la palabra del ilustre don José de Echegaray en vuestro espíritu deslumbrado; no importa. Yo haré que la mía, ya que no por lo brillante y elocuente, por lo sincera y calurosa, sea luz en esa luz, chispa en ese fuego, gota de agua ó de granizo en esa lluvia resonante. Yo, en nombre de mi Uruguay, que en España represento, en nombre de mi América, cuya voz me parece sentir vibrar en la mía al celebrar á Núñez de Arce, me uno á vosotros, señores, en la glorificación de vuestro poeta, de *nuestro* poeta, debo decir, del que, siendo gloria y esplendor de nuestro verbo común, es el símbolo amable y el más perdurable y artístico monumento de nuestro mutuo afecto.

Yo agradezco á la *Asociación de Escritores y Artistas*, yo os agradezco á vosotros todos, señores, el que me hayáis dado esta nueva ocasión de dejar en España todo lo que para España traía desde mi tierra, además de mis mensajes oficiales: todos los mensajes de afecto, todas las *saudades* ó añoranzas, ó como queráis llamarles, recogidas aquí y allá del alma americana en un largo espacio de tiempo, y en los momentos de las expansiones

dispersas, que brotan ingenuas y calientes en las ocasiones propicias.

Yo os estoy reconocido, porque, así como ayer me dabais parte en vuestras mejores glorias, incitándome á invocar mi sangre y mi lengua, para poder llamar glorias comunes á las españolas del descubrimiento de América, hoy me dais parte principal en vuestras alegrías, ofreciéndome la ocasión de ensalzar en coro litúrgico con vosotros al poeta que siempre amé, al viejo bardo amigo, cuyas estrofas aladas y despertadoras sentí pasar, tocando á gloria en sus clarines de plata, en la mañana de mis años, y despertando en mi alma núbil, como cantos nupciales, las primeras revelaciones de pubertad del pensamiento creador; al vigoroso poeta de las cumbres, cuyo pujante grito rítmico, lanzado aquí, en medio á los combates por los grandes ideales, iba á repercutir allá, al través del Atlántico, como el trueno de las montañas, en el fondo de las almas americanas apercibidas también á la batalla; al poeta de la esperanza, señores, de la esperanza que, como planta que arraiga en las grietas de las ruinas y se alimenta de sus jugos acres para envolverlas en flores de ovarios dulces, brota siempre de entre las dudas amontonadas en el corazón de vuestro bardo por el humano combate, y las hace desaparecer en la eflorescencia triunfante de vuestra fe cristiana secular.

Sí, señores; yo alzo mi aclamación con la vuestra, y me siento alegre y feliz al ver que, en esta fiesta de la familia española, no disuena del todo la voz del amigo americano; yo corono á la madre en la frente del hijo predilecto, porque eso que en ella brilla y nos encanta, no es otra cosa, miradlo bien, señores, no es otra cosa que la huella del beso de vuestra Patria española que lo ha besado en los ojos. Es ella la que ha hecho luz en su alma; es ella la que ha hecho fuego en sus estrofas; es ella la que ha hecho gloria en su vida y en su nombre.

Y eso es siempre el poeta, señores: una quinta esencia; eso es Núñez de Arce en este momento: la melodiosa personificación de vuestra España, la de su espíritu, la de sus ideales, la de su naturaleza, la de sus dolores, la de sus cicatrices.

¡Y se ha dicho, sin embargo, señores, que la poesía ya no existe, ó que, como princesa destronada y fugitiva, abandona y hasta rehusa el cincelado alcázar de la estrofa señorial en que nació, para refugiarse, confundida con la plebe, en el albergue prestado de la frase sin sugestión y sin nimbo, hecha sólo para tener un sentido, sin tener una alma!

Oh, no, señores; la poesía, el canto, el pensamiento musical, ha existido y existirá; nosotros lo estamos proclamando en esta fiesta; existirá mientras haya pueblos dignos de ella, pueblos capaces de reflejar la luz solar de un ideal. Si llegara un día en que no se la encontrara sobre la faz de la tierra, no debiera decirse «ya no hay poesía», como no debiera decirse «ya no hay sol» porque un planeta tributario se ha sumergido en la obscuridad ó en la penumbra, ó se ha desprendido de la eterna armonía de los orbes.

La poesía, señores, no es otra cosa que el resplandor melodioso de los séres ó de los hechos, reflejado, al través de lo infinito, en las almas capaces de encenderse, dando forma concreta á la luz, á la eterna vibración afinada, difundida por el espacio invisible.

El historiador narra el hecho, el novelista lo detalla y anima, el filósofo estudia sus causas; pero en el hecho, señores, existe algo más, existe mucho más que el hecho mismo, y que es muy distinto de este: existe su resplandor, su resonancia en el alma humana, su repercusión melodiosa en el espíritu del pueblo; y eso es algo que es en sí, algo sustancial que vive, que es noble ó innoble, es grande ó pequeño, según la capacidad ó el temple del espíritu que crea la repercusión; algo que permanece y que perdura; que permanece y perdura en la tierra si encuentra en ella una alma escogida y una forma sensible que le den albergue, ó que se va para siempre á la región serena de las madres impasibles, si no halla entre nosotros una alma digna de ser su habitación y su intérprete. Y allá la espera, señores, allá espera su forma rítmica; allá aguarda á su hermana mucho tiempo, indefinidamente: allá, en la región de la perdurable belleza. Sí; yo quiero imaginarme, para creer en él con devoción, un sitio entre los mundos, á donde va á parar y á existir todo lo grande, todo lo bello que ha pasado entre nosotros sin reflejo y sin historia: los actos heroicos ignorados, los suspiros que el hombre no escucha ni comprende, las lágrimas ahogadas en secreto, los llantos de los niños huérfanos, los anhelos de los pueblos mártires, los largos ayes de las razas extinguidas, los deseos muertos de sed, los amores muertos de frío, los recuerdos sepultados vivos, las esperanzas abrigadas muertas en senos calientes y palpitantes, pero sepulcrales. Allí, en ese sitio, fuera del alcance de nuestra mirada, las resonancias de la tierra, las armonías de las almas dispersas, se mezclan á las armonías de los orbes; los amores engendran mundos, las auroras abren épocas siderales, las antorchas son estrellas recién nacidas que se encienden para iniciar su jornada. Es de ese mundo, señores, de donde proceden los recuerdos sin imagen sensible, los deseos sin objeto propio, las revelaciones sin procedencia: es de ese mundo de donde proceden esos grandes silencios que descienden de los astros en las noches inmóviles.

No todos podemos asomarnos á ese mundo, señores, porque no todos los oídos están dispuestos para resistir sus voces, ni todos los ojos constituídos para recibir sin cegar, los resplandores ígneos de su deslumbrante realidad

Pero es preciso que haya alguien que vaya allá, que nos traiga algo de allá; pues así como necesitamos la historia de los hechos pasados, para que ella sea la escuela de las costumbres, así necesitamos la historia de la resonancia de esos hechos en lo infinito, para que ella sea la escuela de los corazones, á fin de que éstos, al vibrar musicalmente, se ajusten al infinito acorde de que son notas palpitantes.

Es necesario, sí, que haya alguien que vaya allá, que se asome á eso obscuro que está fuera del alcance del común de las gentes; alguien que, como el astrónomo nos cuenta del ritmo de los grandes astros, nos cuente del ritmo de las almas siderales; que nos hable del amor puro que allí existe; del puro ideal de patria, emanación del espíritu de los héroes, què allí vive también; de la esencia del sacrificio y del martirio que allí se ha reconcentrado, después de desprenderse, sin hacer sombra, de la lágrima de una madre, de la gota de sangre de un soldado, de la oración de un santo, del quejido de un huérfano, del grito perdido en el mar de un pescador náufrago.

Y el que ha logrado asomarse, el que ha visto, señores, ese océano de luz y de armonías, no puede hablar de él á los hombres con las palabras que se emplean para contar las cosas comunes. Viene compenetrado de substancia musical; trae la resonancia del infinito oleaje en la cabeza; puntos flotantes negros franjeados de fuego intenso en las pupilas deslumbradas; soplos de vientos armoniosos en las sienes palpitantes; acordes inauditos en los oídos, en la circulación de la sangre.

El poeta, el vidente, el profeta, el mensajero, tiene entonces que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no cabe en la forma,... y canta; canta con palabras habitadas por ideas rítmicas; con palabras que son emanación directa de la vibración de las cosas; que se extienden, que se difunden, según la capacidad del alma en que resuenan; que se abrazan en la cadencia musical para ser algo más que palabras; que vibran en la frase numerosa imitando á su manera las vibraciones del alma sacudida; que resuenan al caer en la estrofa como un collar que se rompe y se desgrana en una copa de cristal. Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y se ha difundido en el verso y en la estrofa, haciéndolas palpitar como á un organismo vivo; entonces se consuma el fecundo consorcio de la palabra virgen con el pensamiento que la hace estremecer de amor; la fusión luminosa de la idea que canta con el ritmo que piensa; y se enhebran, como teorías de urnas armoniosas, los tercetos del *Raimundo Lulio*, brotan las alas á las octavas de la *Lamentación* de *Lord Byron*, la lucha de la duda con la fe hace vibrar la estrofa de las *Tristezas*, y se empapa en lágrimas la *Elegía*, y el *Idilio* en los perfumes del primer amor, y la *Pesca* en las hondas tragedias del mar, y el *Luzbel*, que acabáis de oir, en las pavorosas tragedias del cielo.

Ha surgido entonces el Poeta: entonces ha surgido Núñez de Arce con el beso de la gloria en la frente, y con la aclamación del pueblo en los oídos; del pueblo que, al aclamarlo, se aclama y se ennoblece á sí mismo, porque se incorpora á la universal armonía, porque proclama su fiera capacidad para comprender lo grande, su noble anhelo de desprenderse de lo mezquino, para bañar alguna vez su alma en el Jordán de la belleza perdurable, hermana gemela y esplendor de la perdurable verdad y del eterno bien.

Señores:

Yo quiero que la voz de América se una en la mía á la vuestra, no tanto para honrar á Núñez de Arce, cuanto á fin de reclamar para mi América el honor de comprender y de amar al poeta con tanta intensidad como vosotros.

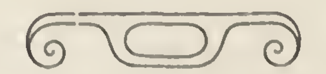
El, en tanto, estoy seguro, oirá conmovido esa voz, porque la debe sentir ingenua y penetrante como la mirada de una estrella amiga.

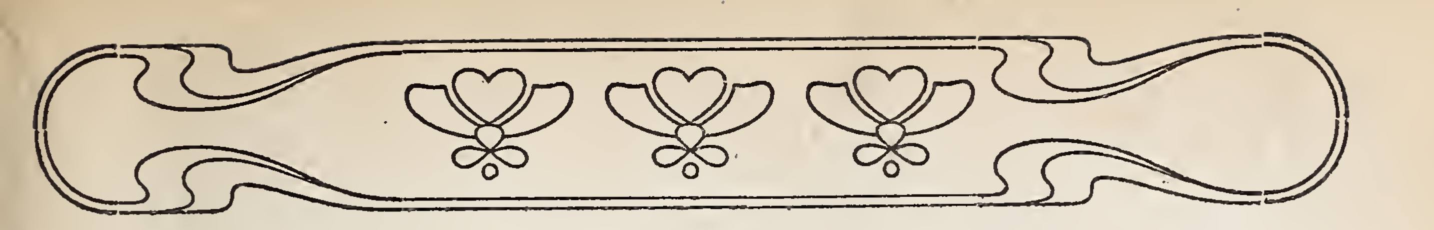
El poeta ha escuchado la aclamación de su patria; que oiga en la mía algo más: que escuche la aclamación que le llega, como un huracán de los cuatro vientos, de todos los extremos de la tierra en que se habla la lengua de Cervantes.

El ha escuchado la voz de su patria: yo soy la voz de su raza.

Señores: en su nombre, saludo á Núñez de Arce. Aclamemos juntos, una vez más, en lengua española, en lengua americana, al que es honra y prez de ese tesoro común que nos vincula.

Señores: al enviado, al mensajero, al que nos ha llegado *de allá*; al que nos ha traído la substancia luminosa y musical que, al habitar nuestra lengua común, le ha impreso la vibración de nuestras almas, la ha calentado con el calor de nuestras entrañas, y ha fundido en ella, en aleación indestructible, el pensar, el sentir, el anhelar de los pueblos todos de la gran familia hispánica.





CONGRESO PEDAGÓGICO

Discurso de clausura pronunciado en el Ateneo de Madrid

(Diario de Sesiones del Congreso — 1893)

SUMARIO: Los debates del Congreso.—El propósito común de difundir la instrucción educadora.—Adhesión á él del Uruguay.—La pedagogía como ciencia y como arte.—Sus relaciones con el hombre y con las naciones.—Unión de España y los estados hispano-americanos para su estudio.—La antigua y la moderna pedagogía.—Sus transformaciones.—Raza latina y familia hispánica.—La independencia americana.—Su carácter.—Después de la lucha.—El valor pagano y el valor cristiano.

Señores congresales:

Aun teniendo que confiar la forma de mi pensamiento al natural desaliño de una deficiente preparación, que contrastará con la brillante elocución de los discursos que aquí habéis pronunciado en el transcurso de vuestras sesiones, no puedo excusar la obligación en que me veo de acceder á la invitación de vuestro esclarecido presidente, señor Labra, que exige mi palabra en este acto.

Y tiene derecho á ello.

Me hicisteis el honor de nombrarme vicepresidente efectivo del congreso pedagógico, y lo acepté solícito; lo acepté, porque no estaba en mi mano rehusarlo; porque sabía que vosotros, pasando por sobre los escasos merecimientos del representante, queríais honrar á la patria americana que él representa, y yo debía recoger, y he recogido con gratitud para ella, y sólo para ella, aquel honor tan señalado.

Esa aceptación me impone ahora la grata obligación de pronunciar algunas palabras en esta solemne sesión de clausura, ya que mi asistencia á las sesiones ordinarias no ha podido ser constante.

Por más que españoles y americanos hubiéramos deseado estar todos en todas partes en las solemnidades de estos días de recuerdos y glorias comunes, la circunstancia de tener que concurrir á varias de ellas, ya personalmente, ya con trabajos científicos ó literarios

que han absorbido mis horas, me ha impedido asistir asiduamente, como era mi deseo, á vuestras interesantes deliberaciones, que mucho me hubieran enseñado. No estoy pues habilitado para referirme á ellas, ni para apreciar debidamente las conclusiones á que habéis llegado.

Por otra parte, en las graves cuestiones que se han debatido en este congreso, opiniones y propósitos opuestos se han disputado bizarramente el triunfo; desde la enseñanza primaria, hasta la técnica y superior, vosotros habéis oído desarrollar elocuentemente en esta tribuna doctrinas antagónicas apasionadamente sostenidas; y las que en definitiva han triunfado, no han conseguido siempre la victoria con el sufragio unánime del congreso. No me corresponde, pues, en este momento, referirme á ellas; no puede ser mi objeto actual el de agregar á las vuestras mi opinión personal, terciando en vuestros debates generosamente apasionados.

Pero en lo que sí puedo y debo suponer unanimidad en el Congreso Pedagógico Ibero-Americano, es en el alto propósito de difundir la instrucción educadora en todos los pueblos de la gran familia aquí representados; en el de propender, por los medios más eficaces, indicados por la ciencia y la experiencia, al desenvolvimiento armónico de todas las facultades humanas, comenzando por hacer del niño un hombre completo, capaz de realizar toda la perfección de que sea susceptible su naturaleza, en orden á su misión en la tierra; en el de mejorar, en una palabra, por medio de la educación, el estado intelectual y moral, y hasta el organismo físico, (mens sana in corpore sano) de toda la familia ibérica, considerada como una pluralidad de personas colectivas, homogéneas y solidarias.

Todos estamos convencidos, señores, de que no basta, para realizar el progreso en una sociedad, el dotar á ésta de algunos hombres sabios: es preciso levantar el nivel general de esa sociedad. La antigüedad pagana tuvo grandes pensadores, y, sin embargo, la civilización antigua fué bárbara, se devoró á sí misma. Es que faltaba el principio cristiano de la igualdad de los hombres; faltaba esa solidariedad social á que antes me he referido, y que, en lengua cristiana, se llama caridad, anhelo de hacer partícipes á todos de nuestro progreso, de nuestra luz. Que no quede una alma sola, si es posible, sentada en las tinieblas de la ignorancia; ese es el ideal; y eso sólo se conseguirá haciendo desaparecer la obscuridad del ambiente social.

La civilización antigua, dice Renán, no desapareció por falta de intensidad, sino por falta de extensión. Creo que tiene razón, materialmente hablando.

Ahora bien, señores: en ese propósito nobilísimo, cordialmente y sin reticencias puede y debe acompañaros el representante de una república americana que, como sus hermanas, y como vosotros, trabaja y trabajará sin cesar por difundir en su propio seno la instrucción educadora; que busca los medios más adecuados para conseguirlo; que estudia procedimientos, abre amplio campo á la

libertad y á la concurrencia de métodos, para reconocer el triunfo á aquel que por sus resultados demuestre su mayor eficacia y perfección; que estimula y corona la iniciativa y el esfuerzo privados en pró de la educación, esfuerzo compatible con el oficial y aún complementario de él; y que, como el ave simbólica, se desgarra á veces sus propias entrañas para alimentar con su sangre sus escuelas, que considera como las hijas predilectas de su corazón, pues en ellas concentra su anhelos, y cifra sus esperanzas de un honroso porvenir.

Efectivamente, señores: el Uruguay mi patria es hoy quizá, entre las repúblicas hispano-americanas, la que más difundida tiene la instrucción pública y la privada en el pueblo; la que más efuerzos y sacrificios ha hecho y hace por colocarla á la mayor altura de prosperidad y de progreso.

Su representante no puede, pues, ser indiferente á una asamblea en que se reunen los hombres de ciencia y de experiencia á tratar de esos asuntos; está obligado á mirarla con especial predilección, y trasmitirá á su país las conclusiones de este congreso con el mayor interés.

Porque nadie, mejor que españoles y americanos, pudiera y debiera reunirse para deliberar sobre los medios más adecuados de hacer fecundo su esfuerzo en pro de la instrucción y de la educación del pueblo.

Esos medios deben adaptarse á las condiciones especiales del hombre á quien deben aplicarse: á sus tradiciones, á sus creencias, á sus costumbres, á su carácter. Recurso pedagógico habrá, que, produciendo magníficos frutos morales é intelectuales en un pueblo, pueda llegar á ser de nulos y hasta de funestos resultados en otro, cuyo carácter y costumbres difieran radicalmente de los de aquél. Sistema de enseñanza puede haber, que, con ser benéfico y eficaz en una nación, no tendrá esas cualidades en otro. Ley de instrucción pública podría encontrarse, que, siendo un estímulo y una simiente de progresos en un país, se convierta en otro en una rémora injusta y odiosa, capaz de alimentar un monopolio irracional, á expensas de muchos gérmenes de adelanto sacrificados.

Entre los pueblos americanos y la que aún hoy llaman éstos con cariño su madre patria española, existen analogías de creencias, de tradiciones y de carácter, que hacen aplicables á todos ellos, con pequeñas variantes, las deliberaciones y conclusiones de un congreso como el que me cabe la honra de clausurar; en éste se han reflejado las tendencias contradictorias de todos y cada uno de aquellos pueblos, por el hecho de haberse reflejado las españolas; las cuestiones aquí debatidas son, en cada uno de ellos, objeto de acalorados debates; vuestras pasiones, señores, son las nuestras, nuestras vuestras cualidades, y ¿por qué no decirlo? también nuestros vuestros defectos.

Ahora bien, señores: la pedagogía, elevada hoy á la categoría de ciencia, debe tener muy en cuenta, en sus aplicaciones prácticas, ese estudio del hombre, del medio en que éste se desarrolla, de

las influencias históricas, sociológicas, y hasta étnicas y fisiológicas, si queréis, que determinan su carácter y sus predisposiciones. Vosotros sabéis, señores, que la pedagogía moderna pide en nuestro tiempo su concurso, no sólo á las ciencias morales, sino también á las antropológicas ; busca luz y apoyo, no sólo en la psicología, sino también en la que hoy se llama, con dudosa propiedad, psicofísica, que, á mi sentir, no es otra cosa, aunque parezca lo contrario, que la confirmación del sano principio espiritualista, según el cual el alma es forma substancial del cuerpo humano, y el hombre un espíritu servido por órganos, cuyo funcionamiento no puede ser indiferente al estudio de las operaciones del alma. Vosotros conocéis cómo los registros y laboratorios antropológicos, al par de los trabajos sobre sugestión, herencia mórbida y psicológica, etc., son hoy llamados á contribución por los maestros de la ciencia pedagógica moderna, maestros que no he de citar, porque os son seguramente más familiares que á mí. Todo eso, á pesar del desequilibrio que, á mi sentir, tiende á introducir actualmente en la ciencia pedogógica, al desarrollar el estudio del organismo á expensas del principio espiritual que lo informa substancialmente, abre, no es posible dudarlo, nuevo campo á la investigación científica, y contribuirá, una vez restablecido el equilibrio, al progreso de la ciencia humana, y muy especialmente de la alta psicología.

Nada tenemos que temer, para las grandes verdades, del progreso de la ciencia verdadera, cualquiera que sea su campo de acción ; nada podrá quebrantar la existencia axiomática de ese *yo* que permanece inmutable al través de las modificaciones, de esa misteriosa substancia permanente que habita nuestra carne sin ser carne, y en la que reside la conciencia del sér inteligente y libre.

Debemos, pues, utilizar los dictados de la ciencia en todo cuanto juzguemos aplicable á nuestro común propósito ; y lo son, señores, las conclusiones de la ciencia antropólogica y de sus derivadas, al propósito que ha congregado á españoles y americanos en la serie de sesiones á que la presente pone término.

Y si la pedagogía no ha de considerarse sólo como una ciencia, sino también como el arte de la enseñanza integral ; si no ha de ser sólo teoría, sino también práctica y experiencia, es indudable que el estudio y la consideración del hombre á que ha de aplicarse, de su origen, de sus tradiciones, de su carácter, es indispensable, y que la unión de españoles y americanos para el cambio recíproco de las conclusiones que les dicta la racional experiencia tiene que ser fructífera.

Hasta ayer no más, señores, la historia pedagógica de España y de América ha sido una sola ; en todo el período colonial, y en el primer medio siglo de la vida independiente de los estados americanos, la tradición, los métodos, el espíritu españoles han informado el movimiento pedagógico en toda la familia hispánica de aquende y de allende el mar. En esto, como en todo, la metrópoli dió á sus colonias todo cuanto era dado exigirle, es decir, todo cuanto tenía ; é ingratos seríamos los estados americanos, si, al tra-

tar de educación, no recordáramos la que recibimos en herencia de la madre patria, cualquiera que haya sido nuestro acervo hereditario.

Hoy día, la ciencia pedagógica sufre, como antes lo he indicado, una transformación radical; españoles y americanos nos sentimos arrastrados hacia el nuevo rumbo.

Sea en buena hora, señores, sea en buena hora; pero no por eso podemos prescindir de lo que nos es característico, si es que no hemos de dejarnos llevar de empirismos, por más prestigiosos y deslumbrantes que ellos sean. La ciencia, señores, es también en sí misma una herencia constantemente acrecida; lo es, por consiguiente, la ciencia pedagógica.

Desde los sistemas clásicos de educación de Grecia y Roma, en que predominaba la educación física tendente á formar soldados robustos y ciudadanos aptos para los fines de aquellas sociedades; desde los tiempos griegos posteriores, (me refiero á los de Platón y Aristóteles) en que predominó el culto de la educación estética, que daba por resultado la formación del hombre hermoso casi divinizado; desde las épocas ascéticas de los padres de la Iglesia y de los jansenistas, que determinaron la reacción contra la divinidad pagana y sensualista de las formas; desde las escuelas utilitarias de Descartes y Locke, continuadas por los filósofos del siglo XVIII; desde el cultivo predominante del gusto literario clásico de los humanistas del renacimiento y de los insignes maestros de la Compañía de Jesús, hasta el predominio del espíritu científico que, desde Diderot hasta Herbert Spencer, ha adelantado en rápida progresión y dado carácter á la ciencia pedagógica contemporánea, todo es factor, todo es elemento de juicio, todo herencia del pasado que el presente analiza y transforma y adapta, como analizará, transformará y adaptará el porvenir lo que nosotros le leguemos, pese á la constante pretensión de las edades, que creen siempre haber pronunciado ó estar pronunciando la última palabra en materia de ciencia, y se califican á sí mismas de científicas por antonomasia con encantadora sencillez.

Pero en nada como en lo relativo al recto aprovechamiento de los progresos de la ciencia pedagógica debe examinarse la naturaleza del hombre que es objeto de ella; en nada pueden, y aun deben, por consiguiente, estar más unidos españoles y americanos.

Yo no creo, os lo confesaré francamente, en eso que ha dado en llamarse raza latina. Bien es verdad que existen pueblos que hablan lenguas derivadas del latín; no es menos cierto que ese común origen del verbo, que es forma musical del alma, constituye efectivamente un vínculo poderoso entre esos pueblos, y que dentro de ellos existen, en Europa y América, naciones en las que la lengua común castellana establece un vínculo indestructible, como lo constituye la lengua inglesa, entre las que la hablan: *english-speaking-folk*, dicen ellos, pueblo de lengua inglesa. Pero debemos convenir en que eso no determina una raza en el sentido étnico ó fisiológico, que es el que sirve de base á la clasificación científica de las razas hu-

manas: no existe, pues, en la esfera de la ciencia, una raza latina.

Pero si bien juzgo inconcusa esa verdad, yo creo firmemente que existe, no una raza, pero sí una gran nación, ó, si queréis, una gran familia hispánica, que, si no tiene como rasgos característicos, los antropológicos que distinguen y diferencian las distintas razas humanas, posee, en la comunidad de lengua, de religión, de costumbres, de tradiciones, de educación, un elemento de una influencia tal en la actividad funcional del organismo del hombre, que bien puede influir en este mismo modificándolo, y constituir esa fuerza, ó dinamismo, ó como queráis llamarle, que reduce una pluralidad originaria á una unidad sociológica, sin menoscabar la personalidad independiente de las unidades libres que componen la primera.

¿Qué importa, señores, al lado de ese nudo subconsciente que nos une, qué importa la ruptura de los vínculos políticos que nos unieron? ¿La recordamos acaso? ¿Se atraviesa por dicha esa idea en nuestro camino, cuando juntos recorremos el de la ciencia de nuestra común educación? Ciertamente que nó.

Y es porque las grandes y providenciales desmenbraciones políticas, que pudieron en un día trazar nuevas fronteras en el mundo hispánico distribuyéndolo en nuevos estados, no tuvieron ni podían tener la facultad de establecer separaciones en la sangre, entendiéndose por tal, no tanto la sangre material que ha sido llamada el medio ambiente interior del cuerpo, y forma su idiosincrasia ó temperamento, cuanto la sangre espiritual, ese medio ambiente social interno formado por la lengua, la religión, la educación, la común historia, las tradiciones comunes. En esto, señores, no se han trazado nuevas fronteras entre españoles y americanos; para ello hubiera sido necesario abrir surcos profundos en el corazón, y un surco en el corazón es la muerte.

La guerra de la independencia americana no fué, ni la considera hoy la historia, como una guerra entre naciones; fué una guerra civil dentro de un mismo pueblo; fué la ebullición de la misma sangre en las arterias del mismo árbol circulatorio.

Esa verdad, que hoy se nos impone como inconcusa, señores, y se nos ofrece como una aparición luminosa y amiga brotada de eso que he llamado, con más ó menos propiedad, la subconsciencia hispánica, esa verdad no hubiera podido ser recordada entre nosotros hace algún tiempo. Se consideraban los sucesos de la emancipación americana como si fueran los episodios de una guerra nacional entre pueblos de tradiciones enemigas y de antagónicos destinos; caldeaban la atmósfera las palabras incendiadas como teas, los mutuos cargos, los rencores apasionados que envenenaban la historia, y cuya misma intensidad revela muy á menudo el carácter civil de la lucha; la resonancia de recientes batallas atronaba aún los oídos, oscurecía la visión, derramaba noche en las cabezas.

Nos estaba anocheciendo en la aurora, señores, en la nueva aurora de la gran familia ibérica. Las verdades viejas, como dice un gran pensador, yacían por tierra casi mudas, y las nuevas estaban ocultas sin atreverse á hablar.

Ha vuelto á salir el sol en nuestra historia, y vemos que nuestros pasados disturbios, si bien nos lo habían ocultado, no lo habían detenido en su marcha hacia el cenit: está más alto, y á su luz vemos más claro: vemos, con el mismo pensador, que la destrucción de las antiguas formas no es la destrucción de las eternas substancias.

No era cierto, hoy lo advertimos con toda precisión, no era cierto que España hubiese sido en el mundo al que dió todo cuanto tenía, desde su civilización cristiana hasta su sangre y gran parte de su porvenir, una madre indigna de amor; hoy los americanos le damos aún ese nombre, que vibra como una bendición en nuestros labios, porque comprendemos que si España no hubiera derramado su savia en América; si la hubiera concentrado en sí misma, hoy sería más de lo que es. No era cierto tampoco, ¿verdad, señores? no era cierto que nuestros próceres americanos fueron sólo insurrectos desnaturalizados; mirad esas banderas que ellos nos legaron; miradlas cómo, agrupadas ahí por vuestras propias manos, se estrechan y confunden sus colores en el regazo de vuestra gloriosa bicolor bandera, para formar el iris simbólico de nuestra perdurable reconciliación doméstica.

Era, señores, que había sonado un hora grande, la hora de la Providencia; era que los frutos maduros tenían que desprenderse, aun desgarrando tejidos y derramando preciosa savia, del árbol secular que le había dado vida, y, con la vida, la potencia generadora de nuevos séres de su especie; era que el ave sentía suficiente vigor en las alas, para ir á repetir, fuera del nido, los cantos aprendidos en él; era que en la sangre española, esparcida por todo un inmenso continente, hervía el misterio de la universal germinación, que desgarra entrañas, agrieta rocas, y hace rodar aludes desde las cumbres; era, señores, la aurora, era la primavera, en que estallan los estambres y las yemas, se desalojan los nidos, circula atropellada la savia fecundadora, y aparecen nuevos astros en el cielo, y nuevas flores y nuevos séres vivos en la tierra estremecida.

Se oyen entonces en la naturaleza los gritos de los pájaros que, al parecer, se persiguen y se hieren en los aires. Y no se persiguen, señores; es que se atraen; no se hieren; es que se besan y se fecundan. Eso eran aquellos gritos de guerra que estremecieron el continente americano al nacer de nuestro siglo; eso aquellos choques formidables entre legiones que, en la igualdad de su heroísmo, demostraban la identidad de su origen heroico: eran los besos de la gloria impresos sobre la frente de nuestra raza, al hacerla, una vez más, la madre gloriosa de nuevos pueblos soberanos.

Hablemos, hoy, señores, de todo eso, como de una página de nuestro común romancero heroico; sentémonos en torno del hogar, á recordar nuestras glorias, como se sentaban los héroes de Ossián, en torno de los abrasados troncos de la encina salvaje que ardían al soplo del viento, á deleitar con sus cantos las sombras tutelares de los caídos en la lucha, que se asomaban al borde de sus nubes á escuchar el melodioso relato de los bardos.

Pero ellos narraban sólo la destrucción y la guerra; ellos trans-

mitían á sus hijos la lanza de Fingal, el escudo resonante de Cuchulin, y les enseñaban las piedras cubiertas de musgo que marcaban el sitio en que descansaban los solos virtuosos: los guerreros valientes, los leñadores, los desbravadores de selvas. Era la tradición escandinava, la religión norsa, que, como todas las mitologías primitivas, divinizaba el valor salvaje. En ella, los ángeles tutelares eran aquellas valkiries, aquellas vírgenes escogedoras de muertos en el campo de batalla de Odino, la divinidad implacable. Era para ellos la mayor de las miserias el no morir matando en el campo de batalla. Cuando creían próxima la muerte natural, se causaban heridas en la propia carne, para presentarse ensangrentados ante Odino; cuando los reyes ancianos se creían cercanos á su fin, se encerraban en una nave que ardía á fuego lento, y era lanzada al mar á toda vela, para que sepultase al héroe anciano en tumba digna de su valor: el mar y el firmamento.

Eso narraban los bardos gaélicos al son de sus arpas, sentados en torno del hogar.

Nosotros también, señores, los hombres de la familia hispánica, nos sentamos juntos, después de la lucha, en estos congresos, en torno del hogar; también nosotros debemos transmitir algo á nuestros hijos, á toda la familia hispánica: tipos, ejemplos, sanciones, esperanzas, armas para la lucha; también debemos inocular en nuestra gran familia el deber que, hoy como en los tiempos de Ossián, es el deber supremo del hombre: el deber de ser valiente, de ser heroico, si es preciso. Pero el valor salvaje, que era todo en la mitología norsa del implacable Odino, es muy secundario en la religión del Divino Libertador del mundo, que, lejos de morir matando, redimió á la humanidad muriendo. Sí, es preciso que nuestra raza sea valiente; valor es fuerza, *vir*, virtud. Es preciso avanzar, marchar hacia adelante, dominar las fuerzas brutas de la naturaleza, vencer al enemigo que está fuera de nosotros, con la ciencia, con el trabajo; pero es menester, ante todo, domar al enemigo que está dentro de nosotros, la pereza, la sensualidad, el egoísmo, la debilidad de carácter, la falta de fe en el propio esfuerzo, domarlo con la fuerza del alma, con la virtud. Hay algo más grande que abnegarse ó sacrificarse: es el dominarse, el poseerse. Hay algo más noble que realizar grandes acciones resonantes: es el realizar buenas acciones ignoradas. Eso es ser valiente según el concepto cristiano; eso es lo que transmitiremos á nuestros hijos en nuestras escuelas, con la eficacia de los más perfectos recursos de la ciencia pedagógica. Eso, restituyendo á nuestra gran familia hispánica la mente sana en cuerpo sano, hará resplandecer para ella, con el supremo auxilio de Dios, aquellos tiempos en que, paseando por la redondez de la tierra por primera vez el estandarte de la Cruz y el de Castilla, demostró que nuestra raza tiene las condiciones necesarias para realizar grandes empresas, y para ser, como ninguna otra, la protagonista del mundo.





EL IDEALISMO HISPÁNICO

Discurso pronunciado en el Teatro Real de Madrid, en la fiesta que se celebró en favor del "Dispensario Alfonso XIII" bajo el patronato del rey de España.

SUMARIO: Una limosna del Uruguay.—El espíritu de caridad.—La intención actual y la virtual.—Las fiestas paganas y las cristianas.—El anfiteatro Flavio.—El idealismo.—¿Es un defecto de la raza?—El idealismo español descubrió América.—La empresa de Colón.—La locura de Colón y la de España.—Evocación de Isabel, la mujer reina.—Su aparición.—El héroe y el pueblo en que arraiga.—Los ideales que se van.—El ideal es la sola realidad.—Conservación de los grandes ideales en el fondo del alma hispánica.

Señoras:

Señores:

Cuando la comisión de caballeros constituída para la fundación en Madrid de un dispensario para niños pobres bajo el patronato y con el nombre de S. M. don Alfonso XIII, el rey niño, me hizo el honor de acordarse de mí invitándome á tomar parte en este festival de caridad, mi primer movimiento, debo confesároslo, fué el de declinar agradecido la invitación, con ser tan amable y tan honrosa.

Y no era para menos, señores. Se me ofrecía, como tribuna, el proscenio de este Teatro Real, de nombre resonante en el mundo del arte cuyas reputaciones consagra; como compañeros, á los príncipes de la elocuencia y de la poesía españolas, cuyo solo nombre es victoria; como auditorio, en fin, al que tal propósito, tales compañeros y tal teatro tenían que congregar, y han congregado efectivamente esta noche, ofreciendo á mis ojos el espectáculo suntuoso de vuestra presencia, señores; el de la vuestra muy especialmente, señoras, que constituís el principal esplendor de esta fiesta espiritual, y tenéis el derecho de determinar el carácter de mi auditorio, y, por consiguiente, el de exigirme que llene vuestros corazones sólo de palabras y de ideas melodiosas.

Esas circunstancias, capaces de poner pavor en la voluntad del orador más elocuente y animoso, no triunfaron, sin embargo, sobre la mía, pues, como lo veis, me resolví valientemente á venir, y he venido. Y he venido, señores, confiado en algo que no puede menos de protegerme á vuestros ojos: en mi propia debilidad, en mi propio desamparo.

¿Cómo rehusar, por otra parte, lo que se me pedía en nombre de los niños enfermos de Madrid?

Soy el representante diplomático del Uruguay en España; mi misión principal entre vosotros es la de haceros amable el nombre de mi país. ¿Cómo hacer perder á mi Uruguay la gratísima ocasión de dar una nueva prueba de afecto á esta nación que le es tan querida, poniendo, como ofrenda, en la escarcela de vuestros niños pobres, la palabra de su representante diplomático, ya que ella ha tenido la fortuna de ser cotizada en algo por vuestra munificente acogida?

Tomadla, pues, señores, sólo como tal: como una limosna modesta que os envía mi patria uruguaya, para que la agreguéis á la espléndida de arte, de belleza, de elocuencia, que vosotros hacéis en este festival á vuestros niños indigentes; miradla como el óbolo aquel de la pobre viuda del Evangelio. Ninguna dádiva habrá que sea de menos valor que la del Uruguay; pero ninguna tampoco más cordial; ninguna que mejor se armonice con el espíritu de esta fiesta; ninguna, en suma, más impregnada del espíritu de caridad cristiana que os anima, y que consiste, no tanto en *dar* á los pobres, cuanto en *darse* á ellos. Yo, señores, y en mí la nación que represento, nos damos á vuestros pobres niños enfermos; nos damos á ellos, por amor de Dios, y por amor de España.

Yo creo, señores, en el espíritu de caridad de este espléndido festival; creo en él, porque creo en la bondad, cualquiera que sea el traje con que se me presente vestida; porque concibo que puede verse la humildad, y hasta la negación de sí mismo, al través de las suntuosidades de una fiesta, como podía verse el orgullo y la soberbia de una alma huraña escondida en su nido de serpientes, al través de los agujeros de la capa de Diógenes, el filósofo mendigo.

Yo siento que anda esta noche por el ambiente de este vuestro espléndido Teatro Real un espíritu amable, de alas sutiles y rosadas, cuyo aliento, difundido por el aire, nos compenetra. Oh, sí, es un espíritu bueno, inconfundible. No importa que la intención actual inmediata que nos ha traído aquí haya sido la de buscar el solaz de nuestro propio espíritu, y aún el de nuestros sentidos atraídos por la belleza y el arte; no por eso desaparece la intención virtual de hacer el bien, el impulso inicial que nos ha congregado, y que persiste, dando valor moral á nuestros actos, aunque todos y cada uno de ellos no sean una renovación consciente del generoso impulso primitivo.

Y esa intención de hacer el bien, señores, aun en las acciones indiferentes, aun en los actos mundanos, no es otra cosa, si bien

lo examináis, que la palpitación en el organismo social del espíritu cristiano que lo anima regulando sus funciones. Bien puede no constituir un acto de gran virtud individual en todos y cada uno de los que á tales fiestas concurren; pero es un acto de virtud social; bien puede no ser un aumento del capital moral que forman las sociedades con las virtudes de sus miembros; pero es la percepción de intereses del capital de virtudes cristianas acumuladas, que forman las costumbres, y que empujan casi inconscientemente á los hombres al bien; bien puede no ser un nuevo árbol del espléndido bosque que brotó y sigue brotando de las semillas del árbol divino en que se consumó la redención del mundo; pero es, sin duda alguna, la recolección de los frutos de ese bosque sagrado á cuya sombra vivimos, y que se desprenden de las ramas, al sólo ser sacudidas por el espíritu de amor que pasa por el viento.

Ese concepto de virtud social, señores, que, aunque formada de actos individuales, no es un acto individual, se ofrecerá con mayor claridad y nitidez á nuestros ojos, por el contraste: proyectando su forma blanca sobre el fondo oscuro de los recuerdos antiguos. ¿Pensó alguna vez el paganismo en divertirse á beneficio de los pobres, de los enfermos, de los niños desvalidos?

Era todo lo contrario, señores, oh, todo lo contrario.

¿Cómo el pueblo de Roma, el pueblo rey, había de pensar en aliviar el dolor humano al alegrarse y divertirse, si era el dolor humano precisamente lo que constituía la suprema diversión y el deleite supremo de aquel pueblo?

Hoy la España cristiana celebra con fiestas memorables el descubrimiento de América, y entre ellas incluye ésta, destinada á los pequeños que sufren. Roma celebraba ayer sus victorias con la inauguración, por ejemplo, del anfiteatro Flavio.

¿Lo recordáis, señores? Aun nos queda su esqueleto entre las ruinas del foro. La antigüedad no había conocido nada tan grandioso; las edades posteriores no han visto nada igual. Llenaban cien mil espectadores ávidos de muerte su hemiciclo. Allí estaban los sacerdotes y las vírgenes romanas pidiendo sangre; allí los nobles y los plebeyos. Los esclavos no eran hombres; las mujeres no eran personas; los gladiadores eran músculos y sangre organizados para divertir matando y muriendo; los mártires... ¡oh, los mártires cristianos! Esos eran también dolor, pero eran el dolor nuevo, el dolor que sonríe, que redime: el dolor divinizado.

El emperador Tito inauguró ese circo con cien días de fiesta; mataron entonces diez mil hombres cautivos, diez mil piezas capaces de dolor, es decir, de placer, de diversión y de alegría para el pueblo.

Pasad, señores, de ese espectáculo, al que hoy ofrece el Teatro Real de Madrid en esta fiesta á beneficio de los pobres niños enfermos, y decidme si, en el fondo de estas suntuosas apariencias, no existe la gran realidad cristiana: la alegría de hacer el bien; el amor al desgraciado por amor de Dios; la virtud social acumu-

lada á que antes me he referido; la sombra del árbol sagrado que arraigó en las ruinas del anfiteatro Flavio de una semilla que cayó del cielo, y que es hoy el único refugio de los enfermos del cuerpo, y sobre todo, de los dolientes del alma.

Y era necesario, señores, que en la serie de fiestas resonantes con que la familia hispánica, reunida en torno de la madre común, rememora el secular aniversario del descubrimiento de América, era necesario que hubiera también una fiesta especialmente consagrada á aliviar las desgracias de nuestros semejantes, y que á ella invitarais á un representante de América; era preciso que hiciéramos juntos, españoles y americanos, alguna obra siquiera de misericordia. Sin ella, hubiera faltado algo que diera la nota característica de nuestra raza; nuestro rasgo de familia: el amor desinteresado, la caridad, el idealismo puro.

Sí, el idealismo, señores. Yo bien sé que hay quien imputa á nuestra raza esa generosa tendencia idealista ó afectiva, no como una virtud, sino como una inferioridad con relación á otros pueblos, ó como una falta de aptitud para el cálculo positivo que engendra los progresos materiales.

¿Pero será cierta, señores, esa inferioridad, iba á decir antropológica, que se nos atribuye, y, sobre todo, será exacto que nuestro idealismo es su causa?

Yo confieso, por mi parte, que no puedo convencerme de que el ideal, el tipo de perfección concebido por la razón en forma de idea, visto por la fantasía en forma de imagen, y amado por la voluntad en forma de pasión, pueda obstar á la ejecución de lo real, pues aquel no es otra cosa que la forma anticipada de la realidad, y su realización en el alma; el ideal es, por consiguiente, y tiene que ser necesariamente fuerza, dinamismo, acción inmanente. Hay quien afirma que ese ideal que vive en la esfera metafísica, y preside nuestra vida afectiva, no sólo es realidad, sino que es la sola realidad. Lo que se toca es apariencia; la verdadera esencia es lo inmanente, lo intangible, lo inefable, que está en el fondo de tales apariencias.

Pero es esa una cuestión que no cabe entre los esplendores de esta fiesta. Si efectivamente faltan en nuestra raza actualmente aquellas aptitudes, yo convengo en que deben adquirirse; si efectivamente existe en nosotros un desequilibrio producido por el predominio de la sensibilidad afectiva ó del amor á la gran realidad futura, sobre el cálculo que sólo considera la realidad presente y tangible, que el equilibrio se restablezca en hora buena. Todo eso podemos concederlo, y también desearlo. Pero lo que no debemos afirmar ni conceder, señores, es que la adquisición de eso que dicen que nos falta, sea incompatible con la conservación de lo que dicen que en alto grado tenemos: de nuestra pasión por lo ideal, de nuestro dinamismo afectivo. Porque al imponérsenos el sacrificio de nuestro instintivo amor por lo grande, por lo caballeresco y desinteresado,

se nos impondría la triste apostasía de nuestro propio sér. Seremos como somos, señores, ó no seremos.

Nó. Eso no podemos hacerlo, y mucho menos en estos momentos en que conmemoramos el descubrimiento de América, es decir, la más grande de las realidades, hija exclusivamente del idealismo español.

Ese idealismo que se nos imputa, sólo él, fué el que descubrió el nuevo mundo ; por él salió de su eclipse parcial nuestro planeta, y se proyectó en la conciencia de este pueblo, como se proyecta la luna sobre el sol; el nuevo mundo existió en el alma hispánica, aun antes de haber sido vistas por los ojos de Colón las nuevas constelaciones australes ; por él, la tierra entró en posesión real de sí misma ; por él, por ese idealismo de que algunos reniegan, la España creyó en el genio, en el hombre vidente que, caminando á tientas, golpeó en las puertas del convento de la Rábida, pidiendo agua y pan para el niño fatigado que traía de la mano.

¡ Y se ha dicho, sin embargo, que fué España la que tuvo por loco al navegante mensajero, portador del gran secreto ! Acaso lo habrán tenido por tal, señores, los realistas, los calculistas del siglo XV ; pero aquella persona España amó, sin duda alguna, amó el fantasma incorpóreo, el fantasma de niebla y luz, como dice vuestro poeta : la realidad futura presentida.

Aquella España del siglo XV, desgarrada por las caricias de león de la gloria, empobrecida por ocho siglos de guerra intermitente, sin recursos para subvenir á sus más premiosas necesidades, dió á Colón tres carabelas... ¿ Os imagináis, señores, lo que, en aquella época y en aquel momento, representaban tres carabelas avaluadas en dinero ? Dicen que aquello costó dos millones de maravedís. No me detendré á verificar la cifra, señores ; pero es indudable que aquello, en aquellas circunstancias, reclamó efectivamente muchas monedas acuñadas. Oh, sí, no hay duda : aquello fué un mal negocio, señores, un desastroso negocio. ¡ Qué no tendría hoy España, si ese dinero hubiera sido colocado á buen interés y con firmes garantías ! Pero España dió mucho más que tres carabelas á Colón ; le dió sus Pinzones, le dió cien marineros... oh, eso no es nada : aun le dió mucho más : le dió su mayor tesoro, le dió, no las joyas de su reina, como ha dicho la leyenda, sino el corazón, la fe, la palabra, que era armonía, de aquella mujer incomparable, diáfana joya del alma hispánica... Y aun más que todo eso, que parece insuperable, aun algo más grande y más valioso que todo eso puso en manos del navegante visionario : le dió sus banderas, el estandarte real de Castilla y de León, su bandera blanca con cruz roja, para que la enarbolara en su mástil como un signo de victoria, para que trazara esa cruz de Pelayo en las largas flámulas de sus barcos, á fin de que ella fuera á estrecharse con otra cruz que había de salirle al paso desde lo infinito : con la cruz de estrellas que es la radiosa constelación del hemisferio austral ; con la cruz de estrellas desconocidas, recién nacidas, que, entre miriadas de astros nuevos, habían de saltar en el cielo, como chispas de un in-

menso pedernal, al chocar en el inviolado horizonte negro las proas vencedoras de las naves españolas.

Con un loco no se procede así, ¿no es verdad, señores? A un loco no se le confía tanto tesoro, tanta fe.

Luego, señores, convengamos en que una de dos: ó no es cierto que Colón haya sido tomado por loco en España, ò España, al darle su fe, al confiarle su fortuna, su sangre, y sus banderas, tuvo la gloria, la exclusiva gloria, de ser tan loca y más loca que Colón.

Reclamemos lo segundo, señores; también se ha hablado de la locura de la cruz. Confesemos que la España ha sido, en ese sentido, muchas veces, la gran loca de la historia. Por eso acogió al demente genovés, que otras naciones más cuerdas quizá y más positivas arrojaron de su seno, para que viniera aquí, á pedir una limosna de pan á un franciscano español, que le dió todo su hogar, una limosna de luz á una reina española, que le dió toda su fe, y una limosna de afecto á una mujer española, que le dió todo su amor.

Oh, sí, es verdad, señores; la empresa de Colón era un mal negocio, un negocio descabellado; no era aquello, por cierto, una de nuestras conquistas modernas, calculadas á plazo fijo; ni en sí mismo, ni en sus consecuencias, pódía producir, ni ha producido á España, un módico interés siquiera para el capital que empleaba. Sus acciones no se hubieran cotizado ciertamente en la actual bolsa de Londres...

Y sin embargo, es un genial escritor inglés el que, hablando de otro inglés, del hombre Shakespeare, nos dice con gran sinceridad: « Considerad ahora, si se nos llegase á preguntar: ¿queréis abandonar vuestro imperio de la India ó vuestro Shakespeare? ¿Preferiríais no haber tenido nunca un imperio de la India ó no haber tenido nunca un Shakespeare? Realmente, contesta el inglés, con ser inglés, realmente sería esta una pregunta grave. Las personas que ocupasen puestos oficiales contestarían en lenguaje oficial; pero nosotros, por nuestra parte, también nos veríamos obligados á responder: ¡Con ó sin imperio de la India, nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakespeare! El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakespeare no se va; permanecerá siempre con nosotros; no podemos desprendernos de nuestro Shakespeare ».

Eso dice un idealista inglés de alma germánica.

Y á vosotros, señores; á nosotros debo decir, porque siento vuestra sangre con toda su ebullición afectiva en mis arterias, si se nos preguntara, ¿preferiríais haberos hecho cien veces más ricos ó no haber protegido al loco mensajero, ó no haber descubierto América? ¿Queréis abandonar la gloria de haber descubierto América, sólo la gloria, á trueque de ese montón espantoso de monedas de oro que brillan en las cajas del Banco de Inglaterra?

Yo no sé, señores, lo que á eso contestaría un tesorero general de la nación, en cumplimiento de su deber oficial; pero creo que

todos vosotros, aun estando entre vosotros muchos tesoreros, estáis contestando conmigo en este momento:

Oh, nó; guardaos vuestros montones de oro acuñado ó en barras; pero nosotros nos quedamos con nuestro loco, y aún con nuestra locura, nos quedamos con nuestro Colón, porque es nuestro; nos quedamos con nuestra Isabel, con nuestras pobres carabelas. España no puede vivir sin su gloria, no puede vivir sin su descubrimiento de América, haya costado cuanto haya costado, y cueste lo que cueste.

Pues eso, que os hace aclamar, señores, eso que mi palabra ha removido en vuestras entrañas, eso es realidad, es la sola realidad. De eso, que es amor, de eso que sentís, pero elevado á una potencia infinita, brotaron los astros, flores de la divina pasión, en el campo negro del vacío; Dios es amor; de eso mismo, reducido á nuestras proporciones terrenas, brotó el mundo nuevo, en el campo azul de las marinas soledades. Y eso es idealismo, señores, es decir, la más grande de las fuerzas creadoras, que se pretende imputar como un defecto, sin embargo, á la raza hispánica, y de la que se quiere hacerla renegar á trueque de algunos bienes materiales, como se hacía renegar á los indios americanos de su libertad en cambio de un puñado de abalorios.

Bien es verdad que también se ha dicho que no fué España sino Isabel, la mujer Isabel, la reina Isabel, la que acogió á Colón; fué el alma de Isabel la que, fecundada en España por el beso entrañable del ideal, concibió en su mente el mundo niño.

Oh, señores: si algún momento entre los de estos días ha sido el momento consagrado á Isabel, la mujer reina, ese momento es este, sin duda alguna.

Es este el ambiente propicio, pues sois vosotras, señoras, quienes le dais carácter, y á quienes debo especialmente mi palabra; es este el nimbo adecuado, para proyectar sobre él, como una aparición, la forma luminosa de esa mujer matinal que se presentó un día en vuestra tierra, con los grandes ojos abiertos á una nueva luz que los demás no veían, y que la hacía aparecer como asombrada de sí misma.

Si yo fuera dueño de esas palabras que se estremecen, y son substancia en sí mismas, que salen de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y son la irradiación de su intensa claridad, yo os formaría con ellas un conjunto de notas y de líneas y de colores milagrosos, en que veríais pasar por aquí, la forma hierática de esa mujer que se vió aparecer en vuestra España, con el candor profético de la sibila vidente, con la extática impasibilidad del asceta, con la luminosa irradiación del bienaventurado, con el mensaje sideral del genio. Os sentiríais sobrecogidos, señores, al ver pasar ante vosotros, sin hollar los átomos, una mujer blanca, pálida, de cabellos rubios, de ojos azules casi sin mirada, pero llenos de recuerdos más azules y más profundos que los

ojos, y con un alma tenue que filtraría como una luz convaleciente al través de su carne de marfil casi sagrada. Oh, no la confundiríais, señores, no la confundiríais: reconoceríais á la reina. No puede confundirse; sólo hay una.

No importa la época en que esa mujer reapareciese: siempre veríais sobre ella el resplandor cercano de la estrella polar.

Si se os presentara niña, en Arévalo, desamparada y abandonada, junto á su madre doliente, al lado de su hermano menor don Alfonso, teniendo la adversidad por maestra, ya veríais en esa niña, una reina; si se os apareciese incontaminada en medio de la disolución de la corte de su hermano Enrique IV; si la viéseis cruzar por los claustros solitarios del monasterio de Avila, ó entre las disensiones civiles de Segovia, ó en medio á las enconadas parcialidades en Córdoba, en Extremadura, en Sevilla, entonces veríais en ella el rayo de luz fecundo que rompe las tinieblas de vuestra España católica; el primer lirio brotado en aquel inmenso erial de sangre y lodo. ¡Y qué no sentiríais, señores, si se os apareciera bajo el dosel real en las cortes de Toledo, ó montada en su palafrén de guerra, con la armadura ceñida á su cuerpo ebúrneo, y recorriendo las huestes españolas en los campamentos de Moclín, de Málaga, de Baza, de Guadix, de Almería, de Granada, ó al frente de su campo volante en Burgos, ó en la fortaleza reconquistada de Toro! Entonces viérais la mujer arcángel; los reflejos del sol en las escamas de su cota, ó en los pliegues blancos de su brial de seda, la circundarían de asteroides; el cielo español le tomaría su inmenso nimbo.

Y sin embargo, señores, no sería más grande que si se nos ofreciera en sus consejos con el Gran Capitán, sobre las guerras de Italia; con Cisneros, sobre la reforma religiosa; con Montalvo, sobre las ordenanzas; con Mendoza, sobre el imperio de las leyes y el reinado de la paz; con Nebrija, sobre las letras; con Fray Hernando de Talavera, sobre su conciencia y su vida; con Cristóbal Colón, por fin, con el genio vagabundo, en cuyos ojos negros, hermanos de los suyos, penetraban las miradas azules de la reina, para ver en el fondo, con intensa claridad, la surgente aparición del mundo nuevo.

Ella trajo un mensaje del cielo para vosotros, señores, y profetizó la España, la tocó en la frente, la sacó del caos. Aun en su amor de mujer era profética. Amó á Fernando de Aragón, á él solo, con una pasión igual y distinta de la de las demás mujeres. Fernando fué el objeto de su pasión, y la intuición su genio; vió en él la unión de dos almas, y la de dos reinos; sintió en su amor idilios y tragedias; por ese amor concibió á doña Juana, la madre de Carlos V, y concibió á España, á la España formada por Castilla y Aragón, la madre del nuevo mundo. El amor de Isabel hacia Fernando, de una mujer adolescente, casi niña, fué más poderoso que las razones de estado, más que las intrigas reales, más que las leyes aparentes de la historia. Ese amor derogó todas las leyes, desbarató todos los planes: fué la sola realidad.

¿La queréis ver por fin, señores, revestida de la suprema majestad? Miradla envuelta en la majestad de la muerte. Ha muerto joven aún. Está amortajada, según su voluntad, en el hábito franciscano; las palabras de su memorable testamento flotan como estrellas en torno de su cabeza dormida: manda su alma á Dios, su pensamiento á la patria, su cuerpo, su eterna fidelidad de amor á Fernando. Si éste eligiese otra sepultura que la que yo elijo, dice la augusta expirante, sea allí trasladado y sepultado mi cadáver, allí, junto al cuerpo de Su Señoría.

. . . .

De esos elementos, señores, se forman los ensueños majestuosos, y de esos sueños nacen las grandes cosas, que sólo son grandes porque los tienen dentro: Isabel es visión, es majestad. Fué más que soberana de Castilla; fué soberana de sí misma, reina de su inmenso corazón.

Oh, sí, señores, ¿quién puede dudarlo? Esa mujer mensajera, que en vano intento evocar con mi palabra sin imperio, esa mujer, que fué reina en la más honda acepción del concepto de *rex*, fué el héroe de vuestra España. ¿Pero puede deducirse de ello que no fué España, sino su reina, la que concibió la realidad del ideal heroico?

Nó, por cierto. Esos héroes que descienden ó se aparecen entre los pueblos con un secreto que revelarles, no son trozos cósmicos de un astro, caídos en un astro distinto. El héroe, por el contrario, es algo así como el primer fragmento del mundo en fusión que se solidifica. La revelación á un pueblo de su destino, tiene que descender á una conciencia; y como no existe más conciencia que la del hombre, la de un hombre, esa revelación se realiza en el héroe, ilumina la más alta conciencia de la estirpe, mueve la más excelsa voluntad, resplandece en la frente más profética. Si el héroe, señores, no arraiga en las entrañas del pueblo; si no brota de ellas como el árbol de las entrañas de la tierra, ó como la palabra de las profundidades de la idea, el héroe es artificial, como es leña el árbol, y soplo de muerto la palabra. El sol y la lluvia del cielo caerán sobre las hojas, sin incorporarse á la grande armonía germinadora que canta en las flores que se aman, y en los frutos que dan simiente; el sonido articulado sin raíces, vibrará sin arraigar en las almas, sin llevarles el sol, sin ajustarlas á la eterna armonía del verbo universal.

El sol naciente del ideal, señores, tocó á España en su cumbre más augusta y más sedienta de luz y de calor: en la frente de Isabel. España fué grande, porque, en los ojos de su reina, vió la realidad invisible; porque, con la fe de su mujer fuerte, creyó en la presencia inmanente de la realidad futura; porque, en el corazón de su heroína profética, amó con pasión lo que no era carne.

¿Y habrá de renegar la familia hispánica, señores, de su ingénita propensión á lo ideal? ¿No será, por el contrario, la predestinada á salvarlo para el porvenir, en medio de las obscuridades del presente?

Porque no es posible negarlo, señores; no es posible negar desgraciadamente que hoy los grandes ideales se van, perseguidos por un azote invisible; se les ve abandonar en bandas la tierra, alzar el vuelo de aquí y de allá, como pájaros amedrentados que se dirigen al sol. Las almas se enfrían, y los antiguos sentimientos las abandonan. La realidad presente se juzga incompatible con la realidad absoluta, con la que no tiene edad, con la eternamente joven, con el tipo de perfección concebido por la razón en forma de idea, visto por la fantasía en forma de imagen, amado por la voluntad en forma de pasión.

El naturalista que despedaza un lirio para analizarlo, cree verlo con sus instrumentos ópticos en la plenitud de su realidad, y mejor que los que sólo miran con los ojos; cree verlo mejor, porque ve el polen de los estambres, y percibe el estremecimiento de los ovarios; por que da nombres y clasifica y encasilla la expresiva naturaleza, que es toda relación, que es un inmenso instrumento de divina armonía. Ese hombre, que se clasifica á sí mismo con el dictado de hombre de ciencia, á fuerza de mirar, ha acabado por no ver, señores; en ese lirio tejido por manos invisibles, hay algo más que ovarios y estambres y materia colorante: hay flor, flor que mira al hombre desde el fondo de su expresión ingenua, flor que ríe en la transparente profundidad de su blancura. Para el naturalista, el lirio no existe.

A fuerza de disecar los secretos orgánicos de la pasión, del entusiasmo, del amor, los entusiasmos, ecos de lo interior, desaparecen, el amor se aniquila. ¿Y cómo había de sobrevivir el amor á la muerte del ideal, señores, si el amor, en su concepto esencial, no es una realidad objetiva, sino un acorde, una armonía, una abstracción que no puede confundirse con los elementos que por ella y en ella se vinculan? El movimiento pasional del amor no tiene vuelta, como ha dicho el gran filósofo griego, no tiene vuelta sobre sí mismo; va recto á su objeto y se fija en él como en su término; no soporta, por consiguiente, ni cálculo ni límite: es absoluto. El amor está en dos almas, pero no es ninguna de ellas. Y sin embargo, es realidad, *es substancia, es en sí.*

Y eso, señores, para lo cual no tiene el lenguaje humano palabras bastante armoniosas; eso, que se considera no entidad, eso es precisamente la sola intrínseca realidad: es la armonía de los séres, de las cosas, de las substancias inmateriales vibrantes con el universo musical de que forman parte, es la armonía que mantiene ese universo, es la eterna realidad que está dentro de todas las realidades concretas. Lo que es apariencia é ilusión, señores, es la materia, es la carne deshabitada: la suprema verdad es la vida, señores, y la vida no es la cosa, es su ritmo, su armonía, su vibración ajustada al diapasón del universo: es el espíritu.

Oh, sí, es verdad: un invierno intenso parece que ha descendido sobre las almas; hace en ellas mucho frío, y los seres con alas, águilas ó alondras, religión, amor puro, poesía, besos en los ojos y en las frentes, substancias musicales, desocupan esas almas deshojadas.

Pero todo eso no se aniquila, señores. ¡Ay del universo si tal aconteciera, si perdiera su ritmo, su vibración armoniosa, su ley de amor eternamente preexistente, sus intrínsecos ideales!

Yo estoy persuadido, señores, de que, así como hay estaciones del año en que los habitantes musicales del aire, aun aquéllos que no abandonan nuestras regiones, desaparecen algún tiempo de entre nosotros para regresar, así desaparecen, en ciertas épocas históricas, los melodiosos habitantes del alma, los hijos de la vida afectiva. Hay bosques ocultos, aun en nuestros climas, aun á nuestro lado, en que se recogen los primeros, los pájaros ahuyentados; hay pueblos encerrados en sí mismos, substraídos á las influencias invernales, que sirven de refugio á los últimos, á los grandes ideales. Como ha habido bosques sagrados, no estercolados para la producción, y habitados sólo por las visiones, también existen pueblos que conservan algo de sagrado, de no estercolado, en el fondo de su sér.

Creamos, señores, creamos, al menos en estos momentos en que rememoramos el descubrimiento de América, que el pueblo hispánico de ambos mundos es uno de esos pueblos; creamos que es en su seno, en las intimidades de su vida, donde están todavía refugiados los grandes ideales que ya no cantan como antes el himno al sol, el salmo de la vida: fe religiosa, amor puro, familia, patria, libertad, culto caballeresco de la mujer, caridad sobre todo, señores, que es la sola realidad, que es la santa realidad, que es la eterna realidad. Dios es caridad. Creamos que todo está aún abrigado y oculto en las transparentes profundidades del alma hispánica, y que de ella alzará el vuelo, en banda resonante y musical, cuando llegue el momento de repoblar la tierra de los casi desaparecidos mensajeros del cielo.





En la Real Academia Española.

Contestación dada al conde de Cheste, Director de la Academia, al asistir por primera vez á las sesiones de aquella, como individuo correspondiente.

SUMARIO: La Academia Española, casa solar de la lengua hispánica.—Un antiguo afecto.—Su origen.—Su transformación.—Conveniencia común de la autoridad de la Academia.—Como la Academia Española abre sus puertas al verbo americano.

Señor director:

Debo confesar ingenuamente que las palabras que acabo de escuchar, con que tenéis la bondad de acogerme en esta ilustre corporación, y que reclaman algunas de mi parte, no sólo me producen una grande emoción, sino que me toman muy de sorpresa.

Yo había venido esta noche, señores académicos, á recibir, sin duda alguna, un señalado honor; pero creía que él iba á limitarse al hecho de sentarme por vez primera, silencioso y obscuro, entre vosotros, como individuo correspondiente de esta academia. Eso hubiera bastado, y aún sobrado, para que yo marcara esta sesión de la Real Academia Española como una sesión memorable, memorable para mi recuerdo.

Pero el ilustre conde de Cheste, tan benevolente como ilustre, ha querido sacar mi persona de la obscuridad que le correspondía, iluminándola de lleno con sus palabras, y con las palabras de tan generoso aliento compuestas, que os han hecho volver á todos la cabeza, no me cabe la menor duda, para conocer al insigne compañero que ha hecho brotar de la nada la palabra, que en este momento puede llamarse creadora, del sucesor del marqués de Villena, y de Martínez de la Rosa.

Ese hombre que buscáis, señores, no existe en mí; es invisible é impalpable; es sólo un engendro del nobilísimo corazón del rico hombre que ha querido sin duda dar en mí, con generosa opulencia, una afectuosa bienvenida á los correspondientes americanos, recordando quizá, entre muchas otras cosas, que él también, aun-

que honra y prez de las armas y de las letras españolas, vió la primera luz en la buena tierra de Colón.

Yo no soy, señores, eso que ha dicho, obligándome para siempre, el señor conde de Cheste; no soy un notable, ni siquiera un mediano escritor castellano, pese á la benevolencia de mi esclarecido amigo, vuestro insigne compañero don Juan Valera, para quien también tengo una deuda, que jamás pagaré, de gratitud literaria. Pero si no soy eso que ha dicho el venerable prócer que nos preside, señores, yo quisiera ser lo que él ha dicho. Oh, sí, yo quisiera ser un escritor castellano... Y como estoy plenamente persuadido de que fué ese simple anhelo, transparentado en mis pocas producciones literarias, el que me sirvió de título suficiente para que la Real Academia me incorporara á su seno hace algunos años; como creo haber comprendido su intención, que no ha sido otra que la de cooperar, con la fundación de academias correspondientes americanas, á la obra de unión de todos los pueblos de habla española, juzgo que no puedo ofrecer ahora un tributo que más grato sea al oído benevolente de esta corporación, que el que consista en ratificar, en vuestra presencia, mis reiteradas protestas de amor á nuestra lengua común, y las cordialísimas de adhesión y de respeto á esta casa solar del verbo hispánico, en que viven nuestros maestros, nuestros árbitros, nuestras glorias; en que vivís vosotros, señores académicos.

Os vuelvo á declarar que la generosa bienvenida que me ha dado el señor conde de Cheste me ha conmovido muy hondamente. Yo he sido siempre en América un fervoroso defensor de la gloria y de la autoridad de la Academia Española, en las disputas que, allá como acá, y como en todas partes, se levantan en torno de estas autoridades, sobre todo en nuestros tiempos. Os haré gracia, señores, de mis razones: son las comunes que conocéis. Pero, más aún que un defensor, he sido y soy un ferviente amador de esta institución. Bien es verdad que mal puede defenderse, y ni siquiera conocerse, lo que no se ama.

Yo recuerdo que, en mi primera juventud, mi afecto hacia esta Academia rayaba en entusiasta ternura, en una admiración apasionada casi inconsciente.

¿De qué había nacido ese afecto que, al despertarse en este momento en mi alma, me hace recordar el verso aquel de Dante que nos, señor Conde, nos habéis noblemente traducido en verso castellano, aquel *Conosco i segni dell'antica fiamma*, que es, á su vez, el *Agnosco veteris vestigia flammæ* de Virgilio, el coronado maestro?

Yo no lo sé. Pasa en este momento por mi memoria el recuerdo venerando de mi padre; él, como tributo quizás á esta su patria española ausente, que él amaba con pasión, me hacía conocer de niño muchos de vuestros nombres, muchos de los de vuestros predecesores sobre todo. ¡Oh! Esos nuestros buenos padres españoles fueron, allá en América, vuestros verdaderos académicos correspondientes, señores; lo fueron mucho más que nosotros. Dejadme bendecir la memoria del mío en este momento; siento la necesidad

de hacerlo... Recuerdo también mi vieja *Gramática de la Academia Española*... ¡ Los malos ratos que me hicísteis pasar con ella, señores académicos ; con aquellas reglas, con aquellos verbos irregulares ! Pero esos ratos son inseparables de las horas de infancia, y estas nos son siempre queridas... acaso sólo por que han pasado. ¿ No será algo de todo eso, y de lo que eso sugiere, lo que despertó en mi alma el sentimiento de admiración y de ternura hacia esta casa lejana, á que antes me he referido ?

Oh, si entonces, en aquellos años, se me hubiera presentado la escena de esta noche, en que el venerable conde de Cheste, cuyo nombre pronuncié con tanto respeto siendo niño, me señala mi puesto á su lado y entre vosotros, como digno de él, y me juzga acreedor á las palabras con que me ha recibido, yo hubiera visto pasar esta escena como un ensueño.

¡ Quién me diera volver á esa época, que ya está lejos, para poder gozar de este momento con la intensidad con que se goza en los años en que aun se cree en la gloria !

Vosotros sabéis, señores, lo que en esos sentimientos se opera generalmente con el andar del tiempo: ó se mueren de frío, ó cambian de habitación, pasando del corazón á la cabeza, donde se transforman en convicciones.

Me parece que en mí ha acontecido lo segundo, pero sin acaecer lo primero.

Se me ocurre, señores, que así como hay corazones que no tienen necesidad de esperar la noche para haber terminado su día, así hay otros que prolongan el día, ó cuando menos un crepúsculo casi más amable que la luz solar, hasta ya muy entradas las horas, casi hasta rayar la media noche.

¿ Será mi corazón uno de estos ?

Algo de eso ha de pasar dentro de él, porque yo siento que sin haber muerto el primitivo afecto, se ha arraigado en mi entendimiento una convicción profunda sobre la necesidad y la utilidad, comunes á españoles y americanos, de la existencia de la autoridad de esta Academia ; sobre la racional conveniencia de que, puesto que debe existir una casa paterna de toda la familia hispánica, lo sea esta robusta casa solar que tantos títulos tiene para serlo, y cuyas puertas vosotros abrís á los escritores americanos con tan generosa cortesía, y con un afecto tan transparente, y tan ajeno á todo interés que no nos sea común.

Esta especie de recepción doméstica que me hacéis, señor director, con ser tan íntima y sencilla, será contada por mí algún día, en una forma ó en otra, á mis compatriotas americanos. Yo contraigo en este momento el compromiso de hacerlo. Yo les haré saber cómo me habéis acogido ; con cuánta sinceridad me abrís de par en par las puertas de esta casa, me ofrecéis asiento entre vosotros cual si fuera un miembro siempre esperado de la familia, y me dais parte

en vuestras deliberaciones sobre la lengua española, que, siendo como es el tesoro común de españoles y americanos, puede y aun debe ser custodiado con igual solicitud por americanos y españoles. Así contribuiré, aunque débilmente, á disipar el error, en que suele incurrirse, de suponer á la Academia Española encastillada tras los muros agrietados de una rutina vetusta, é inaccesible á las palpitaciones de la vida de nuestra lengua común. Aquí hay sitio para todos, bien lo veo, desde que lo hay, y tan amplio, tan generoso, para mí, el más modesto entre los cultores de nuestra lengua, y el menos apto, por consiguiente, para haceros ver las nuevas transparencias y vislumbres que le haya impreso el pensamiento americano al encenderse en ella, ó los nuevos sonidos que nuestra palabra interior haya sabido arrancar al maravilloso instrumento de nuestro idioma, al cobrar la forma melodiosa de la palabra articulada.

Pero no importa, señor director; no importa, señores; no os arrepintáis de vuestro extremo de bondad para conmigo. La prueba de la amplitud de vuestro criterio aparecerá tanto más concluyente, cuanto mayor sea la desproporción entre vuestra munificente acogida y los méritos literarios del correspondiente americano á quien hacéis objeto de vuestro afecto.





EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Palabras pronunciadas en la Academia de la Historia de Madrid al incorporarse á ella, y contestadas por el señor Antonio Cánovas del Castillo, presidente de la Academia.

Señor Presidente:

Al asistir por primera vez á las sesiones de la Real Academia de la Historia, debo á esta ilustre corporación una expresión siquiera de reconocimiento por el honor que me ha dispensado al incorporarme á su seno, aunque, si bien se examina, esa manifestación me la debo más á mí mismo que á la academia. Sí, no hay duda: estas palabras, con que distraigo un momento vuestra atención, señores académicos, más que un tributo que os ofrezco, son un nuevo honor que os arranco. Yo os he agradecido ya, al aceptar por escrito este puesto, el honor de mi elección; pero yo quiero que, en las actas de las sesiones de esta insigne compañía de sabios, quede la huella, aunque sea casi imperceptible, de mi paso por aquí. Ya que no la de mi inteligencia, quedará la de mi corazón.

Sí, señor presidente: yo he experimentado un intenso sentimiento de satisfacción al ser llamado por la Academia de la Historia á tomar parte en sus trabajos. Pero yo bien me sé que no es el trabajo lo que vosotros habéis querido compartir conmigo, señores; es la gloria. Me apresuro, pues, á recoger, y á guardar como una ejecutoria, la que consiste en estar entre vosotros, y quiero hacer de estas palabras, que acaso sean las únicas que pronuncie en este sitio, algo así, como la tradición ficta, ó la toma de posesión *ánimo dómini* de la gloria que me ofrecéis.

Digo que acaso sean estas las únicas palabras que aquí pronuncie, no sólo porque la fugacidad de mi gratísima residencia en España es incompatible con el estudio que, para tomar parte en vuestras deliberaciones, os debería á vosotros, y me debería á mí mismo sobre todo, sino porque os considero, señores académicos, como mis maestros en la ciencia de la historia; y el tiempo que pase entre vosotros me será siempre escaso para escucharos, y recoger de vosotros provechosas lecciones. Veo á mi lado á los cultores de

las ciencias históricas y de sus anexas, cuyas reputaciones forman el acervo intelectual de esta gran nación: geógrafos, cronologistas, etnógrafos, arqueólogos y paleógrafos eminentes, que aunan en esta academia su labor y sus conclusiones con las de los cultores de la epigrafía, de la numismática, de la estadística, de la filosofía y de la hermenéutica históricas, y con la de los maestros de la forma y expertos en ese *folk-lore* ó saber popular revelador de la vida íntima de las sociedades que pasaron.

Excuso pronunciar sus nombres, ya consagrados por el mundo científico y literario, porque mi modesta protesta de admiración y de respeto muy poco ó nada podría agregar á su lustre y nombradía.

Sí, señores: tengo mucho que aprender entre vosotros; tengo mucho que llevar de aquí. Pero, aunque no llevara otra cosa, me creería siempre conductor de un tesoro, con sólo llevar en mi espíritu el recuerdo de haber estado en vuestra compañía, señores académicos, el de haberme dicho vuestro compañero en la labor científica, y el de haber confundido mi pensamiento, aunque sea en forma pasiva, con el de los más esclarecidos cultores de la ciencia española, que son honra y prez de esta academia y de esta nación ilustre entre las naciones.





LA MÚSICA

PANEGÍRICO DE SANTA CECILIA

Conferencia dada en el "Instituto Verdi" de Montevideo, en la noche del 22 de Noviembre de 1896.

SUMARIO: De paso por la patria.—El arte.—Es educador en sí mismo.—Sobre la fórmula «el arte por el arte».—El arte al través del tiempo.—La música.—Es ciencia, es arte y es lenguaje.—Resumen de su historia.—El nuevo día cristiano.—El Dante y San Francisco.—Los grandes nombres.—El arte en el siglo XIX.—Lo que es la creación artística.—El siglo de Bethoven.—Los grandes nombres contemporáneos.—¿Dónde está santa Cecilia?—No fué música, pero es y debe ser la patrona del arte musical.—Historia melodiosa de la virgen romana.—La música es sugestión; es despertadora de lo dormido; exige predisposición en el alma y en el organismo.—Oración panegírica de Cecilia.—Una frase de Pasteur.—Camino de la luz armoniosa.

Señoras,
Señores:

De paso por mi tierra; huésped en mi propia casa, en estos días en que he venido á buscar un poco de aire de patria para mis pulmones y para mi alma, os confieso que me es muy grato hacer oir en público mi voz de vez en cuando. Así me formaré la ilusión de que, cuando de nuevo tenga que dejar el suelo natal para seguir mi peregrinación al través del mundo, que sabe Dios cuándo acabará, acaso quede aquí, en el eco de mi voz, una parte de mí mismo, la parte musical de mi persona; acaso así prolongue un poco más mi recuerdo en vuestras almas, y desvanezca el fantasma que más de una vez me ha asaltado en mi incidental carrera diplomática: el temor de llegar á ser desconocido, casi un extranjero en mi tierra natal.

Creédmelo, señores: nada hay que me alarme más que esa antipática y molesta idea en mis largas ausencias, y por eso he aceptado, con muchísimo gusto, la cortés invitación del Instituto Verdi; por eso debo comenzar agradeciéndole el honor que con ella me ha dispensado, y la ocasión que me proporciona de demostrar, en este terreno neutral en que se rinde culto á la belleza amiga, con cuánto interés sigo el movimiento de cultura de mi país, con cuánto entu-

siasmo advierto sus progresos, que colocan á nuestro Montevideo á la altura de las más cultas capitales de Europa, y con cuánta resolución estoy siempre dispuesto á prestar mi concurso á todo aquello que importe elevación de nuestro nivel social, progreso en nuestras costumbres, y educación de nuestras almas por el cultivo del arte.

Sí, señores: el arte, que es realización de la belleza ideal, ó, si queréis, conjunto de medios expresivos por los cuales los puros sentimientos humanos se propagan por vía de imitación ó simpatía, el arte, digo, es un gran educador.

Ojalá que su influencia se hiciera sentir cada vez más en nuestra sociedad, que muchas veces echa de menos, al tocar las consecuencias de la ausencia de culto á lo bello, esa delicadeza de sentimientos, ese mutuo respeto entre los hombres que hace tan amable la vida, y que no es otra cosa que el reinado de la caridad en las relaciones sociales.

Y digo que el arte es educador, señores, no sólo porque puede ponerse al servicio de una idea moral ó científica ajena al arte mismo; no sólo porque sirve para prestigiar ó ennoblecer la propaganda de la verdad ó del bien. Ese puede ser uno de sus objetos accidentales; pero no constituye su esencia. El arte es educador por sí mismo; lo es, porque la belleza, la suprema belleza, en sí misma es buena y es verdadera; y, siendo la belleza relativa que nosotros podemos alcanzar y gozar sólo un reflejo de la belleza absoluta, es indudable que la elevación que el arte produce en nuestra sensibilidad importa en sí misma una elevación de todo nuestro sér.

El simple contacto con lo grande, engrandece al hombre; el simple contacto con lo bello lo embellece. Quien vacile en asentir á esa verdad, concederá al menos que el contacto con lo pequeño nos empequeñece; que el espectáculo constante de lo feo nos rebaja los gustos, nos hace groseros, inconsiderados, menos amables, menos armoniosos, menos virtuosos, pues virtud es armonía.

Hay quien se escandaliza de aquella fórmula *el arte por el arte.* No hay que espantarse, señores, de palabras que son de aire, y giran y se transforman según el labio que las sopla. Lleguemos á las realidades que están en el fondo de las palabras, y son su luz interior.

¿Puede acaso negarse que la verdad por sí misma ensancha las facultades intelectuales del hombre, y que quien está en contacto con más verdades ha agrandado y perfeccionado aquellas facultades? Eso podría llamarse la verdad por la verdad. No es necesario que la verdad sea útil ó buena para que su adquisición ensanche la inteligencia. Hay poetas que, para predisponer su espíritu á la inspiración, se ejercitan en resolver problemas matemáticos; hay, en cambio, hombres de ciencia que comienzan sus investigaciones por la hipotesis que les sugiere la imaginación, y predisponen su espíritu á la inspiración como los poetas. No en balde alguien ha dicho que las grandes ideas vienen siempre del corazón.

¿Puede negarse que quien está en contacto con mayor bien, ensancha y amplía la noble capacidad de su voluntad en orden á su objeto propio, á su perfección, aunque no sea él quien realizó los actos buenos? Eso es *el bien por el bien.* Pues de la misma manera, yo creo que el que está en contacto con mayor belleza ensancha su sensibilidad; y siendo el arte realización de belleza, el arte por sí mismo es moralizador, pues es perfeccionador del alma humana, que es simple, indivisible en sus facultades. Eso es la belleza por la belleza, el arte por el arte.

Es innegable que el arte que desarrolla y educa la sensibilidad á expensas de la inteligencia y de la voluntad, contribuyendo al error ó al mal, es reprobable; es indudable que el artista que realiza una escena innoble que arrastra la voluntad al vicio, neutraliza el efecto psicológico de su obra, en razón directa del efecto inmoral que produce en la voluntad. Pero de eso no puede deducirse que el arte, para ser tal, deba necesariamente proponerse inducir á la verdad y al bien; bástale, para llenar su misión, ensanchar y ennoblecer la sensibilidad con la belleza. Y en ese sentido, la vieja fórmula de «el arte por el arte», sólo quiere decir, en mi concepto, «belleza para la sensibilidad», es decir, objeto noble para la facultad que le es propia. Y eso es verdadero, y es bueno en sí mismo.

Reprobemos, pues, señores, el arte que educa la sensibilidad á expensas del corazón ó de la mente, rompiendo el equilibrio que las facultades humanas deben guardar en su desarrollo para el perfeccionamiento del hombre; pero no por eso exijamos al artista otra cosa que belleza. No le exijamos desarrollo ó demostración de temas; tanto valdría exigir al matemático hermosura en la forma de los signos algebraicos con que expone sus ecuaciones. Exijamos al artista sólo realización ó reflejo, espontáneo en la forma, de sus sentimientos, de sus afectos, de las apariciones que ve pasar en lo obscuro, de sus visiones impalpables y fugaces, de sus estremecimientos geniales.

El artista nativo tiene que ser sólo artista al realizar sus obras; y, por lo tanto, ha de ser espontáneo. Si el artista es bueno, su obra será buena, al par que bella; será bella en la intrínseca plenitud de la belleza. Si el artista es malo, producirá obra mala, en la que la belleza, encadenada á los sentidos, y sin poder ir más allá, sin propagarse ni multiplicarse, se verá impotente de realizar su misión elevadora de todo el sér humano; será obra contradictoria que se devorará á sí misma, con tanta mayor voracidad, cuanto mayor sea el predominio del placer grosero que ella produzca por repugnantes asociaciones, sobre el verdadero deleite estético, que es pureza, elevación espiritual, armonía.

De ahí que las grandes obras de arte sean, porque son bellas, es decir, espontáneas, el reflejo de la época y de la sociedad en que nacen; el arte verdadero no miente

De ahí que la historia del arte sea la historia de la civilización del hombre. Seguir su curso al través de los siglos, es poner el oído sobre el corazón de la humanidad; poner la mano sobre su

frente que abrasa en Grecia, desmaya y comienza á enfriarse en Roma, tiene sudores agónicos en Bizancio, y vuelve á palpitar vigorosa, como el Moisés de piedra que es su símbolo, en las épocas espléndidas del renacimiento italiano.

Yo he seguido, señores, con vivo interés, en mis viajes por el viejo mundo, esa marcha de oriente á occidente de la belleza ideal, en las artes plásticas, en las artes del dibujo, más bien dicho ; la he visto realizada, por medio de la línea, en los monumentos de arquitectura y de escultura que nos han legado las edades ; por medio del color, en las sagradas galerías pictóricas que, desde Nápoles hasta Madrid, nos conservan la huella de los grandes genios. Yo quisiera hablaros de todo eso en esta noche ; llenar de alas el ambiente de este salón. Pero al tener que hablaros, por las exigencias del momento, sólo del arte musical, que es la realización de la belleza ideal por medio del sonido inarticulado, y al teneros que hablar de ello unido al recuerdo de Santa Cecilia, la melodiosa doncella romana que habéis elegido por vuestra patrona, siento que el recuerdo de mis impresiones objetivas me es inútil por completo ; un acorde lírico se levanta del fondo de mi espíritu, y tendré que hacer un esfuerzo para que mi discurso no se transforme en el canto matinal que acompaña el despertar de tales recuerdos en el fondo de las almas resonantes.

Vosotros celebráis esta noche á Santa Cecilia, y me habéis pedido que haga algo así como la oración panegírica de vuestra blanca amiga celestial.

¿ Pero conocéis, señores, la historia de Santa Cecilia ?

¿ Sabéis acaso por qué esa joven patricia romana, que sufrió el martirio allá por el siglo tercero de nuestra éra, ha sido de siglo en siglo, y lo es aún hoy, la patrona de los artistas, y el símbolo del arte musical ?

Casi estoy seguro de que nó.

Voy á decíroslo, pues. Escucharéis una vieja novedad.

Para apreciar, en toda su intensidad y significado, el predominio del recuerdo de la virgen Cecilia sobre los otros grandes nombres y recuerdos que nos ofrece la historia de la música humana, sería necesario recordar siquiera esta historia ; pronunciar, en busca del nombre de Cecilia, algunos de los grandes nombres ; recorrer con la imaginación esa inmensa vía láctea de sonidos en el cielo del arte, sobre la cual se proyecta, como la solitaria estrella de las mañanas tranquilas, la mirada angélica y melodiosa de aquella virgen cristiana. Veamos, pues, en donde encontramos á Cecilia en la historia de la música.

La música comienza con la humanidad. Es ciencia, es arte ; pero también es lengua, lengua de origen divino, como la lengua articulada. Se creyó, durante mucho tiempo, que el lenguaje musical no difiere esencialmente del lenguaje hablado, y hasta se le juzgó inferior á él por sólo servir para interpretar lo vago, lo abstracto.

¡ Como si lo vago, lo abstracto, fuera inferior á lo concreto que llamamos real!

Hoy la misma ciencia demuestra que el lenguaje musical constituye una función distinta de la palabra, función que responde á centros propios, á zonas determinadas de la corteza cerebral. Y vosotros sabéis, señores, que, dada la unión íntima, *substancial*, como dicen los escolásticos, del alma con el cuerpo, el estudio del organismo, lejos de entrañar la negación de la existencia del alma, es un recurso poderoso para mejor conocer las operaciones de ésta. No importa que ese estudio haya inducido á grandes errores; éstos pasarán, y las conquistas de la ciencia acrecerán la herencia de verdades psicológicas de las generaciones humanas.

La música, pues, comienza, como la palabra, con la vida de los hombres y los pueblos. Sentid esas lejanas armonías rudimentarias: son los címbalos y los timbales de los asirios; son las cornetas guerreras ó las trompetas sagradas de los egipcios; son las liras y las cítaras y las dobles flautas de los griegos, son las trompetas que derrumban los muros de Jericó, ó las arpas de Israel que lloran colgadas en las márgenes del río de Babilonia ; son el salterio de David, que entona las alabanzas del Señor, y acompaña los salmos y las contriciones armoniosas del rey ; son las *quenas* de los indios americanos, que parecen quejidos de agonizantes.

El arte comienza apoyándose apenas en el sonido y en el ritmo.

¡ Qué monótono, qué rudimentario es todo eso, sin embargo ! Casi no se oye música: no hay arte ; hay sólo lengua instintiva y balbuciente.

Escuchad en seguida cómo suenan las trompetas de guerra de Roma la conquistadora ; la música es brutal, y sus sonidos ahogan los llantos de los esclavos al acompañar el carro del César vencedor.

Bien es verdad que en Grecia se inventa el llamado sistema diatónico, que distribuye la sucesión de los sonidos en tonos y semitonos, lo que, según algunos, es el verdadero origen de la música moderna; pero la música griega no sale del sonido muerto; no piensa, no siente; es un cuerpo sin su forma substancial: sin alma. La Grecia podrá llamarse madre de todas las artes, menos de la música: el arte musical no ha nacido aún.

Pero allá, en un extremo del mundo, también la música acaba de hacerse oir en cantos de alborada: una nueva inmortal aurora se ha abierto para la humanidad; y mientras en el circo romano suenan las cornetas de guerra mezcladas al rugido de los tigres que husmean la sangre; mientras el hombre antiguo canta gritando: *¡gloria al César vencedor* que nos da pan y nos da circo! se oye allá en la Palestina la alada armonía de los ángeles que despiertan á los pastores, al hombre nuevo, y que cantan la eterna melodía: *¡ gloria á Dios en las alturas, y paz, y amor y redención á los hombres!*

Ese canto angélico, señores, ha sido un diapasón colgado en el cielo, y que, golpeado por un martillo invisible, ha dado un nuevo tono, ha marcado un nuevo rumbo al arte musical, arte esencial-

mente cristiano. Empieza á afinarse con él el murmullo de los primeros cantos de los cristianos perseguidos, que oran en las catacumbas á la luz de sus lámparas de aceite, y sigue esa salmodia informe y nemorosa, hasta que San Ambrosio y San Gregorio dan forma á los que se han llamado cantos ambrosiano ó gregoriano, que cierran la antigüedad para iniciar la artística edad media.

Despierta el siglo trece.

Suenan bajo las bóvedas de la gótica catedral los cantos de Santo Tomás y San Bernardo; aparece el Dante en esa Italia, cuna privilegiada del arte, y, al abandonar el latín para escribir en lengua vulgar esa colosal sinfonía del cielo, del infierno, del universo, que se llama la Divina Comedia, desgarra los horizontes, y muestra al arte su nueva senda: la verdad intrínseca. Surge, al mismo tiempo, San Francisco de Asís, el clásico santo del pueblo, de la pobreza, del arte en la naturaleza; él siente por todas partes un himno de ternura y de amor que filtra como un efluvio de las cosas, y se difunde entre el cielo y la tierra; él estimula á las aves á cantar, porque cantar es alabar á Dios; él predica á la golondrina, convierte al lobo, y llama hermanas á las estrellas, y hermanos á los pájaros y á los vientos y á las hormigas.

La naturaleza animada es el arte nuevo, que comienza á andar lentamente, y llega á su apogeo medioeval con el insigne Palestrina; sigue en la edad moderna en Stradella, en Pergolese, en Cimarosa; cobra nuevo vigor y nueva gloria en Alemania con Back, con Hœndel, con Glück y con Mozart, el niño prodigio, y abre nuestro encendidó siglo, el siglo músico por excelencia, con la aparición esplendente de Bethoven.

Nuestro siglo, señores, escéptico, positivo, y, sobretodo, atormentado y versátil en materia de ideales, no ha sido un siglo artista; sólo la música lo salvará de ese cargo. En las demás artes, si bien ha producido mucho, nada ha creado. Los artistas, arquitectos, pintores, escultores, decoradores, imitando todo lo pasado, reproduciéndolo, combinándolo, nos ha presentado la historia de las evoluciones del arte, reeditándonos líneas, colores, tipos, movimientos, con nuevos y poderosos recursos de ejecución. Bien es verdad que se advierte un progreso en la copia del natural vivo; pero en eso no surge una nueva idea: es sólo reproducción de lo externo, que se sumerge en el alma del artista, y reaparece tal como entró, sin traernos nada de ella, de sus secretos, de sus armonías. Los artistas de nuestro siglo han pasado de la copia servil de los maestros de primer orden, á la de los de segunda categoría; de éstos han pasado á la copia del natural: todo es copia, todo decadencia, desde que no existe una diferencia esencial entre copiar una estatua griega ó un cuadro del Ticiano, y copiar un modelo desnudo en el taller. Falta en todo eso el espíritu, el ideal; y por eso la muchedumbre de los artistas, no sabiendo revelar los secretos del alma, han tendido á revelar los del cuerpo, los groseros atributos de la carne, ó han caído en la extravagancia. La misma arquitectura moderna, ¿ha creado una línea propia, fuera de las an-

tiestéticas formas impuestas por las construcciones de hierro? ¿Pasará á la historia un estilo, un arco, una línea siquiera, con el nombre del siglo diez y nueve? ¡*Art nouveau* se dice, *arte nuevo!* Su mismo nombre indica su fugacidad, el propósito de no llegar á ser viejo, es decir, de no durar desde que durar y envejecer son sinónimos. Arte arqueológico, le llamará acaso la historia, si es que la historia necesita pronunciar su nombre.

En cambio, señores, el arte musical, como si descorriera un inmenso velo gris, ha abierto en nuestro siglo al sentimiento y á los sentidos atónitos del hombre un horizonte desconocido: ha revelado que los sonidos tienen alma; se ha levantado, porque se ha idealizado. No sólo no ha imitado, sino que ha luchado, hasta triunfar, por el principio según el cual el arte musical no es imitativo, sino esencialmente expresivo; no reproduce gemidos ni tempestades; arranca los primeros y suscita las segundas en el alma humana, por medio de sus propios recursos. Es que el secreto de arrancar un gemido, señores, ó el de suscitar una tempestad en el alma, existía antes de que el primer gemido humano se hubiese hecho oir, y antes de que la primera tempestad hubiera existido en la naturaleza, bien así como la belleza de la forma del hombre perfecto debió existir en la mente creadora de Dios antes de la creación del primer hombre.

El verdadero artista, señores, el artista genial, el vidente, el *creador*, tiene que ir á beber su inspiración en la eterna fuente, en lo increado. Si no llega hasta allí, ya no es él el creador, sino aquel que, habiendo llegado antes que él, le trajo la revelación; el artista musical va, pues, á leer, como el augur sagrado en las entrañas de las víctimas, va á leer, digo, en las entrañas mismas del sonido, para revelar al mundo su palpitación sugestiva, sus relaciones con el organismo humano. Es indudable que las diferencias de ritmo, de tono, de intensidad en los sonidos aislados ó combinados, determinan acciones fisiológicas diversas en nuestro organismo, y que son causa y efecto á la vez de las emociones del alma: entre la pena y el placer humanos hay la misma relación que entre el tono menor y el tono mayor. El sonido también goza, también sufre.

Eso es lo que ha hecho la música moderna, y ese es el secreto del arte. Os hablaré de ese secreto, lo más claramente que me sea posible, por más que la suprema claridad no es siempre muy accesible en estos casos.

Los hombres, señores, hemos recibido un organismo que nos permite sufrir ó gozar *los unos en los otros*. Sólo se hace obra de arte cuando se reviste un pensamiento de una de las formas del sentimiento, y se realiza, en consecuencia, *un signo* propio á provocar en otro organismo, en otra alma humana, que es forma substancial de ese organismo, la conmoción que sacudió al artista cuando creó su obra. Ese signo es más que la naturaleza, porque

no interpreta sólo la naturaleza, sino la pasión, es decir, la conmoción orgánica ó corporal que acompaña al pensamiento y á la visión imaginativa en el momento de la inspiración. Esos signos misteriosos, señores, transmisores de la emoción, no son la naturaleza, la realidad externa; no son, pues la imitación; son secreto de lo vago, sugestión indefinible, mensajeros de otras regiones, vibración de la belleza ideal, anterior y superior á la belleza concreta.

Ahora bien: la música moderna, desde la era de Bethoven, el genial poeta del sonido espiritual, del sonido substancia animada y pensativa, el arte musical ha hallado por fin su rumbo en nuestra época, ha mirado de frente las cumbres en donde nace el sol. Ya no es el simple sonido más ó menos rítmico de los antiguos; ya no es la melodía unísona de Palestrina; el sonido en él es idea, el motivo sinfónico es persona, el conjunto de la sinfonía es drama, en que se desarrollan y entrechocan las pasiones.

Surgen entonces por todas partes los geniales intérpretes del nuevo mundo musical. Weber, y Mendelson, y Schubert, y Schuman, arrojan ondas vivas de expresivas armonías en Alemania, y son, con Meyerbeer, los precursores de ese extraño genial revolucionario del ritmo que se llama Wagner; Francia vierte su espíritu resplandeciente en las liras de Auber, de Halévy, de Adam, de Berlioz, de Gounod, y del simpático Ambroise Thomas, cuya mano de amigo estrechaba yo ayer no más en París, y cuyos restos acompañaba poco después á su glorioso sepulcro; Italia, la primaveral Italia, abre el siglo con Rossini; nos ofrece dos genios tipos de la ingenua melodía en Bellini y Donizetti, y, como si recordara que ella es la verdadera madre del arte musical en el mundo, se entretiene en acariciar y cubrir de laureles la cabeza blanca de ese viejo gigante cuyo nombre habéis adoptado, señores, para honrar este instituto, y ofrece al mundo, como un timbre de gloria, la eterna juventud del viejo autor de *Rigoletto*, que ayer no más bajó á la tumba con el nombre de Dios y las protestas de cristiano en los labios y en el corazón.

Señores: un músico no puede ser incrédulo, porque ha vivido en el cielo: su fe es visión, es recuerdo.

Ahora, señores, que hemos recorrido, aunque ligerísimamente, la historia del arte musical; ahora que hemos saltado de cumbre en cumbre al través del tiempo y del espacio, sólo para pronunciar los nombres de los grandes genios de la música, ahora es el caso de no olvidar el objeto principal de mi discurso, y de repetir la pregunta que nos hacíamos al emprender nuestra excursión: ¿dónde está en todo esto Santa Cecilia, que no nos hemos encontrado con ella? ¿A qué escuela perteneció? ¿Fué acaso una artista distinguida, pues ha sido proclamada protectora y símbolo del arte musical? ¿Cuál es su historia?

Pues bien, señores; debo deciros algo raro: Santa Cecilia no fué música. Y, sin embargo, no debéis temer por su reinado; no vamos

á destronar á la virgen azul. Santa Cecilia es y debe ser la patrona del arte musical; ella, solo ella.

Tengo que fundar esa mi proposición que os parecerá paradojal.

La historia de Cecilia es una historia angélica, superhumana, ininteligible para los oídos que estén llenos de tierra. Dejadme que os cuente esa hermosa historia; haceos lo más niños que podáis para escucharla. Cecilia era una jovencita romana, patricia, que figuró allá por el siglo tercero de nuestra éra. Convertida al cristianismo, siente brotar alas en su corazón, y ansía volar en pos de ciertas angélicas melodías que escucha flotar en la infinita transparencia azul. Sueña con Dios, á quien consagra todos sus pensamientos, toda su vida, todo su sér: su alma y su cuerpo; quiere huir de la tierra, para no manchar con barro la transparencia de su veste blanca; y, obligada á contraer nupcias con un joven del patriciado romano, se presenta á él con dos coronas en las manos: la una de azahares, la corona nupcial, la otra de espinas, la corona del martirio. Yo tengo un ángel, le dice, un ángel de la luz que me guarda; él es el testigo de mis votos, y tú lo verás con tus ojos, y oirás su voz, que es armonía, si te haces digno de oir voces del cielo, y de ver transparencias inmortales. Hazte cristiano como yo; recibe el bautismo, y verás, y oirás, y entenderás. El joven corre á hacerse cristiano; un viejo pontífice lo instruye y lo bautiza. Vuelve aquél al lado de su esposa, y ve al ángel, y oye su voz, y eleva su espíritu, y muere mártir como su virgen compañera, derramando ambos su sangre por confesar y proclamar su fe.

¿Habéis oído esa historia, señores? ¿No habéis sentido pasar entre vosotros algo así como una ráfaga musical?

La Iglesia católica, la gran madre de Poesía, ha perpetuado la pureza de esa vida y de ese martirio; y al recordar que, en medio de las músicas nupciales, Cecilia se desprendía de la tierra, dice con la solemnidad de su liturgia: *Al son de los órganos, la virgen Cecilia cantaba en su corazón sólo á Dios.* Y la dulce virgen cantaba: *haced ¡oh Señor! inmaculados mi corazón y mi cuerpo, para que yo no sea confundida.*

Esa es toda la historia, señores; esa toda la tradición.

Es una historia vestida de blanco, con manchas de sangre, como la túnica blanca del niño israelita, manchada con sangre de corderos; es un poema de inocencia y de candor, de blancura y de martirio. Para escucharla y comprenderla, es necesario predisponer el alma á recibir todo aquello que es sutil, fragilísimo y casto, intangible y transparente: pensar en el último beso de la madre, en el rayo del sol convaleciente que la vió morir, en nuestra despedida del mundo, en nuestra inmersión en la luz negra de la muerte; es necesario desprenderla de la tierra, y hacerla flotar y vivir en los espacios siderales, en que flotan y viven los arcángeles, que no hacen sombra, aunque los soles los alumbren, cuando pasan por el azur.

Pues bien, señores: ahí tenéis la razón de por qué la virgen romana es, y debe ser, el símbolo y la protectora de la música: porque el arte musical es la más pura y la más transparente de las artes; porque para poder gozar de ella, es necesario casi desprenderse de la tierra y purificar el alma, como para escuchar y comprender la historia de las vírgenes pálidas, y la de los mártires encendidos y suspirantes: la historia de Cecilia.

La antigüedad pagana, que nos ha legado monumentos de poesía, de escultura, de arquitectura, jamás superados, no nos ha transmitido un solo monumento musical. La música es un arte esencialmente espiritual, y esencialmente cristiano, por consiguiente, como antes he dicho.

Por eso está bien simbolizada en la diáfana virgen del martirologio, en esa su historia que os he contado, pura y transparente como el motivo sinfónico del viento que pasa entre los juncos.

La música es la menos material de las artes; ella da un cuerpo á la emoción abstracta, conmueve por medio del sonido, y da expresión y alma al silencio mismo. El dominio de la música comienza allí donde termina el dominio de las otras artes, sin excluir el de la palabra: emociones que no tienen nombre, ensueños que no tienen formas, vagas aspiraciones á una felicidad sin consistencia real, caricias de manos que no han existido, vaguedades infinitas y tenuísimas, colores que no están en el iris, lágrimas que no se han hecho materiales; todo eso, que no tiene nombre, es ritmo, es melodía, es acorde. La música, sólo puede hablarnos de ello, en su idioma misterioso, y elevarnos así á las regiones en que todo es puro, todo es inviolado; sólo ella puede reflejar ó interpretar la concomitancia de afectos encontrados que á veces se entrechocan en el alma, su compenetración sinfónica, sus estremecimientos caóticos, sus derrumbes en el vacío, de los que emergen, como náufragos del abismo, recuerdos huérfanos, gritos lejanos que sobrenadan en la inmensidad, ruegos infantiles é ingénuos, llamas lívidas, desmayos tenuísimos, miradas familiares desconocidas, que nos sonríen ó nos compadecen, voces conocidas que no hemos jamás escuchado.

Por eso, señores, he afirmado, con la doctrina estética moderna, que la música no es ni debe ser imitativa, sino expresiva, sugestiva, despertadora: es lengua hablada en infinitos mundos y por infinitos séres. Y por eso, para comprenderla, como para comprender y amar y admirar la virginidad, es necesario tener la noción siquiera de las armonías abstractas del universo, estar siquiera iniciado en la existencia de un orden de deleites para el alma humana fuera de los deleites groseros que nos son comunes con el bruto que no alza la cabeza; tener algo sideral en el alma. El solo aspirar á esos deleites, señores, es una elevación del hombre sobre todos los otros séres de la tierra, es la vibración musical de la naturaleza inteligente.

Bien es verdad que todas las artes exigen, en el que debe gozar de ellas, una predisposición individual, según la teoría antes

expuesta, una educación del espíritu: el arte es despertador, hemos dicho, y, para despertar, es menester que haya algo dormido. También es cierto que, siendo el efecto del arte una conmoción orgánica, el efecto de la obra artística tiene que cobrar las proporciones del organismo que afecta, desde la estúpida impasibilidad del incapaz de estremecerse por simpatía, hasta la docilidad de los organismos perfectos, que vibran al menor roce de alma que pasa por el viento, y que dan á veces á la obra de arte un alcance más amplio aún que el que sentía su propio engendrador.

Pero ninguna de las artes, señores, exige, como la música, eso que yo llamaría predisposición virginal del alma, para producir su efecto en el organismo humano; ninguna de ellas tiene, pues, el privilegio de verse simbolizada en la forma nívea, melodiosa, casi inmaterial, de la virgen romana, á la que una vez más aclamáis en esta noche como vuestra patrona, vuestro símbolo y vuestra gloria.

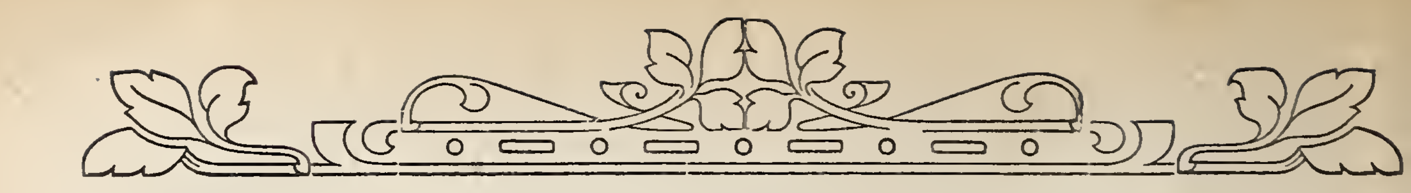
Os he hecho, señores, el panegírico que de ella me pedíais, en una forma ó en un idioma que acaso pueda ser tachado de vago, de confuso, de poco oratorio, cuando menos. Es verdad, señores, es verdad: ya os había anunciado la dificultad de ser en esto muy claro. Parece que yo también he querido buscar algo de sugestivo en esta mi ideológica sinfonía; dejar sólo en vuestro espíritu algo así como el acorde de un arpa, traído por el viento, y disipado por él.

Ha dicho Pasteur, según creo, el excelso sabio cristiano contemporáneo, que le parece evidente que el hombre que no tuviera más que ideas claras sería seguramente un tonto. Yo lo creo evidente, señores; sería un tonto. El mundo de lo entrevisto, de lo soñado, de lo sospechado por el hombre, de eso que no se sabe pero que se sabe que existe, es inmenso, es incomparablemente mayor que el de la realidad sensible, y hasta mayor que el de la realidad ideológica que cabe en el raciocinio humano. Pasteur, con ser como es el creador de la ciencia biológica experimental, ha adquirido la convicción, sin duda, de que, aun en las ciencias más prácticas, aun en los descubrimientos más experimentales, el punto de partida del raciocinio y de la experiencia fecunda ha sido generalmente una revelación inconsciente de lo vago, un mensaje de lo azul, que es el color del vacío ilimitado y misterioso que nos envuelve, el tono de la infinita transparencia. Eso es lo que quería expresar, sin duda alguna, Duclaux el continuador de la obra de Pasteur, cuando decía que el sabio necesita, más aún que el artista, de la imaginación, pues es ésta la que le inspira la hipótesis. Revelaciones, profecías, mensajes, inspiraciones, desgarrones del velo negro que nos oculta la luz: he ahí el punto de partida de todo lo que es creación, aun científica.

Pues yo digo, para terminar, señores: un pueblo que no entendiera sino la lengua clara de los números, y que fuera incapaz

de comprender el lenguaje vago y sugestivo de los ritmos y los acordes, sería seguramente un pueblo salvaje. Y por el contrario; lo digo con grande alegría: un pueblo que, como el nuestro, cultiva y entiende la lengua de los ángeles; que sostiene y hace prosperar un instituto como éste, que cree en Santa Cecilia, y levanta como bandera un girón de su veste de nieve sutilísima, ese pueblo ve lo invisible, oye lo inaudito, se incorpora á la eterna armonía, y camina; camina hacia la luz, hacia la cumbre, hacia el ideal.





Á TRABAJAR EN PAZ

Discurso pronunciado en la velada literaria que tuvo lugar en el Club Católico de Montevideo, el 4 de Octubre de 1888.

SUMARIO: Diputado católico.—Su carácter como representante del pueblo y su programa.—La confirmación social de sus poderes.—Ratificación de sus invariables declaraciones.—La frase-programa del Presidente de la República: «A trabajar en paz por los intereses de la Patria».—Puesto y programa de los católicos en la ejecución de ese propósito.—El progreso material y el progreso moral.—No sólo de pan vive el hombre.—La riqueza.—El dinero.—La inmigración y el hombre de la tierra.—Lo que es la virtud del patriotismo.—El gaucho.—La única entidad que se acerca al pueblo para elevar su nivel moral.—La organización católica.—La parte que en ella corresponde á la mujer.—La revolución del Quebracho.—Ineficacia de las revoluciones para el mejoramiento moral del pueblo.—El único recurso eficaz.

Vacilé, señores, mucho tiempo, antes de resolverme á tomar parte en este acto, pues es una fiesta; pero, al fin, por diversas consideraciones, lo estimé un deber ineludible, y vengo sólo á cumplirlo.

Vosotros comprendéis la intención de mis palabras; yo pasaré rápidamente á mi objeto fundamental sin más preámbulo, porque vosotros no necesitáis que yo os pida alguna indulgencia, alguna simpatía, para concedérmelas generosas.

Es la primera vez, señores, que tengo el honor de hacer oir mi voz en el *Club Católico* después de algunos años, y, principalmente, después que los sucesos que la Providencia ordenó en nuestro país en ese lapso de tiempo, me llevaron al seno de la representación nacional. Formada mi modestísima personalidad política en gran parte aquí, en el seno de este *Club Católico*, campo casi exclusivo de mi actividad intelectual, yo estaba de tiempo atrás en el deber, según las exigencias razonables de la vida democrática, de hacer en este centro algunas declaraciones. Voy á aprovechar este acto para dares forma, adaptándolas, en lo posible, á la índole de esta fiesta.

Antes de que el hecho á que me he referido se produjera, pero cuando ya se hacía posible, si no probable, yo procuré, en de-

claración que vió la luz pública, definir mi carácter y mis propósitos de ciudadano, á fin de que, en caso de que los sucesos pusieran sobre mis hombros, harto débiles por cierto, la augusta investidura de representante del pueblo, nunca pudiera verse en mí otra cosa, nunca pudiera designárseme con otro nombre, que con el para mí tan preciado y tan querido de diputado católico.

Tener ese carácter, con prescindencia de todo otro partido político, había sido siempre el programa de mi pasado; ese es el anhelo de mi presente, y esa la protesta que hoy vuelvo á deponer en vuestras manos, para que rija mis actos en lo porvenir. Soy sólo de mi causa católica ; en ella veo concentradas todas las aspiraciones sanas de las demás actuales agrupaciones políticas de mi país, que considero indiferentes. La causa católica es la causa verdaderamente institucional en esta tierra ; la sola que acepta la constitución de la república íntegra, sin mutilaciones, sin reservas mentales, con el propósito de cumplirla en todas sus partes, como el cumplimiento del propio programa.

Con esta bandera luché desde muy jóven ; con ella en las manos, fuí herido, acaso de muerte, en el corazón, y alzándola en alto quiero terminar los días, cortos ó largos que Dios me acuerde sobre la tierra. Bien poco es una vida para tal causa, señores ; bien poco es una vida, para dejar de dársela toda.

En este vivir siempre instable de nuestras turbulentas democracias, señores, en que el ciudadano pasa, con vertiginosa rapidez, de la labor tranquila al ostracismo, de la prensa ó la tribuna á la conspiración ó al campo de batalla ; en que los hechos se presentan y se suceden como las imágenes de un caleidoscopio, y los desenlaces jamás pueden preverse; en esta nuestra vida, en que la Providencia parece empeñada en burlar todos los cálculos y las previsiones todas de los hombres, dejándoles en cambio lecciones que meditar, el ciudadano que, empujado por los acontecimientos, se encuentra, como yo, sin buscarlo ni siquiera desearlo, sentado en el recinto de las leyes, y se ve llamado representante del pueblo, siente una ansia viva de poner en claro sus títulos y su ejecutoria, pues ni siquiera ha tenido el reposo necesario para verse á sí mismo.

Yo, señores, aun aceptando, como ha aceptado el país, las evoluciones pacíficas impuestas por providenciales desastres, más de una vez, os lo confieso ingenuamente, he creído ver desteñida mi investidura, al invocarla en el recinto de las leyes. Sin méritos especiales que me hicieran descollar entre mis conciudadanos ; sin talentos ni virtudes relevantes, únicos títulos que, según nuestra constitución, pueden establecer preeminencias entre los hombres, yo he sentido acaso algún momento de desaliento, en medio á la satisfacción moral que me proporcionaba la esperanza de ser útil á mi país y á mi causa en la tribuna parlamentaria.

Sí, yo he sentido, señores, esos desalientos. Pero cuando he re-

cordado que tantas veces aquí, en este mismo sitio, mi mente se ha identificado con vuestra mente; que mi corazón ha latido al unísono con el vuestro ; que mis entusiasmos han sido los vuestros, y vuestras también mis amarguras en los momentos de prueba ; cuando he pensado en que, según la idílica frase del Evangelio, puesta en labios de la hermosa mohabita, mi Dios es vuestro Dios, mis altares son los vuestros, y comunes entre vosotros y yo los conceptos de patria, de verdad, de justicia, de felicidad individual y social ; cuando he pensado y pienso por fin, en que vosotros, señores miembros del *Club Católico*, y vosotras también, señoras, sois los intérpretes más genuinos del pensar y del sentir de este país cristiano, me he sentido firme por vosotros, grande en vosotros, y me he dicho á mí mismo que, puesto que puedo ser el eco de vuestras almas, bien puedo ser llamado representante del pueblo, á pesar de mis escasos merecimientos personales.

Una vez más me aplaudís, señores. Yo os lo agradezco ; sí, os lo agradezco. Esos vuestros aplausos, quiero creerlo, ratifican la investidura que los sucesos han puesto sobre mis hombros ; nunca los he escuchado con más satisfacción, nunca con mayor alegría. Os confieso que los necesitaba.



Yo pido á Dios me dé la fuerza necesaria para hacerme digno de ellos ; y, confiando en El, yo prometo que aquellas protestas de fe y de amor á la causa de Cristo que vosotros oísteis de mis labios en este sitio, cuando la felicidad me sonreía, no serán vanas, y, antes por el contrario, se habrán retemplado y vigorizado en el infortunio y la amargura ; yo os prometo trasladar fielmente á la tribuna parlamentaria, si no con brillo, con entereza y energía, todas las ideas y sentimientos, todos los anhelos, los amores, las protestas, que tantas veces brotaron de mis labios en esta tribuna que me parece animada de mis mejores recuerdos, recuerdos armoniosos, cuyos acordes lejanos parecen perderse en una larga queja impregnada de melancolía.

Esta era la declaración que os debía, señores ; y, una vez hecha, debo dar por terminado mi discurso. Yo estoy mal en este sitio ; no me pertenece ; corresponde hoy sólo á la juventud y á la belleza que reclaman alegría. Sólo es propio arrojaros flores desde aquí ; y las flores ya no brotan en mi huerto ; que si brotasen, casi estoy por creer con el poeta que sólo al tocarlas yo se marchitaran...

Pero á todo he venido dispuesto y preparado al hacer oir mi palabra en este acto, y, sobre todo, á poner en práctica el principio aquel de los maestros, según el cual, el orador debe dejar á su auditorio, antes que el auditorio interrumpa su comunicación con el orador.

Siento que aun hay contacto entre nuestros espíritus ; que no me abandonáis todavía ; me dispensáis atención benévola y generosa, y proseguiré, mientras esta me dure, aunque tenga que pasar del diapasón de los afectos, al menos musical del raciocinio,

y sin que por eso afirme que el raciocinio no tenga también sus resonantes armonías.

Estamos en nuestro país, señores, en un período de fundadas esperanzas, al que todos debemos colaborar. Quien no espera vencer, está vencido.

Comenzó con una frase de nuestro presidente de la república, que, como síntesis de un programa de gobierno, ha hecho camino: « *Vamos á trabajar en paz por los intereses de la Patria* ».

Sea: vamos á trabajar en paz, cada uno en su puesto, por esos intereses: por la vida y la prosperidad de la patria; por su presente y por su porvenir; por su engrandecimiento, por su honor y por su gloria.

Pero en esa labor patriótica, señores, nosotros, el *Club Católico*, los que aspiramos al título de sus representantes, tenemos nuestro puesto perfectamente caracterizado; tenemos una misión que nos define y diferencia, constituyendo nuestra razón de ser; tenemos pues, un programa; somos, por consiguiente, y debemos ser algo en la vida cívica de la nación.

Que el progreso se difunda vigoroso en este hermoso y querido pedazo de tierra que es nuestro, y al que la Providencia depara tan grandes destinos; que se pueblen nuestras musicales colinas casi solitarias; que silbe por todas partes la locomotora triunfante, cruzando al través de campos poblados de ganados de noble raza y generosa, ó cubiertos de espigas, de mazorcas, y de pámpanos; que barcos de todas las banderas amigas sean, en nuestros puertos cómodos y hospitalarios, el símbolo y la realidad del intercambio comercial que pone en contacto al productor con el consumidor, centuplicando el acervo de la riqueza nacional; que las flámulas de humo de las chimeneas proclamen el nacimiento y el desarrollo de la industria uruguaya; que los cantos de los labradores felices saluden las auroras por todas parte también, con sus cantos de amanecer. Ese anhelo nos es común con todos nuestros conciudadanos.

Pero nosotros creemos, y ese es el programa que nos caracteriza y distingue, que si labor empeñosa exigen los intereses materiales, empeño más valiente aún reclaman los intereses morales; porque nosotros creemos que, si el ideal del bruto en la tierra consiste en satisfacer del mejor modo posible todos los apetitos de su sér puramente sensitivo, en algo debe diferenciarse de él el sér inteligente y libre, á despecho y pesar de las doctrinas decadentes que hacen del hombre un simple eslabón en la cadena de los brutos, ó del bruto un simple tramo en la escala de los hombres; porque nosotros sostenemos que el trabajo es bueno indudablemente, pero no lo es en absoluto, sino en relación á su fin, desde que también el crimen puede imponer trabajo al hombre, como se lo impone la avaricia, el egoísmo, la acumulación de riquezas destinadas al mal ó á la simple satisfacción de los apetitos; porque nosotros creemos, por fin, con el Divino Maestro, que no sólo de pan vive el hombre, ni sólo de puentes y ferrocarriles pueden vivir las naciones cristianas, y muy especialmente nuestra patria.

Las palabras de Jesucristo, señores, «*no solo de pan vive el hombre*», demuestran bien á las claras que lo que nuestros principios condenan no es que se busque y se desee el pan, es decir, el bienestar general y el progreso económico, sino que se busque y se desee *sólo* el pan; que se haga del bienestar material, de la satisfacción de los deseos puramente sensitivos y terrenales, el *único* objetivo de la actividad humana, y la fórmula de la perfección social y política; que hagamos de los dones de Dios una ocasión próxima de olvido de su nombre, en vez de hacer de ellos, como lo hacen los cielos al encender sus soles y sus auroras, una ocasión de reconocerlo, de bendecirlo, de servirlo, de glorificarlo.

No hemos, pues, desechado nosotros jamás el progreso material. Bien al contrario, juzgamos que los bienes materiales son también un don de Dios, y son á menudo el fruto bendito del trabajo encaminado á un fin honesto: la manifestación de la justicia. Proudhon tuvo una vez razón, en cierto sentido, cuando dijo que «lo útil es el aspecto práctico de lo justo».

Los pontífices de la Iglesia han estimulado siempre el verdadero progreso, aún material; y Pío IX condenaba en el Syllabus, según él mismo lo enseñaba, no el progreso ni la civilización, que son hijos del cristianismo, sino el progreso y la civilización *modernos*, es decir, la tendencia según la cual los hombres y las naciones más ricas, las que tienen más trabajo material acumulado ó en acción, las que más profusamente satisfacen los apetitos humanos y más gozan materialmente, son, por ese solo hecho, más civilizadas, y desempeñan mejor su misión sobre la tierra.

Bien es cierto que la Iglesia enseña, y nosotros creemos, que es heroico el abandono de las riquezas; pero los actos heroicos no son obligatorios ni generales, y, por otra parte, bien se puede trabajar con tesón y energía por aumentar la riqueza individual, base armónica de la social, sin apegar á ella el corazón: ser pobre de los que Cristo proclamó bienaventurados, en medio de las riquezas, y hasta hacer de éstas un instrumento de la gloria de Dios y del adelantamiento moral del hombre y de la sociedad.

Esa es la única riqueza verdaderamente respetable y digna de ser estimulada; nó la riqueza en sí misma, cualesquiera que sean su origen y su empleo. Esa es la riqueza por cuyo acrecentamiento en la sociedad debemos trabajar los católicos: la virtud de la riqueza, la virtud en la riqueza.

Y hoy más que nunca, señores, es necesario poner en guardia á hombres y á pueblos contra el predominio absoluto de los bienes materiales ó del dinero que es su símbolo ó su equivalente para los cambios. Verdad es, ha dicho un gran pensador, que el dinero puede hacer mucho; pero no puede hacerlo todo. Es de necesidad que conozcamos los límites de su dominio, y que no consintamos en manera alguna que los traspase, dado que lo pretendiera.

Para ello, señores, es necesario prestigiar la virtud, hacer que

ella se cotice también en la sociedad en que vivimos, que se cotice al menos tanto como el dinero, como los bienes materiales; negar á éstos, no sólo una adoración incondicional y con prescindencia de su origen, sino también un respeto y una consideración de preferencia, aunque su origen sea puro.

La adquisición de bienes materiales por los individuos ó las sociedades puede ser, y es realmente, como lo he afirmado, un elemento de progreso moral; pero después de cierto límite, y, sobre todo, no siendo presidida por el principio cristiano que nosotros proclamamos, puede ser un elemento de decadencia individual y social. Es preciso evitar que lo sea; es preciso ser muy altivo ante esa plebeya majestad, por más fornida que sea, si pretende erigirse en tirano.

Cuando un hombre de fortuna, dice Renán, trabaja por enriquecerse más, realiza una obra que, cuando menos, es profana, desde que ese hombre no puede proponerse más objeto que el del goce; pero cuando el que trabaja es un miserable, que lo hace para elevarse más arriba de la necesidad, ese hombre realiza una acción virtuosa, porque establece la base de su redención, y hace todo cuanto debe hacer por el momento.

El extraviado filósofo francés no concibe que un rico trabaje por enriquecerse más, con un propósito que no sea el de gozar. Yo sí lo concibo; yo concibo ricos trabajadores virtuosos; pero cuando el rico no tiene otro propósito que el goce, ó el predominio sobre sus semejantes, su riqueza, efectivamente, no le da un título de honor, porque no importa un acto de virtud: rendirle esa honra, es un acto indigno y aun corruptor. Y lo que se dice del hombre, debe decirse de la sociedad. Yo estoy plenamente persuadido, señores, de que la verdadera causa de la decadencia moral de ciertas naciones no ha sido otra que el aumento del bienestar material, más allá de cierto límite; el aumento ó la conservación cuando menos de ese bienestar llega á constituir la suprema aspiración del hombre; perder ese bienestar, ese predominio que da el dinero, es el supremo, es el único mal. Todo se sacrifica á esa aspiración concupiscente; el trabajo, tan noble en sí mismo, se transforma entonces en vértigo, que lleva á la sociedad á hundirse hasta el cuello en la materia.

Sí: todo se sacrifica entonces á la posesión del dinero. Hasta el más fecundo de los amores de la tierra, el que une al hombre y la mujer para constituir la familia, se ofrece en holocausto á esa siniestra y voraz divinidad; los matrimonios por amor desaparecen, para ceder su puesto á los contratos; la unión de los corazones queda sustituída por la unión de las fortunas. Eso, que no existe y que parece felizmente imposible entre nosotros, acontece, sin embargo, en el mundo, y en el mundo cristiano.

Los progresos modernos corren peligro de convertirse en ese vértigo, señores; la virtud, el honor, la consideración, el amor al hombre, se cotizan cada vez menos en el mundo; sólo se cotiza

la riqueza. La gratitud llegará á ser palabra sin sentido. En otro tiempo, dice Lerroux, que he leído citado por Fernández Concha, la sociedad tenía al menos la apariencia de una familia... El honor, como el más rico de todos los metales, circulaba como letra de cambio ; el más pobre, al rendir honor, tenía por lo mismo derecho á la consideración, porque ese homenaje que él rendía era una riqueza de su alma, que le reconocía aquel á quien él rendía tal honor. Hoy no existe entre los hombres otra riqueza que el oro ; y aquel que de él se halla privado, nada tiene que dar á otros; y, por consiguiente, nada podrá recibir. Ya no es, pues, el hombre quien reina sobre el hombre ; es el metal quien reina ; es la propiedad quien reina. Luego es la materia quien reina, es el oro, es la plata ; es esa porción de tierra, de lodo, de estiércol, lo que ejerce el imperio...

Hay una gran profundidad en esas observaciones, señores. Cuando no se cotizan, ó se cotizan en poco, el honor ó la amistad, el placer ó la satisfacción que ofrece el contacto de los hombres de virtud, de valer moral ó de inteligencia, es porque no hay demanda de todo eso, porque no hay quien desee honor, ejemplos de virtud, verdades, deleites intelectuales. El dinero, pues, que se acumule suprimiendo esos deleites superiores, ó se guardará como el ídolo del avaro, ó se invertirá en deleites de otro género : en deleites inferiores ; en sensualidades ó en faustos tendentes á ostentar el reinado insolente del poseedor del dinero sobre los que no lo tienen. En ese caso, la falta de demanda disminuirá la producción de esos elementos despreciados en la sociedad : de la virtud, de las producciones de la inteligencia ó del corazón ó de la sensibilidad delicada, de todo aquello, en fin, que tiende á satisfacer las exigencias de lo que no sea sensualidad y fausto. Desaparecerá, pues, la sociabilidad afectuosa, la cultura ideal, el cambio de buenos ejemplos y buenas inspiraciones. Esa es la razón de la decadencia moral de muchas sociedades, señores, esa, y no otra es la causa : el reinado del dinero, como medio de obtener el bienestar, aun lícito, ó el deleite ilícito, constituídos en supremo objeto de la vida humana, y como único signo de progreso social.

Los católicos, pues, trabajaremos en paz, unidos á todos nuestro conciudadanos, por los intereses de la patria ; pero trabajaremo guiados por los grandes ideales de equilibrio entre el progreso mo ral y el material, que constituyen las sublimes armonías del Evan gelio. Y cuando otros piensen en las cosas, nosotros, sin descuida éstas, pensaremos también en el hombre, que es también valor, e más sublime de los valores ; que es el factor más importante e los problemas económicos y políticos, y cuya felicidad, no sólo ma terial, sino también eterna, constituye el objeto final de las soci dades cristianas. Cuando otros piensen sólo en los cuerpos, a guien habrá también, estando nosotros, que piense en las almas las valorice ; cuando otros busquen que se levanten al aire, com

símbolo único de prosperidad, las humeantes chimeneas de la fábrica, alguien habrá que, sin apagar el fuego de los hornos, pida que se levante también al cielo la simbólica cruz del campanario sonoro. Trabajar es orar, ha solido decirse. Sí, es verdad en cierto modo; pero orar es también trabajar, realizar el más noble y fecundo de los trabajos; el que distingue al hombre que conduce un arado, del buey que tira de él.

Y cuando otros deseen, por fin, señores, que vengan hombres á nuestro país despoblado, muchos hombres de otros pueblos, considerados como meros instrumentos de producción, alguien habrá, allí donde nosotros estemos, que considere á esos hombres, no sólo como piezas útiles de carne organizada importada para la máquina social, sino como cristianos, y que, sin rechazar ese elemento inestimable de prosperidad, piense también un poco en el hombre de nuestra tierra, que Dios nos ha confiado expresamente, en ese nuestro pobre gaucho, que no podemos olvidar, porque si, como dicen algunos, no ha aprendido á trabajar mucho, es porque tuvo que pelear mucho; porque si, como dicen otros, no está muy habituado aún á regar su tierra con el sudor de la frente, es porque ha tenido que regarla mucho tiempo con la sangre de las venas.

Sólo así, señores, formando nuestro pueblo propio, corrigiéndole sus vicios y conservándole sus virtudes, sólo así evitaremos los males de que adolece nuestra patria, y que muchos creen poder evitar modificando las leyes ó las situaciones políticas. Nó, señores; lo que es preciso modificar es el hombre, la masa de hombres, el organismo social que de ésta se forma. Yo recuerdo, cuando pienso en esta verdad, ya muy repetida, y que en nuestro país toma un carácter propio, yo recuerdo siempre la frase gráfica de Carlyle que, con la crudeza que le es propia, nos dice: la Inglaterra sigue empeñada todavía en la solución imposible de este desesperado problema: dado un mundo de bribones, educir una honradez de la acción combinada de todos esos caballeros.

Dado un pueblo formado de hombres sin familia cristiana, sin las virtudes domésticas que sólo se conciben en la vida religiosa, sin respeto de los hijos, sin conocimiento de los mandamientos de la ley de Dios, sin virtudes individuales, jamás educiremos del conjunto de esos hombres una libertad política ni un bienestar social.

Inútil será pensar para ello en el predominio del partido político A sobre el partido político B, desde que todos los partidos políticos de nuestro país no son hoy sino pedazos heterogéneos de la misma masa, de la misma substancia social, que no se mejora con la simple agitación; ésta, muy generalmente, sólo saca á la superficie á los menos aptos para el mejoramiento moral del individuo, de la familia, de la sociedad.

Es este un problema, señores, que tiene que entrar de lleno en nuestro programa católico caracterizándolo: el mejoramiento moral y material de nuestro pueblo. Sólo nosotros pensaremos en él: las doctrinas anticristianas condenan á la extinción, entre los

hombres como entre los brutos, á los débiles y desamparados, considerados como especies inferiores llamadas á desaparecer. El hombre de la patria tiene que ser uno de esos condenados, en el concepto de los que sólo creen en el resultado material é inmediato del esfuerzo humano. Según esa doctrina, que es una regresión al paganismo, la caridad, y el amor al hombre por amor á Dios, debe ser sustituída por la filantropía, que es el amor al hombre por el hombre mismo ó por la humanidad, es decir, una simple forma del egoísmo. Nosotros, señores, que proclamamos el amor del hombre por amor de Dios, proclamamos, como base de la virtud cristiana del patriotismo, nó la falta de amor, y menos el odio, hacia los hombres de otras regiones, pero sí el amor de predilección hacia el hombre que Dios ha puesto á nuestro lado, hacia aquel que, con nosotros, forma la comunidad de hombres que constituye la patria, y comparte con nosotros el amor á los recuerdos, á las tradiciones, á la tierra, á las glorias que nos son comunes, y forman nuestro patrimonio exclusivo.

Sí, señores: nuestros principios nos imponen la predilección hacia el compatriota que habita nuestros campos.

Yo recuerdo siempre á ese hombre, señores, en su origen, en sus vicisitudes, en sus glorias impersonales é ignoradas; yo proclamo su título histórico á nuestra gratitud, á nuestra predilección, á nuestro sacrificio, é incorporo el de esa deuda nacional á nuestro programa. Hablo de su título *histórico*, señores, es decir, del que puede exhibir una clase de hombres en una sociedad, sin ser el que procede del trabajo individual, ó de la utilidad actual apreciable por la simple ley de la oferta y la demanda.

Yo recuerdo aquella época de formación de la patria, en que Artigas, el viejo sembrador, amasaba nuestra nacionalidad con el limo de nuestra tierra, para inocularle el soplo de la libertad, germen de la futura independencia. Allí, como en su crisol sostenido por un forjador hercúleo, hervían las últimas gotas de sangre del charrúa, y se perdían en la generosa sangre española predominante, para formar nuestro tipo popular.

Entonces veo brotar de aquel crisol á nuestro gaucho, libre, altivo, con sus grandes ojos negros llenos de melancolía, con su melena al viento del desierto y su potro á la carrera; tiene el beso de la gloria en la frente, y con ella descubierta y levantada, atraviesa nuestras lomas en busca del campo de batalla, cantando á media voz, al compás del galope de su caballo, una fiera canción de guerra, ó una triste cantinela de amor.

Fué el primer trovador errante de nuestros patrios desiertos; sonaban sus *tristes* al compás de la guitarra en los fogones del vivac, y en ellos exhalaba la patria sus anhelos balbucientes de libertad; y ese hombre luchaba, y moría, y nos legaba una patria sin legarnos siquiera su nombre, y sin pedirnos un pedazo de pan para los hijos desvalidos que habían quedado en su rancho abandonado, ó habían nacido en la carreta que seguía al ejército heroico en sus marchas incesantes.

Ese hombre existe aún, señores, y constituye nuestro pueblo. Si nosotros tenemos glorias, suyas son esas glorias; y si él tiene vicios tradicionales, nuestros son esos vicios. Lejos de pensar en arrojarlo después de haberlo exprimido, como se arroja una corteza, estamos en el deber de corregirlo con tesón cristiano, de incorporarlo á todo trance al movimiento del progreso, y de hacerlo el más apto entre todos los habitantes de la república para la vida social.

Los principios religiosos nos imponen vínculos especiales con el compatriota, porque nos los imponen para con la patria.

¡ Qué misteriosa sugestión he visto yo siempre, señores, en aquella firme predilección con que Jesucristo miraba á Jerusalén, metrópoli entonces de Judea, patria del Hombre-Dios !

El patriotismo es una virtud esencialmente religiosa; se ama á la patria, porque Dios lo quiere, porque es ley natural, es decir, ley grabada por el Creador en el alma de la criatura inteligente y libre, y que ésta puede leer en su propia naturaleza á la luz de la razón.

Por eso el ansia de *solos* progresos materiales, que es la negación de religión, extingue paulatinamente el patriotismo; de ahí que el olvido de los altos objetivos puramente morales traiga aparejado un enfriamiento inmediato del sentimiento patrio, en cuya formación tienen que entrar, como elemento esencial, el desinterés, la abnegación, el amor; de ahí que la tendencia á hacer del hombre una máquina, que será tanto mejor y más preferible cuanto más produzca, lleve á los pueblos al enervamiento, al olvido de sus tradiciones y de sus glorias, y los conduzca, por fin, á la pérdida de su propia personalidad, es decir, á la muerte.

Ahora bien, señores: salid de nuestra capital; atravesad nuestros campos solitarios, y preguntad al habitante de nuestros ranchos, al hijo de los que nos dieron patria, si algún hombre, en cumplimiento del programa de su partido político, se ha acercado á él alguna vez sin más propósito que el de ayudarlo á elevar su nivel moral y social, para hablarle de Dios, de virtudes privadas ó domésticas, de principios cristianos, de orden, de civilización.

Ese hombre os contestará que, si algún propagandista político se ha acercado á él, sólo ha sido para inocularle ó ratificarle pasiones ó tradiciones instintivas, para pedirle su sangre, para estimular sus instintos de guerra en favor de su partido, para empujarlo por fin á la lucha, en que han revivido todos sus malos instintos cada vez que han comenzado á amortiguarse, y para olvidarlo después ó sustituirlo en el trabajo por el hombre venido de otras tierras, á pretexto de que es mejor, porque es más dócil, más laborioso, más obediente. Ese hombre de nuestro rancho os contestará, señores, que, si alguna vez ha oído en su vida el nombre de Dios ó el de Jesucristo, y escuchado palabras de paz, de mansedumbre, de perdón de las injurias, de amor á la virtud y odio al vicio, de sumisión

á las leyes divinas y humanas, esas palabras le han sido dichas, nó por los políticos que se llaman sus amigos, sino por algún Jacinto Vera que ha pasado por aquellos campos, ó por algún desconocido misionero que ha cruzado aquellas soledades en busca de almas que salvar, de pobres que evangelizar, de hombres que ennoblecer, de familias que legitimar ante Dios y ante los hombres. Y en esa obra de civilización, señores, lejos de contar el misionero con el apoyo de todos esos políticos que se dicen amigos del pueblo, ¡ cuántas veces tiene que luchar con la hostilidad, con el odio, con la injuria de gran parte de ellos !

Sólo, pues, el espíritu católico, como el espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas del caos, pasa por sobre las almas de nuestro pueblo, derramando sobre ellas palabras germinadoras. Y sólo ese espíritu, señores, penetra hasta la raíz de las acciones humanas, pues sólo él influye en la conciencia del hombre, la rectifica, la ilumina, la levanta, la constituye en sanción eficaz de nuestros actos. Nosotros somos ese espíritu en la vida cívica de nuestro país: somos la fe cristiana colocada como base de todo progreso ; somos el progreso moral antepuesto al simple progreso material ; somos la fe en la palabra de Cristo, según la cual el pueblo, lo mismo que el hombre, que busca el reino de Dios y su justicia, obtendrá por añadidura todo lo demás: bienestar material, progreso institucional, paz fecunda ; somos pues, esa paz que se busca para trabajar á su sombra por los intereses de la patria.

¿ No será bastante, señores, un programa como ese, para exigir de nosotros todas nuestras energías de ciudadanos, sin exclusiones ni regateos ?

Estas ligeras consideraciones no son un programa ciertamente, señores ; pero acaso pueden ser el esbozo ó los fragmentos del que debe regular nuestra acción de ciudadanos católicos, y darnos un carácter.

Ese es nuestro rumbo cuando menos ; esos los propósitos que deben abrigar los representantes católicos ; esa la razón por la cual yo he reclamado y reclamo y reclamaré ese título, y sólo ese título.

Para realizar tales propósitos, de nada sirven los puestos elevados, si el que los ocupa no cuenta con el apoyo popular y social.

Por eso vosotros, señores miembros del *Club Católico*, debéis trabajar sin cesar porque vuestra organización no languidezca, y porque vuestra influencia se haga sentir á todo trance en todas las manifestaciones de nuestra vida social y también cívica. No esperéis de nuevo, señores, á ser brutalmente agredidos en vuestros derechos, para organizar vuestra defensa ; no esperéis á ver de nuevo dictadas leyes de opresión por hombres designados por la tiranía, perseguidas y expulsadas vuestras comunidades religiosas, amordazada la cátedra sagrada. No esperéis nada de eso para recordar que también vosotros sois ciudadanos, que sois el derecho, y que podéis ser la fuerza, con sólo buscar la unión en el seno de los principios fundamentales que os son comunes, y que deben

hablar más alto en vuestras almas católicas que las tradiciones é intereses de otro orden que pudieran dividiros ó dispersaros. No confiéis, señores, para la defensa de nuestra causa, en más recursos que en ese: en la unión, en la organización, en la disciplina de los católicos. Ya habéis palpado, señores, el resultado de los otros recursos: sacrificio estéril; confirmación de los actos de la tiranía contra nosotros, por muchos de los que con nosotros decían combatirla.

También tenemos necesidad de vuestro precioso concurso, señoras.

Acaso alguna vez se ha procurado desdeñar el apoyo que vosotras prestáis irresistiblemente á la gran causa religiosa y social en nuestra patria; pero, ó mucho me equivoco, ó eso ha sido precisamente porque se le cree muy poderoso.

Si la naturaleza de vuestra misión sobre la tierra no os da derechos políticos, tenéis en cambio derechos sociales; si no hacéis las leyes, hacéis las costumbres, que las leyes no pueden menos de respetar; si la constitución no os da la facultad de elegir á los ciudadanos para los cargos públicos, Dios os ha dado la excelsa facultad de formarlos, de inocularles el sér de vuestro sér, y, lo que es más grande y más sutil, el perfume cristiano de vuestras almas.

Es cierto, señoras, que vosotras no vais al campo de batalla; pero... ¡el campo de batalla!

¡Qué tristes y precarias son las esperanzas que en él se cifran! ¡Qué distintas de las que se basan en el fiel desempeño de nuestra misión moral sobre la tierra, señoras, en el cumplimiento estricto de nuestro deber, en la firme confianza puesta en los principios conservadores católicos que son claros y precisos!

Un recuerdo me asalta en estos momentos, y me felicito de ello, porque sin él hubiera quedado trunco el pensamiento que preside mis palabras.

Hubo un momento, no muy remoto, en nuestro país, en que todo parecía derrumbarse; en que se dijera que todo tambaleaba: leyes, instituciones, hasta el mismo santuario. Detentadores ilegítimos de la autoridad ó del poder público hacían de este, nó un elemento de orden y de felicidad común, sino un instrumento, de origen espurio, de común desgracia. Poco hubiera sido la malversación de nuestros bienes materiales, ni la supresión de las formas institucionales, si no se hubiera atentado contra las conciencias; no hubiera sido tanto el desconocimiento de los derechos políticos de los ciudadanos, si no se hubieran desconocido aún los civiles de los hombres; no hubiera sido tan desesperante el atentado contra los partidos políticos y las personas físicas, si no hubiera existido el peligro de la patria misma, el de la persona colectiva que forma el estado independiente y soberano. No se trataba, pues, de las formas ó accidentes, sino de las esencias. Fuimos los católicos, á causa de nuestra altiva actitud frente al poder ilegítimo y arbitrario, el objeto preferido de sus injustos ataques; se dictaron leyes fundamen-

tales contra nosotros, bajo la presión irresistible de un hombre; se expulsaron comunidades de caridad, con fractura de sus domicilios; se pusieron soldados al pie de las cátedras sagradas, para impedir la predicación de la verdad evangélica, y se proyectaban nuevas expulsiones y confiscaciones, que llegaron á ser inminentes, y que hubieran sido irreparables.

Vosotras recordáis perfectamente, señoras, aquellos días de angustia y desesperación de esta sociedad, que clamaba sin esperanza de ser escuchada.

En esos momentos de ira hacia la tiranía, y de casi desaliento, yo, como tantos otros, busqué el ángel de la esperanza para la patria, y creí verlo simbolizado en un arcángel armado que cruzaba ante mis ojos, y mostraba, en el campo de batalla, el sitio indispensable de las reivindicaciones heroicas. Formé entonces plena conciencia moral, y me adherí, con pasión santa y convicción plena, á la última revolución popular, no de un partido, sino del país entero, y cuyos sucesos me arrancaron los girones más preciosos de mi alma.

Bien está este recuerdo, aunque parezca lo contrario, al dirigirme especialmente á vosotras, señoras, que sois encarnación de la ternura, del amor y de la paz.

Es que yo os debía una satisfacción, y os la quiero dar; es que yo había dicho en este mismo sitio, y hoy debo ratificarlo, que el ángel de la esperanza para la patria no era un arcángel armado; yo había afirmado que él estaba en vosotras, que formáis las nuevas generaciones en el patriotismo y la virtud; que él palpitaba en vuestros corazones cristianos, sonreía en vuestro regazo, ó dormía en esas cunas que vosotras arrullábais con vuestros maternos y pensativos cantares.

Pues bien, señoras; desencantado, hoy creo lo que ayer. Hoy espero incomparablemente más de vuestra dulce y constante solicitud por inspirar á vuestros hijos el odio al mal y á la tiranía, que del esfuerzo popular por derrocarla. Vuestros desvelos son siempre hermosos y benditos de Dios; los esfuerzos populares son ¡ y cuán á menudo! disipados por la Providencia, que parece repetirnos, en la práctica, lo que ya estaba escrito en el libro santo: «¡ Maldito el hombre que en el hombre confía!»

Sí, señores: vamos, vamos todos juntos, cada cual en su puesto, á trabajar en paz por los intereses de la patria, dispuestos á soportar las inevitables imperfecciones de nuestra sociabilidad incipiente. No nos desalentemos por sus tropiezos y caídas; todos los pueblos han tropezado y han padecido congojas. Sólo han muerto los que se han resuelto á morir.

Ya lo veis, señores; os parecería imposible que aun quedaran energías y entusiasmos en mi espíritu marchito. Es verdad: me siento viejo, aunque sin canas y quizá sin muchos años; pero como el muerto aquel de la leyenda alemana, que creía percibir y distinguir desde su tumba el casco del caballo del emperador que pasaba sobre la tierra, yo siento, señores, cuando la voz de mi causa

eterna me llama, que llega el tiempo de arrojar mis ropas de luto, y vestir de nuevo mi antiguo uniforme de soldado. Entonces creo que es y será inextinguible mi entusiasmo, y eterna mi juventud.

Vamos, pues, señores, vamos á trabajar, con fe en nuestros principios, con esperanza en Dios, con prudencia y fortaleza de alma, vamos á trabajar en paz por los verdaderos intereses de la patria.

Cuando lo hayamos puesto todo de nuestra parte, Dios hará lo demás; pero no antes. No tenemos el derecho de pedir al Cielo que venga á suplir nuestra pereza, nuestra indiferencia ó nuestra culpable ineptitud en buscar el reino de Dios y su justicia. Si lo buscamos, estemos plenamente seguros de que todo lo demás nos será dado por añadidura: tendremos libertades públicas, progresos administrativos, prosperidades económicas, felicidad individual.

« Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán ». Eso fué lo que dijo el Maestro; Aquél cuyas palabras, como estrellas polares habitadas por el Espíritu, rigen y regirán, mientras existan estrellas, y aun más allá, infinitamente más allá, los destinos de los hombres, y de los pueblos, y de los orbes.





Á LOS AMIGOS

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al autor por sus amigos, en el salón del Club Católico al regresar de su misión diplomática en España y Francia. — 12 de septiembre de 1896.

SUMARIO: Contestando la bienvenida del prelado.—Agradeciendo á los amigos.—Yo creo, Señor; ayuda Tú mi incredulidad.—La obra literaria.—La labor diplomática.—Lo que es la fe.—El ciego de Jericó. —Los servicios á la causa católica.—Retribuyendo el abrazo de la amistad.

Todas mis ideas, todo cuanto se me ocurría decir en este momento embarazoso, para agradecer esta riente manifestación de afecto que me ofrecéis, señores, tiene que ceder el paso al reflejo de la impresión que me han producido las palabras que mi insigne prelado acaba de dejar caer en el fondo de mi corazón. Dejadme, pues, estar sólo con él por un momento.

No, excelentísimo señor. Mis correligionarios, la causa católica, vuestra señoría especialmente, no necesitáis de mí en la patria; lo que os hace desear mi permanencia entre mis hermanos, que yo también desearía, señor, no son mis méritos. Advertid que estáis padeciendo una paternal ilusión; advertid que estáis dando demasiado crédito á vuestro afecto, y que me estáis mirando al través de un lente que produce, en los ojos de vuestra alma generosa, una desviación tanto más sensible, cuanto mayor es la pureza y la diáfana curvatura del cristal; ese lente es vuestro corazón, señor, vuestro corazón todo transparencia. Nó, excelentísimo señor: ninguno de vuestros hijos, y menos yo, es necesario aquí para la causa católica, mientras estéis vos, que lo habéis sido y lo seréis todo para ella después de Dios; que le dais brillo, con el de vuestro nombre ilustre, que le dais luz, con la clarísima de vuestra inteligencia, que le dais la sal de vuestra prudencia, el calor vital de vuestros ejemplos, el nervio de vuestro carácter.

Yo me inclino, sin embargo, á recoger avergonzado, pero con gratitud filial, ese aplauso inmerecido que me tributáis, y lo guardo, como guarda el avaro sus monedas de oro, en el fondo de esta mi cerrada caja de caudales: mi corazón, mi memoria.

También recojo vuestro aplauso, señores, amigos míos ; también lo pongo conmovido entre mis joyas. Lo guardaré con doble llave, para sacarlo como consuelo en las horas tristes que vendrán, y para incluirlo oportunamente en el acervo hereditario que se repartirán mis hijos.

¿ Qué os diré, después de eso, sobre los elogios que me habéis tributado ? Porque es preciso que yo os diga algo, por más que nada tiene mayor intensidad que el silencio en estos casos. ¿ Deberé decir que no soy acreedor á esos elogios ? Os confieso que tengo una aversión invencible á las fórmulas banales, á las palabras deshabitadas. Eso lo dicen todos en las circunstancias en que yo me encuentro ; y yo debo buscar algo personal que deciros, señores ; debo buscar lo más sincero, lo más real que se halle en mí, para corresponder á la sinceridad con que vosotros os equivocáis en favor mío.

¿ Recordáis, señores, la frase aquella del Maestro, en el Evangelio de San Marcos, « ayuda mi incredulidad » ? Era un padre desgraciado, como lo recordaréis, que había traído ante el Salvador que pasaba, su hijo poseído por un espíritu mudo ; el pobre padre le pedía su amparo. Jesús le dijo : Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. Y el padre le contestó llorando : Yo creo, Señor, *ayuda Tú mi incredulidad.*

¡ Ayuda Tú mi incredulidad !

Yo creo, señores, en este momento, que no soy verdaderamente acreedor á esta vuestra manifestación de extraordinario aplauso ; pero ¿ cómo evitar en mí mismo algún sentimiento de orgullo en presencia de esta espléndida fiesta, que me ofrecéis con tanta sinceridad, poniendo á prueba el temple de mi humildad de corazón ?

Tengo que llamar á la Verdad, señores, tengo que llamarla en ayuda de mi incredulidad.

Y con esa ayuda, puedo deciros con ingenuo corazón que realmente creo en lo que os digo.

Veamos, pues, esa verdad, señores.

Yo os he oído decir que celebráis en mí al poeta los unos, al digno representante de la patria en el extranjero los otros, al hombre de fe, al católico todos.

Festejáis al literato, al poeta. ¿ Pero qué es en mí, señores, el literato ? Apenas una parte de mí mismo, un accidente de mi vida, una forma mía, una forma amiga que pasó, que se fué con mi juventud primera. Muy poco ha quedado, como substancia, del paso de ese fantasma amable por mi vida, muy poco si se compara con vuestros generosos tributos ; ahí están algunos cantos, sinceros es verdad, pero frágiles como esas mariposas blancas de muselina que aparecen en los soles de verano, y desaparecen como diluidas en el mismo sol que las trae.

Y esos mismos cantos, oh amigos, más que vosotros á mí, soy yo quien los debo á vosotros. Yo bien recuerdo vuestras manifestaciones, vuestros entusiastas aplausos en la época en que tales cantos sonaron en mí ; recuerdo cómo la melodiosa repercusión de vuestro aplauso en mi alma, era en mí sugestión, estímulo, anhelo de me-

recer lo que se me decía; eran nuevos cantos, pero cantos vuestros reflejados en mi espíritu. Os estáis, pues, aplaudiendo á vosotros mismos, desde que es bien notorio que el poeta, si no es un genio extraordinario portador de mensajes inauditos, no es sino el intérprete del medio en que vive. Y es evidente, señores, que yo no soy un genio.

Pero también festejáis al representante de la nación que vuelve del extranjero, y también decís que en eso yo he merecido bien de la patria.

Eso ya es otra cosa, señores, eso ya es otra cosa. Os he prometido la verdad, y este es el momento psicológico de la sincera confidencia.

No podéis imaginaros cuánto os agradezco vuestro bullente tributo, que, como sabéis, otros de mis conciudadanos pensaron en ofrecerme conjuntamente con vosotros.

¡ Si supiérais, amigos míos, cuánto ha pesado sobre mi alma esa representación de la patria en el extranjero, desde el momento en que, sin una preparación larga y especial, que no se adquiere expresamente entre nosotros, la acepté después de mucha vacilación ! ¡ Si pudiera describiros la impresión que yo experimentaba, sobre todo en los primeros tiempos, al ver enarbolada la bandera de la patria sobre mi casa modesta, convertida en pedazo desprendido de la patria misma, en el mástil del barco que me conducía, ó cuando la veía brillar en las escarapelas de mi uniforme diplomático !

Ah, señores, esa bandera tan querida pesaba terriblemente sobre mi alma, se transformaba en un fantasma casi amenazante. ¿ Cómo rectificar y dignificar mis actos ? ¿ Cómo velar suficientemente sobre mí mismo, sobre mi conducta, sobre mis palabras, hasta sobre mis miradas, para que las acciones mías no destiñeran jamás los colores simbólicos de nuestro honor, de nuestro decoro y nuestras glorias ?

Esas datas que habéis recordado, señores ; esos mis discursos que veo habéis seguido con interés, desde el pronunciado en nombre de América en el monasterio de la Rábida, desde las conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, ó en el Teatro Real, ó en los congresos del centenario, hasta las palabras dichas en lengua que no era la mía al poner mis papeles diplomáticos en manos del presidente de la república francesa, todo eso ha sido, os lo confieso ingenuamente, una serie de ansiedades, de sobresaltos, de verdaderos pánicos para mí ; porque, al resolverme á ocupar una posición más visible que la estrictamente exigida por mi cargo diplomático, sabía que me colocaba en un puesto de mayor honor, es cierto, pero también de mucho mayor peligro, que acaso debía evitar. Y al alzar entonces la cabeza, y ver la bandera de la patria que me cubría, creía sentir salir de entre sus pliegues la voz severa de un espíritu, que yo reconocía perfectamente, y que me decía : aquí estoy. ¡ Cuántas veces hubiera yo pagado á peso de oro, señores, la facultad de desistir de un compromiso, ó de excusarme de subir á una tribuna ! ¡ Cuán-

tas veces habrá pasado por mi imaginación la idea, iba á decir el deseo, de una enfermedad, de un accidente cualquiera, así fuera el más desagradable, que justificara mi inasistencia á un acto solemne en que debía hacerme oir!

Yo no he podido descansar hasta este momento, señores; creédmelo, porque os estoy contando la historia de mi alma. La bandera de la patria es muy frágil, y al mismo tiempo muy pesada, para ser llevada en hombros al través del mundo, por quien la ama, sobre todo, como yo la amo.

Hoy, oh amigos míos, hoy, que al fin recibo vuestro aplauso, y el de todos mis conciudadanos, experimento un gran reposo en el alma; siento, os lo confieso, un deleite inefable, y una gran necesidad de dar plena fe á lo que vosotros me decís: que no he sido indigno del depósito de fe que me ha confiado la patria; que he llevado con decoro su bandera, y que la traigo, si nó con mayor gloria, tal cual me fué entregada cuando menos: pura, brillante, digna del respeto de los extraños, como lo es del amor de los propios, de nuestro amor, oh, amigos míos, de nuestro apasionado amor. Gracias, porque me hacéis creer en eso. Sí: yo quiero creerlo; yo debo creerlo.

Vosotros celebráis en mí también, y en primer término, al correligionario, al católico, al hombre de fe inquebrantable, al compañero de esfuerzos y de luchas.

Pero ¿es realmente un mérito personal, señores, digno del tributo que me ofrecéis, el haber recibido de Dios ese don inapreciable de la fe, que constituye nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestra dicha?

Os he citado antes una frase inmensa del Evangelio. Otro recuerdo de la misma índole baja no sé desde dónde en este momento, y se posa en mi memoria: es el del ciego dè Jericó. ¿Lo recordáis? Estaba sentado cerca del camino pidiendo limosna; oyó tropel de gente que pasaba, y preguntó que qué era aquello. Cuando le dijeron que era Jesús Nazareno que pasaba, el hombre ciego comenzó á gritar: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.... Y, á pesar de los que querían hacerlo callar, seguía gritando el desgraciado con más fuerza: ¡Hijo de David! ¡Hijo de David!

¿Recordáis entonces á Jesús, señores? ¡Qué hermoso! ¡Qué grande! ¡Qué bueno! ¡Oh, el Hombre Dios! Se detuvo. ¿Qué quieres que te haga? dijo al hombre sin luz. Y éste le respondió: *Señor, que vea.*

—Ve... Tu fe te ha hecho salvo.

Y el ciego vió, dice el Evangelio, y seguía á Jesús, glorificando á Dios.

¡Qué hondo es todo eso, señores! ¿No sentís, como yo, que esas palabras divinas pasan como un escalofrío al ras de vuestra carne?

¡Qué vea! ¡Qué vea! Eso es la fe, señores, eso es la fe: anhelo humilde y sincero de luz en el hombre; luz de Dios, palabra de Jesús de Nazaret, que abre nuestros ojos.

Líbreme Dios de afirmar, señores, que no hay en el acto de creer un acto de nuestro libre albedrío ; sin eso la fe no sería obligatoria, y menos meritoria. Sí, hay en nosotros el grito del ciego, la plegaria, el clamor al Hijo de David ; pero ¿ qué es, señores, el grito del ciego, al lado de la palabra de Cristo : Ve ?

La fe, señores, es, para el alma, lo que el aire para los pulmones : es necesario hacer algún esfuerzo de nuestra parte, es verdad, para respirarlo. ¿ Pero qué es ese esfuerzo, si se le compara con la presión que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmones, y encenderlos de vida ?

La razón humana, señores, el acto libre del que anhela ver, es el pequeño movimiento de inspiración hacia el cielo ; pero la fe, oh amigos míos, vosotros lo sabéis y lo sentís como yo, la fe es el aliento, es el espíritu, es el Verbo de Dios que penetra en nuestra alma, y hace en ella la luz, le trae mensajes misteriosos, evidencias imprevistas que se abren en ella como estrellas fijas, claridades boreales que se levantan en los horizontes y nos marcan la eterna ruta del Norte.

Y dice el libro sagrado : Tú niegas al orgullo del sabio, lo que revelas á la humildad de los pequeños.

Dejadme, pues, señores, colocarme entre los pequeños ; dejadme humillar ante Dios, y ante vosotros, al sentir vuestros aplausos á mi fe, á fin de no exponerme á perder, con un acto de orgullo, esa fe que vosotros festejáis en mí, y que no es sino un don gratuito de Dios, un reflejo de su gloria, un soplo luminoso de su infinita misericordia sobre el pedazo de barro de mi corazón.

¿ Por qué recordáis, señores, servicios míos que decís prestados á la causa de nuestra fe católica, y que juntos hemos realizado ? ¿ Puede acaso concebirse una fe que, siendo verdadera, sea inactiva, en nuestros tiempos sobre todo ?

La indiferencia es la duda ; la fe, señores, ó deja de ser tal, ó es dinamismo, es celo, es entusiasmo, es abnegación. ¿ Qué otra cosa que un acto de fe activa de vuestra parte es esta manifestación que ofrecéis á vuestro hermano en la causa de Cristo ?

Yo personalmente no la merezco, oh amigos míos.

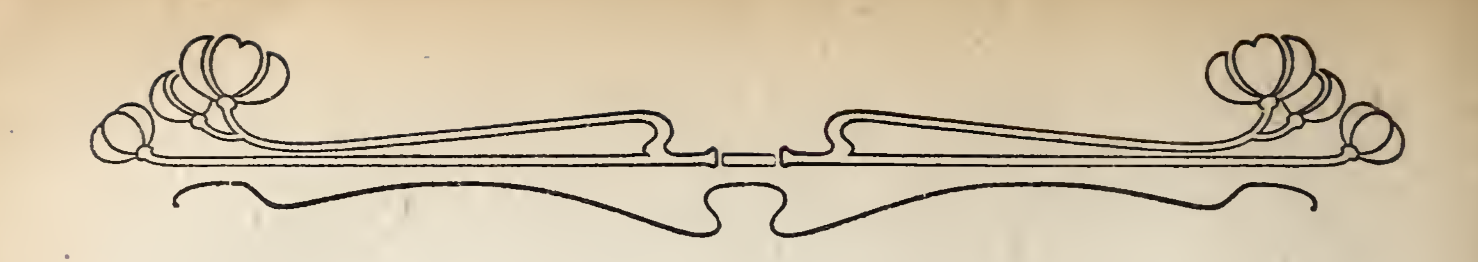
Porque, ó yo he realizado esos esfuerzos que decís en pro de nuestra causa, teniendo por móvil el cumplimiento del deber que me impone el don gratuito de la fe, ó los he llevado á efecto buscando los éxitos y los triunfos de la tierra. Si he perseguido esto último, vosotros no podéis tributarme vuestro aplauso ; mis acciones no hubieran sido meritorias. Y si fuera cierto que he tenido la suerte de realizarlas buscando sólo la gloria de Dios, ¿ por qué me premiáis, ¡ imprudentes ! tan ampliamente en la tierra, y no me dejáis un pobre saldo siquiera que hacer valer en el cielo ? ¿ Lo queréis todo para vosotros, que habéis hecho lo que yo ?

Oh, nó, amigos míos, no sois imprudentes, ya lo sé. Yo retiro la palabra, aunque bien habéis comprendido todo el íntimo sentido del

atrevido reproche. También yo os he comprendido á vosotros: es la ley del corazón, que es caridad entre cristianos, la que aquí impera, ley irresistible; es que vosotros me tenéis afecto *por que sí*, y sentíais la necesidad, que yo también sentía hace mucho tiempo, de fundir una vez más vuestros corazones con el del hermano ausente, en este sitio en que tantas veces hemos sido una sola alma, un solo pensamiento, una sola aspiración.

Yo correspondo á vuestro abrazo de bienvenida, con toda la efusión de mi alma; yo pongo una vez más en vuestras manos la protesta inquebrantable de mi fe, de mi consagración á la causa de Jesucristo en nuestra patria; yo os pido, por fin, que me ayudéis á obtener de Dios la gracia necesaria para que esa fe no vacile en mi alma, y para que este vuestro viejo camarada no se haga jamás indigno de esta manifestación de que lo habéis hecho objeto, y con la que habéis comprometido más y más sus esfuerzos y su vida.





EL ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Montevideo, Monseñor Mariano Soler, á su regreso del Concilio Latino-Americano celebrado en Roma.

SUMARIO: Ofrecimiento.—Monseñor Soler, tercer obispo de Montevideo. —Las circunstancias de su elección.—El Arzobispo de Montevideo en el Concilio Latino-Americano.—Concepto de que goza Monseñor Soler en el Vaticano.—Monseñor Soler se debe á su patria.—Las actuales perturbaciones del mundo, y la parte de responsabilidad que corresponde á los católicos en ellas.—La voz de León XIII.—El significado de las manifestaciones populares á Monseñor Soler. —El brindis filial.

Excmo. y Rvmo. señor:

A mí me corresponde, como presidente de la asamblea de católicos, el ofreceros este banquete de bienvenida. Os lo ofrezco, señor, en nombre de esa asamblea; os lo ofrezco en nombre de todos los que, sentados en esta mesa, creen que comen el pan y beben el vino de la casa paterna, porque vos la presidís y lo bebéis con ellos; os lo ofrezco en nombre del pueblo católico: de ese que habéis visto anteayer salir en masa enorme á vuestro encuentro, alfombrar de flores vuestro camino, y llenar las naves de nuestra catedral para recibir vuestra bendición; de ese que ha corrido á dar gracias á Dios porque os había protegido en vuestro viaje, os había iluminado en vuestra misión, y os había devuelto, por fin, al ósculo respetuoso y cariñoso de vuestro pueblo que os ama, que os venera, y que se enorgullece de su insigne prelado metropolitano.

La patria tiene ciertamente motivos para dar gracias á Dios. Fué Él quien la inspiró, sin duda alguna, cuando, con un movimiento vigoroso y unánime, luchó contra vos mismo, señor, para arrancaros del alma un ensueño generoso que quería arrebataros para siempre á la patria, y para mostraros en ella vuestro verdadero campo de acción; en ella, en esta tierra querida que os vió nacer, y á la que pertenecéis porque Dios lo quiere, porque nosotros lo queremos, y porque vos también lo queréis; fué Dios quien la iluminó cuando vió en vos el hombre predestinado á recoger la he-

rencia del doliente obispo mártir, y del primer obispo sembrador del Uruguay ; fué Él, sin duda, quien la movió, cuando aclamó en vos por la primera vez, y aclama hoy de nuevo, la continuación de la tradición de inmaculada doctrina, de virtud y de celo, que constituye la serie de ilustres prelados que han sido el tesoro de nuestra patria ¡ qué digo « han sido ! » que *son* el tesoro de nuestra patria, porque las patrias, señores, se forman, no sólo de sus hijos vivos, sino también, y muy especialmente, de sus grandes hijos muertos.

La patria os ha seguido, señor, con avidez, en vuestras últimas importantísimas labores ; os ha visto subir á la cátedra del Concilio Latino-Americano para pronunciar el discurso inaugural de esa memorable asamblea de nuestra raza, y ha sentido con gratitud, cómo se reflejaba en su nombre el brillo de vuestro carácter, de vuestras virtudes y de vuestro saber ; os ha visto acercar al Vicario de Cristo, que os llamaba para consultar vuestras opiniones, y ha advertido cómo el augusto anciano escuchaba con atención vuestros dictámenes. Os ha visto, por fin, trabajar con energía y eficacia en el sostenimiento y adelantos del Colegio Pío Latino Americano de Roma, por el cual ya recorristeis una vez en peregrinación nuestra América Española ; de ese Colegio Latino Americano, vivero fecundo del clero de nuestro continente, corazón que, unido íntimamente al del representante de Cristo, derrama por las arterias de nuestra América la savia de la doctrina, y envía por todos sus ámbitos ejemplos de ciencia y de virtud, que, como vos, señor, y como esos dos prelados insignes que comparten con vos la paternidad espiritual en este banquete fraternal de vuestros hijos, son honra y prez de aquel colegio romano, y justo título de orgullo para sus patrias respectivas.

Pero la patria os ha seguido de lejos, señor, en vuestras labores en la ciudad eterna. Yo, que tuve la honra de gestionar, como enviado diplomático, la erección de la sede metropolitana de Montevideo ; yo, que tuve la fortuna de recibir vuestra primera bendición pastoral, cuando recibisteis vuestra excelsa investidura, yo he podido ver de cerca todo el prestigio de vuestra persona en la ciudad eterna, y todo el respeto que habéis sabido conquistar allí con vuestras virtudes y vuestra inteligencia.

Yo os he visto atravesar la puerta de bronce en que termina la columnata del Bernini, y penetrar al Vaticano como á vuestra casa solariega ; yo os he visto devolver, con noble inclinación de cabeza, el saludo de la guardia suiza de casco de bronce cubierto de crin blanca, pasar sereno ante la guardia noble, cruzar la semiobscuridad de las antesalas del cardenal secretario de Estado, y he oído, en pos vuestro, lo que vos no escuchabais ya: el acento de veneración con que se pronunciaba vuestro nombre en aquella casa que es el centro del mundo ; el tono de admiración con que allí se decían los unos á los otros al veros pasar: « es el Arzobispo de Montevideo ».

¡ Oh ! ¡ El nombre de la patria ! ¡ El nombre de la patria pronunciado con respeto y admiración allá lejos ! Gracias, señor, por los momentos aquellos de satisfacción que experimentó mi alma, al sentir reflejarse sobre ese querido nombre la luz solar y el prestigio que de vuestro nombre irradiaban.

Pero yo tuve ocasión de ver algo más fundamental que eso que deleitaba mis sentidos: tuve entonces ocasión de convencerme de que León XIII os tiene *in pectore*, y de que vuestro nombre no se confunde entre los de tantos prelados eminentes que cruzan constantemente por su pensamiento luminoso. El cardenal Rampolla me hablaba de vos como del hombre indiscutible y transparente ; y oí entonces decir que el pueblo os llamaba allá en Roma afectuosamente *il cittadino romano*, no sé si porque quiere incorporar á sus glorias la gloria de vuestro nombre, ó si porque realmente vuestra figura clásica, reflejo fiel de vuestra alma serena y siempre fija en la esencia de las cosas, recuerda alguno de aquellos cardenales medioevales, en que el pincel de Rafael quiso inmortalizar el tipo señorial de la nobleza romana.

Pero nó, señores ; agradezcamos, en buena hora, ese testimonio de veneración y simpatía del pueblo católico de Roma, hacia nuestro insigne metropolitano ; pero apresurémonos á decir que es nuestro. Él es y será siempre, con la gracia de Dios, el hijo fiel de la Iglesia Romana ; pero es y será siempre, también con la gracia de Dios, el ciudadano ilustre de la nación oriental que lo reclama.

Sed, pues, el bienvenido, señor, al seno de esta vuestra patria que os esperaba y que os necesitaba.

El mundo entero atraviesa una época de caóticas perturbaciones y de pálidos desalientos. Vos venís de palparlo, señor, en la Europa revolucionada, que nos envía sus doctrinas y sus ejemplos. El siglo termina en un crepúsculo de cieno, después de haber comenzado en una aurora de sangre. Los ideales se van confundiendo y obscureciendo ; la humanidad pierde el rumbo. Las promesas de la revolución anticristiana eran sangrientas ánforas vacías ; se van extinguiendo también las esperanzas que se cifraban en restauraciones monárquicas ó en combinaciones puramente políticas, que prescinden por completo, cuando no hostilizan, el reinado social de Jesucristo.

Se busca la paz, y se enciende cada vez más la guerra ; se busca la riqueza, y se aumenta cada vez más la miseria de la inmensa mayoría de los hombres ; se busca calmar y satisfacer al pueblo, incitándolo á la conquista de sus derechos, y sólo se consigue excitar sus pasiones, desenfrenarlo, y hacer de él el más terrible de los enemigos que amenazan la paz y la felicidad sociales.

¿ Cuáles son las causas de ese deplorable estado del mundo europeo ?

Las causas son varias, señores ; pero nosotros debemos fijarnos muy especialmente en la parte que han tomado los mismos católicos en ese derrumbe de los grandes ideales en Europa. Los católicos, señores, adolecen quizá de un defecto fundamental: se toman

muy á menudo gran trabajo en hacer á sus contrarios el examen de conciencia; pero no siempre se preocupan de hacer debidamente el examen de la propia; se inoculan mutuamente el odio contra los tiranos exteriores de su causa, contra los liberales impíos; pero muy pocas veces se acuerdan de los cómplices de esos tiranos, de los propios defectos católicos, de la falta de obediencia á los prelados, y hasta al Papa mismo, de la adhesión apasionada á la propia opinión, de la indiferencia, de la soberbia, de la indisciplina dentro de las propias filas. Ellos han olvidado muchas veces lo esencial, para preocuparse sólo de lo accidental; ellos han pospuesto muchas veces la causa soberana del catolicismo, que es donde está la única salvación, á causas transitorias y puramente humanas; se han dividido, se han dispersado, se han combatido, se han aniquilado, ya persiguiendo restauraciones dinásticas ó ideales individuales, ya dejándose llevar de móviles políticos, con prescindencia completa de los ideales cristianos. Y ha sido necesario que León XIII les dé voces, que casi no se oyen entre el fragor de las luchas y preocupaciones políticas, para recordarles la causa soberana. «Nó, les ha dicho, no identifiquéis la causa de Dios con la de los hombres; no atéis la Iglesia á lo que pasa, porque ella es inmutable; no la amarréis á lo que lucha, porque ella es la paz en el mundo... La Iglesia, agregó el gran Pontífice, no se adhiere sino á un solo cadáver; al de Aquél que murió en la Cruz, porque con El resucitará».

La voz de León XIII, señores, es la voz de la esperanza; ella y sólo ella puede salvar las sociedades vacilantes.

Ella y sólo ella debe dirigirnos también á nosotros los católicos uruguayos, en nuestros esfuerzos en pro de la felicidad moral y material de la patria.

Estas manifestaciones de que es objeto nuestro ilustre prelado metropolitano, manifestaciones católicas como jamás se habían visto en la ciudad de Montevideo, son una protesta de amor y de veneración á la persona de nuestro querido pastor; pero son también, acaso ante todo, una protesta de adhesión á las enseñanzas de León XIII; son también una protesta de la necesidad de unión y de organización que experimenta el pueblo católico uruguayo; son una voz que quiere llegar elocuente y vigorosa á los oídos del Jefe de la Iglesia, para decirle: aquí estamos.

Aquí estamos, pues, señor; vos sois el único representante del Vicario de Cristo; vos sois nuestro padre y nuestro capitán.

Queremos acompañaros, señor; queremos acataros y obedeceros. Marcadnos el rumbo, que los católicos uruguayos miraremos como luz del Norte el brillo de vuestro báculo y de vuestra cruz pectoral; que los católicos orientales seguiremos las cruces negras de vuestro palio, tejido con el vellón de los corderos de Santa Inés, como en otro tiempo seguían los soldados el penacho blanco del rey caballero, en las gloriosas batallas de la patria de San Luis.

Confirmad vos, señor, con vuestra bendición, nuestros propósitos

de unión y de fidelidad á la causa de Cristo y de su Iglesia libertadora. Retribuid nuestro saludo filial, saludándonos una vez más con la celeste frase del Divino Maestro: « La paz sea con vosotros ».

Y mirad, ¡ oh señor ! con cuánta cordialidad bebemos en vuestro honor la copa que levanto en este nuestro banquete fraternal, concentrando en la ternura de mi palabra la armoniosa vibración de los corazones de todos los que aquí estamos.

Señores: levantemos nuestra copa en honor de nuestro querido y venerable prelado. Que Dios bendiga nuestros votos antes de formularlos... Y ahora, señores, pidámosle que proteja su vida, que ilumine su entendimiento, que lo colme de felicidades, porque la lumbre de su espíritu será la luz de la patria, y la felicidad de su vida es la dicha y la alegría de sus hijos.





UNIÓN CATÓLICA DEL URUGUAY.

Discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo, el mes de Noviembre de 1900.

SUMARIO: El tercer Congreso Católico Uruguayo.—Un lapso de siete años. —Causas.—La Unión Católica.—No se refiere á los artículos de la fe.—Tampoco á formas de gobierno ó tradiciones políticas.—Objeto característico de la Unión Católica del Uruguay.—El partido católico del porvenir.—Cifras de su programa.—Muertos, dormid; no es hora todavía.—El «leader» del futuro.—Clodoveo el sicambro. —Cristo vive, reina, impera.

Excmo. y Rvmo. señor:

Vengo á hacerme el intérprete del espíritu de este tercer Congreso Católico del Uruguay, el eco de vuestro propio espíritu, señores, y á proclamar, una vez más, la constitución de la Unión Católica en la república.

El actual congreso es la continuación del celebrado en Enero de 1893, continuación á su vez del primero de la serie, que tuvo lugar el año 1889, bajo la presidencia del Ilmo. Monseñor Yéregui, de santa memoria y perdurable.

Ha transcurrido, pues, un lapso de siete años, sin que los católicos, dispersos por el territorio de la república, se hayan reunido en estas fecundas asambleas, á pensar en lo que más aman, y á uniformar sus opiniones y sus esfuerzos, en pro de la causa de la civilización cristiana en nuestra vida cívica.

¡Siete años! Es indudablemente demasiado tiempo el que hemos pasado sin vernos, señores. Windthorst, *la pequeña eminencia* alemana, llamaba á los congresos católicos, que se reunían en torno suyo, *nuestras maniobras de otoño.* Si lo fueran entre nosotros, muy largo hubiera sido nuestro último invierno; muy enmohecidas tendrían que estar nuestras armas, y harto atrasados sus sistemas; muy entumecidas por el frío nuestras manos, y en extremo desteñidos por el sol invernal los colores de nuestra bandera.

¿Será que el anhelo por la gloria de Dios ha languidecido en el alma uruguya? ¿Es que realmente ha decaído el entusiasmo de

otros tiempos en pro de la causa católica? ¿Es que ya los cristianos de esta tierra generosa no quieren hacer del amor á Jesucristo y á su Iglesia su amor soberano, y la suprema de sus glorias? ¿O es acaso que el laicismo católico no se resuelve ya, como en otros tiempos, á aceptar la misión de colaborar en la obra de Dios y de su Iglesia, y está dispuesto á abandonar á ésta en manos de sus enemigos, atraídos los hombres por otros ideales, por otros intereses, que consideran más dignos de sus labores cotidianas, y más merecedores de su esfuerzos y sacrificios?

Nó, señores: yo miro esta asamblea rebosante, y veo que aquí estamos todos; á todos nos anima el espíritu bienhechor de los mejores tiempos. Un toque de llamada ha sido bastante para agrupar de nuevo á los soldados leales que parecían haberse distraído, y para hacerles recobrar la actitud atenta y marcial del que espera, con la mirada fija en el horizonte, las nuevas voces de atención del clarín inteligente. Yo veo aquí á los viejos compañeros de veinte años atrás, unidos á los que en ese largo período de luchas y de esfuerzos han ido engrosando nuestras filas; yo he visto el entusiasmo con que todos los delegados de la república han tomado parte en las deliberaciones de este congreso, y me he convencido ¡gracias á Dios! de que, si ha habido un eclipse en la acción católica colectiva del Uruguay, no ha sido porque haya decrecido en luz ó en calor el astro de la fe, sino porque sobre su disco, siempre luminoso, se ha proyectado la sombra de extraños acontecimientos. De entre esa sombra brota de nuevo, señores, la cara del astro tutelar: es la fe católica que nos llama, y nos sonríe, y nos marca la ruta; es la conciencia del deber que brota del fondo de nuestras almas, dispersando las tinieblas; es Cristo, Cristo Redentor del mundo, que, al finalizar el siglo XIX, nos recuerda que aún vive, que aún reina, que aún impera, y que aún tiene derechos absolutos sobre nosotros.

Estoy hablando, pues, á hermanos incondicionales, á católicos que saben están en la obligación de abrazar la causa de Jesucristo y de su Iglesia en el Uruguay como la causa soberana, y de que su triunfo, en todas las manifestaciones de la vida nacional, debe ser el objeto primordial de sus esfuerzos.

¿Por qué entonces, señores, se me ha encargado que diserte esta noche sobre la Unión Católica del Uruguay? ¿No existe, por dicha, esa unión entre nosotros? ¿Hay alguien que niege con Arrio, por ejemplo, la divinidad del Verbo, ó con Nestorio la unión de la divinidad y de la humanidad en una misma persona? ¿Hay alguno que, con Focio ó con Lutero ó con el filosofismo proclame la rebelión contra el papa, ó el libre examen? ¿Hay católico en esta asamblea, que se sienta inficionado del naturalismo moderno, y niegue la existencia de lo sobrenatural ó la influencia de la gracia divina sobre el hombre degenerado por el pecado original, y condenado por él á la concupiscencia y á la muerte?

Nó, indudablemente: todos creemos en Jesucristo, el Verbo increado que era al principio y estaba en Dios y era Dios ; en el Verbo en que estaba la vida ; en el que era Luz de los hombres, resplandeciente en las tinieblas ; en Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero, Hombre verdadero evocado por el Espíritu Santo en las entrañas virginales de la sola mujer incontaminada, Redentor del mundo por el dolor, el sacrificio y la muerte, Juez que juzgará un día á los vivos y á los muertos, y cuyo reino jamás tendrá fin. Todos creemos en la Iglesia que el Verbo humanado fundó sobre la tierra, sociedad perfecta, de origen divino inmediato, independiente de todo poder humano, superior por su origen y por sus fines á toda otra sociedad, dominadora del tiempo y del espacio, y que comprende en su seno á todos los pueblos y naciones, sin poder ser comprendida por ninguno de ellos. Todos creemos en la existencia de esa Iglesia en el mundo, bajo la dirección infalible del representante de Jesucristo, á quien protestamos nuestra incondicional adhesión, y del obispo que Dios nos ha designado, y á cuya autoridad, de origen también divino, prestamos nuestro filial acatamiento.

Eso creemos ; eso, y todo cuanto la Iglesia nos dice que es verdad revelada. Y son esas verdades las que nos unen con vínculo indisoluble, y nos unirán siempre por la misericordia de Dios.

En otros pueblos, señores, dentro de la unidad del dogma y de la doctrina y de las costumbres, existen causas poderosas que han impedido la unión de los católicos, y dado el triunfo, en la sociedad política, á los enemigos de Jesucristo. Divergencias de opinión sobre formas de gobierno, sobre tradiciones políticas, sobre cuestiones dinásticas seculares, han dividido á los católicos, que, empujados por la pasión, muchas veces generosa, pero no siempre regulada por la razón, han empequeñecido la causa eterna de Dios y de su Cristo, identificándola en absoluto en las formas transitorias y fugaces de los hombres, hasta el punto de creer que la destrucción de las antiguas *formas* importa la destrucción de las *substancias* eternamente nuevas. Inútil ha sido muchas veces que el mismo representante de Dios haya hecho oir su voz, con dulzura primeramente, y con severa firmeza después ; inútil que haya recordado á sus hijos los principios más elementales de la doctrina católica, según los cuales no hay más autoridad eternamente legítima que la de Dios, fuente única é inagotable de toda autoridad, cualquiera que sea la forma en que ésta se personifique.

El *non serviam* del ángel rebelde se ha dejado oir algunas veces, aun entre los leales ; la voz de la pasión ó de la rutina ha dominado la misma voz del vicario de Cristo, y la unión de los católicos ha sido imposible. Su derrota, por consiguiente, ha resultado inevitable, y desgraciadamente merecida, ya que los católicos no deben aspirar á que Dios haga milagros para suplir su inercia, su soberbia, su indisciplina, ó su falta de celo laborioso é inteligente.

¿ Existe algo de eso entre nosotros ?

Nó, felizmente, señores. Entre nosotros, las nociones de patria y democracia se identifican en nuestra alma, como se identifican la de democracia y la de forma representativa republicana. Todos reconocemos al pueblo, como el cauce natural por donde debe pasar la autoridad, desde su fuente divina hasta los hombres que han de ejercerla en la sociedad ; todos queremos y proclamamos y defendemos la misma legitimidad, fundada sólo, como fundamento inmediato, en la voluntad nacional genuinamente representada, que es el medio que más racionalmente conduce al verdadero ideal de gobierno: el gobierno de los más aptos y mejores ; todos escuchamos, sin reservas mentales, la palabra del papa, y no sometemos ligeramente la opinión de nuestro obispo á la revisión de nuestra crítica atrevida.

¿ Cuál es entonces la unión que en este momento debo yo inculcar á mis hermanos en Cristo y en la democracia, para que el tercer Congreso Católico del Uruguay tenga eficacia y consecuencias perdurables ?

Es, señores, la unión en lo secundario, puesto que en lo primario estamos ya unidos ; es la unión en aquello que está librado á las controversias de los hombres, en aquello en que todos y cada uno creemos tener razón, con intención recta y completa buena fe ; en aquello que diferencia al ciudadano que ama á la patria, del soldado que la defiende formando ejército. Más que la unión católica, estoy, pues, en el deber de inculcar á mis correligionarios la *disciplina de la acción católica*, y, ante todo y sobre todo, la acción misma, el celo por la gloria de Jesucristo Redentor del mundo, tomada como suprema aspiración de la vida, y abrazada como objeto más que suficiente para absorber toda la actividad de nuestra fe de cristianos, y todo el esfuerzo de nuestro carácter de ciudadanos.

No se trata, por consiguiente, de constituir, con la creación de la Unión Católica del Uruguay, una nueva corporación puramente piadosa ; la práctica de la Religión se presupone en sus defensores, se presume en la Unión Católica ; pero ella no forma el objeto que la caracteriza y diferencia. Se trata de ejercitar una virtud que es más grande aún que la piedad religiosa : la caridad en su acepción más excelsa, que es el celo por la gloria de Dios en la sociedad y en las almas ; se trata de constituir el núcleo de la gran masa de elementos cívicos católicos del país ; de imprimir á éstos el movimiento tendente á la defensa eficaz ¡ eficaz sobre todo, señores ! de nuestros principios, contra las agresiones de que son objeto por parte de otras agrupaciones cívicas ; se trata de formar, con ese objeto, una entidad directiva, compuesta de estadistas, de pensadores, de publicistas, de hombres prácticos y sagaces, conocedores de los recursos que han de ponerse en juego, y convencidos de que, como ha dicho un gran pensador, el éxito, en la mayor parte de los casos, depende de saber cuánto tiempo es necesario para alcanzarlo ;

se trata de agrupar inteligencias, experiencias, estudios, actividades, recursos de todo género, para influir á favor de nuestros principios, en la vida cívica de la nación, para rodearlos de los prestigios *humanos*, haciendo nuestros todos los medios buenos ó indiferentes que, según el sentir *general* de las gentes en nuestra época, y no sólo según el sentir de las personas privilegiadas por Dios con el don de la piedad, dan prestigio á las causas en lucha, y las conducen al triunfo. La Unión Católica, señores, no tiene por objeto principal el enfervorizarnos en nuestra vida individual, ni el darnos ocasiones de manifestar ese santo fervor. El simple hecho de no manifestar ese piadoso sentimiento, aunque se experimente vigoroso en el alma, puede llegar á ser, en ciertas ocasiones, una gran virtud en nuestros tiempos, como puede llegar á ser un vicio ó una debilidad su manifestación extemporánea, que muchas veces puede ser una simple ostentación sin grandes quilates de virtud.

Yo, señores, he consagrado, bien ó mal, pero he consagrado mi vida entera á la satisfacción de ese anhelo ; todo lo he abandonado y quiero abandonarlo por él. Cual si estuviera ligado por un voto superior á mi voluntad, he renunciado al mundo, para encerrarme en el claustro solitario de mis ensueños de fe, y esperar en él la hora de una resurrección, y apresurarla, si fuera posible, con mi labor sin tregua.

Sí, señores: yo soy un viejo soñador incorregible.

Yo quiero creer que, en estas nuestras asambleas católicas, estamos *haciendo historia.*

Yo he soñado muchas veces en un momento del porvenir de mi patria, de mi patria cristiana, en que un gran partido político se reunirá á recordar estas asambleas, á pronunciar nuestros nombres llamándonos, precursores ó predecesores, y á repetir respetuoso nuestras palabras, las palabras pronunciadas en este congreso, como la gloriosa genealogía de su existencia ; yo he visto, en mis ensueños, á todos mis hermanos en la fe, agrupados en torno de la bandera soberana que hoy nos congrega, librar briosos y compactos las generosas batallas de los anhelos populares ; yo los he seguido, primero en las derrotas fecundas, después en el clarear de las esperanzas luminosas y, por fin, en las victorias institucionales ; yo los he visto prescindir de todo móvil secundario, de todo propósito divergente, y he oído correr entre sus filas numerosas el santo y seña único é inmortal: el mismo, señores, que hoy á nosotros nos congrega: *Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera por los siglos de los siglos.*

Y yo he visto más ; he distinguido perfectamente, desde mi claustro, los colores de su bandera que pasaba: eran los de la patria independiente amada hasta el sacrificio ; he leído las cifras de su programa: eran las del Evangelio, es decir, las fórmulas únicas y eternas de la verdadera libertad.

En él estaba escrita, y puesta bajo la protección de Dios Omnipotente, la fórmula verdadera de la *democracia*, es decir, *el orden*

civil en que todas las fuerzas sociales, jurídicas y económicas, en la plenitud de su desarrollo jerárquico, cooperan *proporcionalmente* al bien común, para tender, en último resultado, *al bien preponderante de las clases inferiores, al bien preponderante de los pobres*, de los débiles, de los más semejantes á Jesucristo, el Hijo del obrero de Nazaret, el divino pobre crucificado ; en él estaba escrita, sin reservas ni reticencias, la *fórmula representativa republicana*, el derecho de los pueblos á hacer oir y á hacer respetar su voluntad, libremente manifestada, en la formación de los poderes públicos, interpretando con esa voluntad popular la voluntad de Dios ; pues Dios, que ha dado al hombre el imperioso instinto social, le ha dado la facultad natural de acertar en la designación de los que deben regirla en el nombre del Señor, y para el cumplimiento de su voluntad soberana ; yo he leído, en ese programa político del porvenir, un plan de relaciones internacionales, que definirá la personalidad y la misión de nuestra patria en el concierto de las naciones soberanas, y la hará ocupar su puesto de racional influencia ; he visto escrita en él la representación proporcional del pueblo en el seno de las asambleas legislativas, la organización comunal que anima y vivifica los diversos núcleos de palpitación en el organismo político, la libertad verdadera de enseñanza, la soberanía del padre de familia en el seno de la sociedad doméstica, la del pueblo en el de la sociedad civil, la de la Iglesia de Cristo, la más santa de las soberanías, en el seno perturbado del universo. Yo he visto á esos mis bravos correligionarios del porvenir, cegar los fosos enemigos con los cadáveres de sus propios derechos desconocidos y atropellados al principio, sin por eso abandonar el orden institucional ni la fe en la labor pacífica y perseverante, y pasar después sobre aquellos cadáveres para escalar la ciudadela que parecía inexpugnable, y realizar en ella los otros artículos de su programa: adelantarse á la sangrienta revolución de las masas, realizando pacíficamente la revolución de las ideas, la que funde los conceptos de justicia y caridad, la que da al Estado cristiano una cierta intervención en la organización económica de la sociedad, en la distribución de la riqueza, en el valor del trabajo humano ; acercar á Europa las costas privilegiadas de la patria, abriendo puertos en nuestro espléndido litoral atlántico, en que está nuestro tesoro escondido, el tesoro exclusivo del Uruguay entre todos sus hermanos de la América subtropical ; regular el impuesto, no sólo al capital, sino también á la renta ; cerrar las aduanas sólo lo suficiente para hacer de ellas fuentes de recursos, sin convertirlas en obstáculos al libre desarrollo de las leyes naturales del intercambio comercial ; señalar, tendiendo hacia ellos, todos los progresos, todas las audacias, todas las libertades hijas del principio cristiano, que todas ellas caben, señores, y se desarrollan ampliamente en el cuadro espléndido del Evangelio. Porque ó no existe la democracia en el seno del mundo, señores, ó ella existe, en la plenitud de sus hermosas armonías, en el seno eternamente fecundo de nuestra fe católica, la libertadora del

hombre, la que lo emancipa, no sólo de los tiranos que hacen violencia á su cuerpo, sino, muy principalmente, de los que se la hacen á su alma, arrancándole la libertad: las pasiones, las concupiscencias de los vicios, las soberbias.

Eso y mucho más estaba escrito en el programa del partido de mis ensueños. Con él se conservaba y acataba nuestra constitución, por medio de un régimen concordatorio debido á la inagotable benevolencia de la Iglesia para con sus hijos fieles; con él demostrábamos, como lo hace la Bélgica, la nación más libre y mejor administrada del mundo, que el progreso moral, que se halla sólo en la Iglesia de Cristo, no sólo no está reñido, sino que es el gran propulsor de todos los progresos materiales, pues todos pueden y deben contribuir al reinado de Jesucristo, á la difusión del Evangelio, y á la salvación de las almas; con él reivindicábamos, por fin, ese título de *liberales*, que nos han arrebatado, para hacerse con él una careta siniestra, los eternos enemigos de la libertad cristiana.

Pero, señores, dejemos que esa ráfaga del porvenir pase rápida sobre nuestro presente, despertando sólo lo que debe despertarse. Es ahora en mis labios como la ráfaga aquella de la mañana que, según el poeta, refresca la frente del labrador dormido, y le dice ¡levántate y trabaja!; toca las plumas del gallo entumecido, y le dice ¡despiértate y canta!; sacude las ramas de los árboles inmóviles, y le dice ¡despertad á vuestros nidos!... Pero atraviesa el inmediato cementerio de la aldea que sacude el sueño, y, al pasar sobre las tumbas silenciosas, les dice con un ritmo melancólico y sutil: ¡Muertos, dormid; no es hora todavía!

No es hora todavía, señores; sólo como de un ensueño de nuestras almas podemos hablar del anhelo generoso de la organización política del elemento católico; hay circunstancias que se oponen á ello. Por eso, lejos de excluir la unión eficaz de ese elemento en que están cifradas las esperanzas de la patria, debe estimularnos en la realización de esa unión firme en lo accidental de que antes os he hablado, que es el objeto perseguido por este congreso que celebramos en homenaje á Jesucristo Redentor, y que bien pudiera ser un primer estremecimiento que anuncie la aurora del sábado, el *resurrexit* del ángel luminoso, bajado del cielo para remover la piedra del sepulcro solitario.

Señores:

Ha habido naciones en que, por haberlo merecido, Dios ha suscitado eminentes ciudadanos que, por sus virtudes, sus talentos y sus prestigios, han sido aclamados unánimemente por los católicos, como los caudillos indiscutibles y providenciales de su causa: O'Conell en Irlanda, Mallincrodt y Windthorst en Alemania, Walker Martínez en Chile, han constituído, por sí solos, núcleos de unión y de resistencia primero, y bandera de victoria después.

Entre nosotros, señores, ese hombre de talentos y virtudes excepcionales, ese Windthorst oriental, que pudiera ser por sí solo núcleo de unión y esperanza de victoria, no aparece todavía ; el mensajero no ha llegado aún ; acaso está en viaje hacia nosotros, y llegará cuando sepamos merecerlo ; pero aún no está aquí, ó, si está, no sabemos distinguirlo.

Nos es, pues, indispensable formar una entidad colectiva que lo sustituya, sumar todos nuestros pequeños méritos, todos nuestros pequeños prestigios, renunciar á nuestras opiniones individuales, olvidar, aniquilar nuestra propia personalidad, para fundir, con abnegación cristiana, todos esos méritos, todos esos prestigios en la entidad colectiva que hemos aclamado con el nombre de *Unión Católica.*

Aseguran algunos teólogos, señores, que si se diera el caso de un hombre que hubiera guardado la ley natural, y se acercara á la muerte sin haber podido recibir el bautismo, que es la llave de oro de las eternas puertas azules, Dios enviaría expresamente un ángel que derramara sobre la cabeza de aquel justo las regeneradoras aguas bautismales.

Yo casi me atrevería á afirmar que, si se diera el caso de que el elemento católico oriental fuera fiel á las bases de unión en la acción, que acaba de sancionar libremente en este tercer congreso uruguayo ; si llevara lealmente á la práctica la resolución de prestigiar y vigorizar la autoridad colectiva que se ha dado con la elección del directorio de la Unión Católica, Dios suscitaría, tarde ó temprano en el laicato católico oriental, el hombre superior á nosotros, el hombre de inteligencia, de abnegación, de acción y de carácter, de prestigio y de autoridad, á quien podríamos aclamar unánimemente como el caudillo laico providencial que en otros pueblos ha sido la gloria del catolicismo, y el tipo excelso del soldado de Cristo.

Sin ese espíritu de unión y disciplina, señores, no aparecerá jamás el Windthorst de la nación uruguaya ; y si apareciera, pasaría inadvertido, así fuera un verdadero genio profético. Sin esa unión, no organizaremos jamás nuestras fuerzas ; no estaremos jamás habilitados, por consiguiente, para instaurar y llevar á efecto las grandes reivindicaciones que todos unánimemente anhelamos.

Sí, todos las anhelamos, señores, y quisiéramos realizarlas nosotros mismos, ¿ no es verdad ? quisiéramos realizarlas en el día de hoy, y muy radicales, muy justicieras, sin transacciones con el mal.

¡ Oh, los extremistas, los mártires de deseo ! ¡ Qué simpáticos son !

Y sin embargo, señores, no siempre son los que deben predominar en la acción cívica, si hemos de seguir el consejo del Evangelio, de ser cándidos como palomas, pero también astutos como serpientes. Esos extremistas, señores, no son, por otra parte, los más perseverantes ; no siempre se les encuentra en primera fila en los momentos de acción. Todo *leader* de una grande idea, dice un eminente pensador, tiene que luchar, por una parte, con los enemigos abier-

tos y declarados de la idea; y, por otra parte, con sus defensores ó abogados extremos, que desean lo imposible, y que dan la mano á sus opositores extremos por tal de batir á los amigos razonables de dicha idea.

El generoso anhelo de realizar hoy mismo, sin pérdida de minuto, nuestros propósitos, señores, me recuerda la historia de Clodoveo, el rey sicambro, aun fiero y recién convertido al cristianismo. Cuando (con los ojos muy abiertos y apoyado en su enorme mandoble, oía el doloroso relato de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; cuando se le narraban sus persecuciones, su prisión, sus escarnios, sus suplicios, su muerte ignominiosa en medio del abandono de los hombres, el nuevo cristiano semibárbaro sentía que se estremecían todas las fibras de su sér, apretaba nerviosamente el puño de su espada, y decía siniestro, y noblemente rencoroso: *¡oh, porqué no estaba yo allí con mis francos!* En lugar de decir, como debe decir un cristiano, *¡oh, porqué no estaba yo allí con mis pecados!* »

No debía el sicambro, señores, desear pelear á todo trance por Cristo, sino sufrir con Cristo; no debía desear matar con sus francos á lo judíos perseguidores y deicidas, sino matar, ante todo y sobre todo, sus propias pasiones, su falta de caridad, su fe en sí mismo con prescindencia de la inspiración y del auxilio de Dios. De la indiferencia á la muerte de la fe, no hay más que un paso, es cierto, señores; pero no es mucho mayor la distancia que separa el celo puramente humano, de la soberbia y de la muerte de la caridad.

Cuando consideremos, pues, señores, las persecuciones de que es objeto la Iglesia, no pensemos, como el bárbaro sicambro, ante todo y sobre todo, en aniquilar á sus perseguidores; pensemos antes en nuestras indiferencias para con la causa de Jesucristo, que nos hacen ser católicos *después de todo*, en vez de serlo *antes que todo*; pensemos en nuestros actos de soberbia ó de amor propio, que dificultan la unión de los católicos, único medio de luchar con eficacia; pensemos en la adhesión desordenada á nuestros propios pareceres, que hace que, como dice Kempis, seamos movidos muchas veces por la pasión, cuando creemos que somos movidos por el celo. Pensemos en eso, señores; ratifiquemos una y mil veces las protestas de unión católica que hemos formulado con tanto entusiasmo en este congreso, y dejemos á Dios el resto.

Cristo no necesita, para triunfar, de la espada del rey franco; si El rogara á su padre, éste le enviaría doce legiones de ángeles para defenderlo; pero El, en su misericordia infinita, no ha querido arrebatar al hombre la gloria de reemplazar á los ángeles en esa pugna sublime.

Démosle gracias, señores, porque nos ha elegido para tan excelsa misión, y bendigamos una y mil veces su nombre, porque nos ha permitido unir nuestra voz á la voz del universo, que, al finalizar el siglo XIX y comenzar el siglo XX, aclama á Jesucristo Redentor de la humanidad, y hace flotar entre el cielo y la tierra el inmenso clamor de gratitud y de esperanza: CRISTO VIVE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.



BODAS DE PLATA DEL CLUB CATÓLICO.

Discurso pronunciado en la velada celebrada en el Club Católico de Montevideo, para celebrar el XXV aniversario de su fundación.

SUMARIO: El Club, casa madre de todas las instituciones laicas de la república.—Su fundación por Monseñor Vera.—Situación del país en aquel entonces.—Sus jóvenes fundadores.—Horacio Tabares, primer presidente.—El doctor Soler.—El primer Arzobispo de Montevideo.—Obras que se han desprendido del Club.—«El Bien Público», los «Círculos de Obreros», la «Unión Católica del Uruguay».—Misión que se ha reservado el Club.—Paz y alegría.—Los coros de niñas.—La poesía.

Pocas palabras debiera agregar, Excelentísimo Señor, á las magistrales con que Vuestra Señoría se ha dignado conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la fundación de nuestro Club Católico, pero me ha cabido la fortuna, señores, de presidir el Club en esta fecha despertadora, y, por más que la simple palabra hablada, y sobre todo la mía, puede disonar, si absorbe demasiados compases, entre los cantos y los acordes musicales de esta fiesta, yo estoy en el caso de llenar los deberes de mi cargo...

Hé ahí, señores, que, mal de mi grado, y á despecho y pesar de mi aversión á las fórmulas oratorias, me he dejado arrastrar por una de ellas, acaso la más afónica. Nó, señores, os ruego que no me creáis. No es el cumplimiento de un deber el que me hace hablar con vosotros en la plenitud de esta velada. Yo me alegro, con una alegría que me parece infantil, de poder ser yo quien presida y quien celebre con la palabra, que también puede ser melodía, las que llamaremos bodas de plata de este nuestro Club Católico; de esta institución amable en que me parece ver concentrada mi vida casi entera; de esta casa tan poblada de mis recuerdos, que se asoman para mirarme de detrás de todas las cosas que me rodean; de este centro tan impregnado de esa mezcla de alegría y de tristeza, de horas prósperas y adversas, de triunfos y de desastres, de esperanzas, y de glorias y de desencantos, que van quedando en el tiempo detrás de nosotros, como una niebla que dejamos en el valle á medida que vamos subiendo la cuesta, y que uno mira largamente, cuando alcanza una cumbre en que puede sentarse á descansar.

Veinticinco años es mucho tiempo, señores; estamos, sin duda alguna, en una cumbre. Descansemos, pues; descansemos, ya que desde aquí se ve bien á lo lejos, y celebremos á nuestro Club, que ya tiene su interesante historia.

Este Club Católico de Montevideo es la casa madre de todas las instituciones laicas católicas de la república; su aparición marcó una nueva era en nuestro país. Nació en el regazo de un santo: fué Monseñor Vera quien lo fundó; Monseñor Vera era un santo. Se constituyó con un pequeño núcleo de jóvenes, casi niños, en una época muy distinta de la nuestra, oh sí, muy distinta. Entonces nadie odiaba á los católicos; con despreciarlos era bastante, si es que alguno se atrevía á recoger el honor de ese desprecio. Los publicistas de nuestro país, los poetas, los hombres prestigiosos de la sociedad, del foro, de las letras incipientes, eran casi unánimemente incrédulos, ó desdeñosamente indiferentes. Y como entonces se les juzgaba sabios eximios, su palabra, que sólo era la reproducción de algunos escritores franceses, no siempre bien traducidos, era una palabra solemne, profética, que hacía silencio en torno suyo. Así era de enfática. Ese énfasis se reflejaba naturalmente en nuestra prensa, que, salvo el pequeño y valiente semanario que se llamaba *El Mensajero del Pueblo*, dirigido por don Rafael Yéregui, el virtuoso sacerdote, era unánimemente anticristiana. La universidad de la república constituía el vivero en que los jóvenes se formaban para la incredulidad; su profesorado, su librería, su atmósfera, todo era olvido ó negación, desdén olímpico sobre todo, del principio religioso que, fuera del templo, se refugiaba en la familia para no morirse de frío.

¿Qué había de ser de un joven cristiano que en esa universidad cayera, y que sintiera sobre su alma el peso de aquella atmósfera?

Quizá ese joven se sentaba en las aulas al lado de otro que, como él, amaba sus creencias maternas, y, como él, sufría al principio congojas de muerte al verlas despreciadas; pero ambos callaban, como callaba el de enfrente, y el otro, y el otro de más allá. Se encontraban, pues, solos, y, por fin, acababan por reirse como los demás de sus propias creencias heridas de muerte. ¡Se reían de miedo y de dolor!

¿Y qué habían de hacer ante el prestigio del profesor que creían eminente, ante las risas burlonas del corrillo, ante la convicción, al menos aparente, de todo el mundo, que condenaba á desdén mortal la fe, el culto, el sacerdocio?

Si alguna sociedad literaria de jóvenes se constituía, ella se formaba de jóvenes estudiantes de la universidad. Y es claro que ellos no podían decir y pensar sino lo que habían oído y aprendido de sus maestros; y, para descollar, procuraban superar á estos en manifestaciones radicales contrarias á la Religión, por lo mismo que sabían menos que aquéllos. Eran más olímpicos, más dogmáticos, y se llamaban á sí mismos espíritus fuertes, fundados precisamente en su desventurada debilidad. Es ese un fenómeno común bien conocido.

Entonces fué, señores, cuando se reunieron los primeros jóvenes del Club Católico en casa de Monseñor Vera, para organizar este Club. Se reunieron á lanzar el pequeño guantelete de hierro que arrancaban marcialmente de sus manos, á la incredulidad dueña del campo, é iniciar, como ellos mismos lo decían con lírico desenfado, la regeneración de la patria. Querían tribuna para hacer sus protestas de fe generosas y enérgicas; para prestar en voz alta el juramento de fidelidad sobre la empuñadura de la espada; para cerrarse ellos mismos la retirada hacia la apostasía. Los bravos conquistadores quemaban sus naves. ¡Los bravos conquistadores!

Tengo que defenderme de mis propios recuerdos, señores, para no ser demasiado largo. Yo pierdo muy fácilmente la conciencia del tiempo que transcurre, cuando os hablo de cosas que nos son amables.

Pero dadme algunos minutos, os lo ruego, para algunas de mis caras memorias personales. Yo estaba entonces lejos de la patria; estudiaba en Chile, donde no pasaba lo que aquí. Yo allí no tenía el mérito de mis amigos de Montevideo al profesarme católico: yo estaba en valiente compañía. Pero era yo joven también, casi niño, como mis amigos de la tierra natal; ansiaba volver á ella, y, como aquéllos, sentía lo que podría llamarse la soberbia de mi fe, la necesidad de ser, si se quiere, perseguido, de ser odiado, pero no desdeñado por profesarla en la patria. Yo no sé, señores, cómo definir ese sentimiento de mi primera juventud, esa indignación que me inspiraba la cobardía de los católicos vergonzantes, ese horror que me infundía la idea de poder yo llegar á formar parte de su manso rebaño. Muchas veces he pensado en si no ha influído en mí demasiado la soberbia, que tantas veces se confunde con la dignidad, para resolverme á mi actitud de constante batalla por mi fe. Pero si en eso ha habido culpa, yo no puedo menos de decir, con el libro sagrado: *oh felix culpa*, oh culpa feliz, que nos ha merecido un Redentor. Mis amigos me saludaban desde aquí, me llamaban á su lado; yo apresuraba la terminación de mi carrera, y les contestaba con gritos líricos llenos de entusiasmo, que transponían los Andes, y que hoy, transponiendo el tiempo pasado, regresan á mi memoria en un recuerdo vibrante y lleno de color. Allá voy, les decía; seguid en la noble empresa, y esperadme; reservadme mi puesto, el último entre vosotros.

Y vine, y ocupé mi puesto, y aprendí virtudes de mis buenos compañeros, y recogí de ellos ejemplos y entusiasmos, y estímulos, y luché al lado de ellos, y aquí estoy todavía, después de veinticinco años, en el lugar que entonces ocupé... Y he ahí, señores, porqué os dije al principio que siento una grande alegría, una alegría compleja y difícil de definir, al verme todavía aquí, en la misma tribuna, proclamando la misma fe de mi juventud, animado de la misma esperanza, y sintiendo el mismo fuego sagrado en el corazón, á pesar de que ya comienza á nevar en mi cabeza.

Yo doy gracias á Dios por ello. Démoslas todos los que perseveramos, señores; hagamos de esta fiesta, ante todo y sobre todo, una

armoniosa acción de gracias. A medida que la eternidad se acerca, el don de la fe va tomando proporciones á nuestros ojos, y concluirá por identificarse con la misma eternidad.

Acabo de recorrer, señores, un cuaderno pequeño, lleno de correcciones y enmendaduras, que contiene el acta de fundación y las de las primeras sesiones de este Club. Es de ver y de celebrar el candoroso celo de apóstoles de los jóvenes fundadores. Se armaban apresuradamente; estudiaban las posiciones propias y las del enemigo; discutían temas de filosofía, de apologética cristiana, de ciencias físiconaturales; organizaban sociedades científicas y literarias; adoptaban todas las actitudes de los grandes reformadores. No cabe en los límites que me he trazado el detallar ó describir aquellas sesiones tan llenas de carácter, ni el pronunciar los nombres de aquellos jóvenes. No debo hacer esto último tampoco, porque todos ó la mayor parte de ellos están en la labor, y deben continuar la jornada.

Aun no ha llegado, oh amigos, le época de los triunfos; y si, mereciéndolos, no llegara nunca sobre la tierra para nosotros, ¿qué más quisiéramos? ¿no es verdad? ¿qué más quisiéramos nosotros?

Desdeñemos, oh amigos, los triunfos de la tierra; sólo sirven muchas veces para arrebatarnos algún ahorro de méritos que reservamos para el cielo, y que al fin... al fin acabamos acaso por malgastar en terrenales baratijas de oropel. Sigamos todos la jornada; el triunfo es sólo del que persevera, y aun las penas tienen su día de alegría para un cristiano: el último día de la vida.

Pero parece, señores, que la Providencia quiso dejarnos, para que lo celebremos, un símbolo personal y permanente de aquellos esfuerzos juveniles, arrebatando prematuramente á la vida al que presidía las claras sesiones de la mañana de este club. Y, ahí lo tenéis, señores, (señalando el retrato que decora el testero principal del salón) presidiendo perpetuamente las nuestras, con esa sonrisa pensativa de los que miran desde el otro lado de la muerte...

Es Horacio Tabares, cuyo rápido corazón no tuvo necesidad de esperar la noche para haber terminado su día; es un joven casi desconocido, casi sin nombre, sin historia, y que, sin embargo, vivirá en nuestra tierra mientras viva la causa que defendemos.

Ahí está, señores, colocado entre los próceres de la patria: está bien, está en su puesto.

Él es y será el símbolo casi inmaterial del joven creyente que, habiendo bebido la fe cristiana en el regazo materno, no sólo no reniega de ese santo legado, ni lo arroja lejos de sí con miedo y vergüenza, como el soldado cobarde su uniforme, á la primera aparición del enemigo, para no ser reconocido, sino que, por el contrario, ostenta su ejecutoria de familia, de hijodalgo de la fe, exhibe sus títulos de legatario del cielo, toma posesión del solar de sus abuelos, y defiende el honor y los blasones de su estirpe. Él no re-

niega de la Iglesia su madre, por verla renegada de algunos de sus hermanos; él no la abandona ni se esconde por verla perseguida ó escarnecida; él no puede permanecer indiferente ante la escena de agresión injusta. El movimiento instintivo de su alma es radicalmente el contrario: siente la necesidad de acometer, de interponerse entre el agresor y la madre inerme atropellada, de aplastar á aquél, de estrangularlo entre sus dedos, y de arrodillarse después ante su madre, y besarla en la frente, y pedirle perdón por haber abrigado un rencor irresistible hacia el hermano parricida.

Eso es lo que simboliza, señores, ese joven primer presidente del Club Católico. Él es recuerdo, es ejemplo, es victoria. Él perdura, felizmente; está entre vosotros, está en vosotros, oh mis jóvenes amigos que formáis en este club; está en aquellos de vosotros que vais todos los años á renovar y retemplar vuestra profesión de fe personal, y la colectiva de esta institución, en nuestras eucarísticas reuniones en torno de la divina mesa presidida por Cristo en persona, por Cristo-Hostia, por Cristo amor; está en aquellos de vosotros que concurrís á las aulas de nuestra universidad, y, profesando con fortaleza vuestra fe católica, y descollando en ellas por vuestros talentos y vuestras virtudes, rompéis allí la antigua hegemonía de la incredulidad, que hacía silencio en torno suyo, y parecía pasearse entre vencidos; está en aquellos de vosotros que conciliáis la cultura y el desenfado y los prestigios de la vida social con los ejemplos y la caballeresca honestidad de la vida y de las prácticas cristianas; en aquellos de vosotros que cultiváis las ciencias y las letras y las artes, contribuís á levantar el nivel intelectual de nuestra patria, y prestáis vuestro concurso á sus progresos y á su gloria, sin por eso apostatar de vuestra fe, antes por el contrario, ofreciéndoos como prueba viviente de que ella es progreso, es bienestar, es gloria, es alegría.

Dad gracias á Dios, oh amigos, porque sois así; El os ha dado vuestra fe; El os ha infundido vuestra energía; El ha encendido la lámpara sagrada en vuestras almas. Pero confesad que este Club Católico, que os preparó la generación anterior, ha sido uno de los instrumentos de que El se ha valido para hacer sentir su inmensa misericordia en vuestros jóvenes espíritus. Amad, pues, esta casa, miradla siempre como la casa solariega que es vuestra herencia, y celebrad conmigo, con alegría y gratitud, el vigésimo quinto aniversario de la colocación de sus primeros sillares.

He dicho, señores, que no me es posible recordar los detalles de la fundación de nuestro club. Pero al lado de la marcial figura, apagada en la muerte, de su joven primer presidente, yo veo otra de muy distinto carácter, que en vano he pretendido desvanecer en el conjunto; ella se me ha impuesto, me ha salido al encuentro de todas las páginas del primer libro de actas que acabo de recorrer. Es la de un joven también, un joven sacerdote, que, llegado recientemente en aquella sazón de Roma, donde había terminado brillan-

temente sus estudios y recibido las sagradas órdenes, se constituyó, gracias á su rotación vertiginosa, en núcleo de atracción de todos los elementos católicos dispersos en el país. El fué, sin duda alguna, quien sugirió á Monseñor Vera la idea de la fundación de este club.

¡ Qué entusiasmo, señores, qué actividad, qué *ubicuidad*, iba á decir, la de aquel joven propagandista ! Estaba en todas partes: en la cátedra, en la tribuna, en el gabinete científico, en las academias recién nacidas, en el corrillo de los jóvenes á que antes me he referido, y que lo rodeaban fascinados ; él es el alma, es el nervio, es el eje de todo aquello. Funda un liceo ó universidad católica, en que se forma la mayor parte de los que hoy presiden nuestro movimiento ; establece sociedades científicas y literarias ; organiza museos, gabinetes y laboratorios ; publica libros de ciencia, de controversia, de historia ; da conferencias apologéticas, en que pone de manifiesto su gran caudal de ciencia y de erudición ; provoca discusiones públicas, en las que se ve asaltado por legiones tempestuosas que vociferan, mientras él permanece sereno, impasible como esfinge de piedra. Ese joven sacerdote providencial fué el organizador de todo cuanto hoy existe en materia de organización católica en nuestro país ; él ha sido siempre, desde entonces, el conservador de todo, á través de todas las dificultades y desalientos, el ejemplo de toda virtud, de toda fortaleza, de toda abnegación ; él ha aceptado, como talladas expresamente para él, todas las cruces que son el lote obligado del propagandista católico en nuestros tiempos... Y, para no rechazar, señores, la más pesada de todas, que le fué impuesta por Dios de una manera providencial, ha aceptado por fin la cruz pectoral de prelado del Uruguay.

Ese joven sacerdote, que fué el alma y el nervio principal de la fundación de este club, no ha muerto, señores, gracias á Dios, como Tabares ; está ahora, felizmente, entre nosotros, y tiene que hacer un nuevo sacrificio en obsequio de su causa, al resignarse á escuchar mis palabras: es Monseñor Soler, dignísimo y querido prelado metropolitano del Uruguay, que preside nuestra fiesta, y á quien, en nombre de este club, que fué su obra, presento reverente las protestas de nuestra gratitud y nuestro amor. Se las presento, señores, sin el más mínimo temor de envanecerlo ; oh, no hay cuidado. Yo bien sé, señores, cuánta verdad encierran las palabras que él se ha arrancado del alma generosa, para escribirlas, como mote heráldico, en su escudo episcopal: *Absit gloriari nisi in cruce. Mi sola gloria es la cruz.*

He dicho, señores, que el Club Católico de Montevideo es la casa madre de todas las instituciones laicas militantes del país, y que, por consiguiente, esta fiesta es la fiesta de todas ellas.

Efectivamente: todas las obras que, en el transcurso de los últimos veinticinco años, han nacido en defensa de la causa de Jesucristo y de su Iglesia, son ramas del tronco aquél, brotado á su

vez de un grano de mostaza fecundado por Dios. De aquí salieron la idea, los recursos y los redactores que dieron nacimiento á *El Bien Público*, primer diario católico de la república, que, al través de vicisitudes de todo género, permanece aún, más vigoroso que nunca, y celebrará muy pronto, como el Club Católico, su vigésimo quinto aniversario; de aquí salió el pensamiento de la celebración periódica de nuestros primeros congresos católicos; de aquí el de la creación de los círculos católicos de obreros, que hoy están difundidos en toda la república, y son el tesoro de nuestra causa; aquí nació, por fin, la *Unión Católica del Uruguay*, entidad cívica á la que convergen todos nuestros elementos de acción, incluso el mismo Club Católico, que á ella envían sus representantes, á fin de constituirse en un gran organismo de funciones ordenadas, que debe pugnar, en todos los terrenos á que los acontecimientos lo conduzcan, por el triunfo de los ideales cristianos en nuestra patria.

Todas esas instituciones, nacidas da este fecundo Club Católico, tienen su autonomía, su misión, su carácter determinados. Yo quisiera hablaros de todas ellas, pues no por haberse desprendido del Club, dejan de ser vida de su vida, y calor de su circulación. Yo quisiera hablaros de la unión en la acción católica, de la protección á la prensa, al diario católico, cuya difusión es el más fiel, iba á decir el único barómetro para poder apreciar el verdadero estado del espíritu católico con relación á la defensa de su causa. Porque es notorio, señores, que existen católicos muy piadosos, muy cumplidores de sus deberes religiosos, pero con los cuales no hay que contar para nada, cuando se trata del esfuerzo cívico destinado á defender de la ruina los mismos templos á que ellos concurren, las mismas comunidades religiosas de que ellos se sirven para sus ejercicios de piedad individual, los mismos sacramentos que ellos reciben con ejemplar devoción. Yo os hablaría, señores, como lo he hecho aquí mismo hace algunos días ante un numeroso auditorio de hombres bien intencionados, del deber premioso en que están los católicos, todos, absolutamente todos, de no mirar con indiferencia la lucha empeñada por todas partes, y también aquí, entre la causa de su fe religiosa y sus encarnizados enemigos; de formar en ese laicismo católico de que tan expresivamente acaba de hablarnos nuestro ilustre prelado metropolitano, que es su cabeza; de no dejar abandonados á los que luchan en las primeras filas; de no contar con que estos lo harán todo, porque ellos nada podrán emprender nada podrán hacer, sin exponer su causa á grandes fracasos por imprudencia, mientras no nos vean á todos unidos, compactos, disciplinados y dispuestos á resistir y á obedecer la orden de marcha hacia adelante. ¡Oh, la indiferencia, la venenosa indiferencia, la higuera maldita del Evangelio! Es niebla que envuelve la fe rutinaria ó moribunda ó muerta, y crece en torno de las almas frías, como los cipreses en torno de los sepulcros.

Pero yo comprendo, señores, que el desarrollo de esos temas no daría una nota justa en el acorde de esta fiesta; son demasiado serios, lo comprendo. Presisamente para evitar esas disonancias se

han desprendido del Club las vigorosas entidades á que antes me he referido, llevándose cada una de ellas, como carácter propio, una parte de las atribuciones que, en un principio, estaban todas en germen ó en actividad, en esta institución madre.

¿Pero qué se ha reservado entonces, me diréis, como misión característica, el Club Católico de Montevideo?

Pues bien: sin haber abandonado ninguno de sus ideales primitivos, pues nada de lo que interesa la causa católica puede serle ajeno, este club se ha reservado algo de vital importancia, que lo ha mantenido y lo mantiene, como es notorio, en plena y fácil prosperidad: se ha reservado el carácter de núcleo de la cultura intelectual y social que fluye de la vida y de los principios cristianos. El club es centro de cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes; es, muy especialmente, centro de reunión, de contacto, de prestigio para la fe, y de mutuo estímulo para la juventud católica; es, por fin, vuestra casa, señores, vuestra casa muy especialmente, señoras; un ensanche ó una concentración de vuestros salones domésticos, que, refundiéndose periódicamente en este salón de predilección para vosotras, á fin de formar estas amables veladas, trae en vosotras para nuestra causa un preciosísimo concurso: el perfume del hogar, el prestigio de la virtud, la expansiva alegría que de esa virtud procede, el brillo, que constituye el principal atractivo para la generalidad de las gentes, y que los enemigos de la causa católica hubieran querido monopolizar, presentando á esta como un simple conjunto de dolorosas é insociables austeridades.

¡Oh, el contento, el bienestar, la afectuosa comunicación de las gentes, la alegría de vivir! ¿Acaso las cosas buenas han sido hechas por Dios sólo para el placer de los malos? ¿No han de ser también premio y estímulo para los que creen en El y agradecen sus beneficios, al par que recurso eficaz para propender á la gloria del Autor de toda alegría verdadera y de todo bienestar?

Oh nó, no es cierto, señores, como algunos lo han pretendido, que el espíritu del critianismo imponga, como condición de la felicidad eterna, el sacrificio de la felicidad y la alegría terrenales; no es cierto que todas las instituciones católicas, por el hecho de ser tales, han de ser instituciones de penitencia.

La alegría es cristiana, y sólo el cristianismo es alegría verdadera.

El ángel que anunció á los campesinos el nacimiento del Redentor, les dijo: No temáis, porque vengo á anunciaros una grande alegría: os ha nacido un Salvador. Y los que cantaban en lo alto anunciaban paz, paz á los hombres.

Paz y alegría; ese es el espíritu de la nueva ley. Nuestra Religión, señores, es la Religión de la alegría y de la paz. Nada más lejos de ella que los anatemas del filósofo indostánico, que algunos han querido presentar como el precursor del divino Redentor de los

hombres. ¡Ay de la juventud que debe ser destruída por la vejez! decía el vate sombrío. ¡Ay de la salud, que tantas enfermedades aniquilan! ¡Ay de la vida, en que el hombre sólo algunos días permanece! ¡Todo es vacío; toda substancia es vacío; la existencia es el mal!

La existencia es el bien, señores; la juventud es el bien; la salud es el bien. La fe cristiana nos enseña la conformidad, si esos bienes nos faltan; nos dice que su ausencia no es el mal, y hasta nos enseña que es bien aventurado el que sufre y el que llora. Pero no por eso deja de serlo también el que ríe con la risa que es reflejo de la serenidad del alma, ni el que goza con gratitud de los dones naturales de Dios.

Víctor Hugo, en sus épocas de fe, decía á la joven y candorosa obrera de la bohardilla:

Sois joyeuse. La foi vit sans l'austerité;
Un des reflets du ciel, c'est le rire des femmes;
La joie est la chaleur qui jette dans les âmes
Cette clarté d'en haut qu'on nomme vérité.

Sí, señores; la serenidad del corazón es naturalmente luz y sonrisa en los ojos y en los labios; es, en la voz, afectuoso sonido; es, en el trato de las gentes, cultura, amabilidad, deseo de compartir con nuestros semejantes la propia felicidad, anhelo de hacer felices.

¿Qué es, en resumen, la buena educación, sino el cumplimiento estricto de la ley de Dios: ama á tu prójimo como á tí mismo, y hazle grata tu compañía?

La misión social del Club Católico á que me refiero, es, señores, mucho más importante que lo que pudiera creerlo quien no la examina con mucha atención. Los que creen que la Religión debe quedar recluída en el templo, en vez de difundirse, como el aire que respiramos, y acompañar al hombre en todas las manifestaciones de la vida, aun en sus alegrías, aun en sus placeres, están equivocados. Oh, muy equivocados: el mundo es más grande que el recinto en que viven los más perfectos, que, desgraciadamente, no constituyen la mayoría de la humanidad. Encerrarse en el santuario por temor de contaminarse es enterrar, imitando al mal servidor del Evangelio, la moneda que nos ha sido confiada, por el temor de perderla y no poder dar cuenta de ella. Nó: es preciso hacerla producir; es necesario que aun la vida social produzca gloria de Dios; es menester disputarla á sus enemigos.

Yo acabo de escuchar verdaderamente conmovido los coros de esas niñas vestidas de blanco, que han sido quizá, y sin quizá, el principal encanto de esta velada. Por ellas muy especialmente, señores, no me lo negaréis, por ellas habéis llenado este gran salón esta noche; á ellas creo deber, en gran parte, y no al atractivo de mi palabra, el honor de ser escuchado de la gran mayoría del selectísimo auditorio que me presta benevolente atención.

He dicho que os he escuchado conmovido, amigas mías, y debéis creérmelo. Vuestras voces ingenuas y transparentes han pensado dentro de mí mismo, y voy á deciros, para terminar mi ya largo discurso, el pensamiento que me han dejado, y que siento vibrar en mi espíritu.

¿Es acaso el mérito artístico de vuestras voces fundidas en el acorde rítmico lo que ha producido esa resonancia sugestiva en mi corazón?

Debo confesaros francamente que no creo que sea tal.

Oh nó, no es eso, ciertamente.

¿No ha tenido entonces ningún mérito artístico vuestro coro?

Oh, tampoco es eso: habéis cantado como cantaban los ángeles del bosque, que son los pájaros; como cantarán acaso los pájaros del cielo, que son los ángeles... Nó, no temáis tampoco que os vaya á regalar con requiebros ó palabras lisonjeras; mis hijas están también vestidas de blanco entre vosotras, y puedo adoptar hasta un tono paternal, por consiguiente, para hablaros de cosas más serias que el simple propósito de aplaudiros ó de agradaros.

Me habéis conmovido con vuestros cantos, oh amigas mías, porque, aunque invisible para los ojos del cuerpo, yo he estado viendo, cuando cantábais en coro, detrás de cada una de vosotras, otra forma que se os parecía mucho, otro coro que parecía vuestro hermano: he estado viendo á vuestras madres que, hace veinte años, antes de haber vosotras nacido, cantaban en este mismo sitio coros semejantes, muy semejantes al vuestro, y formaban un conjunto juvenil, envuelto en gasas blancas, muy parecido, casi idéntico, al que vosotras formáis esta noche. Los dos coros se han fundido en uno solo dentro de mí; acaso se ha agregado á él el que se cantará aquí mismo, por niñas que aun no han nacido, y que verán como vosotros veis, en este salón del Club Católico, un ensanche de sus hogares cristianos. Y ese coro litúrgico del pasado, del presente y del porvenir, que acaba de vibrar en vuestras voces, amigas mías, significa la perpetua resurrección, la permanencia inconmovible en nuestro país, al través del tiempo, de lo que es nuestro tesoro, el antemural inexpugnable y la principal garantía de perpetuidad de nuestra fe, que se identifica con nuestra patria: hablo de la familia cristiana de este país, de esa familia tipo de virtudes, que tiene por base la piedad religiosa que la informa y compenetra; de esa nuestra familia tradicional inexpugnable, que pasa, incontaminada en su fe, fuerte en su virtud inmaculada, al través del tiempo y de los cambios de costumbres y de exigencias sociales; que concentra y aviva en sí misma el calor religioso, alimentado por la piedad, á medida que el ambiente nacional tiende á enrarecerse ó á enfriarse por la inevitable agregación de elementos extraños; que es nuestro refugio, nuestro consuelo, nuestro estímulo, nuestra corona.

Esa familia, hoy como ayer, ve en el Club Católico su casa, se siente en él como en su propio ambiente; celebra en él sus fiestas domésticas. Pues bien: ninguna gloria mayor podría reflejarse so-

bre esta institución; ningún concurso más eficaz puede traerse á la causa que ella defiende y representa en la patria; ninguna garantía mayor de la permanencia de la fe católica en nuestro Uruguay, al través de las inevitables variaciones de costumbres.

Nosotros pasamos, pero nuestra fe permanece; queda en nuestros hijos, á quienes la infundimos; queda en vosotras, amigas mías, en nuestras hijas. Nosotros defendemos esa fe en la tribuna, en la prensa, en la vida cívica; hablando, escribiendo, luchando. Vosotras, oh amigas, vosotras la defendéis siendo felices con vuestra virtud, la defendéis cantando. Sed, pues, felices; sed buenas; alegraos y cantad.

¿Os sonreís? Pues no hay para tanto, os lo aseguro. Vosotras, y toda esa sociedad que envuelve vuestro coro en una gran sonrisa de cariño, dais á la acción católica, á este club especialmente, lo que dan las flores á la naturaleza: los colores, los perfumes, las formas hermosas, que no son sólo apariencias, porque son vida, germinación, promesa; vosotras nos traéis la poesía.

¿Y quién podrá negar que la poesía es un gran elemento de acción, y aun de combate por el ideal cristiano en la sociedad? Oh, nó, señores: la poesía no se va, como ha dado en decirse en estos últimos tiempos: ella, que es eflorescencia germinadora de nuestro sér sensible, ha sido y será siempre el nervio de las grandes acciones, el aliento del combatiente, la corona del vencedor.

Decir que ya no hay poesía, es decir que ya no hay rosas, ni auroras, ni sepulcros, ni ruinas; que ya el incienso, transformado por el fuego en nube suplicante, no asciende al tabernáculo de Dios; que ya no cuelga ni colgará jamás la escala de seda de Romeo en los balcones de Julieta, mientras la alondra canta en el jardín de tonos azulados los cantos de amanecer; que ya no hay madres que lloran; que ya no hay niños que mueren; que ya no puede existir un soldado herido que dispare su fusil haciendo trinchera de la cureña de un cañón desmontado por las balas del enemigo, mientras dirige su última mirada á la bandera de la patria, que se esfuma en los albores de la vida navegante que se va, que se pierde en la infinita transparencia que es azul.

Pero mientras eso, ¡y tanto más! exista; mientras se sienta su repercusión rítmica en el organismo humano, produciendo en él el estremecimiento de la pasión generosa, existirá la poesía como el motor principal de las acciones del hombre; y el Club Católico, al hacer de su custodia y de su aplicación á la causa de Dios, uno de los objetos principales de su misión; al vincular las severidades de la verdad con los amables prestigios de su hermana la belleza, conservará como conserva la razón de ser de aquellos sus primeros días de vida, en que concentraba en sí todas las obras del laicismo católico; en que rompía la hegemonía social de la incredulidad prepotente, y en que iniciaba el movimiento de valiente fe cristiana, cuyas actuales y múltiples manifestaciones son otros tantos títulos de honor para esta robusta casa solariega del laicismo católico uruguayo.



LAVALLEJA

Discurso pronunciado en la plaza de la ciudad de Minas, el 12 de Octubre de 1902, al inaugurarse la estátua ecuestre del General Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los Treinta y Tres.

SUMARIO: El monumento de la Florida.—El héroe de la patria.—Ahí está. —El himno de los himnos: la aclamación popular.—Cómo nacen las patrias.—Artigas el mensajero.—La independencia del Uruguay, ley geológica, etnológica, geográfica y sociológica; ley superior á la voluntad de los hombres é irrevocable.—La leona herida.—Artigas se ha ido.—La espectativa de la patria abandonada.—El nuevo ungido.—Lavalleja.—En la Agraciada.—A pie.—Una página de Homero.—Cheveste volverá, y volverá con caballos.—Lavalleja á caballo.—El caballo de Lavalleja.—Artigas, Rivera y Lavalleja. —Los tres vértices.

Señores:

Hace veintitrés años, la patria oriental, templo entonces sin altares, erigía el primer monumento á su independencia en la plaza de la Florida.

Era aquel monumento impersonal: era una sonora libertad vestida de blanco, que, sacudiendo en la una mano las anillas de una cadena, extendía los dedos crispados de la otra, en actitud de imprecación, y abría los labios para dar salida á un grito perdurable, mezcla de insulto y de rugido, lanzado contra un sér invisible y odioso, que parecía proyectarse en las honduras de los ojos resplandecientes de aquella resonante mujer de piedra.

Era aquello un espíritu de mármol; pero todos sabemos bien que el instinto popular, que no entiende de abstracciones, buscó y halló en aquel monumento un héroe; pronunció unánimemente su nombre; lo cantaron sus poetas; lo aclamaron sus multitudes. Tras la noble cabeza griega de aquella mujer vibrante, el pueblo veía una cabeza varonil, caucásica pero muy criolla, de rasgos duros pero muy serenos, viva, caliente, tostada por el sol de la patria, conocida de todos, familiar en las almas y en los hogares orientales; el grito que salía de la boca de la estatua era ya descifrado por el pueblo que lo escuchaba, que lo sentía, que lo aclamaba; en la piedra granítica que formaba el pedestal del monumento, comenzó

desde aquel instante á modelarse por el tiempo la figura que estaba en todos los corazones: la del héroe de la patria designado y ungido por la multitud, que jamás se engaña, cuando, al través de las edades, levanta sobre el pavés á los hombres-símbolo, y promulga las sentencias irrevocables de la gloria.

Esa figura, señores, latente en el cívico altar de la Florida, ha brotado por fin de la tierra, ó bajado del cielo, después de pasar por el fuego lustral que inmortaliza la forma heroica; se ha movido, buscando el sitio en que debía detenerse; ha atravesado, jinete en su caballo de batalla, las melodiosas colinas de nuestra tierra; ha reconocido en estos cerros, en estos horizontes, en el perfume de la gramilla y del trébol de estos campos, el aliento de su niñez, el sitio bendecido en que se meció su pobre cuna, en que aprendió de los labios de su madre á pronunciar el nombre de Dios, en que sintió por vez primera el amor á su patria, y por primera vez oyó el mandato de lo alto que lo predestinaba á salvarla, y se ha detenido aquí, y ha sofrenado aquí, entre nosotros, su caballo de bronce, y... ahí está. Para que lo reconozcamos, no ha tenido que pronunciar su nombre; le ha bastado con hacer rodar sobre nuestras cabezas ese grito secreto que brota de sus labios calientes, recién salidos de la fragua: *¡Carabina á la espalda y sable en mano!*

Oh, te hemos reconocido, vieja y querida figura protagonista de nuestra leyenda patria. ¿Cómo no reconocerte, si, más que del suelo de tu tierra, has brotado del fondo de nuestras entrañas, como un florecimiento musical de nuestra sangre?

Te hemos reconocido, ¡oh el bravo entre los bravos, oh, el bueno entre los buenos! Eres el adolescente aquel que salió de entre estos cerros, para formar entre los primeros en la legión de 1811; eres el más temerario y el más humano al par de los capitanes del padre Artigas; eres el coplero aquel que iba á cantar, al son de la guitarra campesina, los retos de la patria irreflexiva al pie de los bastiones españoles, en las noches estivales del primer asedio de la ciudad cautiva; eres el que, luchando contra ciento, sintió, como en su propia carne, el abrazo de las boleadoras portuguesas en las patas de su caballo, que sólo conocía el temerario camino del peligro; eres el del reto de la Agraciada, el del grito al Sarandí.

Sí, eres tú, viejo amigo, viejo símbolo...

¡Presentes, mi general!

Has escuchado el himno de la patria con que acabamos de darte la bienvenida; ese canto litúrgico de nuestras glorias ha cobrado, al resonar en tu honor, una cadencia nueva, como si se hubiera transformado en un himno de justicia. Y has escuchado el canto de los cantos, el aliento sonoro de esa muchedumbre que te aclama enternecida y delirante, para que suba muy alto, para que suba hasta tí, y aun más allá, la primera oración de gratitud que alza tu pueblo al congregarse ante su altar.

¡Presentes, mi general!

Aquí estamos: somos los mismos que te vimos y te aclamamos en la blanca mujer sin nombre de la Florida; si nuestros padres,

que entonces lloraban á nuestro lado al aclamarte con nosotros, no están hoy aquí, es porque todos eran viejos, y hoy casi todos han muerto ; pero aquí vienen con nosotros nuestros hijos, que han nacido después, y que significan el triunfo de tu nombre y el de tu gloria al través del tiempo ; la marcha triunfal de tu recuerdo hacia el porvenir.

Señores:

Saludemos en Lavalleja la encarnación más pura y más genuína de las tradiciones nacionales.

Las patrias, como los mundos, nacen del fondo de los nublados y de las tempestades. Son primeramente una materia cósmica luminosa, un instinto que brota de leyes misteriosas, leyes étnicas, geológicas, sociológicas, históricas, todas ellas emanadas del Supremo Legislador. Son después un hombre, brotado de las entrañas del pueblo y arraigado en ellas, que concentra y que acaudilla esos instintos ; son, por fin, una multitud que, empujada por una ley superior á su voluntad, ajusta el ritmo de su alma colectiva al del alma del héroe, afinada á su vez con la divina armonía universal, realiza hazañas legendarias, é impone al fin por la fuerza su voluntad, órgano inconsciente de la voluntad de Dios.

Nuestra patria, señores, la república atlántica subtropical, arranca quizá del instinto innato de libertad salvaje de nuestros primitivos aborígenes. Trozo del continente separado de la región tropical por el clima, y segregado también de la región andina por la formación geológica, tenía que ser el núcleo de una nacionalidad independiente. Esa es la armonía.

Bien sabéis vosotros cómo nació. No es el momento de recordar los detalles de nuestra tempestuosa aparición ante el mundo, porque ellos cantan en este momento en vuestra memoria.

Mirad, sin embargo, mirad cómo pasa el viejo Artigas por el fondo de aquel resplandor crepuscular, llevando la bandera azul y blanca, cruzada diagonalmente por un golpe sangriento de su espada. El es el mensajero, es el patriarca ; él es el grande, él es el genio, solitario como todos los astros, poseedor del secreto del porvenir oriental, que se movía en la obscuridad de su alma, como se mueve el hombre en las sagradas tinieblas de las entrañas maternales.

El fué el primero que sintió la ley providencial que decretaba la existencia de una patria independiente en este territorio que bañan el Uruguay, el Plata y el Atlántico: una patria que, siendo subtropical, era al mismo tiempo atlántica. El fué el primero que vió, con la clarovidencia del que cierra fuertemente los ojos para ver, cómo se desprenden los grandes ríos meridionales de las entrañas de la América, para venir á desembocar en el Plata, formando dos regiones distintas, dos patrias, hermanas pero diferentes, á ambos lados de esos ríos. El comprendió, ó más bien dicho, sintió en el fondo de su sér, cómo, por una ley, no sólo sociológica sino tam-

bién geológica y etnológica, este pedazo de suelo americano tenía que ser el territorio de una patria independiente. Porque si según las leyes sociológicas, estábamos unidos, por la lengua y las tradiciones españolas, á nuestros hermanos de allende el Plata, que tienen por núcleo geológico el levantamiento de los Andes, según las leyes étnicas pertenecíamos á la formación atlántica del Brasil. Y si éstas nos unían etnológicamente á las antiguas posesiones portuguesas, de ellas nos separaban, no sólo las tradiciones de lengua y de costumbres, no sólo la rivalidad secular de los dos pueblos descubridores, sino también nuestra posición geográfica, que nos separa de los dominios del trópico, y nos marca como el núcleo inconmovible de los pueblos atlánticos subtropicales de la América Meridional.

Si así como los orientales, señores, amamos fieramente nuestra independencia, dejáramos de amarla algún día, tendríamos que sobrellevarla. Seríamos independientes con nuestra voluntad, sin nuestra voluntad, y aun contra nuestra voluntad. Y el oriental que renegara de la independencia de su patria, iría á ocupar el sitio más lóbrego del infierno del Dante: aquel en que residen los que «*non hanno speranza di morte*», los que no tienen ni la esperanza de morir.

Así sintió á nuestra patria el viejo Artigas; recibió una revelación de lo alto; oyó y cumplió un decreto de Dios.

¡Y cómo cumplió, señores, ese decreto irrevocable!

No lo recordemos cuando levanta el espíritu de la revolución americana en los campos de las Piedras; no lo miremos cuando traza las líneas fundamentales de la democracia del Plata, en sus instrucciones del año 13; no exaltemos tampoco su fe inquebrantable en la existencia de un patrimonio de orientales, que no podía tocarse, que no podía venderse, ni aún al precio de la necesidad. Recordémoslo más bien cuando, acosado, perseguido, sintiendo que todo vacilaba en torno suyo, huye de la patria en que ya no encuentra sitio para posar el pie; pero huye con el alma y con el cuerpo del Uruguay; con su visión interna que lo envuelve en un nimbo luminoso, como el reflejo de un inmenso sol poniente; con sus hijos, con todos sus hijos, y sus familias, y su pobre patrimonio; con toda la patria que lo sigue en sus marchas interminables á la luz de las estrellas australes, que marchan presididas por la misteriosa Cruz dei Sud que bendice nuestro polo.

Entonces se le ve grande como ninguno entre los héroes de la historia americana. Es la leona herida que va á echarse jadeante, lejos, en el fondo del bosque, al que ha llevado entre los dientes y dando cortos rugidos á sus cachorros, que amamanta para la venganza; es el águila que esconde su nido en las grietas de los picachos inaccesibles, y grazna siniestramente desde allí, con las plumas erizadas por los vientos de tempestad que sacuden los horizontes; que mira, con los ojos encendidos, á sus crías, su esperanza, sus *aiglons*, que un día saldrán de allí para la conquista de porvenir, cuando el águila caudal se haya perdido en las infinita

transparencias del azul. Recordémoslo, por fin, cuando, después de terminar su tarea de sembrador de patrias, siente que debe cubrir el surco en que queda la semilla, y, para arrojar sobre ella el último riego, inicia su defensa heroica y desesperada, y lanza, como último proyectil,un puñado caliente de la sangre de su pueblo casi extinguido al rostro del invasor innumerable...

. . . .

Artigas se ha ido, señores, y se ha ido para no volver; se ha puesto en los horizontes de la patria. Esta parece borrarse para siempre en la mirada que su profeta le dirige al transponer la frontera. La soñada patria atlántica subtropical es sólo una vasta soledad, atada á las regiones del trópico con cadenas de hierro ; una lengua extraña se habla oficialmente en nuestro altivo Montevideo; nuestras glorias son delitos, nuestros libertadores son bandidos condenados á muerte, contra los cuales se han de envenenar hasta las fuentes de la historia.

Nuestras colinas han quedado solitarias ; se alargan bajo el peso de la tristeza. Nuestro gaucho heroico no las recorre ya, cantando á media voz una canción de guerra ó de amor, y buscando su incorporación al ejército de la patria, conductor del arca santa de nuestra alianza con la libertad y con la gloria ; las inmensas yeguadas, y las tropillas de potros salvajes recorren sin jinetes nuestros campos, atronando la soledad con el choque de sus cascos ; las manadas de perros cimarrones vagan hambrientas á lo largo de nuestras cañadas, ó se las ve cruzar en largas hileras famélicas, con las cabezas bajas y las colas lacias, por el lomo de nuestras cuchillas desiertas, coronada alguna de ellas por la copa redonda del ombú ; el grito del teru-tero, el pájaro vigilante de nuestros aires, resuena en el viento como llamados angustiosos de la patria criolla á los que nadie contesta ; el carancho se posa en la osamenta ; en la cumbre de la colina, ó sobre la línea del monte, á orillas del río que blanquea, se ve el esqueleto del pobre hogar campesino, la tapera desierta en que ya no se enciende el fogón ; y el espíritu de esa patria, personificado en algún paisano viejo, ó en alguna pobre mujer, parece que se agazapa en los bajos, y sube de vez en cuando silencioso á la cuchilla, para mirar primero hacia el Sud, á ver si viene ya á aniquilarlo el enemigo ensoberbecido y prepotente, que impera en Montevideo, y para mirar después hacia el Norte, por ver si efectivamente se ha perdido para siempre, ó si vuelve á reaparecer, allá, sobre la última cuchilla, el poncho blanco de Artigas, único símbolo de nuestra libertad y de nuestra esperanza.

Nó, buena patria: Artigas ha muerto ; ha ido á morir durante treinta años en los bosques del Paraguay, y á extinguir su lumbre bajo la ceniza de sus laureles calcinados ; ha muerto, como el profeta conductor de los hebreos sobre el monte Nebo, sin haber podido alcanzar la tierra de promisión. Pero él ha recibido las tablas de piedra de nuestra ley, en la cumbre tempestuosa del Sinaí de nuestras primitivas glorias ; él ha pensado en el Josué de

nuestro éxodo, al trasponer para siempre, con la frente inclinada, la frontera de la patria; él, sabiendo que el capitán Lavalleja, el bizarro, el temerario, el casi atolondrado capitán Lavalleja, está prisionero con algunos compañeros en los calabozos de Río Janeiro, y allí tiene hambre quizá, hambre de pan y de gloria, le ha enviado las últimas monedas de su escarcela de derrotado, yéndose él á vivir de limosna, para que Lavalleja coma de su pan, y para que reciba en él su espíritu, y, con su espíritu, su ley, su mensaje sagrado.

Es una vocación, señores. Lavalleja es el elegido, es el ungido; Lavalleja es el hijo primogénito de Artigas. Tiene ya en la frente la luz profética inconfundible; el ascua ardiente lo ha tocado en la boca.

Con sólo montar á caballo y presentarse en la patria, ostentando su mensaje luminoso, la patria lo reconocerá, y lo seguirá como siguió al viejo Artigas: lo *seguirá porque sí.*

Pero es preciso que Lavalleja monte á caballo; con diez, con veinte, con treinta y dos hombres; no importa el número, pero es preciso que venga él; porque es él el que lleva el resplandor sobre la frente.

. . . .

Y ya está ahí, señores, ; está en una playa desierta y primitiva; ha pisado de nuevo el suelo sojuzgado de la patria. Están con él treinta y dos hombres... Son treinta y tres. Es la cifra, es la hora, señores... La visión ha descendido á nuestra tierra.

Estamos, por fin, en la aurora de la Agraciada. ¡La aurora! Pero esa no fué sólo una aurora, señores: fué también una verdadera *noche triste*, triste como la noche sin luna de las vísperas de Otumba.

Vosotros sabéis, señores, que, al desembarcar Lavalleja en la Agraciada con sus treinta y dos compañeros, todos contaban con encontrar caballos prontos al pisar las playas de la patria. El caballo es, para nosotros, algo más que un noble bruto: él debiera figurar en todos los escudos americanos, como símbolo de la libertad de este continente; el caballo fué el baluarte movible de la patria; fué el nervio vibrante de la ballesta oriental, que despedía, como proyectil mortífero, al gaucho centauro, armado de su lanza primitiva.

Lavalleja contaba con encontrar su caballo en el arenal de la Agraciada.

Don Tomás Gómez estaba avisado; él debía traer los caballos de la legión libertadora.

Y sin embargo, Lavalleja y sus compañeros se hallaron á pie, en medio de un arenal. Estaban á merced de la primer partida enemiga que pasara. ¡Y eran las once de la noche!

El héroe ordenó, á pesar de todo, y sin vacilar, que las tres lanchas que lo habían conducido se volviesen inmediatamente á su punto de partida.

Y quedaron solos, y á pie, en medio del arenal, y en el corazón

de una noche que pareció eterna, treinta y dos hombres... y uno más: Lavalleja.

Uno de nuestros héroes, el coronel don Atanasio Sierra, nos ha narrado la impresión de esos momentos; nos ha pintado las largas horas de esa noche triste, con la ingenua sencillez, que nada puede sustituir, del que es héroe sin darse cuenta de ello, del brazo de Dios. Homero habla como él.

« Estábamos, nos dice, en una situación singular. A nuestra espalda el monte; á nuestro frente, el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos las tres barcas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños: aquí dos ó tres tercerolas, allá un sable, aquí una espada, más allá un par de pistolas. Este desorden, agregado á nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes, y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos ».

« Desde las once de la noche del 19, hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fué extrema. Continuamente salíamos á la orilla del monte, y aplicábamos el oído á la tierra, por ver si sentíamos el trote de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de sarandíes; y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui, diciéndole que eran las seis de la mañana, y Gómez no llegaba con los caballos, les respondió sonriéndose: « Puede ser que Gómez no venga, porque los brasileros lo tienen apurado; pero Cheveste volverá, y volverá con caballos; es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna ». Cheveste, como sabéis, era el *baqueano* de la legión heroica, el *gaucho* instintivo que lee su rumbo en el viento que pasa, en la yerba, en las estrellas, y, sobre todo, dentro de sí mismo: oye el rumbo en la circulación de su sangre.

Ahí está Lavalleja, señores: desde el primer momento reaparece la vieja fe inquebrantable de Artigas: *no venderé el patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.*

« Cuando don Tomá Gómez, agrega el héroe narrador con su sencillez homérica, cuando don Tomás Gómez, acompañado de Cheveste y de don Manuel Lavalleja, llegó con los deseados caballos, (eran las nueve de la mañana) hubo muchos de nosotros que se abrazaron al pescuezo de los animales, dándoles besos, como si fueran sus queridas ».

¡ Oh ! y lo eran, señores; eran mucho más que eso; los generosos animales tenían que ser casi una parte integrante de aquellos hombres, porque ellos eran los centauros de la patria, que debían dominar como señores la extensión de nuestras sagradas colinas; porque ellos eran la libertad americana, la libertad á caballo.

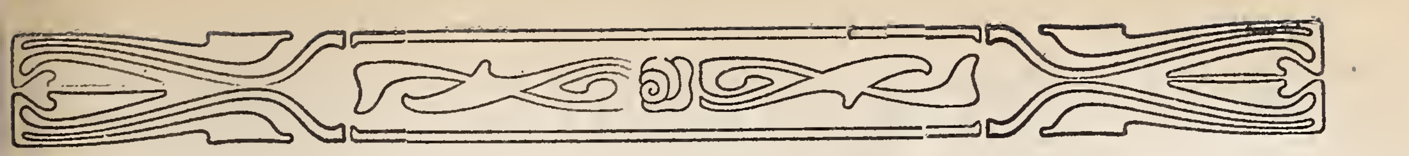
Lavalleja está por fin en los estribos, señores; ahora sí, saludemos la aurora de la Agraciada. Lavalleja está por fin á caballo, ahora sí, por fin, tenemos patria. El héroe no se apeará de él en tres años. Ese caballo es el mismo, señores, que acaba de ser sofre-

nado entre nosotros por la mano pujante del hijo y del sucesor de Artigas. Ha llegado hasta aquí, conduciendo orgulloso su preciosa carga de gloria, después de haber recorrido por todas partes las colinas de la patria, sembrando por todas ellas las victorias; él sintió las espuelas de su jinete en los primeros choques que despejaron el camino á la legión heroica para introducirla á la patria, que abría los ojos resplandecientes en que llameaba la aurora; él oyó el relincho del caballo de Rivera, cuando el que debía ser el héroe del Rincón y de las Misiones, vino á unir sus armas y su corazón al corazón y á las armas del jefe de los Treinta y Tres; él condujo á Lavalleja, bajo una lluvia torrencial, á deponer su espada ante la majestad de la ley, sin cambiarse sus ropas empapadas, y cubierto del barro del camino, en la memorable asamblea de la Florida; él oyó, relinchando de júbilo, el clarín de Sarandí; él salvó nuestras fronteras, y penetró con su jinete al corazón del territorio enemigo, para escuchar allí alborozado las dianas de Ituzaingó; y él nos lo ha conducido, señores, hasta aquí, vencedor no sólo del espacio, sino también del tiempo, vencedor de los desdenes, de las ingratitudes, de los envenenamientos de la historia, para que ese jinete de hierro estremezca nuestro corazón al desenvainar la espada de Sarandí, y al hacer rodar sobre nuestras cabezas, como un trueno musical, ese grito rechinante que brota de sus labios modelados por el fuego: *¡Carabina á la espalda y sable en mano!*

Y ahí, quedará, señores, y quedará para siempre envuelto en el nimbo de la perdurable apoteosis; arraigado en las entrañas de nuestra tierra, cuya vida circulará por las arterias de ese bronce sagrado y melodioso; erguido en los estribos, y alta, muy alta la frente, para que todos veamos en ella el sitio en que fué tocada por el dedo del viejo Artigas: la unción de la patria, la predestinación luminosa de la gloria.

Artigas se alzará en Montevideo con los ojos clavados en el Cerro, dominador de nuestro Atlántico; Rivera debe levantarse allá, en la frontera, mirando siempre hacia el Norte, hacia el linde verdadero de la patria, á que él se aferró muchas veces, y que sólo abandonó rugiendo; Lavalleja quedará aquí, en el centro, junto á su cuna. Dejémoslo aquí, señores, dejémoslo aquí.

Y los fulgores de esas tres espadas se cruzarán al través de nuestro sagrado territorio, como los fuegos de inexpugnables baterías combinadas; como las luces de faros-estrellas que alumbrarán nuestra ruta, si alguna vez cae la noche sobre el alma de los orientales; como los vértices del cuadro que debe formar nuestro Uruguay, el día en que el alma de la patria vuelva á tocar á llamada en el viejo clarín de Sarandí.



LEÓN XIII Y LA AMÉRICA LATINA.

Conferencia dada en la velada que tuvo lugar el 30 de Junio de 1902, en honor de S. S. Léon XIII, en el Colegio Seminario de Montevideo.

SUMARIO: Cómo la misma Santidad León XIII propuso ese tema al orador.—Recuerdo del gran pontífice.—León XIII es el pontífice suscitado por Dios para confirmar, en forma expresa, la independencia de la América Latina, cuyos estados son hijos de la democracia cristiana.—La perpetua reaparición de Cristo en la serie de los pontífices romanos.—La cuna de la dinastía sagrada.—Pedro el pescador y sus sucesores.—Tocando las cumbres.—El imperio romano; los bárbaros; fundación de las sociedades cristianas sobre la base de los bárbaros convertidos.—La nueva invasión.—La revolución de 1789.—Los bárbaros «sans culotte».—Un nuevo elemento. —El pueblo.—El origen del poder público.—La soberanía popular. —Una evolución natural precipitada por la revolución.—León XIII aplica á los bárbaros modernos el mismo procedimiento aplicado por la Iglesia á los antiguos bárbaros.—El procedimiento de la Iglesia.—Pio VII y Napoleón.—Pio IX.—Las dinastías.—«¡Allez au peuple!».—El nuevo soberano originario.—La América democrática y republicana.—La revolución americana no es hija de la revolución francesa.—Caracteres que las distinguen y diferencian.—El regalismo.—Opiniones de Avellaneda sobre el Congreso de Tucumán.—Teorías de Hegel, Goethe, Carlyle y Taine.—Artigas como espíritu de la revolución americana.—La América al encuentro de Colón.—Sale al encuentro de León XIII.

Bien sabía yo, Excmo. Señor, lo que en este momento me espe- aba; bien sabía, señores, que, en la batalla de esta noche, me abía cabido en suerte un puesto estratégico, es cierto, pero que es ımbién el de mayor peligro. Estratégico, en cuanto me ha sido ado recoger ideas, calor de vida, sugestiones luminosas, y colo- ır mi espíritu en un estado de armoniosa vibración, propicia al erbo, con sólo haber escuchado la voz contagiosa de mis amigos, ue con tanta elocuencia os han hablado antes que yo. De mayor eligro, porque fácilmente puedo ser herido en este puesto por ıestra indiferencia, al pretender conquistar vuestra atención y over vuestros afectos, desde que la codiciada posición de vues- os corazones ha sido ya bizarramente ocupada por aquellos is justamente aplaudidos amigos.

Pero siento que este ambiente vibra aún, y, sobretodo, tengo

mucha fe en el tema cuyo desarrollo se me ha encargado impera tivamente: *León XIII y la América Latina.*

Hay, señores, un momento de penosa inquetud y de desaliento que suele preceder á la composición oratoria, lo mismo que á l poética. Se siente entonces una especie de pánico; las ideas dis persas flotan, como en un vago amanecer, en torno del asunto qu uno se propone desarrollar, sin posarse en él, sin reconocerse la unas á las otras, sin formar el acorde que debe resonar en el alma para que ésta se ilumine, y pueda leer el orador la revelación de dios interior que debe transmitir á su auditorio.

Cuando, al pensar en el tema que debo desarrollaros, mi espírit se halló en ese período de malestar, un recuerdo amigo, vago blanco como una nebulosa, salió del fondo de mi memoria, c menzó á adelantar hacia mi conciencia, á tomar forma en mi ima ginación, y, por fin, se definió con toda la brillante nitidez de un estrella confidente y expresiva.

¡ León XIII y la América Latina !

Sí, no hay duda; ese tema no es la primera vez que se me pr pone; me fué propuesto en una circunstancia solemne de mi vid fué en Roma, lo recuerdo bien, y quien me lo propuso fué prec samente el mismo León XIII, en la audiencia en que le presen una vez mis cartas credenciales como enviado diplomático mi país.

El recuerdo, pues, de la blanca persona del gran pontífice, cu influjo en el mundo se os ha expuesto ya, se me apareció identi cado con mi tema, y comunicándole su diáfano resplandor. Yo veí yo veo en este momento, señores, á ese anciano exangüe, casi i material, que vive en la plenitud de su vigor intelectual en edad en que los otros hombres han muerto, en que él mismo deb ser un muerto según el orden normal de las cosas; al verlo rea recer en mí, evocado para vosotros, siento pasar por mis pen mientos, y recorrer de nuevo mi carne, el escalofrío que produce proximidad de lo extraordinario, y que yo dominé con dificult cuando me hallé en presencia de León XIII; creo sentir en n ojos la mirada sonriente, pensativa, penetrante como una estre que se abre y viene hacia nosotros chispeando en la obscurid de aquellos ojos pequeños como gotas negras, vivaces y mo dizos, amables é imperiosos, que reclamaban mi contestación esta pregunta que me hacían los labios pálidos y expresivos augusto anciano: ¿ y cómo va vuestra América ? ¿ cómo va vues Uruguay ? Decidme algo, pues, de su estado político, de su est social y religioso. ¿ Qué se piensa, qué se dice allá del Papa ?

Ya lo veis, señores: es mi tema, mi tema de esta noche. Con ciros, pues, lo que entonces dije al Papa, os pronunciaría un b discurso; casi estoy seguro de ello, aun siendo yo quien lo p nuncie.

Pero yo os engañaría, señores, si os dijera que voy á repro ciros fielmente la contestación que dí entonces á León XIII. mismo no la sé. Sólo sé que hablé largamente con él, contesta

su pregunta; sólo recuerdo que mi impresión primera de sobrecogimiento, se transformó pronto en una verbosidad, casi atrevida, de hijo consentido, que el padre de los padres recogía con benévola sorpresa, é interrumpía con signos que yo creí de aprobación; sólo sé que ese recuerdo reproduce aún en mis ojos el agrio de una lágrima brotada de muy hondo, que me fué arrancada por la mano trémula y fría, pálida y azulada como la de un convaleciente, que León XIII colocó fuertemente sobre mi cabeza inclinada, para hundir en mi alma su indeleble bendición paternal, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero si no sé con precisión lo que entonces dije al blanco anciano, estoy casi seguro de haberle dicho lo que entonces estaba en mi espíritu, y aun permanece en él; lo que hoy quiero deciros á vosotros, señores, y constituirá la proposición de mi discurso: que León XIII es, para nuestra América Latína, algo más que un nuevo y gran pontífice en la serie maravillosa de los sucesores del príncipe pescador; es el pontífice suscitado por Dios, en el momento oportuno, para bendecir y confirmar de una manera expresa y definitiva, y en nombre del Unico y Eterno Soberano de hombres y de naciones, el nacimiento á la vida independiente de las repúblicas americanas, de estas hijas legítimas y predilectas de la democracia cristiana, que, si rompieron los vínculos que las ligaban con sus antiguos reyes, lo hicieron obedeciendo á un secreto impulso providencial, y sin romper por eso, antes vigorizándolos más y más, los vínculos esenciales que las ligaban con su Dios, y con su augusto representante en la tierra.

Yo estoy obligado, señores, por la índole de mi conferencia, á concentrar mis raciocinios. No me es dado desarrollarlos debidamente, y tengo que limitarme á sugerirlos, contando con que la comunidad de nuestras ideas y sentimientos les dará pleno desarrollo en vuestro espíritu.

Vosotros sabéis como yo, y acaso lo sentís mejor que yo, porque sois mejores, que el Divino Fundador de la Iglesia alienta en ella eternamente. En nada se siente más enérgicamente acaso el calor de su respiración creadora, que en la continuada aparición del pontífice supremo que debe ser su representante, y la cabeza visible de la Iglesia. Es una constante reaparición sin eclipse de la luz de Cristo sobre la tierra: *lumen in cœlo.*

El divino Libertador del Mundo funda su Religión sobre la base de un pobre hombre, pescador en un lago circundado de aldeas. Lo convierte en piedra angular; lo hace príncipe de su sangre divina, con sólo infundirle su palabra, y lo envía á Roma, á tomar posesión del reino nuevo, es decir, á morir clavado en su trono cruz.

He ahí, señores, la cuna de la interminable dinastía de los pontífices romanos. La suprema condición del primer soberano debía ser la de saber morir, la de refrendar con su sangre la nueva ley: quien vence con morir es invencible.

Los sucesores inmediatos de Pedro salen también de los dormi-

torios subterráneos; brotan de la sombra. Allí los elige Dios, para ser nuevos vencedores según el concepto cristiano; nuevas hostias expiatorias y propiciatorias, que se van heredando la divina legitimidad: el derecho al potro giratorio de los mártires, que chispea, salpicando luminosa sangre real, en medio á las tinieblas del paganismo, que ya empieza á ser tragado por ellas. Era necesario insistir todavía en el triunfo del dolor hecho cosa divina, en la suprema victoria de la muerte hecha inmortal.

El imperio romano en descomposición se ha derrumbado, y se ha hundido en su propia noche infecta; los bárbaros, como si vinieran caballeros en buitres, se abaten desde el Norte sobre el cristianismo recién nacido. Pero Cristo ha vuelto á aparecer, no ya en un viejo pescador, sino en el majestuoso León el Grande, que detiene á Atila con un signo de su dedo luminoso, salva á Italia de la devastación, y á Roma de los horrores del incendio y del saqueo, y defiende al mundo más tarde de las garras de Genserico, el fiero halcón. Y notadlo bien, señores, yo os lo ruego, porque esta será la idea fundamental de mi discurso: los bárbaros destruyen el imperio romano; sólo el papa los detiene; pero los detiene para bautizarlos. Y es precisamente de esos bárbaros vencedores, de esos hombres vellosos de instinto feroz, pero de sangre no contaminada, de los que se ha de valer la Iglesia para echar los cimientos de los pueblos occidentales; de nuestras actuales sociedades cristianas. Sí, señores: somos todos hijos de fieras domesticadas por Cristo. ¡No sin causa vemos reaparecer la fiera entre nosotros, desde el momento en que desaparece de nuestro lado el divino domador!

Los pueblos occidentales cristianos han nacido, pues; han nacido á la sombra de la Iglesia; nadie es osado á negar ese postulado de la historia. Pero ya esos pueblos han comenzado á rebelarse contra su madre. Los emperadores del sacro imperio romano germánico han pretendido resucitar el cesarismo pagano: la absorción del sacerdocio por el imperio. Pero ya es tarde para conseguirlo: ya no es tampoco el viejo Pedro, el tosco pescador del lago, quien encarna la presencia de Cristo en este mundo: ocupa su lugar Gregorio VII, que, no teniendo ya el derecho de morir, sino el deber de vivir, reivindica y conquista su independencia espiritual en sus luchas con Enrique IV, y traza las fronteras del reino de Cristo, alzando los baluartes definitivos del circuito de la ciudad de Dios.

¡Cuán grato me sería, señores, recordaros, siquiera fuese ligeramente, los rasgos característicos de los grandes pontífices que abonan mi tesis: los de aquel siglo décimo tercio, por ejemplo, del siglo poético de Dante y San Francisco de Asís, para haceros ver destacarse sobre él la figura resplandeciente de Inocencio III! Nó: me es imposible: el pensamiento fundamental de mi discurso, al llamarme á sí, me empuja vertiginosamente de cumbre en cumbre; las veo pasar como antorchas volcánicas. Apenas si me es dado indicaros de paso ese pontífice sideral, que, con el nombre de León X, da su nombre al siglo del renacimiento, y es el principio de acción de

todos los grandes progresos que entonces realiza la humanidad en marcha. Ni siquiera me es posible recordaros con la debida atención los momentos pavorosos por que atravesó el cristianismo, al sentir en las puertas de sus fronteras orientales los golpes de la cimitarra musulmana, y en su suelo, ya invadido por el turco, el galopar siniestro de los potros de los bárbaros orientales. Y sin embargo, me es indispensable detenerme aquí un momento; tengo que haceros notar la diferencia que existe entre éstos y los otros bárbaros. Éstos no son, como aquéllos, el hombre primitivo de sangre espumante propicia al bautismo; traen la sangre contaminada por el virus sensualista del Corán. No son una aurora del Norte; son un crepúsculo caliente del mediodía africano; son, como el imperio romano, el fin de un mundo, cercado por las sombras hambrientas que tienen que devorarlo. Así devoran las hienas á los cadáveres insepultos inhábiles para la resurrección.

Entonces veréis surgir también, del fondo de esas horas negras, la forma providencial de otro gran pontífice, suscitado por Dios para aquel momento; veréis reaparecer á Cristo, no ya en la forma del mártir, sino en la figura homérica de Pío V, á cuya voz apareja su escuadra nuestra madre España, é invocando á la Virgen libertadora con el título de *Auxilio de los Cristianos*, sumerge á los nuevos bárbaros, no en las aguas tranquilas del Jordán que redime, sino en las airadas de Lepanto, el impetuoso golfo exterminador.

Pero no enumeremos más, señores; comprendo que la enumeración tiene que fatigaros; dejemos pasar las cumbres; no nos detengamos ni siquiera en esa elevadísima en que resplandece la tiara de hierro de Sixto V; saltemos, á fin de arribar cuanto antes á los tiempos modernos, en que nos espera otra invasión de bárbaros: la revolución política de 1789, hija legítima de la revolución religiosa del siglo décimo sexto. Aquí veremos coincidir con la revolución francesa, en el tiempo aunque no en el espíritu, el nacimiento á la vida independiente de nuestras repúblicas americanas; y aquí veremos, una vez más, cómo el dedo de Dios marca á su elegido en la frente, y lo toca en la boca, al suscitar en su Iglesia el pontífice providencial.

Comprenderéis, señores, que no entra en las proporciones de este mi discurso el proceso de la revolución francesa, que ha hecho Hipólito Taine, el ecuánime pensador liberal, al llamarla á juicio para estudiar los orígenes de la Francia contemporánea. Esa revolución, que pretendió libertar el pensamiento humano, luchó contra los agentes *exteriores* que, según ella, lo esclavizaban; pero ni siquiera pensó, porque no creía sino en las apariencias externas, ni siquiera pensó en los agentes *interiores*, en los verdaderos tiranos de nuestra voluntad, en los que realmente, esencialmente impiden nuestra libertad de pensar, de sentir y de obrar, y son los que dominaron la revolución en vez de ser dominados por ella: el vicio,

el sensualismo, el orgullo, el odio, la ambición, la falta de energía para vencerse á sí mismo. En esos casos, señores, el pueblo no se liberta de los déspotas, sino para sustituirlos, para convertirse él mismo en opresor. Eso fué la revolución francesa.

No es, pues, mi ánimo el reproduciros los cuadros en que el ilustre crítico francés nos retrata la nueva invasión de bárbaros *sans culotte*, esclavos de sí mismos, y que pretenden libertar á otros; invasión que sube aullando desde el fondo hasta la superficie de la sociedad moderna; tampoco he reproducido los cuadros similares de los bárbaros que bajaron desde el norte para abatirse sobre la sociedad antigua, y que fueron, no obstante, los progenitores de Clodoveo y de Recaredo.

Debo haceros notar, sin embargo, el rasgo fundamental, no político sino sociológico, de esos acontecimientos con que se inicia la historia contemporánea. De en medio del derrumbe de las antiguas instituciones seculares; de en medio de los errores y crímenes de la revolución, un nuevo elemento ha surgido providencialmente, providencialmente, no rectifico mi palabra, reclamando ó reivindicando la suprema intervención en la dirección de la sociedad, y consagrando un nuevo principio, confuso entonces, pero basado en la realidad: el gobierno debe pertenecer á los más aptos de entre toda la sociedad; el método para descubrir el más apto es indiferente; el que consiste en su designación por el consenso popular es el más natural, y es la reacción natural también contra el que consiste en la designación por el simple nacimiento. Si aquel método no es perfecto ni infalible, menos puede serlo éste; pero, sobre todo, ambos son medios de conseguir un fin: la mejor constitución de la autoridad; la autoridad para el pueblo, nó el pueblo para la autoridad. Y eso es verdad, señores.

Ese nuevo elemento que ha aparecido, es pues, el pueblo precisamente; el pueblo que, considerando *res nullius* la autoridad civil, se hace dueño colectivamente de ella á título de primer nuevo ocupante, y la enajena después, ó la delega en forma definitiva, en los hombres que él cree más aptos para ejercitarla en beneficio común.

¿Y quién, si nó el pueblo, ha de reconstituir la sociedad, dándole autoridades, una vez que éstas han caducado?

¿Y quién podría negar, sin que esto importe aplicar el raciocinio á un caso concreto, que hay momentos en la historia de la humanidad, en que las autoridades, resistentes á una evolución consumada, y á una transformación necesaria, caducan y se extinguen, como una luz que se apaga por falta de oxígeno en el aire renovado?

La aparición imperiosa y brutal del nuevo soberano originario, señores, ¿era un simple accidente transitorio? ¿O era el término, previsto por la ciencia, de una lenta evolución de la humanidad, que la revolución precipitaba? ¿O era que las antiguas formas de toma de posesión y ejercicio del poder público habían terminado ya su ciclo histórico providencial, y reclamaban una forzosa

sustitución, más en consonancia con el desarrollo del principio cristiano, y de la conciencia humana, forma que acaso hubiera venido por evolución ya iniciada, si la revolución no la determina brutalmente?

En ese caso, si el nuevo imperante se presentó como los bárbaros del Norte, como á los bárbaros del Norte era preciso detenerlo, reducirlo, bautizarlo, hacerlo servir de base para las sociedades cristianas democráticas del porvenir. Es el procedimiento histórico de la Iglesia, y es el que la Iglesia ha adoptado en presencia de la revolución moderna.

Para lo primero, para reducir á los bárbaros, Dios suscitó en el seno del Catolicismo á León el Grande, que detuvo á Atila en las puertas de Roma; para lo segundo, Cristo ha reaparecido en otro León, no menos magno que el primero: ese es León XIII; León XIII, que ha dado contestación categórica á las anteriores preguntas: la democracia no es un accidente, es el término de una evolución secular; no es un eclipse, es la aurora de un astro nuevo. Es preciso aceptar sus formas, y hacerla cristiana.

Esa es la piedra del ángulo del gran monumento político de León XIII, monumento de piedra.

La Iglesia católica, señores, aunque jamás ha sido obstáculo á las transformaciones sociales ó políticas exigidas por la marcha de la humanidad, no ha apresurado tampoco la muerte de las instituciones humanas consagradas por los siglos; ha contribuido más bien á conservarlas, sin por eso reconocerlas como eternas. Pero si bien no ha precipitado la muerte de esos organismos ó formas de gobierno de vida limitada, tampoco se ha identificado con ellos, de modo á creerse obligada á seguir sus destinos atándose á sus cadáveres, porque ella es lo inmutable y lo inmortal, en medio á las transformaciones y las desapariciones. La frase es de León XIII, señores: la Iglesia, ha dicho el gran pontífice, no se ata á más cadáver que al de Aquél que está Él mismo atado en la cruz.

El santo Pío VII, el doliente asceta torturado, procura detener y reducir, á fuerza de bondades, al bárbaro genial que arrastra en pos de sí las muchedumbres fascinadas, y azota á la Europa con la espada forjada para él en las fraguas de la revolución. Por ver si es efectivamente la encarnación genuína de la moderna irrupción predominante, el papa consagra y corona á Bonaparte bajo el dosel ojival de *Notre Dame.* Tolerancia paternal, pero inútil. Aquello es un meteoro luminoso pero inconsistente que pasa. No es el pueblo coronado; ni siquiera se llega al pueblo por él. Bonaparte ha comenzado, es cierto, por una fe en el hecho y en el espíritu de la democracia; pero, al aspirar á la corona de emperador de la sangre, de miembro de la dinastía austriaca, ha tenido que abdicar la corona real, real en el sentido de *res*, cosa, realidad, esencia, nó en el sentido de *rex*, rey; ha abandonado la democracia, para transformarse en un César, un César más, un César ebrio,

ebrio de soberbia y de crímenes de gloria, que adopta, como prueba de su instinto cesarista, hasta la nomenclatura y los símbolos romanos. Él pasa, porque es la apariencia; pero el pueblo, que es la realidad, permanece y acrece de día en día su poder; permanece el nuevo principio: el gobierno para los más aptos; los más aptos designados por la nación.

Pío IX, el gran Pío IX, hace los últimos esfuerzos por mantener la existencia de las instituciones intermediarias, por medio de las cuales la influencia del representante de Dios se ejerce sobre los pueblos. Pero es inútil; esas instituciones no están ya identificadas con el pueblo, y tampoco lo están, en general, con la Iglesia; no sirven á su objeto. Recordad, si nó, aquella aristocracia escéptica y disipada del siglo XVIII; recordad á los Choiseul, á los Aranda, á los Pombal... y tantos más, señores, tantos más. Lejos de acercar el pueblo á la Iglesia, esas instituciones lo alejan de ella, haciendo cargar á ésta con las culpas dinásticas; lejos de cooperar á que aquélla desempeñe su misión evangélica entre la sociedad, le niegan sus atributos esenciales, le minan su prestigio y su autoridad, le arrebatan sus recursos.

¿A qué, pues, intermediarios entre Dios y el pueblo?

Es entonces, señores, cuando Cristo reaparece en la forma transparente como una visión profética de nuestro pontífice León XIII, que se dijera sentado entre un sepulcro y una cuna. Es entonces cuando se oye salir de los labios octogenarios del pálido pastor de las conciencias aquella voz que rodó como un trueno bajo los tronos y los poderes tambaleantes, y que recuerda el «*id y enseñad á todas las gentes bautizándolas*». ¡*Allez au peuple!* dijo el papa desde lo alto; id al pueblo, pues; id á él directamente; sed el pueblo vosotros mismos, pues el pueblo es la fuente de soberanía más indicada por la naturaleza, y las leyes naturales son leyes de Dios; no os atéis servilmente á las formas accidentales, transitorias y caducas; no os amarréis á los cadáveres de suicidas; aceptad la democracia, que es hija legítima de la fraternidad de la cruz; si ella no es cristiana, arrojad sobre su cabeza el agua lustral, y ella, como el fiero sicambro, adorará mañana lo que hoy hace arder, y quemará lo que hoy adora, para arrojar incienso sobre las ascuas.

La encíclica de León XIII, señores, su carta monumental á los obispos de Francia, firme y serena como una epístola de San Pablo, no inventa ciertamente una doctrina. Los papas no inventan, señores: leen el Evangelio inmutable y siempre nuevo en compañía del Espíritu Santo, y lo releen al pueblo cristiano, en el momento oportuno, y traducido en lengua vulgar.

La doctrina de León XIII, que causó tanta sorpresa en los hombres de fe estrecha que empequeñecen á Dios hasta hacerlo del tamaño de sus rutinas; la doctrina del grande anciano sobre el origen divino esencial de la autoridad, y sobre sus formas accidentales, sobre la soberanía originaria del pueblo especialmente, no era otra cosa que la doctrina planteada ya en Grecia por Aristóte-

les, y proclamada en toda su plenitud por las escuelas cristianas; por el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino; por los maestros de las universidades castellanas, y por los de la antigua Sorbona; por el Padre Vitoria, por Belarmino, por el ilustre Padre Suárez en pleno siglo décimo sexto; por vosotros mismos, oh maestros queridos de la Compañía de Jesús, que, al pisar tierra americana, os sentís tan republicanos como nosotros, y, sofocando quizá tradiciones personales, nos enseñasteis y enseñáis á nuestros hijos á amar y á glorificar las tradiciones de la patria independiente republicana, nacida á la libertad por la voluntad y el esfuerzo soberanos del pueblo ungido por el sacrificio y por la gloria.

La palabra de León XIII produjo, sin embargo, una especie de pánico ó de consternación en muchos buenos espíritus de Europa, adoradores de las formas ó accidentes, idólatras sin saberlo.

¿Qué será de la Iglesia, llegaron á decir, sin el apoyo de los grandes?

En vez de decir, como pensó León XIII: ¿qué será de esos pequeños grandes sin el apoyo de la Iglesia?

¡La Iglesia sin el apoyo de los grandes!

¡Como si pudiera haber algo grande al lado de Dios, apoyo inquetrantable de la Iglesia de su Cristo!

¡Como si, debajo del Solo Altísimo, pudiera concebirse en el orden social nada más alto y más poderoso que el pueblo, cuando le llega la hora de ser el agente de los designios de Dios!

¡El pueblo! ¡El pueblo soberano! No hay que desconfiar de él, señores; hay que ir á él, como lo quiere León XIII; hay que esperar en él, porque el pueblo es bueno, cuando no lo hacen malo los que, después de sembrar vientos en su alma, lo reniegan y lo incriminan porque salen de ella tempestades. Es verdad, señores, que, en el momento más formidable de la historia, fué ese soberano anónimo quien, bajo los balcones del pretorio, reclamó la muerte del Hombre-Dios, y aclamó á Barrabás, el homicida y ladrón. Pero no es menos cierto que, entonces como tantas otras veces, el pueblo procedía instigado por los grandes, por los escribas sectarios, por los fariseos opulentos, por herodianos dinásticos. Y no es menos cierto que también fué el pueblo el único baluarte humano del Justo divino; no es menos cierto que, por temor á una sublevación popular en favor del Maestro, acusado de agitador, de sedicioso, de enemigo del César, se buscó la complicidad de las sombras de la noche y los caminos menos concurridos para arrastrar al Divino Redentor ante el inicuo tribunal perjuro.

Notad, por fin, señores, una circunstancia esencial de la participación del pueblo en el drama santo de la redención humana. Las muchedumbres que condenaron al Justo fueron las turbas de la capital, acaudilladas por los políticos; el pueblo amigo de Cristo fué el pueblo de los campos, el que había venido á Jerusalén á celebrar las fiestas, y acampaba en las orillas del Cedrón; el que realmente representaba el instinto popular no contaminado. Los pobres son evangelizados.

La Europa católica ha tardado mucho, señores, en compenetrarse del pensamiento genial del gran pontífice, que ha envuelto en luz el problema sociológico contemporáneo, y abierto nuevos rumbos á la humanidad cristiana. La Europa ha tardado en comprender que, muy al contrario de lo que pretendieron algunos soñadores, que querían poner al servicio de la revolución semi-bárbara la fuerza de la Iglesia, León XIII quiere poner al servicio de la Iglesia la fuerza de la revolución incontrastable, cuyas causas profundas y seculares no deben buscarse ciertamente en el pueblo. Lo único que ha hecho el gran pontífice ha sido cambiar de instrumento para ejercer su misión evangelizadora, aceptar el más eficaz, el solo eficaz, impuesto por los hechos providenciales.

Pero si eso ha tardado en ser comprendido en Europa, señores, aquí estaba nuestra América, bien predispuesta á recibir esa doctrina, porque es la base de su ser independiente; aquí estaba nuestra América, democrática y republicana de nacimiento, que, sin preocupaciones, ni reatos, ni solidariedad con hombres ni dinastías, pudo romper y rompió los vínculos políticos que la ligaban con sus antiguos reyes y señores, sin por eso pretender romper ¡qué digo romper! sin por eso debilitar en lo más mínimo los vínculos que la ligaban con su Dios; antes por el contrario, recurriendo á El en apelación de los injustos procedimientos de los hombres. El es el rey de todos los reyes, el señor de todos los señores, la fuente única de toda soberanía, de todo imperio y de toda humana podestad; El es el que desata los vientos escondidos en el aire; El, el que concita á los pueblos escondidos en la historia.

Nó, señores: la revolución de independencia de la América latina no fué la hija de la revolución anticristiana europea, cualesquiera que hayan sido las influencias que ésta haya podido ejercer para determinar el momento, y aun para vulgarizar, aunque adulterado, el principio, que era ya nuestro, de ser el pueblo la fuente más natural de soberanía, y de que el gobierno debe pertenecer á los más aptos. La revolución de nuestra América tiene su carácter propio. No es el desarrollo de una teoría; es un hecho providencial procedente del Evangelio; es la inspiración del corazón popular no enfermo, no contaminado; es la obra del instinto de libertad cristiana, que hace que los hombres redimidos por Cristo se sientan nobles por ese solo hecho, iguales ante Dios, y obligados á inclinarse sólo ante El, ya que todo poder y toda autoridad sólo de Dios proceden y sólo al cumplimiento de su voluntad suprema se encaminan. Ese es el verdadero origen de los estados soberanos. Estos se forman por la reunión de los hombres movidos por una misma inspiración, unidos por un mismo propósito de felicidad común, sometido á una misma autoridad, y dueños de una suficiente extensión de territorio, delimitada por la acción de otros grupos de hombres que, persiguiendo el mismo propósito, son dueños de los territorios limítrofes. Cuando tales circunstancias se reunen, las nuevas naciones

nacen, porque deben nacer, porque quieren nacer, porque Dios quiere que nazcan, sobretodo.

Observad si nó, señores, la diversidad de caracteres entre la revolución europea del siglo pasado, y la guerra de independencia de nuestra América latina. Allí, de las oleadas de las muchedumbres, empujadas por el viento soplado por demagogos, brotaba un sordo clamoreo contra Dios, cuyos altares ardían; aquí, el pueblo se reune precisamente en torno de los altares; se congrega en los mismos templos; sus aclamaciones son una solemne plegaria, algo como el rumor de un bosque sagrado habitado por la tempestad. Allí, los generales que enarbolaban la enseña roja ó la tricolor tenían muy á menudo la blasfemia en los labios; las excomuniones del papa, decía Bonaparte, no han de hacer caer los fusiles de las manos de mis soldados; aquí, el general Belgrano hace rezar el rosario á su ejército prosternado, antes de la batalla, y depone, después de la victoria, su espada vencedora á los pies de la Virgen de las Mercedes. Allí, se imponía al clero católico la opción entre la muerte y la apostasía; el clero eligió la muerte; aquí, los sacerdotes americanos veían identificado su juramento sacerdotal con el solemne de fidelidad á la Patria, y acompañaban sus ejércitos, y bendecían, en nombre del Altísimo, sus banderas, y alzaban, en coro con el pueblo, las acciones de gracias por las victorias. La revolución europea, por fin, y es esto lo más esencial, definió su espíritu y sus propósitos en declaraciones y constituciones anticristianas, cuyos errores ha condenado la Iglesia. Pues bien: yo os invito, señores, á recorrer la serie de las constituciones de los estados latino americanos, y á que me indiquéis una sola en que haya dejado de consignarse, como base de la nueva nación, la unión de Dios y de la Patria, el consorcio de la Iglesia con el Estado, la filial protección de éste en favor de aquella; yo os invito á que me mostréis una sola de esas constituciones en que se hayan escrito principios que los hijos fieles de la Iglesia estemos en el deber de rechazar.

Ah... sí, los hay, es verdad; sí, los hay, señores, en algunas constituciones americanas. Pero observadlo bien: los errores que inficionan á veces esas cartas fundamentales de los pueblos de América, no provienen del principio democrático republicano que en ellas se consagra; no son hijos del espíritu popular americano que sustituyó al antiguo espíritu dinástico; ni siquiera representan el reflejo de los principios de la revolución francesa. Son precisamente todo lo contrario: son los hijos del viejo y funesto regalismo monárquico, señores, que significaba todo lo opuesto á la soberanía popular; los hijos del regalismo, que tenía su origen en la ley de Partida que dice al pueblo que *deve ver e conoscer, como el nome del Rey es de Dios, é tiene su lugar en la tierra* (1); ó la que dice que el monarca será considerado como el « Vicario de Dios » sobre la tierra, y como el propietario de todos los países del globo sujetos

(1) Partida II, título XIII.

á su cetro (1); son el *patronato real*, el *exequátur*, el *placet regio*, que, aunque nacidos, es cierto, de un acto de amor y gratitud del Estado hacia la Iglesia, y de una concesión de esta, se había transformado, mucho antes del movimiento democrático moderno ¡ mucho antes ! en el gran recurso cesarista para maniatar á la iglesia, para oprimirla, para humillarla, para arrebatarle, con su carácter de sociedad perfecta é inviolable, sus atribuciones inalienables ; para arrancarle, en fin, su divina primogenitura, á trueque de un plato de lentejas rojas.

Oid, señores, lo que dice el esclarecido prócer don Nicolás Avellaneda, en el magistral estudio que nos ha dejado sobre el congreso de Tucumán, que declaró la independencia argentina el 9 de julio de 1816:

« No hubo jamás una asamblea más argentina, dice el ilustre presidente de la república hermana ; ninguna que respondiese mejor al estado intelectual y moral del país. Hablamos de la pureza de sufragios con que fueron designados sus miembros, ya que el congreso mismo volvía con complacencia los ojos sobre lo inmaculado de su origen, recordando, en su manifiesto de 2 de Agosto, que casi todos los diputados habían renunciado, y que los pueblos ratificaron su nombramiento... »

« Leamos ahora sus nombres, y no encontraremos, á la verdad, los de los actores políticos que siete años de revolución habían hecho famosos ».

« Son eclesiásticos en su mayor parte, y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del virreinato, y sin haber salido del interior de su país, han permanecido naturalmente extraños á las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo XVIII ; y, si los acontecimientos de la revolución llegaron á sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror »

« Van á emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios ni de su culto ; y es este recelo de sus espíritus el único sentimiento que pudiera atribuirse á la advertencia de los sucesos extraños » (2).

Ese es efectivamente, señores, el espíritu de la revolución americana. Si esos doctores de Córdoba y Chuquisaca, y todos sus congéneres de América, tenían errores que inficionaron algunas de sus constituciones, esos errores no eran hijos del espíritu democrático republicano, sino residuos del regalismo tradicional, que sólo la democracia debe extirpar, porque si se declarase heredera de privilegios reales cesaristas, renegaría, por ese solo hecho, de sí misma.

No cabe, señores, en las proporciones de esta conferencia, la demostración, que podría ser amplísima, de esta mi afirmación fun-

(1) Partida II, título XIII, ley XXV.

(2) Nicolás Avellaneda: *Ensayo histórico sobre el Tucumán.*

damental; pero bástenos recordar que, después que el Rey Nuestro Señor Carlos III expulsó á los jesuítas brutalmente de los dominios de su corona, fundó en Buenos Aires, para sustituir sus colegios, el *Real Consistorio Carolino.*

¿Cuál era su espíritu? No es posible dudarlo. Estudiad sus anales, señores, y veréis las doctrinas que allí se enseñaban: el regalismo absoluto tradicional en la monarquía, el regalismo universal, el verdadero cesarismo, que hace de la lealtad al rey, considerado el ungido directo de Dios, el dogma supremo, y niega á la Iglesia el carácter de sociedad perfecta, independiente, y de origen divino: plena herejía.

La doctrina católica, señores, sostiene el origen divino de la autoridad. Sí, no hay duda ninguna; toda autoridad viene de Dios; lo mismo la doméstica, determinada por la generación, y que es indeleble en su esencia, aunque puede ser caduca en su ejercicio, que la civil ó política, determinada por los hechos en que puede ó no intervenir la libre voluntad de los hombres, y que es esencialmente caduca con relación á las personas.

Pero vosotros sabéis perfectamente, señores, que de esa doctrina que establece *el origen* divino de la autoridad, á la unción de Dios, directa, personal, perpetua, atribuída á ciertos y determinados hombres ó familias, considerados como séres superiores en la especie humana, hay un abismo. La primera es doctrina católica; la segunda nó; la primera engendra naturalmente la democracia y la república, desde que el hecho más natural para determinar la autoridad es la designación popular; la segunda es la madre del cesarismo que, en sus relaciones con la Religión, se ha llamado *regalismo.*

En este está, señores, vuelvo á repetirlo, y no en el principio democrático republicano, el huevo de los errores de algunas constituciones americanas.

En ese Real Consistorio Carolino de que os he hablado, se formaron los Larrañaga, los Irigoyen, los La-Robla; en él debe buscarse el origen de los errores regalistas del dean Funes, y de tantos otros, que son legión. Fué en esa época, señores, durante el reinado de Carlos IV, cuando se pretendió, contándose con la anuencia de doce obispos, separar de Roma la iglesia de España, á cuyo efecto, cuando ocurrió la muerte del pontífice Pío VI, el rey Carlos IV prohibía á todos los prelados de España y sus dominios que diesen noticia alguna sobre la elección del nuevo pontífice, y sobre el estado de la iglesia universal, á menos que esa noticia fuera recibida directamente del secretario de su majestad.

Esa era la doctrina predominante en la monarquía que la revolución democrática americana debía sustituir por la soberanía emanada del pueblo. Convengamos, pues, señores, en que nada hemos perdido con la sustitución; convengamos en que los hijos fieles de la Iglesia católica, aunque sólo fuera en el carácter de tales, sólo podemos bendecir á Dios por la independencia de la patria americana, y, muy especialmente, por el espíritu democrático republicano que fué su aliento, su nervio, su vida intrínseca.

Pero, como antes lo he afirmado, señores, la revolución de nuestra América no fué el desarrollo de una doctrina ; fué un hecho del dinamismo popular. El pueblo es su mente, es su corazón, al mismo tiempo que su brazo.

Pero es el pueblo del Cedrón, entendedlo bien, el amigo de Cristo; nó el de la capital, que, incitado por herodianos y fariseos, declaraba no querer más rey que el César, y hacer de Barrabás su predilecto.

Por eso, señores, los grandes y clásicos caudillos de la independencia americana ; los que de veras concentran el espíritu flotante en su tempestad de gloria, no son los hombres que bebieron inspiraciones en las bibliotecas de la enciclopedia, ni en las antecámaras regalistas, ni en los sanhedrines diplomáticos ; no son los que, venidos de la Europa revolucionaria, renegaban del poder eficiente del pueblo, y fraguaban restauraciones ó formaciones de monarquías americanas sobre la base de los híbridos principios del 89 ; de aquellos derechos del hombre sin deberes correlativos, de aquella tendencia á encadenar los tiranos exteriores, con el solo objeto de erigir en tales á los interiores, á los vicios y las pasiones del hombre.

Los verdaderos caudillos americanos fueron aquellos que bebieron toda su inspiración, y recogieron toda su fuerza, y cifraron todas sus esperanzas en los puros sentimientos populares, sentimientos esencialmente cristianos ; los que, conservando los principios de libertad, de igualdad y de caridad, que habían sido traídos á América por los misioneros, por los verdaderos libertadores, no estaban contaminados por las rebeldías de la razón, ni por las apostasías del sensualismo utilitario.

Hay una teoría alemana, señores, según la cual todo período, toda nación, toda civilización, tienen su *idea*, que es como el gran núcleo cuya rotación atrae, determina y ordena todas las otras ideas. Donde Hegel, el filósofo germánico, coloca una *idea*, Carlyle, el original y conceptuoso escritor inglés, pone un *sentimiento*, que él concentra en un *héroe* ; Taine, el historiador sociólogo francés, nos habla de un *personaje reinante*. Hegel, siguiendo su método de las *ideas madres*, que funden en la unidad hasta los mismos contrastes, busca la fórmula de todo, de todas las cosas ; Gœthe, siguiendo el mismo sistema, busca la visión de las ciencias, la visión de todo, y lleva á Fausto á la mansión obscura de las *madres* ó de las *causas*.

El héroe, dice Carlyle, contiene y representa la civilización en que está comprendido. El pensador inglés resume, pues, en un hombre, todos los elementos dispersos que Hegel pretende concentrar en una ley, y Gœthe en una imagen. Aquellos viejos reyes del mar, dice Carlyle, silenciosos y sombríos, que, con los dientes apretados, desafiaban al Océano embravecido, y á sus mónstruos, y á todos los hombres, y á todas las cosas, ignorando que fuesen especialmente valerosos, son los abuelos de nuestros Blakes, y de nuestros Nelson.

La verdadera historia, dice Taine comentando á Carlyle, no es otra cosa que la epopeya del heroismo.

Yo no acepto, señores, filosóficamente hablando, esas teorías sobre la influencia del medio, como creadora de una conciencia colectiva. Yo no creo que, haya lo que haya en el medio ambiente, concurran más ó menos eficazmente las cosas y los hechos concomitantes á formar una grande idea, ésta ha de presentarse la primera vez *en una conciencia.* Y no hay más conciencia que la de los hombres, la de un hombre. Pero diciendo *transeat* á aquellas interesantes hipótesis, y hasta aceptando la parte de verdad que ellas contienen, y que es la que puede conciliarse con la personalidad y la libertad humanas, y con la absoluta imputabilidad de los actos del sér inteligente y libre, concentrad, señores, en un héroe, la idea ó fórmula de Hegel, la visión de Gœthe, ó el sentimiento heróico de Carlyle ó de Taine, para formar la idea, el héroe, la imagen ó el personaje reinante de la revolución americana ; elegid en nuestra América el equivalente de aquellos viejos reyes del mar, abuelos de Nelson, que glorifica el inglés contemporaneo, y que, según él, tienen parte en el gobierno actual de la Inglaterra ; buscad el personaje original, clarovidente, sin preocupaciones extrañas, en contacto sólo con *las madres*, ajeno por completo á la influencia de las grandezas cesaristas, la quinta esencia de estos pueblos recién nacidos á la libertad, y no hallaréis en la historia del continente una figura más clásica ni más homérica, que la que ofrece nuestra historia patria. Ese hombre es Artigas, el primer jefe de los orientales ; el más calumniado, sin embargo, el más escarnecido de los héroes americanos.

Examinad, señores, los rasgos fisonómicos de esa genial figura que proyecta, inmóvil como un mito, sobre el primer resplandor de núestro patrio sol, y que es, para nosotros, mucho más ciertamente de lo que pueden ser para lós ingleses aquellos viejos reyes del mar, que enaltece Carlyle como los abuelos de Nelson y como el Genio de Inglaterra. El viejo Artigas, aunque de origen urbano y patricio, aunque de posición social independiente y de educación y cultura descollantes en su época, fué al pueblo, sólo al pueblo ; creyó en él, no desconfió jamás de sus energías, ni de sus virtúdes, tuvo fe en la democracia nativa.

El rechazó las dádivas y promesas de los poderosos, porque ningún honor, según él mismo lo decía, podía superar al de ser caudillo y conductor de su pueblo heroicamente indigente ; él, que pudo haber ocupado las más encumbradas posiciones, obtenido los más altos grados militares, conseguido el mayor predominio, y formado una fortuna personal, fué siempre inaccessible al soborno ; se alzó con el pueblo y cayó con el pueblo ; vivió libre, en compañía de su visión profética, y murió mendigo, en compañía de un negro, soldado de su ejército sacrificado. El, como el Fausto de la leyenda, estuvo en contacto con las causas, las visitó en la caverna obscura de los sueños, recibió de ellas la llave fantástica ; él, acusado y perseguido, no sólo por los extraños, sino también por aquellos de los

propios que renegaban del evangelio democrático republicano, huye como la fiera herida que lleva entre los dientes á sus cachorros; huye con todo su pueblo, con sus familias, con su miserable patrimonio; huye con la patria á cuestas, hasta ponerla en lugar seguro, hasta salvarla para la democracia.

¡ Extraña figura, señores, extraña figura ! No en balde ese genial personaje ha desorientado á tantos sociólogos de segunda mano, que sólo han podido distinguir en él las apariencias que lo confunden con los caudillos anárquicos y sangrientos. Es necesario mucho silencio, señores, para entrar en el secreto de los héroes. En nuestra América, no se ha hecho bastante silencio todavía en el sagrado de la historia en que los héroes habitan.

Artigas es la lucha del hombre que tiene el pensamiento fijo en la real esencia de las cosas, contra los que lo tienen puesto en las apariencias, como dice el mismo Carlyle. Transformar lo accidental en esencial; creer en las viejas fórmulas de organización social como en el único medio de formar la patria, medio sin el cual sólo podía haber desquicio y anarquía interminables, eso fué lo que hicieron los hombres de la revolución que, aunque fueron grandes, no fueron genios. Artigas no fué de esos: fué una intuición, una fe, una fuerza nueva: la fuerza que al fin ha triunfado: la democracia nativa. Por eso no podía fundirse ni confundirse con los demás; describían órbitas distintas. Artigas era centro de nuevo sistema planetario; los otros eran astros, pero astros del antiguo; no concebían más sol que el sol: el rey europeo ó incásico. Artigas creyó en el pueblo, en la materia cósmica, más ó menos caótica, pero capaz de ser fecundada por la palabra creadora. El la fecundó, y de su aliento brotó la patria nueva, la patria republicana de nacimiento.

Y digo *más ó menos caótica*, señores, porque yo bien sé que hay quienes, imputando á ese salto brusco y sin preparación, del absolutismo colonial á la democracia, todos los males sociales y políticos porque han atravesado y atraviesan las repúblicas americanas, reniegan del origen de la patria, y escarnecen y denigran á sus primitivos héroes proféticos. Esos sociólogos hubieran deseado tener la facultad de elegir madre antes de haber nacido, y hubieran elegido una gran dama aristocrática y opulenta. Pero la madre no se escoge, señores; y sobre todo, para llegar á la opulencia bien nacida, es preciso comenzar por el trabajo, por el esfuerzo tenaz, por el sacrificio heroico muchas veces.

Sí: es indudable que las cosas hubieran ido mejor, si estos pueblos hubieran estado preparados prácticamente al gobierno propio al hacerse independientes, como hubiera sido mejor que los bárbaros, base de los pueblos occidentales, hubieran venido del Norte con alguna práctica de la vida cristiana. Su civilización hubiera sido más rápida, sin duda alguna; el feudalismo allá, como el caudillismo acá, hubieran durado menos, y su transformación hubiera exigido menores esfuerzos. Pero eso, y perdónenme el desacato los sociólogos que tal afirman, tiene mucho de verdad de Pero Grullo;

¿no es verdad, señores? De eso no puede deducirse la condenación de los dos grandes ideales: el ideal cristiano allá; el ideal democrático cristiano aquí; y mucho menos la del héroe primitivo que desbravó la selva virgen, y arrancó de la cantera inviolada el bloque de mármol, duro pero sin grietas, en que modeló con su martillo de hierro la estatua de la nueva diosa.

Ahora bien, señores, ¿no es verdad que pudiera decirse que ese hombre Artigas, tipo de la revolución americana, había lanzado ó escuchado el grito de León XIII *¡allez au peuple!* ¡id al pueblo! con su mismo significado, con su misma extensión, cien años antes de haber sido pronunciado por el gran pontífice?

Artigas es, señores, la revolución americana; él es el viejo abuelo impertérrito que venerarán las generaciones futuras de América, cuando Nelson haya nacido entre nosotros, y cuando el Carlyle y el Taine americanos hayan hablado de los héroes. Hoy, en nuestra América, no sa habla, ó se habla muy poco, ó se habla muy mal de los profetas.

Pues bien: si León XIII ha marcado en Europa al pueblo, erigido en fuente inmediata del poder, como la base de la restauración cristiana de los tiempos modernos, aun en aquellas sociedades en que esa base parecía chocar con venerables tradiciones seculares; si el gran pontífice ha sancionado expresamente la organización democrática que se ha dado una nación con tantos reatos como la Francia, y bendecido sus banderas, ¿con cuánta efusión no habrá bendecido las nuestras americanas? ¿Con cuánta no habrá confirmado nuestra pura democracia, estas nuestras repúblicas recién nacidas, sin más base que los principios cristianos de libertad, sin más tradiciones que los esfuerzos y los sacrificios heroicos de un pueblo que siente por instinto la ley natural de su propia soberanía, con el solo anhelo de constituir su propio hogar para ser feliz, y para en él bendecir á Dios al bendecir á la patria?

Señores:

Cuando Colón, el cruzado navegante, con los ojos fijos en la visión azul como el mar que brotó de su alma, y le marcaba una ruta, emprendió su viaje para llevar la cruz á las regiones ignotas, él, como vosotros lo sabéis, no buscaba nuestra América; ni siquiera sospechaba su existencia: iba en pos de las costas de la India; buscaba sólo el oriente por el occidente. Ya lo he dicho en una ocasión solemne: no fué Cristóbal Colón el que se presentó á América: fué América la que salió de entre las espumas del mar al encuentro de Colón, para decirle: ¡Aquí estoy! ¡Esa cruz es para mí!

Cuando León XIII, después de hundir su pensamiento luminoso en las obscuridades del problema contemporáneo, más profundo que el mar tenebroso, salió con su visión mensajera, é indicó el pueblo como el nuevo mundo, base providencial de la restauración cris-

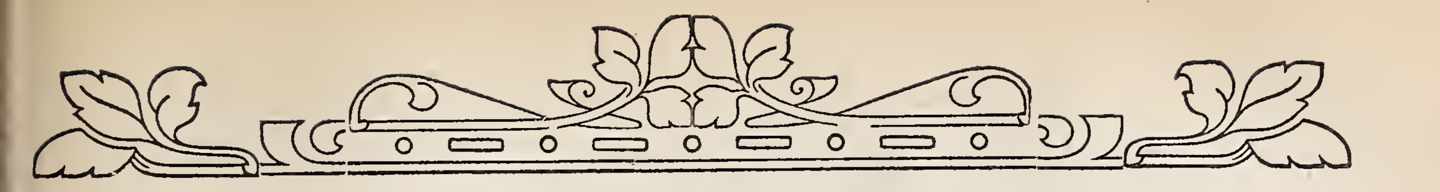
tiana de la sociedad moderna, tampoco pensaba acaso en nuestra América ; él pensaba en Europa, cuyos tronos seculares, como los dioses hieráticos de la India, se alzaban en el mar de las tempestades populares ; pensaba especialmente en Francia, cuyas flores de lis se habían marchitado ya para siempre, al parecer.

Pero, como al paso de Colón desde el fondo de los mares, sale nuestra América al paso de León XIII, desde el fondo de sus tradiciones y sus glorias democráticas, y sus repúblicas independientes le dicen en coro: aquí estamos, señor ; somos nosotras ; somos el pueblo que ha pasado por tus visiones, el rey bueno del porvenir y del pasado: el que, en el porvenir, restaurará todas las cosas en Cristo ; el que en el pasado fué el amigo del Justo, porque, acampado en las orillas del Cedrón, no fué el instrumento de los sanhedrines deicidas, ni oyó la voz de fariseos y de herodianos.

Señores:

Os prometí deciros algo de lo que yo había dicho á León XIII, al contestar su pregunta. Advierto que he estado con vosotros más locuaz, sin duda alguna, de lo que estuve con el augusto anciano ; pero vosotros, señores, no seréis menos benevolentes que él, y me perdonaréis. Lo que os prometí deciros, bien ó mal, os lo he dicho.





CHILE-URUGUAY

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido por la Comisión Popular uruguaya á la "Delegacion Chilena en el Río de la Plata", que visitó á Montevideo en ocasión del afianzamiento de la paz entre Chile y la Argentina—(3 de Junio de 1903).

Señores:

Es para mí un motivo de ingenua alegría el poder decir algunas palabras en este banquete popular, y, sobre todo, el que me haya tocado decirlas ahora, después de haberse dado las primeras elocuentes bienvenidas á nuestros ilustres huéspedes, y de haberse interpretado el pensar y el sentir del alma colectiva de mi país, con relación al alma nacional de la patria chilena.

Yo, por muchas razones, hubiera tenido que permanecer callado, y gozando de este amable espectáculo de fraternidad chileno-uruguaya, si no me hubiera sido dado el ofreceros, oh amigos, el tributo de mis afectos personales. De tal manera dominan ellos mi espíritu exclusivamente, en estos días de calorosas expansiones.

Yo estoy convencido como todos, por supuesto, de la trascendencia de este cambio de manifestaciones amistosas, tan espontáneas, tan abiertas, entre chilenos y orientales, desde que, sea como diplomático, sea como periodista, sea como oriental, he tenido que meditar muchas veces sobre el problema internacional hispanoamericano, en sus relaciones con los destinos de mi país. Pero yo os aseguro francamente que no es nada de eso lo que recuerdo en este momento, que estimo un momento de felicidad. Yo estoy recordando y quiero recordar á mis viejos y queridos amigos de Chile ; yo quiero vivir un momento, para vivirlo unido íntimamente con vosotros, en aquella época de mi vida en que, pasada apenas

la niñez, y comenzada la primera juventud, se abrió mi espíritu entre vosotros, á las primeras impresiones perdurables, á las germinales meditaciones, á los nacientes afectos viriles, á los augurales ensueños de gloria. Todo eso se confunde en mi recuerdo, señores, con vuestro Chile; dejadme que diga con *nuestro* Chile, tan noble, tan bueno, tan valiente, tan generoso; con las azules transparencias de aquellos vuestros valles; con vuestras blancas montañas esculturales y gloriosas, cuyos perfumes respiré con avidez, hasta saturarme de patria chilena, en esa edad en que los dolores y los desencantos de la vida no han nevado aún sobre el alma, ni han logrado todavía encanecerla.

¡Recuerdos, recuerdos amables! Tomadlos, oh amigos, completadlos; yo os los arrojo sobre el alma, porque sé que despiertan en ella melodiosas resonancias. Son mi tributo, son mi obsequio.

Todo eso ha pasado en el tiempo, señores; pero no pasa en el alma que vibra, que vibra con acorde musical.

Aquellos mis viejos amigos de adolescencia me están escuchando con vosotros, estoy seguro, en este momento en que hablamos de Chile con cariño.

¿Desde dónde?

No lo sé. La vida los ha dispersado. ¡Oh buenos amigos!

¿Sus nombres?

No quiero pronunciarlos individualmente; son legión aérea que pasa melodiosa. Muchos de ellos llevan los mismos apellidos vuestros, oh nuncios de nuestra fraternidad; pero todos ellos se llaman amistad, triunfo de amor sobre el tiempo y el espacio. Los unos de entre esos amigos, que aparecen en mi memoria, han quedado ocultos en la vida del hogar; los otros han hecho de sus nombres resonantes otros tantos emblemas de gloria chilena, y de esplendor americano.

Salta en este momento uno de esos nombres de entre la legión que pasa: es el del amigo de ojos claros y serenos, de mirada profunda y noble, de alma más noble y más transparente que su mirada juvenil: se llama Germán Riesco... Ah, señores, es verdad: hoy no puedo pronunciar á la ligera ese nombre sin irreverencia; hoy tengo que detenerme á saludar en él al ilustre actual Presidente de la República Chilena. Deteneos, pues, conmigo, señores; levantaos conmigo, yo os lo ruego, á saludar entre aplausos, al esclarecido ciudadano que hoy rige los destinos de la gran nación hermana...

(*El auditorio se pone de pie y aplaude largamente el nombre del Presidente de Chile*).

Y sin embargo, señores, otros amigos míos han subido más alto que él, mucho más alto todavía: algunos de ellos, algunos de los más queridos han muerto... y han muerto por la patria! Arrojados al fuego de la batalla, se han transformado en perfumes; sumergidos en la noche de la muerte.... se han convertido en auroras.

. . . .

Vosotros comprendéis, señores, ¿no es verdad? que esos recuer-

dos no pueden saber mentir ; vosotros me creéis, oh amigos los bienvenidos á mi patria, cuando os digo que amo á vuestro Chile con toda mi alma de oriental, y que esa mi alma transparente refleja el alma buena de mi Uruguay, que os aclama sin reservas.

Pero tengo que seguir con mis recuerdos. Hay una nación hermana en cuyo seno discurrieron fugitivos los años de mi niñez, en que se ríe á través de las lágrimas. Allí también amé, allí también aprendí, allí echó profundas raíces mi corazón en flor, raíces que es imposible arrancar sin que el corazón se muera de sed. ¡ Oh buena, oh gloriosa patria argentina ! ¡ Oh amiga escondida en las luminosas nieblas de mi primer recuerdo ! ¿ Cómo olvidarte en este momento de confidencias fraternales, si tú eres y has sido siempre nuestro refugio generoso, si eres la amiga de ayer, si eres la amiga de hoy, si serás la amiga de siempre, porque Dios lo quiere, y porque nosotros lo queremos ?

Señores... no me miréis, aunque quizá lo merezco, con ojos distraídos ; no tachéis estas palabras, que voy enhebrando sin concierto, de subjetivismo egoísta. Todo esto es algo más que la historia amable de una alma : es la historia del alma.

Todo eso os lo he mencionado, no sólo para ofreceros y ofrecer á vuestro Chile el obsequio de mis recuerdos, que son tesoro, pero sólo para mí, sino para poneros de relieve toda la angustia que se apoderó del alma uruguaya, cuando vió que, con intermitencias que se sucedían como llamaradas de incendio, sacaba la cabeza de un cráter de los Andes una Medusa siniestra coronada de serpientes ; cuando vió que esas dos hermanas que debían amarse entre sí, aunque no fuera más que por la ingenua razón de que nosotros las amábamos, estaban colgando crespones de un odio concentrado é inverosímil, y enlutando para la muerte los horizontes americanos. Yo he llamado á mis recuerdos para que os dijesen, para que os contasen algo de la alegría que se ha apoderado después de nuestro espíritu, cuando hemos visto que, vencedores de la hidra de cabezas renacientes, vencedores de vosotros mismos, grandes y fuertes como nunca, os arrojásteis el uno en brazos del otro ; y, en medio de los júbilos de la reconciliación perdurable, pensásteis en nosotros, y recordásteis que os amábamos, y habéis venido á recoger los gajes de nuestro afecto.

No hablemos más de todo eso, no hablemos más.

Hoy, señores, una luz tenuísima, una luz recién nacida, parece difundirse por nuestros cielos muy altos, muy distantes ; hoy parecen andar por ellos los cantos de la alborada de Belén : gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad ; hoy la estrella, que es un sol, y el sol, que no es otra cosa que una estrella, son astros buenos, astros amigos que anuncian felicidad. Ya podemos, señores, ¡ gracias á Dios ! trabajar tranquilos en nuestros días ; ya podemos dormir tranquilos en nuestras noches silenciosas. Podemos dormir, y hasta podemos soñar : soñar en

prosperidades inauditas, en fuerzas incontrastables, en soberanías intangibles de la América del Sud.

La gran república ibero-americana del Norte se ha unido con nosotros á la gloria de vuestro triunfo: el nombre de nuestro hermano el Brasil es aclamado en estos momentos en Chile, como es exaltado el nombre de Chile en el Uruguay.

Son las constelaciones que se reunen, señores, obedeciendo á una ley de atracción providencial incontrastable, buscando la sideral armonía.

Chile, la Argentina, el Brasil. Es verdad: son las tres grandes potencias de la América del Sud.

Pero yo quiero recordaros, señores, que la constelación clásica de nuestro hemisferio, la más hermosa de las constelaciones celestes, es una grande cruz de estrellas que sube y baja por nuestras noches australes.

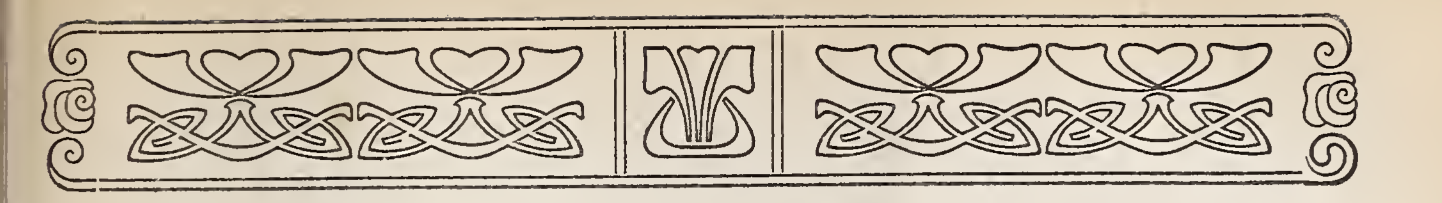
En esa constelación, tres estrellas son de primera magnitud. Pero recordad que en ella existe una cuarta, que, no por aparecer como de segunda magnitud, deja de ser un astro de luz propia y perdurable. Bien sabéis, señores, que la magnitud en los astros, como en los estados, es sólo aparente.

Si escribís, pues, en los primeros de esos viajeros de lo infinito los nombres resplandecientes de Chile, de la Argentina, del Brasil, ¿qué nombre habéis de dar á la cuarta estrella, indispensable para formar la constelación invisible del Sud, qué nombre habéis de darle si no es el nombre querido de mi Uruguay?

Hacedlo así, oh amigos que habéis sido los portadores de la buena nueva; dejadme que os ponga en el alma esa resplandeciente cruz de estrellas, como el recuerdo cariñoso y perdurable que os entrego, en nombre de mi patria, para que ilumine vuestras noches.

Señores: Brindemos á esa radiosa cruz de soles de nuestro hemisferio austral; brindemos porque esa constelación querida siga su ruta imperturbable en torno á nuestro polo americano; brindemos porque con ella, sigan también su curso feliz eternamente armónico, todos los astros que poblaron el cielo americano en los días de nuestras glorias, brotando del vacío al *fiat lux* omnipotente de la revolución de 1810.





MONSEÑOR JACINTO VERA!

Discurso pronunciado en el atrio de la Catedral de Montevideo, ante el cadáver del Iustrísimo y Reverendísimo señor don Jacinto Vera, primer obispo del Uruguay.

Señores:

Por comisión del Club Católico de Montevideo, tengo que dar á la palabra dolorosa algunos momentos que me veo en el caso de arrancar á las lágrimas; á las lágrimas que, en este momento, bañan mi alma, y el alma del pueblo uruguayo enlutado y consternado....

. . . .

¡ Padre !... ¡ Maestro !... ¡ Amigo !... ¿ Dónde estás ?

Dinos que es verdad que esos tus ojos están cerrados para siempre; cuéntanos cómo esa tu mano ha caído para siempre postrada á fuerza de bendecir; haznos saber que la última sonrisa que debías cambiar con la muerte, tu última amiga, es esa que tienes helada entre los labios, y que en ellos quedará inmóvil para siempre; danos la triste noticia de que ese tu corazón está por fin deshabitado, deshabitado del amor que en él vivió, que en él y con él se movió determinando sus latidos; dinos todo eso, por más amargo que sea... pero dínoslo una vez siquiera, para que sintamos, una vez más, el contacto de tu vida, para que podamos decir á nuestros hijos, á las generaciones á quienes transmitiremos tu memoria, cuál fué la última vez que escuchamos tu voz que era armonía, tu voz que consolaba, que acariciaba, que era verdad...

. . . .

Señores, hermanos, pueblo urugayo: el santo ha muerto. Su espíritu invisible anda en torno de nosotros, y recoge nuestras lágrimas, que, en este momento, son lluvia de la tierra al cielo.

Ha caído, señores, como él lo presentía, como él lo anhelaba: en actitud de apóstol, andando, abrazado á su cruz en medio de nuestros campos desiertos, mártir de su deber de caminante. Se ha desplomado en nuestros brazos, como el águila herida de muerte en

los aires, que deja en ellos su vuelo, que es su alma, y devuelve á la tierra lejana su cuerpo solo.

El tiene derecho, oh, sí, tiene derecho, señores, á arrastrarnos como nos arrastra en el dolor de su muerte, porque siempre nos envolvió en las bendiciones de su vida.

Yo no tengo, oh hijos de ese padre común, oh hermanos, yo no tengo una frase bastante dolorosa y perdurable para que enterremos en ella su memoria. El panegírico de sus virtudes lo ha meditado anoche sólo mi llanto; perdonadme, señores, si mi palabra incoherente sólo refleja el confuso pensamiento de las lágrimas de insomnio.

¡ El santo ha muerto !

Ahora, inmóvil pero expresivo aún en su último lecho, no más duro que los que ocupaba en vida, es una sombra amiga. Vedlo; la misma muerte pierde su horror en su cara grave y apacible.

Nació predestinado á hacer la felicidad del pueblo uruguayo, y ha cumplido la voluntad de Dios.

Fué verdad, fué abnegación, fué consuelo, fué paz, fué ejemplo.

El pobló de palabras acompañantes la soledad del lecho de muerte de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos. ¿ Recordáis su sonrisa ? Ella sola ahuyentaba los rencores, conciliaba las familias, desarmaba á los enemigos. Hablaba con los hombres, con la misma ingenua ternura que empleaba para bendecir á los niños. Y los hombres se sentían niños cuando estaban con él. Su sola presencia era una resignación difundida ; su voz curaba y alentaba: su plegaria fecundaba como un riego, como una lluvia lenta que cae sobre el campo mientras dormimos.

La historia de este anciano muerto, señores, es la historia íntima, amarga muchas veces, desconocida casi siempre, del espíritu de su pueblo. ¡ Oh santo mensajero ! El se ha llevado en el alma el alma de nuestros dolores, al foco de las eternas redenciones ; él es nuestra vida que alienta en la eternidad.

Maestro, buen maestro: las oraciones que nos enseñaste perfumarán de incienso tu memoria, de incienso ardiente. Duerme en paz, que nosotros velaremos.

Padre perdido para nuestro amor de la tierra: enséñanos á llenar el vacío que en nuestra alma dejas ; enséñanos á llenarlo con los amores del cielo.

Amigo, santo amigo: te besamos en la frente, con un beso húmedo en lágrimas que corren. Ayúdanos á seguir el ejemplo de tu vida, como hemos seguido, oprimidos y llorosos, el camino de tus despojos.

Padre, maestro, amigo... Dios lo ha querido: te dejamos en la soledad de tu sepulcro.

Cúmplase la voluntad divina é inescrutable. Bendita sea la mano que nos castiga, sacándonos al que amábamos de nuestro lado.

Adiós, buen padre ; la fe y las oraciones que nos enseñaste serán nuestro tributo para tí. Tú has muerto en el Señor. Duerme en paz, duerme en paz en su regazo. Nosotros haremos silencio, largo acongojado silencio...



DON FRANCISCO BAUZÁ

Discurso pronunciado en el Cementerio de Montevideo, al inhumarse los despojos del señor don Francisco Bauzá, el 5 de Diciembre de 1899.

Señores:

La Unión Católica del Uruguay, el Club Católico de Montevideo, que tengo el honor de presidir, y el Círculo Católico de Obreros, me han dicho que venga aquí, á decir adiós, en nombre de ellos, á ese muerto ilustre que fué mi amigo, que es mi amigo. ¡ Oh santa amistad la de los muertos ! Y he venido, trayendo hasta aquí mi corazón con esfuerzo ; con mucho esfuerzo, señores, porque nada pesa tanto como el corazón, cuando está cansado.

¡ Y yo tengo que hacer oir aquí la voz del mío á pesar de todo !

Se acaba de decir, por bocas elocuentes, y en representación de entidades excelsas del país, que la patria ha perdido un grande hombre ; que es la voz de la elocuencia la que se ha extinguido en esa garganta que ya no vibrará jamás ; que una de nuestras hogueras intelectuales se ha apagado en ese cerebro para siempre frío bajo sus cenizas ; que uno de nuestros hidalgos corazones ha quedado inmóvil para siempre en ese corazón vacío.

Se ha recordado al prócer, al soldado, al diplomático, al escritor, al ministro de estado, al pujante batallador de las luchas políticas.

Es verdad, señores: el senador don Francisco Bauzá fué un prócer ilustre, fué un prócer honrado. Amó á su patria por ella misma ; porque amarla era ley, necesidad armoniosa de su espíritu ; porque sentía identificadas con sus tradiciones domésticas todas las tradiciones de la patria ; porque las sentía en la médula de sus huesos, que conservarán su huella aun después que se desnuden de su carne ; en los glóbulos de su sangre, en el calor de su vida ; porque, con lá convicción intuitiva de su corazón, no concebía ni podía concebir una patria más grande que la patria uruguaya, desde que sólo ella era del tamaño de ese corazón, pues sólo ella lo lle-

naba; porque pasó su vida estudiando su pasado, luchando por su presente, soñando en las grandezas de su porvenir. Bauzá, señores, era un hombre para pensar; era un atleta para luchar; era un niño para sentir.

Los hombres así, señores, prosperan muy poco generalmente en el mundo. Encerrados en sí mismos, ajenos al pensar de los hombres que los rodean, son mirados como entes extraños. Van por la tierra tristes y solos en su gloria, encerrados en la columna de humo que envolvió á Moisés en el desierto. Son muchas veces desgraciados. Mueren pobres como ha muerto Bauzá, porque para andar por el suelo estorban las alas.

Pero las injusticias de la tierra, llaman á la otra vida, como llaman los niños desgraciados á su madre. Oh nó, no hay ni puede haber una injusticia eterna para el sér inteligente y libre; también las penas tienen su día de alegría: el último de la vida. Llegan, señores, sí, tienen que llegar los momentos de las grandes reparaciones para los hombres de bien, reparaciones que deben ser *para ellos* y no para nosotros. Y lo serían sólo para nosotros, en vez de ser *para ellos*, si esas justicias reparadoras se limitaran á estas manifestaciones, puramente terrenas, con que honramos á un hombre que ya no está con su organismo sensitivo en la tierra. Eso sería insistir en la injusticia, señores; sería hacer servir una vez más al hombre ilustre para nuestro honor, para la gloria nuestra.

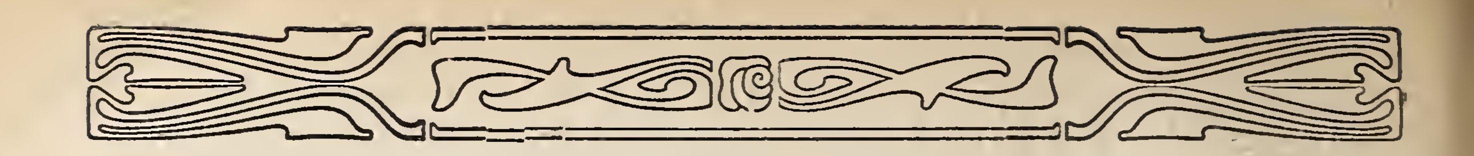
Por esa consideración, señores, llego naturalmente al desempeño de la misión que me han confiado los centros católicos de Montevideo, que creen y esperan en la permanencia de la persona humana al través de la muerte. Es ahora cuando tengo que recordar y llorar, no ya al prócer de la patria, cuyo recuerdo será patrimonio de todos, sino al hermano en la fe, al amigo querido, al compañero de causa, cuya memoria no morirá jamás en el alma de los que nos arrodillamos al pie de los mismos altares, de los que libramos con él las luchas cívicas por los mismos ideales cristianos, de los que confiamos y esperamos con él en no ser desamparados en el momento eterno, de los que con él creemos en Jesucristo, divino redentor de la humanidad, y nos confortamos con el vino de sus infalibles promesas.

Yo quisiera, señores, que todos los que, unidos en un mismo sentimiento de respeto hacia ese muerto cristiano, acompañamos contristados sus despojos, estuviéramos también unidos en un mismo sentimiento de fe en la inmortalidad, y tuviéramos en los labios la misma fórmula de plegaria, la fórmula inefable que nos enseñó el Maestro; que todos pudiéramos pronunciar las divinas palabras que, bajo la paternidad del Padre común, consagran la fraternidad de todos los hombres; que todos pudiéramos arrancar en coro unísono de nuestras entrañas dolorosas la plegaria inagotable, y decir al cielo en los momentos de dolor y de amargura: ¡Oh Padre, Padre nuestro que estás en los cielos!

Esa sería, señores, la felicidad; porque si el orden es la armonía de las cosas, ¿qué es la felicidad sino la armonía de las almas?

Pero ya que tanta dicha no es posible en este mundo de contradicciones, dejadme que, en la representación que invisto, haga pasar por esta atmósfera sagrada, al despedir al compañero, al amigo, al hermano querido en la fe y en la esperanza, haga pasar por esta atmósfera sagrada las palabras que más gratas hubieran sido á esos oídos que ya no oyen, y que, sin duda alguna, él escucha desde el seno de la eternidad; dejadme acatar, en nombre de la fe, los altos designios de Dios; dejadme decir, en nombre de esa fe que represento, las palabras que son tributo expiatorio y suplicatorio por los muertos: oh Padre, Padre que estás en los cielos; Vos nos lo disteis, vos nos lo quitasteis; acatamos, oh Padre, tus soberanos designios; Tú solo eres bueno; Tú solo justo; Tú solo altísimo. Que se haga, en todo, y para siempre, tu santa, tu misteriosa voluntad!





Doña Sofía Jackson de Buxareo

Discurso pronunciado, el 4 de Septiembre de 1900, al inhumarse, en el panteón de familia de la capilla de Jackson, en Larrañaga, los restos mortales de la señora doña Sofía Jackson de Buxareo.

Señores:

De nuevo venimos á abrir, bajo el ábside ojival de esta iglesia, ese venerable panteón de la familia Jackson, tan conocido de la familia oriental; tan amado y conocido sobre todo de los desgraciados.

En ese sepulcro, señores, ha caído ya muchas veces las lágrimas de este pueblo; lágrimas de dolor, de respeto, de amor, de gratitud. Al levantarse la piedra que lo sella, parece que brotan, de su fondo lleno de noche, memorias santas que se encienden en lo obscuro, y salen á nuestro encuentro con la majestad de la muerte, de la muerte que es corona, y nimbo de luz perpetua, y serenidad celeste, en los muertos que se nos aparecen cuando pensamos en Dios.

En ese sepulcro han dormido y duermen los hijos el sueño eterno al lado de los padres: en él está Elena, la mujer de puros ojos azules, reflejo de un alma todo transpariencia, de ojos que se llenaron de noche en pleno día; la amiga personal de los desvalidos; la que fué sonrisa de dolores ignorados, y cuyo recuerdo pasa en este momento por nuestra memoria como un perfume de lejanos paraísos. En él duerme Clara, aquella nobilísima matrona; aquella madre impertérrita ante los dolores con que la vida premió casi siempre sus heroicas y no olvidadas virtudes; aquella mujer que, transformando su hogar en santuario inaccesible al deleite, lo llenó del perfume de su propia alma de madre, y del incienso propiciatorio que subía al cielo desde sus resignaciones y sus ejemplos, desde las ascuas siempre encendidas de sus caridades. A él traíais ayer no más, señores, á don Juan, á aquel gran ciudadano, varón sin tacha, alma de hierro, forjada por Dios en nuestra tierra, para dejarnos un modelo perdurable de virtudes cristianas, y para que

también nosotros tuviéramos el tipo de la humildad en la grandeza, del desprecio de toda vanagloria en la opulencia, de la rectitud de intención en la caridad hecha sólo por amor de Dios y sólo para su gloria, de la pobreza y de la humildad en medio de la riqueza, considerada por el que la posee sólo como un préstamo de Dios, y un instrumento de labor penosa y abnegada.

Todos ellos, señores, nos han estado aguardando en esa tumba hasta este momento, y aquí les traemos contristados lo que ellos esperaban. El último de los cuatro hermanos Jackson que, durante cuarenta años, no han cesado de derramar beneficios á manos llenas en este nuestro país, viene también por fin á esperar aquí la resurrección de su carne, al lado de sus mayores y de sus hermanos; á reunirse, al fin, al puro representante de la nueva generación, que la muerte arrancó prematuramente de su rama, para arrojarlo marchito en esa tumba.

La santa mujer que hoy traemos dormida á descansar en el seno de los suyos, era la última hermana que nos quedaba de la generación de benefactores de la sociedad que en ella termina, para dar paso en la tierra á la nueva, que está encargada por Dios de continuar la obra de caridad de sus progenitores. En ella parecían haberse reconcentrado todas las virtudes de ese apellido ilustre en los anales de la caridad uruguaya: ella reunía, á la dulzura de los unos, la viril serenidad y la honda conciencia de su misión de los otros; á las grandes resignaciones, las inagotables ansias de hacer el bien; á las altiveces de la verdad y la virtud, las renuncias de todo predominio mundanal; al esplendor de la caridad munificente y generosa, la obscuridad de la vida que prepara á la muerte y predestina á la gloria.

En ella, pues, parece querer reconcentrarse, en este momento majestuoso, todo el homenaje de la gratitud social; y por eso, congregados en torno de ese ataúd, lloramos nosotros, en nuestras lágrimas, las lágrimas de millares; elevamos, en nuestra oración, una solemne y propiciatoria oración nacional.

Yo traigo aquí, señores, la misión de rendir un homenaje póstumo, abriendo la urna de la palabra dolorosa que guarde la memoria de esa mujer fuerte, cuyos despojos vamos á entregar á la tierra, que piadosa los recibirá en su seno; traigo esa misión en nombre de la *Unión Católica del Uruguay;* me la ha dado el *Club Católico* de Montevideo, que tengo la honra de presidir; me la han confiado también los *Reverendos Padres Salesianos, las Conferencias de San Vicente de Paul, la Cruz Roja Uruguaya de Señoras Cristianas.*

Yo cumplo, señores, mi misión, pronunciando especialmente los nombres de esas instituciones. Pero á mí me parece, al pronunciarlos, que cien voces, brotadas de todos los confines de la república, se disputan el derecho de ser las primeras en hacerse oir, quieren á todo trance vibrar en mi voz, y reclaman el privilegio de formar las primeras en el acorde de la gratitud que en torno de este sepulcro se levanta, como un enorme estallido de corazones

reconocidos. Oigo gritos de niños educados en los asilos, protestas de ancianos recogidos en las mansiones de la vejez, voces de vírgenes del Señor, que enseñan y forman el corazón de la niñez desvalida, que rezan por los que no rezan, que rediment la sociedad con sus plegarias y virtudes ignoradas; escucho bendiciones de familias socorridas, de dolores aliviados, y de grandes amarguras restañadas; resuena en mi oído, señores, la voz salmódica de los templos construídos por la munificente caridad de esa gran matrona, que puede decir con el salmo del divino rito: yo he amado, oh Señor, el decoro de tu casa, y el sitio que es la habitación de tu gloria; llega hasta mí el clamor de todas las instituciones de beneficencia amparadas por esa mujer, el de la prensa católica que protegió difundiendo el periódico y el libro conductores de la buena nueva; el de todas las comunidades religiosas que ella trajo al país y sostuvo con su dádiva generosa, para difundir la verdad y el ejemplo, para esparcir por toda la república simientes de vida en almas desiertas y abandonadas, para repartir á manos llenas lo único que el hombre puede dar sin tenerlo él mismo: la felicidad.

Esa gran mujer, cuyos despojos traemos acongojados al sepulcro de los suyos, y cuya pérdida viste de luto á la nación; ese corazón que ya no tiene ritmo, señores, palpitó siempre, vosotros lo sabéis, movido por la pasión del bien que es armonía; anheló la gloria de Dios con la intensidad del apóstol; buscó su reinado en las almas y en la sociedad, con una tenacidad y una perseverancia que absorbieron su vida casi entera, su inteligencia luminosa, su voluntad inquebrantable; alzó siempre los ojos al cielo, para leer en él cuál era la voluntad de Dios, á fin de realizarla en la tierra; se consideró siempre como una simple administradora de los dones de inteligencia, de carácter y de fortuna de que Dios la había dotado, y ha estado siempre preparada á rendir cuenta escrupulosa de esa administración ante los tribunales eternos.

Hoy, señores, esa cuenta está rendida. Y no nos engaña nuestro corazón, no nos engaña cuando nos hace sentir en este momento, en torno del sepulcro de esa mujer que reposa, el eco de las divinas absoluciones, de los ósculos eternos, de las recompensas infinitas.

El duelo, señores, debe convertirse entonces en apoteosis solemne; las lágrimas deben perder toda su amargura; el tributo de gratitud debe dirigirse, ya no sólo á la memoria de la bienhechora de nuestra sociedad cuya pérdida lloramos, sino al Dios de misericordia que ha hecho cesar los dolores de su sierva para llamarla á su seno, y para hacerle oir las palabras eternas, que son el gérmen y la raíz de todas las grandes virtudes, de todas las caridades heroicas que brotan á la sombra de la cruz: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y encarcelado, y me visitásteis, y me curásteis, y distéis á mi corazón la palabra de paz, la de consuelo, la de esperanza.



PAZ Á LOS HOMBRES

Discurso pronunciado en el palacio de gobierno de Montevideo, el 30 de Marzo de 1903, en el "meeting" iniciado por la Cámara de Comercio con motivo de la celebración de la paz.

SUMARIO: El espíritu de la multitud.—La guerra civil.—Sus verdaderas causas en el Uruguay.—La nueva solución.—Lo que signi.ica la manifestación popular iniciada por la Cámara de Comercio.—El señor Batlle v Ordóñez y los trabajos de paz.—La gloria común.—La paz hija de paz.

Señor Presidente de la República:

La Cámara de Comercio, iniciadora de esta manifestación popular, ha querido que sea yo quien os hable en este momento; que sea yo, el más modesto de vuestros conciudadanos, quien recoja el espíritu de ese monstruo de treinta mil cabezas y treinta mil corazones que acaba de pasar aclamando vuestro nombre por debajo de los balcones de esta casa en que vive vuestra legítima autoridad, y lo infunda en algunas palabras que palpiten y perduren.

Y eso no es posible, señor: la palabra no puede vivir cuando el pensamiento que la habita la comprime demasiado; estalla y se desvanece en el viento, sin transmitir la idea ni sugerir la emoción.

Esa multitud que os ha aclamado es muy grande; su espíritu muy complejo; indefinible, para mí al menos, esa su aun perceptible resonancia.

Ese clamor que acaba de pasar por aquí va sonando á júbilo y á alegría indudablemente, tiene acordes de entusiasmo y de esperanza; eso se percibe claramente. Pero ese grito tiene también mucho de un inmenso suspiro; en él se nota aún el dejo de las trémulas angustias y de las negras congojas por que ha pasado este pueblo en estos últimos días; algo de la sorpresa y del pavor de que se sintió poseído, cuando, sin querer dar crédito á sus propios ojos muy abiertos, tuvo que convencerse de que la guerra civil, la tenebrosa guerra civil, con todos sus desastres, iba á ser una vez más, si ya no era, una verdad en nuestra tierra; de que una vez más habíamos caído en nuestro delirio morboso, que ya se creía extirpado de nuestro organismo para siempre.

¡La guerra civil! La hija del espíritu de soberbia que perdió la facultad de perdonar y la potencia de amar! La larva puesta tantas veces por el orgullo ó la incosciencia en las entrañas de la libertad impúber!

Ahí van, pues, palpitantes aún en esa multitud clamorosa, las exclamaciones de desaliento de los hombres pensadores sorprendidos por los sucesos; las protestas sofocadas de los que, sin fuerza moral bastante, se veían arrastrados á la guerra fatal contra su propia voluntad; los sollozos de las madres, que veían desaparecer del hogar, acaso para no volver, á sus briosos hijos adolescentes, llevados por el torbellino; los lamentos de los hombres de trabajo, que sentían la tempestad abatirse sobre el surco recién abierto, y arrebatarles el pan de su familia; los cantos tristísimos de nuestros campos, de ese nuestro gaucho desheredado, señor, tan noble, tan valiente, y tan resignado á su destino, que no ha sido otro sino el de ser empujado á la guerra y á la muerte por el brazo férreo de su patriotismo inconsciente. Ruinas, desolaciones, amarguras de todo género, profundas perturbaciones interiores, posibles y difíciles complicaciones exteriores, todo se amontonó sobre nuestras cabezas en la nube tempestuosa que apareció en nuestros horizontes; todo eso, y mucho más, va resonando aún en ese enorme suspiro de multitud que cruza, como una ráfaga de viento disipador de la tormenta, á lo largo de nuestras calles.

¿Y todo eso por qué? ¿Todo eso por quién?

Señor: recordemos nuestro pasado; miremos dentro de nosotros mismos, y encontraremos, en el fondo de nuestra alma, un irresistible y generoso sentimiento de piedad y de indulgencia hacia nuestro presente.

Fué el viejo espíritu, señor, al que no es ajeno ninguno de los que hemos nacido en esta tierra volcánica, al que no se ha sustraído ninguno de nosotros, el que amenazó en estos últimos días la felicidad nacional. No podemos ni debemos acercarnos á examinarlo con demasiada precipitación, porque acaso nos pasara lo que al atrevido é irrespetuoso personaje de la leyenda, que, al descubrir el ataúd, vió con pavor que era su propio cuerpo el del muerto que llevaban á enterrar.

Fué el inquieto espíritu heredado, el nativo genio turbulento, al que debemos nuestras glorias y nuestros desastres, y que no se resigna á quedarse sólo en el pasado; quiere á todo trance arrastrarnos hacia allá; atravesarse en nuestro camino; cerrarnos el porvenir; fueron los acontecimientos históricos, que se eslabonan de una manera fatal, porque los hechos tienen su lógica inflexible; fueron nuestros latentes problemas sociológicos y políticos, que no habían hallado solución en la inexperiencia del pasado, y se presentaban de nuevo á buscarla, una vez más, en la madurez del presente; fué el complejo fenómeno morboso de nuestro organismo social, el antiguo gérmen no extirpado de disolución, que hace su aparición de vez en cuando, provocado por circunstancias accesorias, y produce el vértigo que, perturbando la conciencia, hace reaparecer la subconsciencia atávica.

Era, pues, indispensable tentar esta vez una nueva solución; no la antigua convencida mil veces de impotente. Era indispensable hallar una fórmula hija de un examen profundo de la conciencia nacional, del medio ambiente, de las circunstancias atenuantes; una idea de estadista, de sociólogo, de varón fuerte, y, sobre todo, de patriota.

Para eso era necesario en el gobierno un hombre superior, capaz de sustraerse al vértigo del abismo, de comprender que se puede gozar de la libertad y de la fuerza sin servirse de ellas, y que es posible ser buen patriota sin experimentar las perjudiciales pasiones de la patria, como se puede ser buen hijo sin padecer las enfermedades de la madre.

Lo que quiere decir, pues, en resumen, señor Presidente de la República, lo que quiere decir esa solemne aclamación que acaba de pasar por esa plaza, es que ese hombre en el gobierno habéis sido vos. O es eso lo que esto significa, ó no tiene significado alguno. Hablan, pues, en mi voz, señor presidente, esos treinta mil ciudadanos que van por las calles de Montevideo.

Bien ha comprendido ese pueblo, señor, las angustias de vuestros combates interiores; pero por eso precisamente os aclama con mayor pasión; bien ha sabido que os habéis visto solicitado por tendencias radicalmente opuestas, y sin embargo respetables, y por razones contrarias, y sin embargo poderosas; bien ha sentido la lucha de un átomo con otro de vuestra sangre, que se ha librado en la soledad de vuestras arterias; pero, precisamente por eso, hoy os proclama vencedor; porque vuestra mente serena ha sabido dar el triunfo que le correspondía á la sangre generosa que, enviada directamente por vuestro corazón á vuestro cerebro, hizo florecer en éste el pensamiento germinal de la tolerancia y de la paz.

El pueblo, señor, que no se engaña en sus grandes instintos, ha sabido que habéis padecido en su carne; que habéis vivido tantas vidas cuantas se vieron amenazadas por la guerra inminente; que habéis palpitado en tantos corazones cuantos estuvieron acongojados por las angustias de estos días.

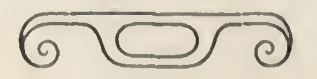
Por eso os aclama, señor, como símbolo de fortaleza y al par de justicia; por eso estáis realizando en estos momentos el supremo y difícil ideal de la democracia: ser á un tiempo mismo el jefe del poder público y el de la opinión.

Y nosotros especialmente, señor, nosotros, los que en distintas formas os hemos asediado sin compasión en los momentos de ansiedad, reclamándoos la paz, la paz á todo trance, la paz á toda costa, haciendo cargar, acaso injustamente, sobre vuestro espíritu, todo el peso de la responsabilidad de un momento supremo; nosotros, que sabemos que el consejo es una especie de paternidad que crea deberes en quien lo da, venimos lealmente, y con resuelta

satisfacción, á cumplir nuestro compromiso de honor; á rodearos y á estimularos en este momento de gloria, en que la inmensa aclamación del pueblo agradecido es la consagración solemne, definitiva, irrevocable, de vuestra conducta de magistrado, y justifica también la nuestra de agentes de concordia cívica, y de cívica esperanza.

En aquellos instantes de angustia, cuando se llegó á temer que una sola cláusula, al parecer poco importante, de las bases de pacificación, estaba á punto de hacer desmoronar las esperanzas del pueblo, vos, que queríais sinceramente la paz, permanecísteis, sin embargo inflexible en vuestra primitiva exigencia. Pero en esa inflexibilidad hemos visto, señor, no sólo el propósito de conservar incólume, como lo habéis conservado, el principio de autoridad y el prestigio de vuestro gobierno, sino algo más grande y más generoso: hemos visto el propósito de compartir con esos mismos hermanos que se habían alzado en armas frente á la autoridad constituída, la gloria, la transparente gloria de haber cedido ellos también, ofreciendo así, también ellos, en esta fiesta lustral de los holocaustos patrióticos, una ofrenda propiciatoria á la patria; pudiendo así también ellos, en esta pascua de nuestras esperanzas nacionales, comer con todos sus hermanos el pan sin levadura y el cordero sin mancha de sangre, que simboliza la nueva era; la era de la paz de noble estirpe; la era de la paz hija legítima de paz.

Así, y sólo así, vigorizaremos el principio de la autoridad constituída, emanación del pueblo libre; uniendo al pueblo y al Gobierno en una sola aspiración de paz y de justicia, superior á toda otra aspiración; así apresuraremos, como dice el poeta pensador, el camino de la razón en las almas retardadas, el advenimiento de la época en que todos los que sean fuertes tendrán miedo de su fuerza, y en que, poseídos de un santo temblor, temblarán á un tiempo mismo, el poder, en presencia de sus deberes, los pueblos, en presencia de sus derechos.





OBRA DE PAZ

:urso pronunciado, en el "Teatro Larrañaga" de la ciudad del Salto, en el banquete ofrecido por el pueblo al presidente de la república, don José Batlle y Ordóñez, el 1.º de Octubre de 1903.

IARIO: Las manifestaciones al presidente de la república.—Su significado.—El pueblo se aclama á sí mismo.—El principio de autoridad.—El acatamiento al fallo del sufragio.—La bandera y el abanderado.—El ciudadano Batlle y Ordóñez.—Sus títulos.—Los palmares de Soto.—La mujer en la obra de paz.—El brindis.

Señor Presidente de la República:

Señores:

ó, no ha sido un triunfo de la generosa y elocuente insistencia ni amigo el doctor Blixen, como él lo acaba de afirmar, el he- de haberme yo levantado á dirigiros la palabra. Si vosotros ne hubierais pedido que os hablara esta noche, yo os hubiera ıdo que me escucharais, pues para eso acepté reflexivamente, uy agradecido, la invitación á acompañarlo en este viaje, con me honró el presidente de la república: para proclamar, defi- y comprometer opiniones arraigadas en mí, tras larga y con- rada meditación; para unir mi adhesión, por insignificante ella sea, á la que el pueblo del Uruguay quiere ofrecer y ofrece, u devorante anhelo de paz y de normalidad, á la situación po- a que preside el ciudadano con quien bebemos en esta mesa el generoso de las cívicas cordialidades; para estimular inten- es buenas, y vigorizar esperanzas firmes; para unirme á vos- s, señores, en el ejercicio de la virtud ciudadana que consiste restar franco y valiente apoyo á los gobiernos dignos de él por rigen y por sus actos, virtud que representa muy á menudo ho mayor fortaleza é independencia mayor que la que consiste ombatir las tiranías.—(*Aplausos*).

bien en las piezas oratorias que forman este libro se han suprimido las mani- :iones ó movimientos del auditorio, se han conservado en el presente discurso lo de la versión publicada en *El Día* de Montevideo, por juzgarlo así necesario :omprensión é integridad de la obra).

Todo es sugestivo, señores, en el ambiente de entusiasmo c hemos respirado y respiramos desde que, hace algunos días, jamos, con el presidente de la república el puerto de Montevid Pero yo he creído distinguir una idea protagonista en medio esta serie no interrumpida de aclamaciones populares. Estas r nifestaciones completamente espontáneas, y en las que nadie poc encontrar ni un átomo de esas imposiciones oficiales ó de esas sonjas falaces que no son raras en casos análogos, son la proc mación del gran principio, *alma máter* del régimen democrát republicano que todos amamos: el soberano originario, ó, n bien dicho, la fuente inmediata del poder es el pueblo; él es nervio de la soberanía. Y si hoy aclamamos al hombre que pres este banquete augural, es porque vemos en él la huella lumin del dedo popular, que lo ha tocado en la frente, y le ha ung la cabeza con el óleo sagrado del sufragio libre.—(*Grandes apl sos*).

Es el pueblo el que se dignifica y ennoblece, por consiguiente, ñores, con estas manifestaciones de respeto á esa entidad con grada que acata sin temer; con ellas se aclama altivamente á mismo, porque con estas aclamaciones, más aún que al aban rado, saluda y rinde tributo á la handera, al pabellón de las in tuciones libres, del orden, de la normalidad, del respeto á la l del imperio de la justicia, encarnados en la persona del prin magistrado de la nación. —(*Aplausos*).

Yo he creído ver y palpar en las manifestaciones de ayer en P sandú, y en las no menos vibrantes de hoy en el Salto, un hec esencial. Vosotros me diréis, señores, si es ó no exacta mi obser ción. O mucho me equivoco, ó una parte de esas aclamaciones jefe legítimo de la nación han brotado de labios y corazones hombres que, en la reciente campaña electoral, no fueron pa darios de la candidatura del ciudadano Batlle y Ordóñez, p presidente de la república.

(Varias voces: es cierto, es cierto).

Pues bien: ya que ello es cierto, digamos que, si todas las n nifestaciones de adhesión que han poblado y pueblan el ambie que respiramos son briosas y son fecundas, ninguna es más ampl ninguna más libre, más democrática, que la de esos ciudada que fueron los adversarios del hombre que hoy acatan y sostiene porque ella denuncia la convicción, instintiva en unos, científic reflexiva en otros, de que la persona es lo accidental, de que esencial es el principio de autoridad encarnado en ella, y respet como condición *sine qua non* del ejercicio de todas las libertad que la bandera es el símbolo; que la realidad amable ante todo la patria, la patria definitivamente constituída y apta para la mocracia, libre, feliz, próspera por el funcionamiento ordenado su robusto organismo institucional; porque eso indica que ya vamos convenciendo de todo lo estériles que son las luchas fu del orden, y de que ellas son la causa de todos nuestros males; p que eso revela, en fin, señores, que nos vamos inclinando á seg

ejemplo de la gran democracia del norte, en donde, después de más reñida de las elecciones presidenciales, la primera mano e se tiende muy abierta, muy grande, muy llena de jugo del ıvo corazón norteamericano al candidato vencedor, es la mano l candidato vencido, derrotado en buena lid. Eso es lo noble, ñores, eso lo valiente, lo fecundo...—(*Grandes aplausos y aclaıciones*).

¿Qué virtud cívica esencial entraña la aclamación que tributaıs al amigo personal, ó á la persona que nos es simpática y de ien somos bien queridos, cuando esa persona es elevada por el unfo cívico?

Valiente virtud, señores, valiente virtud! La palabra virtud viede *vis*, fuerza, y para aclamar al amigo triunfante no es necerio hacernos fuerza alguna.

La virtud está en lo contrario: en la aclamación y el estímulo 'ecidos al adversario legalmente vencedor, en el acatamiento mocrático al principio que él ha triunfado.

Alzarse contra el resultado de una elección en que se ha tomado rte libremente, y alzarse contra ella porque no ha vencido nuestro ndidato ó nos es antipático el triunfador, es algo que casi deja ser culpable á fuerza de ser pueril. Sí, señores, eso tiene algo l niño que se somete á tirar á la suerte con sus hermanos pequeس el juguete apetecido, pero sólo en el caso en que la suerte le ı favorable.

Nos vamos, pues, haciendo hombres, señores: nos vamos conıciendo de que los destinos de la patria no son juego de niños untariosos y consentidos, que puedan depender de nuestras simtías personales. Ya era tiempo, ciertamente, ya era tiempo.— *randes aplausos*).

Pero aunque es ese el significado más amplio de estas manifesiones altivas, señores, ellas revelan también, pues no es posible gar la luz á medio día, que el pueblo oriental está persuadido de e, en este caso, el abanderado es digno de la bandera... (*Grandes lausos interrumpen al orador*) está convencido de que el abanrado es digno de la bandera, y por eso confunde, en una sola amación, los colores de ésta con las virtudes cívicas de aquél. (*Aplausos prolongados*).

El ciudadano Batlle y Ordóñez, señores, ha exhibido sus títulos n saneados al sufragio popular que ha ungido su cabeza; él no un advenedizo afortunado; él ha sido, durante su vida entera, soldado de la libertad política; cualesquiera que hayan sido y ın nuestras divergencias de principios y aspiraciones en otros 'renos, en ese, que es fundamental, él es el correligionario de tos los hombres libres; él ha luchado, confundido con todos nos'os, por el reinado de las instituciones; él ha padecido, con tos sus buenos conciudadanos, las grandes persecuciones por la sticia.

El discurso que acaba de pronunciar en este acto, firme y diáfano no un cristal de roca, es de una ingenuidad y de una intensidad

tales, y tan entrañables, que es muy difícil que sean percibidas aquilatadas en una sola audición; el país lo verá mañana hasta fondo, y sabrá apreciarlo en toda su profunda transparencia. S ha dicho en él el presidente, mostrando su alma abierta de par e par, porque nada tiene que ocultar en ella; sí, yo he luchado, e lucha franca y leal, por la presidencia de la república; mis acto pertenecen al juicio de mis conciudadanos; pero más que ejercita un derecho, he creído cumplir con ello un deber: el deber de ocupa el puesto en que más eficazmente podía realizar nuestros comune ideales de libertad y de justicia. Es el pueblo el que ha subido e mí, y, como supremo estímulo de mis actos de magistrado, yo h traído á la presidencia de la república mi conciencia, que es l misma, exactamente la misma, que rigió mis actos de ciudadan batallador. No es un candidato el que habla así, señores, es u presidente, en los momentos de su mayor apogeo.

(*Grandes y repetidas salvas de aplausos*).

Yo acabo de cruzar, señores, por la primera vez, al través de la colinas de esta ondulante región del Norte de mi tierra, que e toda ella, una continuación de mi ciudad natal; y al mostrársem á lo lejos un grupo de palmeras, que el ferrocarril iba dejand atrás lentamente, y que parecían girar en la cumbre de la colin lejana; al decírseme que esos palmares eran los palmares de Sot una niebla pensativa, tristemente luminosa, brotó, como una au rora sideral, del fondo de mis complejos recuerdos... ¡ Oh recue dos, recuerdos que os movéis en la bruma blanquecina, y habláí en ella largas palabras, y reproducís azuladas tragedias melan cólicas!

Allí se luchó: esos palmares, que son símbolo de paz, y al mism tiempo de gloria, lloran con el viento su larga elegía; lloran po todos los caídos en el regazo de la batalla, por los de una y otr parte; á todos los confunden en una perpetua lamentación que p rece maternal, porque brota de las entrañas del sagrado suelo pa trio, sube con la vida del árbol, y se difunde entre el cielo y tierra en los rumores musicales de sus hojas suplicantes.

(*Grandes aplausos.—¡Bien! Muy bien!*)

Allí luchó á nuestro lado, señores, el ciudadano Batle y Ordóñe por la libertad y por la justicia; yo no puedo olvidarlo; desde al ha ido escalando lentamente la cumbre, dejando mucha sangre sus pies en el áspero camino; ha subido mezclado á la larga per grinación de los romeros del derecho, confundido con todos no otros en la ambición de libertad cívica, cualesquiera que hay sido nuestras discrepancias de doctrina y nuestras diferencias criterio en lo relativo á ciertos hechos concretos; desde allí ha s bido, por fin, con nuestros principios democráticos á cuestas, has la cumbre en que hoy aclamamos, y en que debemos sostener, un acto de consecuencia y en un transporte de esperanza, com presidente de la república, al viejo soldado de esos palmares Soto que hemos visto al pasar esta tarde, en la cumbre de las col nas solitarias. (*Aplausos repetidos*).

Hoy, señores, el que fué propagandista ardiente y soldado ciudadano, proclama la paz honrosa que él mismo, mezclado al pueblo, ha conquistado para el pueblo, á fuerza de sacrificios. Es que ha llegado, señores, para este país, pues algún día había de llegar, el momento de realizar algo que es más difícil que sacrificarse: el momento de poseerse, el de preparar unidos el campo de batalla en que libraremos después entre nosotros mismos los combates incruentos de la idea.

Hoy, el antiguo soldado de los palmares ama y proclama la paz, no como una inconsecuencia ciertamente, sino como la más ceñida de las consecuencias lógicas ; no como la base de su gobierno solamente, sino como la hija de sus entrañas de ciudadano, como el fruto de los sacrificios comunes de veinte años, como el depósito sagrado que el pueblo ha confiado á su energía y que él está obligado á custodiar.

Por eso, sin duda alguna, siente un amor apasionado hacia la normalidad institucional conquistada ; por eso, al imaginársela injustamente amenazada, siente en su naturaleza, en general poco expresiva, movimientos de celosa angustia, y se oyen notas de serena firmeza en las vibraciones de su voz.

Yo, señores, no formo parte de los consejos del señor presidente de la república, ni de su gobierno ; no puedo constituirme en intérprete autorizado de su íntimo pensar ; no estoy vinculado, por otra parte, á ninguno de los partidos políticos de mi país ; no tengo, pues, ninguno de los grandes recursos de hermenéutica política. Soy un principio que flota en medio de vosotros, una convicción que palpita, una voz impersonal que pasa por el viento. Pero con el simple buen sentido que Dios me ha dado para sustituir la falta de una inteligencia superior que tanto desearía en estos momentos para inocular en mi país la convicción que está en mi espíritu ; con mi simple buen sentido, yo he visto bien claro, en el insistente anhelo de paz que, en varias formas, todas ellas amables y sentidas, ha manifestado en este viaje el presidente de la república, un grito premioso en el que dice á todos los hombres de buena voluntad : dejadme haceros bien ; dejadme concentrar todas mis horas, todos mis pensamientos á ese solo objeto. Que no se atraviese, por Dios, en mis meditaciones, la idea de que existe el mal, y de que yo, como presidente de la república, estoy en el deber de prevenirlo, y conjurarlo y reprimirlo. Yo os prometo, una vez más, si es necesario, libertades, justicia, bienestar, prosperidad. Si no creéis en mis palabras, dadme tiempo para haceros creer en mis hechos. Pero es razonable que creáis en mis promesas, que abono con una vida entera de lucha por la libertad. Yo estimularé la ganadería, la agricultura, el comercio ; yo haré profundos y accesibles vuestros puertos, transitables vuestros caminos, inviolables y seguros vuestros hogares; yo no puedo hacer más, para abonar mis promesas, de lo que ahora estoy haciendo: arrojaros mi corazón, que es transparente, para que lo examinéis hasta el fondo. Pero cooperad todos vosotros á la obra ; cooperad á ella, haciendo un postulado nacio-

nal de la paz, de la condenación enérgica de todo pensamiento que tienda á arrancarnos de sus brazos, ó á arrebatarnos la fe en la eficacia de las instituciones, haciéndonos fundar una esperanza precaria y dolorosa en la destrucción y en el derrumbe.

Proclamad eso ante todo, porque la unión de todos en esa fe inquebratante es la base indispensable de todo progreso político y material ; no permitáis que se me imponga á mí esa preocupación, que debe ser la de todos y cada uno de vosotros ; no queráis que se me grave con esa tarea, porque no es posible que yo me concentre al mismo tiempo á defender la puerta de la casa amenazada, aunque lo sea por fantasmas, y á realizar en el interior de ella la mayor suma de bienestar ; porque no es posible, en fin, como lo dice el adagio vulgar, repicar en la torre tocando á rebato, y andar al mismo tiempo en la procesión.

(*Grandes y repetidas salvas de aplausos*).

El presidente tiene razón, señores, y no es sensato ver en sus palabras otra cosa que una nueva prueba del angustioso anhelo que siente porque el país lo deje hacer bien, todo bien, y nada más que bien. Démosle lo que pide, señores, porque es justo, porque es conveniente: démosle fe ; demos apoyo, como lo estamos haciendo por medio de estas desinteresadas manifestaciones populares, á su autoridad, que es emanación legítima del pueblo ; seamos todos pacificadores en la más honda de las pacificaciones, que es la única que acaso nos queda por realizar: en la pacificación de los espíritus, en la pacificación de los deseos, de las intenciones, de las esperanzas.— *(Aplausos).*

¿ Y cómo no recurrir á vosotras, oh señoras, que sois el principal esplendor de esta fiesta, como no recurrir á vosotras, para la realización de esa obra que podríamos llamar de evangelización política ?

La empresa debe ser vuestra en gran parte ; la obra es digna de vosotras ; tomadla, hacedla vuestra con generosa pasión: trabajad por la paz ; matad con el amor todo germen de odio que sintáis brotar en el alma de aquellos sobre quienes ejercéis vuestro irresistible ascendiente de ternura: sobre vuestros esposos, sobre vuestros hijos, sobre todos los que obedecen, aun sin quererlo, la inerme tiranía de vuestro amor omnipotente.—(*Grandes aplausos*).

Yo bien comprendo que la mujer no puede menos de compartir los sentimientos de su esposo, de sus hermanos, de sus hijos, desde que su corazón, que es maravilloso instrumento de armonía, tiene que ajustarse al ritmo de los que ama, so pena de dejar de amarlos. Pero la nota de vuestro corazón, señoras, puede ser, sin desentono, la nota de la ternura, de la caridad, del perdón, en el acorde doméstico. Llevadla siempre á él, señoras ; aplacad las pasiones, sin contribuir jamás á exacerbarlas ; sed siempre el espíritu cristiano dentro de la tradición partidaria ; sed la palabra que aplaca, la lágrima que perdona, el suspiro que se resigna, la mano débil y suplicante que detiene el brazo armado. Ese es el divino mensaje

e tenéis en el fondo de vuestras almas; leedlo en ellas; leedlo en, y trasmitidlo en nombre de Dios á esta sociedad, tan perturda todavía por las reliquias de sus pasadas convulsiones.

Vuestro sexo, señoras, que ha sido llamado sexo débil, es el sexo erte por excelencia, cuando se encierra en su misión de amor: estra mente es de luz para la intuición, de hierro es vuestro cozón para el dolor; la primera no se ofusca cuando ve; el segundo se quebranta cuando ama. Ved, pues, claro en este asunto, y aréis enérgicamente, y seréis la paz.

Tened fe en vosotras mismas; en todas las grandes empresas, en s divinas y en las humanas, la mujer ha sido siempre la fe vinte. Cuando el Hombre Dios, abandonado por sus amigos que yeron ante el peligro, recorría su calle de amargura, sólo mujes le dieron lágrimas y consuelo; sólo una mujer se desciñó las cas de su cabeza para enjugar la sangre y restañar las lágrimas su rostro luminoso profanado. Cuando, en la cumbre de la colina crosanta, abrió sus brazos la cruz, como el iris de paz encendido en las iras del cielo y los pecados del mundo, casi sólo mujeres estuuron al pie del patíbulo del Justo, sólo ellas vieron gotear la sane de la Víctima divina, sólo ellas oyeron el testamento de Dios, aceptaron por nosotros y nos trasmitieron nuestra herencia de lención...

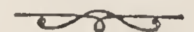
(Largos aplausos repetidos).

Y cuando el genio errante por Europa con un mundo en la caza, pisaba desamparado la tierra española y pedía agua y pan ra su hijo en las puertas del convento de la Rábida, ya lo espeba en tierra española un amor de mujer capaz de acompañarlo le alentarlo, y un genio de mujer capaz de comprenderlo, y que, gún la expresión del poeta, de su corona desprendió un tesoro, ra engastar un mundo en su corona.

(Bravo, bravo, aplausos).

Señores, brindemos: brindemos á la bandera de las instituciones publicanas, por cuyo triunfo, dentro de la normalidad y la paz, esnos librando estas batallas; brindemos á su actual abanderado, que ra ella recoge nuestras viriles aclamaciones; brindemos á la reaación del ideal que aconsejaba un día el presidente Roosevelt á s conciudadanos, en un acto como éste, y en un discurso memoole: hagamos de modo, les decía, que, llegada la hora de nuestra ierte, podamos morir en la convicción de que la humanidad es poco mejor, porque nosotros hemos vivido; brindemos, por fin, inapreciable concurso de la mujer en nuestra obra de justicia, progreso, de libertad, de amor....

(Grandes aplausos. La concurrencia, puesta de pie, aclama largo o al orador).





LAS MISIONES SALESIANAS

Conferencia dada, el 14 de Noviembre de 1900, en la tercera sesió
pública del Congreso de Cooperadores Salesianos celebrado e
Buenos Aires.

SUMARIO: El derecho de conquista sobre los primitivos pobladores d América.—Las diferentes doctrinas al través del tiempo.—La do trina verdadera.—La Conferencia de Berlín.—Las soberanías afr canas.—Los indios no constituían una persona política capaz d soberanía, pero eran personas humanas, con la plenitud de lo derechos de tales.—Las doctrinas de los teólogos españoles del sigl XVI.—Fray Bartolomé de las Casas é Isabel la reina.—El soldado y misionero.—Las misiones jesuíticas del Paraguay.—Los misioner salesianos.—Don Bosco.—Su semblanza.—Su vocación de misio nero.—San Francisco de Asís y don Bosco.—El ensueño de do Bosco.—Su realización.—La concesión de almas.—El imperialism salesiano.—La independencia de América.—La sociabilidad amer cana.—Su composición étnica.—El misionero en el pueblo.—L civilización es inseparable del cristianismo.—La democracia.- Una balada alemana.—Gratitud.

Excelentísimos señores:

Señoras:

Señores:

Algunas de las personas que me escuchan lo saben felizment me he encargado sólo á última hora del desarrollo del primer tem de esta tercera sesión pública del congreso de cooperadores sal sianos: las misiones.

¡ Y me encargué, sin embargo ! ¿ Por qué lo habré hecho ? ¿ P qué no insistí mucho más en la necesidad de que un asunto tan vast tan sugestivo, tan acreedor á una larga preparación, fuera trata aquí por voz más elocuente que la mía ? Es ahora, en vuestra pr sencia, ilustres prelados que me escucháis, es ante vuestra pr sencia, oh señoras y señores que formáis con ellos esta imponent asamblea, es ahora cuando siento todo el peso del irreflexivo com promiso que contraje, y todas las exigencias del asunto que acept

¡ La noche de las almas ! ¡ El hombre salvaje ! ¡ El misionero ! ¡ I

sembrador peregrinante del Evangelio, que traza con su sangre la primer senda para la civilización cristiana en el desierto, y enciende en él sus palabras, é ilumina lentamente con ellas la soledad!

¡Don Bosco! ¡El salesiano, el buen salesiano!

Todo eso, señores, y tanto más que sugiere mi asunto, produce una enorme resonancia en las almas armoniosas. Yo he creído escucharla muy á lo lejos, al ponerme á meditar sobre lo que estaba en el deber de deciros en esta sesión; pero la ráfaga musical pasó por mi espíritu, como el viento entre los árboles, sin desprender de él las palabras maduras que hubiera debido ofreceros; sólo tengo, señores, ideas aun informes, palabras sin bastante sol. El tema quedará casi desierto. ¡Qué le hemos de hacer!

Sírvame, sin embargo, de disculpa el hecho de haber aceptado mi compromiso con resistencia, y sólo á falta de mejor intérprete para mi asunto, y entremos de lleno á nuestro tema: las misiones salesianas, es decir, la difusión del Evangelio, por los peregrinos de don Bosco, entre los hombres de nuestra tierra que no están aún incorporados á la civilización cristiana.

Nosotros, señores, hombres de raza europea ó caucásica, vivimos en una tierra que hasta hace cuatro siglos, bien poco tiempo, por cierto, no pertenecía á nuestra estirpe; otra raza, que la habitaba desde los tiempos sin historia, fué desalojada á viva fuerza por unos conquistadores venídos en carabelas desde el otro lado del mar. Y esos conqustadores son nuestros padres; de ellas heredamos esta tierra.

No creo necesario demostrar que nosotros descendemos de los conquistadores, á despecho y pesar de los cantos líricos indígenas de nuestra independencia política; ninguno de entre nosotros se cree descendiente de los pampas, de los querandíes ó de los charrúas.

Ahora bien, señores: ¿Es legítima nuestra herencia? ¿Es justo, y no precario, nuestro título? ¿Existió en nuestros causantes el derecho de conquista sobre las tribus indias que poblaban esta tierra que hoy llamamos nuestra? ¿Qué derechos tienen los vestigios de aquellas razas, los hijos de los conquistados, que aun viven en los desiertos, sobre nosotros, los hijos de los conquistadores, que hemos edificado ciudades y cultivado campos?

He aquí, señores, la porfiada controversia del siglo XVI que reaparece, y que recobra su interés en nuestros días. Estamos en época, no de descubrimientos, pero sí de exploraciones y de conquistas, de expansiones territoriales, de imperialismos como hoy ha dado en llamárseles. Y yo, que voy á ocuparos una hora para hablaros de una especie de imperialismo, del imperialismo de un rey, (hablo de don Bosco) debo comenzar por plantear y resolver esa cuestión secular.

Vosotros conocéis las distintas fases por que ella ha pasado. Ora se ha sostenido que los pueblos salvajes ó las tribus bárbaras no

tienen derecho alguno personal sobre las tierras que ocupan, ni de propiedad, ni menos de soberanía; ora se ha dicho que tales pueblos sólo pueden pretender una soberanía limitada por los derechos de la *colonización y de la civilización;* ora, por fin, se ha proclamado á grandes voces, en nuestros días sobre todo, el derecho de aquellos grupos humanos á la independencia como entidad jurídica, á la propiedad colectiva de la tierra, y aun á la soberanía y al respeto absoluto de los estados cristianos, que les deben hasta el *comitas gentium.*

Es esta última doctrina la que prevalece teóricamente en el derecho de gentes moderno. En éste, la concesión pontificia de los antiguos tiempos, ó la prioridad en el descubrimiento, ó la posesión más ó menos ficta que se invocaba como modo de adquirir el dominio por parte de los estados descubridores, han sido sustituídas por la toma de posesión *real y efectiva,* notificada á las demás potencias colonizadoras. Esta tesis, adoptada por casi todos los tratadistas, desde Bynkershoek, Vatel y Martens, ha sido incorporada, como sabéis, al derecho internacional positivo, desde la conocida conferencia de Berlín de 1884 y 85, en que se establecieron las formas de ocupación de las costas del continente africano.

¡El respeto absoluto á la soberanía salvaje! ¡Los tratados y convenciones con los jefes de tribu! ¡Las cesiones voluntarias de territorios, y los protectorados paternales!

Ah, señores: todo eso está muy bien escrito en los libros; pero todo eso no es verdad en los hechos. El reinado de la fuerza no ha terminado en el mundo: se ha vestido de abalorios solamente. Si aun rige entre los pueblos civilizados ¿qué sucederá en las relaciones de éstos con los salvajes?

Ha dicho un gran pensador inglés, señores, que «las filosofías del hombre son generalmente el suplemento de su práctica, una especie de barniz lógico con que se adorna, una epidermis de inteligencia articulada con que se recubre, y con la cual se esfuerza por hacer admisibles sus actos instintivos y ciegos después que los ha realizado.»

A nada sería más aplicable esa profunda observación, señores, que á las relaciones entre los pueblos, aun entre los estados cristianos; cada pueblo tiene su filosofía internacional. Recordemos, si nó, esa llamada doctrina de Monroe, especie de camaleón dorado que, después de cobrar tantos colores como rayos de sol han tocado su piel articulada, ha dejado de ser una doctrina internacional como se creía, para transformarse ó confesarse lo que siempre ha sido: un simple aforismo de política interna de un gran pueblo.

Bien sabéis, señores, que ese respeto á las soberanías africanas proclamado en nuestros tiempos tiene mucho de olímpica hipocresía, y que, si algún progreso entraña en la vida internacional, es sólo porque la hipocresía puede ser un tributo que el vicio ó el error suelen rendir á la virtud ó á la verdad; bien sabéis que ese respeto á las soberanías salvajes en nuestros días, y los tratados que se celebran con los jefes de tribu, más que una proclamación del

derecho de los conquistados, es una precaución adoptada por los conquistadores, á fin de que las potencias puedan tomar más facilmente posesión de los nuevos territorios, sin lastimarse mutuamente; es, en una palabra, la tan criticada bula de Alejandro VI, expedida previamente por los grandes pontífices imperiales; bién sabéis por fin, señores, que la conquista moderna del Africa no difiere fundamentalmente de la antigua conquista de América, á pesar de los congresos y conferencias.

¿Por qué no establecer entonces, señores, con honrada sinceridad, los verdaderos principios, que son los eternos de la filosofía cristiana?

Voy á exponéroslos en la forma somera que consiente la naturaleza de mi discurso.

Yo creo que el título de propiedad sobre nuestra tierra que, como persona colectiva, hemos heredado de la otra persona internacional que fué nuestra metrópoli es un título perfecto, pues perfecto fué el modo de adquirir de nuestros causantes, los bravos descubridores y conquistadores de estas tierras.

Recordemos ante todo que, para concebir el derecho, el hijo de la justicia, que es relación jurídica entre personas, tenemos que concebir una persona que sea sujeto del derecho, y otra que sea su término ó su objeto. No es menos esencial el recordar que existen dos clases de personas: la persona física, el hombre, y la persona colectiva ó jurídica. Vosotros sabéis que, en derecho internacional, las entidades que son objeto y término del derecho no son las personas físicas, no son los hombres; son las personas internacionales, los estados ó sus representantes, las agrupaciones de séres humanos que, en posesión estable de un espacio determinado de la tierra, constituyen esa especie de organismo persistente al través de los tiempos y generaciones, capaz de vida interna y de vida de relación con los demás organismos de su especie, que llamamos sociedad política, estado independiente, nación soberana.

Ahora bien, señores: las tribus americanas que poblaban nuestro Río de la Plata, ¿constituían esa persona colectiva, ese organismo vivo, articulado, consciente, apto para ser objeto y término del derecho que rige las personas internacionales?

Estoy firmemente persuadido de que nó, señores; estoy convencido de que aquel hombre triste y melancólico que recorría desnudo, en número exiguo, un espacio capaz de servir de vivienda á cien millones de séres humanos; aquel hombre sin fe, sin ideal alguno de progreso, sin concepto alguno de soberanía ni de vida de relación, no ocupaba propiamente esta tierra; pasaba por ella como el pájaro por sus aires, como el avestruz por sus llanuras. Esos grupos de hombres, obscuros peregrinantes de la soledad, no constituían un organismo de la misma especie de las personas colectivas que son sujeto y término del derecho de gentes. Yo bien sé, señores, que la sociedad civil se constituye, *ipso facto é ipso jure*, por la

coexistencia de los hombres, ó más propiamente de las familias, que son la unidad primitiva de esa sociedad, y que hallarán su unidad definitiva en la unión organizada de los estados civilizados; yo bien sé que no es concebible una reunión permanente de seres humanos que no constituya una sociedad con deberes y derechos inherentes; pero de esa sociedad civil primitiva á la *sociedad política formada*, organizada de modo á constituir una *persona internacional*, hay una enorme distancia. Y si bien no nos es dado establecer de una manera precisa el *minimum* de condiciones requerido para que aquella persona se considere existente, es indudable que ese *minimum* no era alcanzado por las tribus nómades de los territorios rioplatenses primitivos.

No habiendo, pues, señores, una persona colectiva apta para tomar posesión, como tal, de nuestra tierra, era ésta *res nullius*, á los efectos del dominio eminente, en la época de la conquista; perteneció pues al primer ocupante *animo domini*, á la persona internacional que primero se estableció en ella, y que primero echó los gérmenes de las actuales sociedades políticas cristianas.

Ahí está, señores, á mi sentir, el verdadero título de dominio de nuestros causantes; ahí está el origen de nuestro proprio dominio sobre nuestra tierra.

Pero sólo sobre la tierra, señores, sólo sobre la tierra; jamás sobre el hombre, que no es objeto de más dominio que el de Dios. Porque si es verdad que en el conjunto de los hombres salvajes no existía una persona jurídica capaz de dominio eminente, es indiscutible que cada uno de esos hombres era una persona humana, libre, inteligente, no sólo capaz de deberes y derechos, sino idéntica por su naturaleza, por su origen, por su destino inmortal, al más encumbrado de los seres que forman la humanidad; idéntica al rey que conquistaba estas tierras, idéntica al mismo pontífice augusto que entonces las concedía en el nombre de Dios. Ese hombre, señores, era y es un hijo del mismo Padre camún que está en los cielos, era y es un descendiente de Adán el primer progenitor, un expatriado, como él y como todos nosotros, del Paraíso en que tuvo su divino origen; ese hombre heredó como nosotros la culpa original, germen de su infeliz decadencia; y, título supremo de suprema dignidad, señores, por ese hombre, como por todos nosotros, el Verbo de Dios se hizo carne, hombre como el indio, y Cristo murió por él en la cruz. Era pues, nuestro infeliz coheredero; era un rey, el rey de la creación.

Esa persona humana, señores, tenía, como tal, la facultad lícita é inviolable de obrar que compete á la persona; la inviolable potestad de usar de las facultades propias de su naturaleza, de unir á esa persona, por medio de los actos de esas facultades, los bienes exteriores, y disponer de ellos como de su propiedad. Porque ese hombre tenía un fin idéntico al nuestro, tenía el deber de cumplirlo, y la necesidad de usar para ello de sus facultades y de las cosas de este mundo.

Y si en él residía la facultad moral llamada derecho, en todos

s demás hombres, en todos, señores, y en la sociedad que estos rmaban, residía el deber correlativo: el de reconocerle, como obto de perfección, un fin propio, no subordinado al de sus semeıntes, un fin superior á las criaturas, desde que las criaturas ın, cuando más, sus iguales en naturaleza; el de no tratarlo,)r consiguiente, como un medio para que otros realicen su estino; el de acatar á esa persona como sagrada é inviolable ı sí misma, y en todo aquello que le está unido por natuıleza ó por acto de sus facultades; el de respetar, por consiıiente, su vida, su integridad, su libertad, su propiedad, su ex-ılsa dignidad de persona humana.

Ese deber histórico asistió, por consiguiente, á nuestra raza, con ılación al primitivo poblador de nuestra tierra; no podía exterinarlo, no podía hacerlo esclavo, no podía despojarlo de su proıedad individual; tenía el deber de incorporarlo, en la plenitud ı sus derechos y de su dignidad de hombre, á la sociedad civil política que formaba en la tierra que aquel pisaba; tenía, por ınsiguiente, el deber de conquistar su inteligencia á la verdad, ı voluntad al bien, su persona entera á la civilización cristiana. ese deber de nuestra raza, señores, ha pasado íntegro y reside en uestros estados independientes; y el derecho correlativo reside ún en los vestigios de aquella raza, en el hombre de nuestro ueblo.

Esa es la doctrina, señores, la vieja doctrina cristiana, que hoy ıele reproducirse, más ó menos fragmentaria, como una conıista de los tiempos modernos, en los congresos y conferencias ıternacionales, cuando no se proclama la ley modernísima de ılección ó de evolución en la escala ascendente de la vida animal; ·a esa la doctrina que informaba las monumentales Leyes de Inias, y las que proclamaban los teólogos españoles, Victoria, Soto, ray Melchor Caro, Fray Antonio de Córdoba, el Padre Suárez, ue son los verdaderos fundadores, antes de Grocio, del Derecho ıternacional, y sobre los cuales descuellan, como símbolo viviente encarnación práctica de esas ideas, la figura monolítica de Barılomé de Las Casas, el fraile blanco, y la transparente figura de sabel de Castilla, la reina católica, que hasta en su testamento scribía: «Por cuanto, al tiempo que nos fueran concedidas por ı Sede Apostólica las islas y tierra firme del mar océano, fué nues-·a principal intención la de procurar inducir y traer los pueblos e ellas, y los convertir á nuestra santa fe católica, y enviar á las ichas islas y tierra firme prelados y religiosos para instruir y enıñar buenas costumbres á los moradores de ellas: Por ende, suılico al Rey mi Señor y á la princesa mi hija y al príncipe su ıarido que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin; no consientan ni den lugar que los indios reciban agravio alguno n sus personas y bienes; y, si algún agravio han recibido, lo reıedien y provean por manera que no se exceda en cosa alguna».

Ya desde entonces se inicia, sin embargo, señores, la pugna, que aun no ha terminado, entre el soldado, conquistador de tierras y de cosas, y el misionero, conquistador de almas; el uno es el derecho de posesión sobre la tierra, á la que tiende á encadenar el hombre como un accesorio; el otro es el deber de justicia y caridad hacia el hombre, desprendido de la tierra, y señor y dominador de ella.

Es verdad, señores, que esos dos elementos debieron y deben ser complementarios; es verdad que más de una vez lo han sido; pero confesemos, señores, que generalmente no lo fueron, que generalmente no lo son. Hagamos nuestro examen de conciencia social, y confesemos honradamente, confiésenlo todos, aun los que no piensan con nosotros, que, á no haber existido el misionero, nadie, desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días, nadie hubiera pensado jamás acercarse con respeto al indio, sólo para decirle que es un hijo de Dios, y que tiene un alma que ennoblecer y que salvar; nadie se hubiera llegado á él para llamarle hermano; nadie para cumplir los deberes fundamentales de la raza cristiana conquistadora sobre los vestigios de la desventurada estirpe conquistada.

Ahí están, señores, al lado nuestro, las ruinas de las antiguas reducciones jesuíticas del Paraguay. La soledad que las habita habla largas palabras melancólicas. Esos escombros son el gran monumento levantado al misionero en el desierto americano. Allí vivió el salvaje al lado del evangelizador; el indio era allí un hombre; creía, trabajaba, amaba, era feliz. El misionero aplicaba á aquel hombre niño, á aquella raza infantil, el método racional educativo; el mismo que hoy prescribe para casos análogos la psicología pedagógica moderna con su criterio experimental. La apología de esa colonización acaba de hacerla, al decir la última palabra de la ciencia económica, el eminente Enrique George; ese estado social de las misiones paraguayas, dice el gran pensador protestante, constituye el eterno honor de los jesuítas. Efectivamente, señores, allí se realizaba el ideal de la ciencia económica; allí el trabajo era reconocido como el elemento predominante de la producción; allí, ni la tierra ni el capital menoscababan, con las tiránicas exigencias de la renta ó del interés irracional, el fruto sagrado del esfuerzo humano. Es cierto que se ha hablado de libertad al denigrar las misiones. Comparad señores la situación del indio en su reducción con la de muchos obreros modernos en sus fábricas, y decidme cuál de ellos es más libre, más feliz, más hombre. Fué arrojado el misionero de las misiones; fueron expulsados los jesuítas; triunfó allí la tendencia del soldado. Y el indio volvió á su selva, y olvidó el nombre de Dios, y reanudó su vida nómade y salvaje, y se derrumbaron los templos y las felices reducciones, como si se echaran á llorar la ausencia eterna de un espíritu; y la maleza envolvió todo aquello; y los tigres tomaron posesión de las viviendas del hombre, y el hombre fué á habitar las viviendas de los tigres, y á cruzar de nuevo como ellos, desnudo y receloso y fiero, la inmensa soledad de los desiertos.

Oh, sí, señores; confesemos honradamente que el soldado, lo mismo el armado de arcabuz que el que dispara el fusil moderno de repetición, que mata tanto en tan poco tiempo, no es el que lleva al indio la prueba de que la raza conquistadora es más virtuosa que la doliente estirpe conquistada; confesemos que sólo el misionero ha sido siempre, y es, y seguirá siendo el único intérprete del Evangelio de caridad; el único que siente el supremo respeto por la persona humana del salvaje, el solo que lo eleva realmente, no en la teoría sino en la práctica de la vida, á la igualdad absoluta de naturaleza con los demás hombres; el único que realmente lo siente y lo llama hermano, pues sólo él se arrodilla á su lado, y, levantando los ojos á las estrellas, le hace decir al unísono con él: «Padre, Padre nuestro que estás en los cielos».

Las armonías del raciocinio filosófico abstracto me han alejado quizá demasiado de mi tema, señores. Perdonadme; vamos á él.

Ah, sí, seáis los bienvenidos á nuestra tierra, oh los buenos misioneros salesianos. Habéis venido á ella ¿no es verdad? ¿habéis venido á cumplir por nosotros el deber de nuestra raza para con el hombre cuya tierra es nuestra tierra?

¿Pero no sois vosotros los hijos de aquel Don Bosco que comenzó su apostolado reuniendo en torno suyo los niños haraposos que corrían por las calles de Turín?

¡Don Bosco! ¡Oh! ¡Bien lo recuerdo, bien lo veo en mi imaginación que ha ocupado tantas veces, con su cara sonriente, y sus ojos llenos de luz tranquila y de bendiciones plácidas! Lo veo rodeado de niños pobres bajo los árboles de los suburbios de la ciudad italiana. Lo circundaba el portento; un efluvio de compasiva ternura parecía brotar como una aureola luminosa de su vieja sotana negra; el birrete que ceñía su cabello y dejaba en él su huella circular, parecía predisponer para el nimbo aquella nobilísima cabeza que se inclinaba sin abandono sobre el hombro derecho en actitud de permanente indulgencia. ¡Y qué firmeza de resolución había en aquella frente erguida en su humildad, é inaccesible al desaliento! ¡Qué reposo en aquella boca que, pensando siempre en el cielo, nos hablaba del paraíso con sólo sonreir!

¡Don Bosco, el buen Don Bosco, el celestial amigo!

Seáis los bienvenidos á nuestra tierra, oh vosotros sus heroicos mensajeros, oh vosotros que vivís de su recuerdo y de su espíritu!

¿Pero cómo os habéis convertido vosotros, los hijos de Don Bosco, en misioneros de indios, si parece indudable que la vocación de vuestro padre no era otra que la de acudir al gran peligro de las modernas sociedades, amenazadas, no tanto por los salvajes del desierto, cuanto por los no menos temibles que hoy preparan en las ciudades la tercera invasión de bárbaros que registrará la historia, y que, como las anteriores, sólo el cristianismo podrá desarmar? ¿Cómo se transformó Don Bosco en misionero de las regiones patagónicas ó ecuatoriales de América?

Señores: la historia de los peregrinos sembradores del Evangelio

por el mundo, desde los apóstoles hasta nuestros días, es la historia del heroísmo humano en su más alta expresión; la vocación del apóstol, el impulso que pone un báculo en la mano de un hombre y una alforja en sus espaldas, y lo hace andar remotos caminos en busca de hombres desconocidos, de otra patria, de otra raza, con el solo objeto de predicar á esos hombres la fe, y dispuesto á dar por ello la propia vida, es un perpetuo milagro psicológico, pues interrumpe las leyes naturales del espíritu humano; sólo un agente supernatural extraordinario puede determinar ese impulso.

Don Bosco, como hemos dicho, no lo sintió al principio de su vocación. Si esa inspiración pasó alguna vez por su mente; si hasta llegó á comunicarla al pontífice Pío IX, se vió obligado á desecharla, por consejo del mismo gran pontífice. Pensad en consolidaros en Italia, le dijo. Y los niños abandonados de las ciudades europeas continuaron siendo el único objeto de su caridad. Eso parecía bastar, y aun sobrar, para llenar sus ambiciones de inerme conquistador; muy poco parecía una vida, aun siendo la de Don Bosco, para tan grande empresa.

Pero derrepente, y cuando su obra daba apenas sus primeros vacilantes pasos en Italia, la sugestión heroica reaparece en su alma, en forma imperiosa, irresistible. Don Bosco siente el anhelo de la aventura evangélica, de los descubrimientos de almas desconocidas; es el imperialismo de la caridad, señores. Quiere salir, no sólo de Italia, sino también de Europa; el mundo le parece estrecho; quiere correrlo, y dar á sus hijos la consigna que el pobrecito de Asís, el primer sucesor directo de los apóstoles, había dado seis siglos antes á sus frailes menores: *Su, miei figli, spargetevi pel mondo e annunziate la pace.* Ea, hijos míos, esparcíos por el mundo, y anunciad la paz.

¿Habéis notado, señores, las analogías entre don Bosco y San Francisco de Asís, entre la obra del pobrecito del siglo XIII y la del pobrecito del siglo XIX? Habéis visto cómo la índole de ambos los induce á reclutar sus hijos en el pueblo, á confundirse con él, á ceñirse una cuerda, á tomar un báculo y una alforja casi vacía, y caminar los caminos del universo sin más guía ni apoyo que la Providencia de Dios? ¿Habéis visto la analogía entre los terciarios de San Francisco y los cooperadores salesiamos? ¿Habéis notado la tendencia á hermosearlo todo con el arte, que acerca á Don Bosco y á San Francisco?

No cabe, desgraciadamente, en las proporciones de esta conferancia, señores, el estudio interesantísimo de ese parangón; debo sólo deciros cómo y cuándo cayó en el alma de Don Bosco la semilla inflamada del misionero peregrino por el mundo.

Ella cayó, señores, desde la región misteriosa de los sueños.

Don Bosco, en medio á las dificultades de sus primeras fundaciones, soñó durante una noche entera, hasta ser despertado por la aurora. Y no soñó con sus niños desvalidos que necesitaban pan; no vió calles de las ciudades europeas, en que otros niños esperaban su amparo.

Voy á contaros lo que soñó.

Escuchadme, predisponiendo vuestro espíritu á escuchar una historia amable, de esas que se cuentan á los niños, para que se duerman pensando en el cielo, y en los ángeles de alas blancas y transparentes.

Don Bosco vió una llanura; el desierto inconmensurable; ni colinas, ni montes; enjambres de hombres de largas cabelleras negras, todos desnudos, con pieles de animales colgadas de los hombros, y armados de lanzas, recorrían aquellas pavorosas soledades; los vió muy bien; distinguió su color, sus rasgos antropológicos. Algunos llevaban clavados en la punta de las lanzas trozos de carne sangrienta, otros cazaban bestias feroces; unos grupos peleaban contra grupos de su propia raza; otros luchaban contra soldados europeos. Luchaban ferozmente; el suelo estaba sembrado de cadáveres. En esto asoma, en la extremidad de la llanura, un grupo de misioneros. Don Bosco los mira; no los conoce. Los misioneros avanzan, y son destrozados por los salvajes. La batalla se renueva con sus escenas sangrientas. Otros misioneros asoman por el horizonte. Don Bosco los mira, los reconoce; ah, sí, los reconoce bien; son sus hijos, sus salesianos; reconoce personalmente á algunos, á los que vienen en primer término; pero á los otros nó, aunque también son salesianos; estos son el porvenir sin duda alguna. Quiere detenerlos, para evitarles el destino de los otros misioneros; pero los salesianos avanzan rezando el rosario en voz alta; penetran entre los salvajes... Éstos corren hacia ellos, y se detienen asombrados; se agrupan, se arremolinan, les abren paso, forman ala, y los misioneros siguen avanzando; llegan hasta el centro de la inmensa muchedumbre que los rodea, y se arrodillan. Los salvajes dejan sus lanzas en el suelo, y se arrodillan también; sus negras cabelleras cuelgan desde sus frentes hacia la tierra polvorosa. Y se oye entonces una melodía, una enorme sinfonía que se difunde como una ola resonante sobre el desierto; el cántico sagrado sube al cielo; salvajes y misioneros cantan unidos; sus voces forman un solo acorde sinfónico, como forman una sola armonía en la naturaleza las voces de los nidos y las de las cavernas y madrigueras, la de los tigres y la de las alondras; salvajes y misioneros cantan unidos el cántico sagrado: *Laudate María, o lingua fidele.*

¡Enorme sinfonía, señores, enorme sinfonía de los desiertos y de los cielos! Bethoven, el genio musical cristiano que da nombre á su siglo, no soñó nada tan grande. ¡Oh, si él hubiera escuchado y contado en su divino idioma ese armonioso ensueño de Don Bosco!

Pues ese ensueño, señores, es el germen de las misiones salesianas; de ese ensueño venís vosotros, oh los buenos peregrinos del hombre santo que duerme en Valsálice.

Don Bosco se siente misionero; él ha visto la tierra que Dios le depara, ha visto los hombres que la habitan, los hombres que le están destinados.

Pero ¿dónde está esa tierra? ¿Dónde esos hombres?

Es preciso encontrarlos, y Don Bosco se lanza en su busca; su pensamiento comienza á recorrer los matorrales de la tierra.

Piensa primeramente que su región soñada debe ser la Etiopia. Interroga, recoge datos... Nó, no ve allí su ensueño; aquellos hombres negros no son sus hombres; no es su desierto aquel desierto abrasado. ¿Será Hong-Kong, la isla de la China? Don Bosco detuvo en ella su pensamiento por algún tiempo; pero pasó; tampoco aquello coincidía con lo que vió en sueños; ni los hombres amarillos ni las cosas. He aquí que se ofrece á su vista el continente oceánico: es la Australia. Don Bosco cree haber dado con la realidad de su ensueño. Y tan llega á creerlo, que encarga á dos de sus hijos que se consagren sin dilación al estudio de la lengua inglesa. Pero muy pronto su ilusión se desvanece; el rastro se pierde por ese lado, y la Australia es reemplazada por Mongolor, la isla de la India. Hubo un momento en que no se veía en manos de Don Bosco otra cosa que mapas de la India cristiana, libros é informaciones sobre la región asiática.

Estaba en esa tarea, cuando llegó á sus manos una carta de América, de la República Argentina, en que se le invitaba á mandar allí sus hijos.

¡América! ¡La República Argentina!

¿Y si fuera esa tierra la tierra de su ensueño?

Su pensamiento acude al nuevo rastro. Busca libros, estudia, y una impresión solemnísima se apodera de su alma. En aquellos libros ve reproducido gráficamente su ensueño; aquellas llanuras sin límites, aquellos hombres cobrizos, huraños, de pómulos salientes, de cabellos y ojos negros, son sus llanuras, son sus hombres. Eran los patagones. No queda en el alma del apóstol ni el más mínimo resquicio de duda. Cree firmemente, y esa fe triunfará. Ha triunfado, señores: las misiones salesianas, que hoy agrupan millares de indios, desde el Ecuador hasta Patagonia, en torno á los hijos de Don Bosco, no son otra cosa que los ensueños de éste que se han posado en América. No me pidáis datos estadísticos sobre ellas, señores; ni los números ni las informaciones minuciosas pueden caber en los límites de esta conferencia de índole puramente sugestiva. Baste recordar que la enorme sinfonía que oyó Don Bosco resuena en estos momentos en muchos desiertos. Las multitudes salvajes cantan en torno de los salesianos: multitudes de niños, de mujeres, de hombres evangelizados.

¿Hay alguno de entre vosotros que sólo oye en mis palabras algo así como un cuento fantasmagórico, ó la narración de un caso patológico de perturbación mental?

Podéis creerlo así todos vosotros, señores; podéis creerlo sin desacato. Debo haceros saber con sinceridad que estaréis en buena compañía, cuando menos, pues así lo creyó el virtuoso cardenal Barnabó, cuando Don Bosco le hizo la narración que acabo de ha-

ceros, y aun cuando el pontífice reinante le ordenó emitir un dictamen sobre los propósitos del nuevo misionero. Es una fantasía, dijo el ilustre purpurado ; no hay tales pueblos desconocidos en la América del Sur. Son utopias... ideas de mente enferma.

Sí, señores ; todo esto no es dogmático, no es artículo de fe ni mucho menos ; podéis dejar de creerlo. Pero si los que dudan tienen buena compañía, nosotros, los que creemos en la realidad de ciertos ensueños, la tenemos mucho mejor. Pio IX, el gran Pío IX, creyó con nosotros, á pesar del dictamen adverso del cardenal Barnabó ; creyó en el sueño de la noche de Don Bosco. Y, sin vacilar, dió su aprobación al pensamiento, otorgó el permiso necesario, armó á Don Bosco caballero del Evangelio, y le dió en propiedad las almas de los indios americanos que se le aparecieron en sueños.

¿ En propiedad ?

Sí, señores: es una concesión de almas. Puede discutirse, podemos discutirlo aun los católicos, el carácter en que el pontífice Martín V acordó en el siglo XV á los portugueses los países que descubrieran más allá del Cabo Bogador ; el de Nicolás V y Sixto IV, al conceder al mismo pueblo la soberanía de la Guinea, en 1452 y 54 ; el de Alejandro VI, al trazar con su báculo, en su famosa bula de 1493, la línea divisoria entre los dominios españoles y portugueses en nuestra América. Yo mismo os he indicado ese problema al principio de esta conferencia ; yo mismo disiento de los que, con Perin, el eminente autor del « Orden Internacional », atribuyen esa facultad al Vicario de Jesucristo, como inherente á su misión divina. Pero si es inaceptable la facultad, con origen divino, de Alejandro VI, para atribuir la jurisdicción temporal á los descubridores de tierra americana, es indiscutible la de Pío IX para señalar su jurisdicción espiritual á los descubridores y conquistadores de almas. Eso sí que es de origen divino, señores ; eso sí que se basa en las palabras más poderosas y permanentes que los cielos y la tierra: *Id y enseñad á todas las gentes.*

Don Bosco, se sintió, desde aquel momento, dueño de aquellas almas ; las amó como cosa propia ; vió aquellas regiones, su presente, su porvenir, con una intensidad asombrosa, guiado por el espíritu de sus ensueños. Se dijera que había recorrido á pie toda la América Meridional. En la conferencia geográfica que dió en Lyon, en 1883, tuvo suspenso durante hora y media á su numeroso y escogido auditorio, hablando de la geología, de la etnología, de las minas, de la orografía, de la hidrografía, de la fauna y de la flora de nuestras regiones, con una precisión de explorador científico.

Con ese título, señores, Don Bosco lanzó á su ejército á la conquista de su concesión de almas, y le dió el santo y seña inmortal: *Da mihi animas, cætera tolle. Dadme las almas, y quedaos con todo lo demás.*

Es la conquista, el imperialismo, señores ; pero no el imperialismo moderno reglamentado en el Congreso de Berlín: es el famélico imperialismo del celo por la gloria de Dios, famélico, sí,

señores, no rectifico mi palabra; con hambre de almas, con hambre y sed de justicia y caridad.

Ultimamente, señores, un gran estadista de Inglaterra, el pueblo protestante conquistador, establecía la siguiente fórmula del procedimiento tendente á realizar su expansión en el mundo: primeramente se envía el misionero bien rentado; después el cónsul: después el general. Comparad esa fórmola, señores, con la fórmula de Don Bosco, que envía el misionero, y después el misionero, y siempre el misionero. Las dos interpretan fielmente los dos imperialismos modernos: dadme tierras dadme súbditos, dadme nuevos mercados para mis productos, dice la una; dadme almas, dadme esas almas que son mis hijas, las hijas de mis ensueños, dice la otra.

No ha faltado, sin embargo, señores, quien haya dicho y repetido en nuestro país, en circunstancia solemne: ¿á qué hablarnos de misiones, si ya no hay indios entre nosotros?

¡Entre nosotros! No los hay, efectivamente, señores, al menos con sus atributos exteriores, en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires, ó en la de la Independencia de Montevideo; no parecía tampoco que los hubiera, capaces de redención al menos, y dignos de otra cosa que de la descarga de Máuser del soldado, aun en las apartadas regiones de los territorios argentinos, antes de establecerse las misiones; pero han penetrado en los matorrales esos... ¿me permitiréis la expresión? han penetrado en los matorrales esos lebreles de almas amaestrados por el espíritu de Don Bosco, y las almas aladas y huérfanas han brotado en bandadas innúmeras de las malezas. Era preciso optar entre exterminar esos hombres ó reducirlos por el misionero. No hay término medio, señores. Y allá están agrupados, desde las soledades del Ecuador hasta las espesuras de Matogrosso; desde los bosques del Paraguay hasta nuestras pampas y desiertos patagónicos: son hombres arrancados acaso al exterminio é incorporados á la vida por el misionero; son como creaciones de la caridad, señores; sin ella, esos hombres hubieran muerto, esas almas hubieran sido acaso desterradas para siempre del cielo y de la tierra. Yo bien se, señores, que hay quienes, proclamando esa ley de selección ó evolución en la escala de la vida animal de que antes he hablado, hubieran mirado con indiferencia cuando menos el exterminio de esos hombres; pero ese criterio, que convierte al que lo adopta en el verdadero salvaje, no merece el examen de las almas honradas; sólo sirve para demostrar hasta dónde pueda conducir al hombre la ausencia del espíritu cristiano.

Y por otra parte, señores: ¿acaso termina el indio allí donde no existe el hombre que come carne cruda?

He aquí, señores, otro aspecto que nos ofrece este fecundo tema; un interesante estudio de psicología social se ofrece á nuestra consideración.

Os he hablado de la conquista española; os he recordado el habitante primitivo de estas regiones, y he indicado los vínculos jurídicos que lo ligan con nosotros.

Pero pasó la época de la conquista; pasó la del coloniaje español. Nos emancipamos de la metrópoli, y reclamamos nuestra herencia; nos hicimos dueños de esta tierra, y formamos en ella nuestra patria independiente y democrática.

¿Cambió por eso el problema? ¿La transformación política produjo acaso una transformación sociológica?

Todo lo contrario, señores. Para formar la patria tuvimos que recurrir al pueblo, á la gran masa, sin distinción de razas, con todos sus vicios y sus virtudes. Esa gran masa respondió al llamado de la libertad, tal como era. Desde los batallones de negros de San Martín; desde las indiadas semisalvajes de los caudillos interiores, hasta los hijos de los hidalgos españoles, todos lucharon por la patria, todos sintieron el amor más ó menos instintivo de la bandera, escalaron las cumbres, recorrieron las llanuras en sus potros sin domar, hicieron la nación independiente, con su carácter propio, con sus profundos sedimentos de influencias étnicas, sobre los cuales se han depositado los enormes aluviones de las inmigraciones europeas.

Es sobre esa patria, sobre toda ella, y no sobre la que nos fingen los ideólogos, sobre la que es preciso trabajar para perfeccionar el organismo nacional, señores. Veamos, pues, su verdadera estructura. Hoy se estudia nuestra psicología social, y se busca en razones étnicas ó antropológicas las causas de nuestros males políticos y sociales. Un escritor ha dicho, después de estudiar la composición étnica del pueblo argentino, que «el rasgo capitalísimo común á negros, á mestizos y á mulatos, á los que atribuye gran influencia en la idiosincrasia nacional, es la falta de un sentido moral cristiano. Este sentido moral, agrega, este imperativo categórico de nuestra conciencia es una aptitud que los europeos heredan de veinte siglos de ascendientes cristianos y que no es posible improvisar en conciencias mestizas».

Oh, señores, todo eso, y todo lo que con tales consideraciones se relaciona, llama más la atención por el brillante cascabeleo de su tecnicismo científico que por su verdad intrínseca. Yo no niego la influencia del organismo sobre las operaciones del alma; tampoco pongo en duda la de la herencia, la de las predisposiciones atávicas, la de todo cuanto constituye la biología psicológica moderna, sobre las acciones de los hombres y los destinos de los pueblos. Eso no es nuevo; bien sabemos que la unión del alma con el cuerpo es una unión *sustancial;* que el hombre es un espíritu servido por órganos; y nadie ignora que el dogma del pecado original, la herencia morbosa moral de la humanidad, es el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Pero nada de eso puede hacer desaparecer la libertad humana, el libre albedrío, la conciencia, la imputabilidad de los actos á la persona que los realiza, la influencia decisiva de la educación y del espíritu cristiano sobre el hombre; la influencia de la gracia de Dios sobre todo, la misteriosa influencia de lo

sobrenatural en la humana naturaleza perturbada por la culpa. Para el cristianismo no hay diferencias de razas, no hay estigmas somáticos ni psíquicos que diferencien sustancialmente los hombres. Cristo redimió á todos por igual; para todos predicó el mismo Evangelio de caridad; por todos murió en la cruz. Todos fueron bárbaros antes de Cristo; todos han sido y serán civilizados por Cristo, por su ley de gracia, por su ley de amor.

El problema, pues, señores, no es etnológico, no es antropológico solamente; es casi exclusivamente sociológico. Es que en nuetras tierras ha continuado y continúa en muchas partes el desierto, aun en las regiones habitadas por hombres de las razas superiores; es que en nuestro país casi despoblado, donde se cuentan tres ó cuatro seres humanos en el mismo espacio en que se cuentan 110 en Italia, 130 en Inglaterra, 225 en Bélgica, existen multitudes que, aunque incorporadas á la vida natural del organismo social, y decoradas con el nombre de miembros de la soberanía nacional, no pueden considerarse aún incorporadas á la civilización cristiana; no viven la vida sobrenatural; son multitudes que, como el indio primitivo, no han oído pronunciar el nombre de Dios, ni el de Jesucristo Redentor de la humanidad; hombres que no han oído hablar de deberes morales, de vínculos sagrados de familia, de mansedumbre y de perdón, de sanciones de ultratumba, de destinos superiores. Y el hombre en esa situación, señores, es salvaje cualquiera que sea su raza; no hay rasgo antropológico, no hay imperativo categórico de la conciencia que subsane la ausencia del Evangelio, y el ascendiente milagroso que ejerce sobre el hombre la palabra de eterna caridad que redimió al mundo de la barbarie antigua. El bárbaro de raza caucásica es y será tan bárbaro como el aborigen americano primitivo, como el meztizo, como el cafre ó el hotentote; y el indio y el hotentote, por el contrario, pueden hacerse santos, con solo amar á Cristo y observar sus mandamientos.

Si hay algo indiscutible, señores, es que la civilización moderna es inseparable del cristianismo. Basta abrir los ojos, para que penetre hasta el fondo del espíritu más prevenido ese postulado histórico; los límites de la civilización están determinados en el mundo por la difusión del Evangelio. Ahí está la Turquía mahometana, al lado de la Europa cristiana; ahí están las antiguas regiones cristianas de Africa, vueltas á la barbarie en cuanto el cristianismo las abandonó; aquí está nuestra América: la noche primitiva continúa entre nosotros, allí donde no ha penetrado el sol de la palabra de Cristo que pronuncia el misionero. El fenómeno es constante é idéntico, señores, se repite en todos los climas, entre todas las razas, cualesquiera que sean las predisposiciones del hombre.

¡Y hay, sin embargo, quienes combaten el cristianismo en el seno de los pueblos civilizados!

¡ Y hay quienes hostilizan al misionero en su conquista de almas para la civilización !

Esos hombres que se dicen no cristianos en plena civilización no se dan cuenta de que no ven su propio cristianismo, por la misma causa que les impide ver sus propias pestañas: por tenerlas demasiado cerca de los ojos ; no ven que ellos mismos están compenetrados del espíritu cristiano, que están sumergidos en él como en el aire que respiran ; que todo lo bueno que piensan y sienten y ejecutan no es otra cosa que el reflejo inconsciente de esa atmósfera en que viven. Ese hombre que alza su copa en el banquete de la civilización americana, señores, para execrar el cristianismo, no se da cuenta de que, sin el cristianismo difundido por el misionero, esa copa que levanta estaría llena de sangre de yegua salvaje, ni de que los pensamientos que brotan en su cerebro serían los pensamientos del pampa, del puelche, del querandí ó del charrúa.

El cristianismo es como el árbol del sándalo, del que se ha dicho que perfuma el hacha que lo hiere. ¿ Recordáis la leyenda alemana ? Quiero que me traigas el corazón de tu madre, dijo la hermosa mujer perversa á su joven amante calcinado por la pasión. Yo quiero el corazón de tu madre. Y el joven fué ; y abrió con el puñal cincelado el pecho de su madre ; y le arrancó el corazón. Y volvió con él á su amada ; y el corazón goteaba sangre. Y el joven corría con los cabellos erizados ; veía sólo los ojos de su amada que brillaban siniestros frente á él ; no veía el camino. Y tropezó, y cayó.

Y del corazón que llevaba en la mano, goteando sangre, salió entonces un grito dolorido y anhelante. Y salió de él una voz que decía llena de sobresalto, de angustia y de ternura : ¿ te has hecho daño, hijo mío ?

¡ Oh, la Iglesia de Cristo perseguida, señores, la Iglesia lastimada en plena civilización cristiana !

Las naciones modernas le arrancan el corazón muchas veces, para obsequiar con él á la amada infernal de ojos siniestros, de carne envenenada, de abrazo mortal ; y es de ese corazón de donde brotan los más intensos y dolorosos quejidos por los dolores que sufre la sociedad apóstata perturbada ; es en ese foco de amor materno inextinguible en donde se esconden las más negras congojas ante la gran caída que amenaza á las modernas sociedades ; es la Iglesia la que pugna sin descanso por la paz internacional, difundiendo el principio de justicia ; la que busca la paz social saliendo á la defensa de los débiles oprimidos ; es ella la que procura conjurar la tempestad que se acerca, y es á ella á la que se volverán por fin, en busca de refugio, las sociedades atribuladas después del inevitable desastre.

Es ella la que os envía á vosotros á nuestra América, oh misioneros salesianos, á fin de que cumpláis por nosotros el deber que contrajimos para con el indio primitivo que nos cedió su tierra ; el

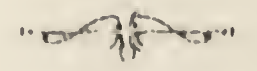
que nos vincula á la masa de nuestro pueblo que nos dió su sangre; el que tenemos para con la democracia que formamos.

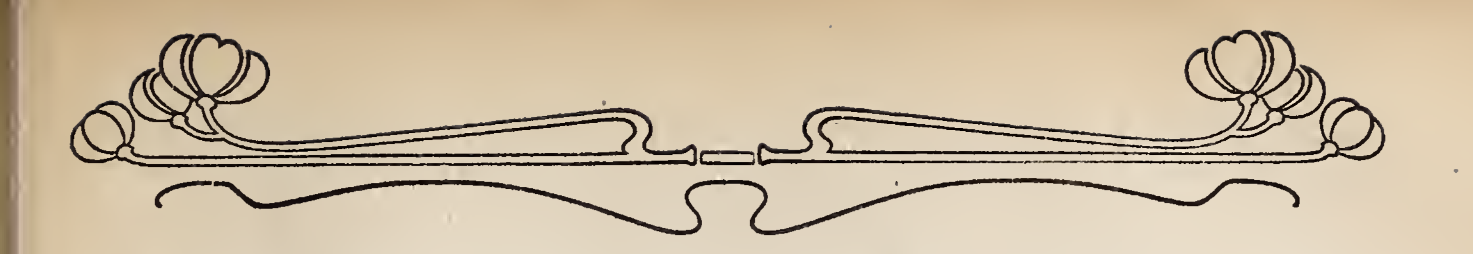
Vosotros, que os envolvéis en la humildad de esa sotana salesiana, que es la sobreveste que cubre vuestra resplandeciente armadura de conquistadores de almas abandonadas, vosotros nos llamáis cooperadores, y nos pedís auxilio para vuestra obra, cual si reclamarais un favor. Y sois vosotros, sin embargo, los que venís, enviados del cielo, á cooperar á la obra nuestra fundamental; al cumplimiento de nuestro deber, ó más bien, á cumplirlo por nosotros. Somos, pues, nosotros, los que tanto blasonamos en América de hijos predilectos de la democracia, los que debemos inclinarnos ante vosotros que asistís á nuestra madre.

Y sin embargo, besáis, como si fuerais mendigos, la moneda que ponemos en vuestras manos para esa madre democracia; y sin embargo, nos hacéis creer que sois los servidos, cuando sois los abnegados servidores; y nos dejáis, sin embargo, proclamar en las ciudades nuestro amor y nuestra sumisión á la soberanía de los pueblos, mientras sois vosotros los que allá, en la soledad de los campos, de los desiertos, de los aduares, os inclináis ante el pueblo desheredado y casi abandonado, ante ese mismo á quien nosotros llamamos soberano, y que sólo recibe inmediatamente, sin embargo, los santos homenajes de vuestro amor y de vuestro sacrificio.

Es este, señores, el momento de las grandes gratitudes nacionales, de las gratitudes americanas hacia el tipo del misionero, desde el franciscano que bautizó el primer indio, desde el jesuíta que implantó la primera reducción, hasta el salesiano que, suscitado expresamente para las exigencias de los tiempos modernos, es la última palabra del verbo de caridad, y, realizando los ensueños de Don Bosco, toma posesión en nombre nuestro, y para nosotros, de esas almas *res nullius*.

No es sólo, por consiguiente, la voz de la fe, señores, la que se levanta en mis palabras como un incienso que arde, al elevar esta protesta de gratitud hacia el misionero salesiano; es la voz de la democracia, la de la civilización; es el eco de aquella enorme sinfonía que oyó don Bosco en su ensueño memorable y fecundo; el de aquel canto litúrgico de la inmensidad, que, fundiendo en un solo acorde las esperanzas del misionero y las del salvaje, hizo descender el cielo hasta el desierto americano, y levantó el desierto á la visión esplendente de los cielos estrellados.





CÁRCEL DE MUJERES

Discurso pronunciado, en la inauguración de la Cárcel de mujeres de Montevideo, el 14 de Enero de 1899.

SUMARIO: El deber social.—Las penas y su ejecución.—El derecho penal y el derecho natural.—El origen del derecho de castigar.—La misión de las cárceles.—La construcción de la Cárcel de mujeres.—Las hermanas del «Buen Pastor».—Caridad.—La criminología moderna. —La ciencia y su esfera de acción.—La enfermedad de la delincuencia.—El delito y el pecado.—Misericordia.

Señoras;

Señores:

He recibido ayer, de la comisión de Damas que ha dado cima á la construcción de esta cárcel de mujeres, el encargo de pronunciar ahora en su nombre algunas palabras, que sean algo así como la tradición ficta de esta obra, su entrega á la sociedad con cuyo concurso se ha realizado.

Si es deber del orador, según dicen, el procurar colocarse á la altura de su auditorio, ¿cómo llenar ese deber para con vosotras, señoras, que venís á ser auditorio y orador en este momento, pues debéis escucharme y hablar en mí al mismo tiempo? ¿Cómo dar forma, no sólo á lo que vosotras quisierais escuchar, sino á lo que quisierais decir y diríais en mi voz? ¿Cómo expresarlo, si no tengo la sensibilidad de vuestras almas, para poder arraigar en ella mis palabras, y hacerlas florecer con el amable perfume que tendrían si fueran vuestras?

Yo espero, sin embargo, que vuestra bondad hará que no os desconozcáis por completo al escuchar á vuestro interprete.

¿No estamos acaso en un acto de caridad?

Señores:

En nombre de la Comisión de Damas, pongo en vuestras manos, entrego á nuestra sociedad esta su propia obra, que, aunque modesta materialmente, puede llamarse obra grande.

Si bien lo examináis, esta cárcel de mujeres representa, sin duda alguna, un nuevo gran paso que damos en el sentido de nuestra definitiva organización de pueblo culto y cristiano; hoy que la te

nemos, nos parece imposible, ¿no es verdad, señores? nos parece imposible que no la hayamos tenido hasta hoy.

Muchos esfuerzos y muchos sacrificios ha impuesto su adquisición; por largo tiempo, el anhelo de poseerla ha permanecido *in pectore*, como una espina clavada en la conciencia nacional, que sentía de vez en cuando, para olvidarla en seguida, la desazón que esas espinas producen; pero al fin la cárcel está aquí, gracias á Dios; al fin, señores, nuestro gran deber de conciencia está cumplido.

He dicho el gran deber, y debo desarrollar esa idea.

Según un tratadista ilustre, señores, la teoría de la ejecución de las penas se ha formado fuera de la ciencia del derecho penal; ésta, una vez pronunciada la sentencia, abandona al reo dentro de los muros de la cárcel, para hacerle sufrir su castigo. Pero si eso fuera cierto, señores, en cuanto al derecho penal, no lo es ni puede serlo en cuanto al derecho natural, que jamás abandona al hombre, así sea el más odioso de los criminales. Sí, señores; hay un derecho tutelar que sigue al criminal más allá de los muros de su encierro. Ese derecho, y el deber correlativo que reside en la sociedad, son los que han construído esta prisión.

El estado, la autoridad, tiene el derecho, ó, más bien dicho, el penoso deber de castigar. El origen moral de esa facultad jurídica ha sido, como sabéis, muy estudiado y discutido; lo es todavía, y lo será hasta lo infinito.

La ciencia, se ha dicho, comienza por el asombro, y termina por el asombro. ¡Oh, el enigma de las causas!

No he de desarrollar en este momento ese debatido problema; pero yo creo que, al través de todas las teorías y disputas, se percibe clara y distintamente, como base de aquel derecho, un principio de justicia absoluta, una ley innata, escrita en la trama misteriosa de la naturaleza humana, que hace aparecer indisolublemente unidas en nuestra conciencia, como el cuerpo y su sombra, la idea de crimen y la idea de castigo. Las injusticias y las violencias de la tierra claman á Dios, llaman á la justicia armada y fuerte, señores, como los niños lloran llamando á su madre, y la llaman á gritos cuando se les hace sufrir.

La conservación ó la defensa de la sociedad agredida por el crimen; el propósito de prevenir la comisión de nuevos delitos; la intimidación, la mejora del delincuente, y tanto más de que hablan los libros clásicos de ciencia, todo eso es ó puede ser, no lo pongo en duda, efecto de la pena; pero no es su razón de ser moral, no es su causa primera. Esta no puede encontrarse sino en el orden, en la armonía, en esas armonías que, viniendo desde muy lejos, se difunden en la soledad de la conciencia humana, subiendo hasta ella desde los venerables silencios de una misteriosa subconciencia, como se propagan en los espacios las armonías de los orbes regulando su marcha, como se difunde por los organismos el ritmo de las moléculas determinando y sosteniendo y reproduciendo la vida, como se inoculan entre las almas, constituyendo la felicidad humana, las eternas armonías del amor. Y todo eso, señores, no es

otra cosa que el espíritu del Creador que alienta en las criaturas; la voluntad del divino artífice que permanece en sus obras, y hace sonar en la propia esencia de los séres, la nota que les corresponde para no desentonar en el acorde universal de lo creado. La ciencia no puede ser otra cosa, señores, que la investigación de esa voluntad; descubrirla, es la verdad; seguirla, es el bien. Os estoy hablando, señores, en lengua filosófica cristiana; bien sabéis vosotros que es mi lengua materna.

Si hubiera, entre los que me hacen el honor de escucharme, alguno que hablara otra lengua, acaso le fuera fácil traducir á ella mis palabras; con sustituir el santo nombre de Dios Creador por uno de los vocablos ideados para no pronunciar ese nombre, mi raciocinio estaría traducido; pero confesemos, que muy poco ganaría en la traducción.

Sí, señores: es justo, es necesario, es conveniente que la autoridad castigue los delitos; eso es lo que nos dice nuestro sentido íntimo, y no es menester que consultemos otro consejero: no lo hay mejor ni más sabio.

Pero lleguemos por fin al objeto de este mi raciocinio, señores: cuando la autoridad pública, ejerciendo aquel derecho, condena al hombre, en castigo de su culpa, á perder sus bienes ó su libertad, no por eso le extingue su personalidad inalienable, ni los derechos que en ella radican: el derecho al amor de sus semejantes, á la vida, al honor, á la rehabilitación, á la conquista de una nueva fortuna moral ó material, una vez que haya saldado su deuda con la sociedad. El antropófago, señores, se come al vencido; el salvaje lo mata; más adelante se le utiliza, haciéndolo esclavo ó haciéndole pagar su rescate. Hoy, después que habló Cristo, se le impide hacer mal como enemigo, pero se le respeta, y aun se le ama como hombre.

Por eso, señores, si se condena al criminal, que es también un vencido, á la pérdida de la libertad, sólo libertad debe arrancársele; no vida, haciendo de la cárcel un tormento que la acorte; no dignidad, haciendo del presidio un muladar que la infecte y la mutile ó aniquile para siempre.

Nuestro país, señores, esperó durante largos años, después de constituído en estado independiente, la construcción de una cárcel penitenciaria que hiciera prácticos esos principios elementales del derecho cristiano. La obra se llevó, por fin, á término: una buena cárcel fué construída en Montevideo con arreglo á los dictados de la ciencia, y en ella se han procurado aplicar, y se aplican hoy en lo posible, los más adelantados sistemas penitenciarios.

Pero la obra no había quedado terminada con eso. Fué la Comisión de Damas la que lo advirtió, al ejercer la obra de misericordia de visitar los encarcelados; ella vió que una parte de los desgraciados que en la cárcel purgaban sus delitos no había sido atendida con arreglo á los principios de la ciencia del corazón: la caridad. Y esa parte era acaso la más digna de atención: era la mujer, que también tiene derechos, ¿no es verdad, señores? era

la pobre mujer caída, que también clama al cielo por su regeneración, aun desde el fondo del delito y de la culpa.

No era posible, por razones que caen de su peso, responder á ese justo clamor, sin la construcción de una cárcel especial, distinta y separada de la del hombre delincuente, destinada á la mujer culpable. La Comisión de Damas se puso á la obra con el apremio de la caridad; era preciso no perder un momento, no someterse á las interminables esperas de las obras públicas. Recurrió, pues, no sólo al Estado, sino al concurso popular; golpeó todas las puertas y todos los corazones; colocó la primera piedra del edificio, y sólo se ha sentado á descansar sobre la última, que ahora me ofrece como tribuna para deciros, señores, en su nombre, que nuestro deber social está, por fin, cumplido también en esa parte. Aquí está, dicen las damas que me han diputado ante vosotros, aquí está esta modesta cárcel de mujeres, que, confiada á la dirección de la benemérita congregación del *Buen Pastor*, tan acreedora por tantos títulos á la gratitud de nuestro país, es un modelo de organización interna. Ved esas mujeres que están ahí encarceladas: son delincuentes; pero son personas en la plenitud de los derechos inherentes á la persona humana; deben á la sociedad una parte de su libertad; pero nada más que eso; si algo más les arrebatara la sociedad, ésta, más aún que ellas, sería la delincuente.

¿Y á quién hubiera podido confiarse la aplicación de esos principios que nos son comunes en el régimen interno de esta prisión, señores, á quién hubiera podido confiarse mejor que á esas mujeres á quienes las penadas llamarán *hermanas*, y que se llaman á sí mismas hijas ó hermanas de la Caridad?

¡Caridad! ¡La palabra misteriosa, la inmensa palabra, la eterna palabra! Ella permanece inmutable, inquebrantable al través de las variaciones de escuelas y de doctrinas; ella es y será la sola creadora, la sola conservadora de todo cuanto existe.

Yo bien sé, señores, que la ciencia del derecho criminal atraviesa en estos momentos por una crisis que tiende á destronar, á olvidar desdeñosamente cuando menos, esas palabras eternas, esas grandes ideas madres que palpitan como corazones en el cerebro humano, y han sido y son la norma de conducta de la humanidad. La ciencia, procurando prescindir de la noción según la cual el hombre es un sér inteligente y libre, y está dotado de una alma substancial, originariamente libre y causa concurrente de sus actos, quiere ver en la persona humana un simple núcleo de energías que se modifica bajo el influjo de una fuerza exterior de esencia y de finalidad misteriosas. De ahí que las investigaciones científicas tiendan á concentrarse casi por completo, so pena de no ser consideradas tales al estudio del organismo humano, al de sus funciones, á la estadística, á la antropología criminal, al de las causas físicas y sociales que pueden determinar la criminalidad, al descubrimiento de ciertos supuestos morbosismos congénitos determinantes imperiosos del delito, al estudio de la herencia, del temperamento, del clima, de la alimentación, del medio social.

Líbreme Dios, señores, de mirar sin respetuosa admiración la

actividad científica moderna, que á todos nos arrastra en su anhelo de verdades experimentales inauditas. Sigamos hacia adelante con nuestros métodos perfeccionados; reproduzcamos artificialmente los fenómenos físicos, y aun los psíquicos de introspección, para interrogarlos, y confrontarlos, y forzarlos á revelarnos su ley; arranquemos al organismo humano la ley de sus funciones más recónditas, la de sus relaciones más íntimas con las operaciones de ese yo permanente que habita nuestra carne sin ser carne, y cuya actividad precede á la manifestación del sér sensible, mantiene su unidad al través de las modificaciones, y dirige su evolución según el tipo que debe realizarse; arranquemos á la célula el secreto de su misteriosa vibración, y el de su afinación intrínseca con la universal armonía; pero confesemos, señores, que las conclusiones de la ciencia experimental en esas materias son instables, son frágiles y variables; las hipótesis, esos inspirados poemas de la ciencia, que es también poesía, se suceden sin cesar, se rectifican, se devoran las unas á las otras; los sabios se contradicen, ó nos ofrecen sólo verdades provisorias, que serán ó nó confirmadas por las investigaciones futuras.

Y mientras los sabios se ponen de acuerdo, señores, el tiempo pasa y pasa indefinidamente. Y la humanidad no puede sentarse á esperar, para saber á qué atenerse en materia de conducta; no puede sentarse á esperar el término, que no existe, de la investigación científica. Todo el bien que pudiera hacer la ciencia experimental no sería comparable, por consiguiente, al mal que produciría, si ella, para vivir, tuviera que matar ó debilitar esas verdades permanentes, esas palabras eternas á que antes me he referido, y que no son el simple resultado de los raciocinios ó de las vacilantes experiencias del hombre.

Recuerdo en este momento, señores, una profunda observación de Taine en su estudio sobre la literatura inglesa. « Un inglés que entra en la vida, dice el ilustre pensador, encuentra respuestas hechas sobre todas las grandes cuestiones; un francés que entra en la vida, no encuentra sobre todas las grandes cuestiones, sino dudas propuestas. Le es necesario, en este conflicto de opiniones, hacerse la fe por sí mismo, y, no pudiendo hacer tal en la mayoría de los casos, su espíritu queda abierto á todas las incertidumbres, expuesto á todas las curiosidades, presa de todas las angustias ».

La ciencia es y no puede menos de ser benéfica, señores, en todas sus aplicaciones, incluso las que se refieren al derecho criminal, al tratamiento de los delincuentes, al régimen de las prisiones; pero es á condición de que no pretenda apagar, ni siquiera nublar á los ojos del hombre, la luz del sol que brilla en el cielo, á título de que ya existe, para sustituirla con ventaja, la lamparilla eléctrica encendida por el sabio en su mesa de labor; es á condición de que no intente desalojar con sus hipótesis y sus experiencias las grandes verdades evangélicas que son la base de la sociedad cristiana; es á condición de que el ministro de la ciencia no se considere incompatible con el ministro de la caridad.

Hoy se sostiene, señores, que el criminal es un enfermo. Yo, por

mi parte, aun dentro de mi criterio cristiano, puedo asentir sin violencia á tal proposición, sin por eso confundir en absoluto la ciencia penal con la ciencia antropológica. Sí; hay mérito en ser bueno, porque se ha nacido malo; sí, señores, el hombre es un enfermo, el criminal es un enfermo. Y precisamente por eso, es la caridad la que ante todo debe presidir nuestro criterio al penetrar en estas cárceles, y es la hermana de caridad la que debe ser el agente de la sociedad cristiana en su régimen interno.

Es verdad, señores, que la ciencia del derecho penal no confunde ni puede confundir el delito con el pecado; pero si eso acontece en el orden jurídico, no acontece otro tanto en el orden moral, en lo relativo al sentimiento que el criminal debe inspirarnos; si eso acontece en las relaciones del hombre con la sociedad, no sucede lo mismo en sus relaciones con sus semejantes ante el tribunal de Dios. ¡Cuántos de los penados de esta cárcel, señores, no serán menos culpables que yo á los ojos de Dios que mira los corazones! ¡Cuántos no se presentarán menos confundidos que yo, el día en que, según la expresión de Kempis, aparecerá el Maestro de los Maestros, Cristo, el Señor de los ángeles, para oir la lección de todos, esto es, para examinar la conciencia de cada uno! Entonces, dice la ciencia del espíritu cristiano, registrará á Jerusalén con lámparas, y se pondrán de manifiesto los secretos de las tinieblas, y enmudecerán los argumentos de las lenguas.

Así habla, señores, la ciencia del espíritu, que es también una ciencia; según ella, todos somos enfermos, todos tenemos necesidad de compasión; según ella, el delincuente jurídico debe hallar en nosotros, lo que nosotros, delincuentes morales, tenemos necesidad de encontrar en el Supremo Juez: caridad, misericordia.

Es ese el espíritu que nos garante en el interior de esta Cárcel que inanguramos la presencia en ella de esas mujeres vestidas de blanco á quienes las penadas llamarán hermanas, y que siguen las huellas del *Buen Pastor*, del que abandonó el rebaño para ir á buscar la oveja extraviada entre las malezas, y cargarla sobre los hombros para devolverla al aprisco.

¡Pobres mujeres culpables! Ahí quedarán, señores, dentro de los muros de esta Cárcel que les hemos construído para que paguen su deuda á la sociedad. No es posible que dejemos de experimentar, pues somos cristianos, un sentimiento de conmiseración y de pena al dejarlas en su prisión; pero es indudable que nuestra pena se atenúa, y casi se disipa por completo, al pensar que, al mismo tiempo que el castigo, les hemos dado todos los elementos de regeneración y de paz.

Y examinemos bien ese generoso movimiento de nuestro espíritu, señores: nuestro consuelo no se basa sólo en el hecho de poder decir «quedan en manos de la ciencia»; se funda sobre todo en el hecho de poder decir, al mirar esas hermanas que permanecen encarceladas con ellas, «quedan á la sombra de la Caridad».



JUAN CARLOS GÓMEZ.

Discurso pronunciado en la explanada de la Aduana de Montevideo, al recibirse de los restos mortales de Juan Carlos Gomez, el 8 de Octubre de 1905.

SUMARIO: El prócer olvidado.—Su muerte.—El Uruguay unánime reclama desde entonces sus restos.—Ahí están.—Evocación del espíritu de Gómez.—El vidente, el vate, el profeta.—La divina visión.—El culto y la inmolación.—La caída del Cóndor ciego.

Señores:

Tengo que ser la voz humana en que se prolongue por algún tiempo el largo sonido que acaba de producir la cabeza muerta de Juan Carlos Gómez al caer, por fin, en el suelo de la patria; debo dar forma articulada á la repercusión de ese choque conmovedor en el alma de todos mis conciudadanos; tengo, por consiguiente, que ajustar mi voz al diapasón de una religiosa armonía: á la que, al poner el oído en ese féretro cerrado que nos agrupa en su torno, sube desde el puñado de polvo que en él está; á la que baja de ese cielo de la patria que nos envuelve á todos en su gloria azul; á la que brota de todos nuestros corazones, arrodillados ante la más augusta de las majestades de la tierra: ante la majestad de la muerte.

No vengo, sin embargo, señores, á llorar á un muerto: vengo á saludar á un inmortal; vengo á entonar el himno matinal de la liturgia cívica, al abrir á ese muerto que regresa, las puertas de bronce del panteón en que la patria hospeda las cenizas memorables.

Aunque es mi voz la primera que, en los umbrales de su tierra, se dirige á ese hombre que duerme en aparente sueño, no es mi misión la de pedirle las credenciales que lo acreditan ante la patria como enviado de la gloria; no es siquiera de alegrar ó proclamar sus títulos, como paso previo á su entrada triunfal en el panteón; la sentencia está ya dictada. Yo no vengo á defender un derecho; vengo sólo á proclamar, en nombre del pueblo que me ha confiado su voz, un hecho inconmovible.

Las patrias, señores, se forman más aún que del conjunto de sus hijos vivos, del de sus grandes hijos muertos; y es indudable que la nuestra, cuando ha sentido ó siente esa necesidad imperiosa que experimentan todos los pueblos de mostrar su abolengo y sus riquezas de gloria heredada, ha pronunciado y pronuncia, al lado de otros hombres luminosos, el nombre de Juan Carlos Gómez.

Bien lo recordamos los hombres de mi generación: el día en que él murió en su voluntario ostracismo, se hizo un largo silencio en nuestra tierra; hubo sensación de pánico y de vacío en muchas almas; pareció que, en aquel día, había menos luz en el cielo de la patria.

Y sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Juan Carlos Gómez vivía lejos de éste su país natal; vivía pobre... tan pobre, que, según lo dijo Sarmiento al arrojar tierra argentina en su sepulcro, el pan era para él tan caro en sus últimos años, en medio á la prosperidad de Buenos Aires, como en 1846 en el destierro de Chile; tan pobre, que, según él mismo lo afirmaba, sólo conocía el valor de una onza de oro por el trabajo que le costaba el ganarla. Vivía olvidado como hombre político: nadie contaba con él; su voz vigorosa de tribuno se había extinguido á lo lejos en una queja melancólica; se dijera que, de tiempo atrás, se sentía con sueño de morir; que su sangre se marchitaba en el árbol de su vida; que su corazón estaba muerto ya por algunas partes...

Pero vino la muerte, señores, la última, y quizás la única grande amiga de los grandes; vino la muerte, y, al dar su golpe en el corazón del luchador cansado, del prócer olvidado, produjo un extraño restallido, como si su maza hubiera dado sobre un escudo, como si su aliento gélido, al penetrar en las arterias exangües del prócer mudo, hubiera hecho sonar un largo toque de atención en un clarín invisible y sacro.

Se despertaron entonces los hombres y las memorias; se encendieron en el aire las estrofas casi olvidadas del bardo; se oyeron resonar sus antiguos gritos de combate; se animaron las frases melodiosas llenas de gérmenes que había sembrado por el viento; y, como si el fondo negro de la muerte nos revelara lo que estaba en primer término y que mirábamos sin ver, vimos surgir y proyectarse sobre esa oscuridad sideral, una noble y pálida figura que nos miraba desde lo infinito con sus grandes ojos azules, inmóviles, llenos de pensamientos y de recuerdos. Todos reconocieron entonces en esa forma melancólica, envuelta en una clámide blanca y coronada de mirto, una de esas creaciones graníticas, perfecta y definitivamente modeladas por la historia, y hechas expresamente para ocupar el escabel y el doselete de piedra que les está reservado en los marmóreos intercolumnios del templo cívico.

Comenzó entonces la apoteosis que hoy termina. Sarmiento y Mitre, los viejos compañeros sobrevivientes, fueron al sepulcro á mostrar, en la frente helada del hermano, la herida no cicatrizada del ideal que le produjo la muerte; Lucio Vicente López llevó á

aquella tumba el himno melodioso de la tradición paterna; el coro unísono, que es la voz sinfónica de la posteridad, hizo sonar vigorosos sus primeros acordes.

Los orientales, señores, atravesamos entonces el Plata que nos separaba de aquel sepulcro; pero es de hacer notar una circunstancia fundamental: no fuimos á él solamente á unir nuestra aclamación á la aclamación de los demás; fuimos, sin acuerdo previo, instintivamente, á iniciar, en nombre de la patria, una reivindicación: la reivindicación de esos restos que están ahí, dentro de ese féretro cerrado. Todos nuestros oradores, sin una sola excepción, sintieron instintivamente que esa era la misión tácita que habían recibido de su patria. « Tierra argentina, dijo Herrero y Espinosa, guarda por breve tiempo las cenizas de nuestro gran compatriota ». « Huéspedes de la fraternal morada que os vió caer en su regazo, dijo Juan Carlos Blanco, os dejamos bajo la bandera de Mayo, y os decimos adiós, hasta el suelo de la patria ». « Reclamo de la hija de Juan Carlos Gómez, decía José Pedro Ramírez, una promesa formal de consentir en que sus restos vayan un día á reposar al pie de los cipreses que plantaron sus mayores, recordándole que, consintiendo en ello, colmará los votos íntimos del alma de su padre. » « Manes de Juan Carlos Gómez, dijo Sienra Carranza, adiós, hasta el día de regreso á la patria y de las grandes reparaciones póstumas, que deben llevar á la tierra natal á toda personalidad que la enaltece, para que presida los tiempos de ventura que predijo la lira del poeta:

> «Yo sé que vendrá un tiempo, para la patria mía
> De paz y de ventura, de gloria y de hermandad.»

Todos nuestros representantes, señores, todos á una, reclamaron de la patria argentina esos restos para la patria oriental; la buena patria argentina, la buena, la generosa hermana, no ha querido desconocer ese derecho del corazón de este pueblo: nos ha dado la llave del sepulcro que custodió piadosa hasta el momento en que se la pedimos; ha honrado una vez más la memoria del prócer uruguayo; ha besado por última vez sus despojos; y, como nueva prenda de amor y fraternidad, envueltos en su propia bandera, en la gloriosa bandera de Mayo, los ha puesto ella misma en nuestra tierra, ella misma los ha puesto en nuestras manos... ahí están.

Recojamos, señores, con veneración, ese patrio tesoro de las manos de nuestros hermanos; llevémoslo en triunfo á nuestra gran caja de caudales: á nuestro panteón nacional. No es necesario que separemos la bandera argentina, para colocar sobre ese féretro la oriental; no es la primera vez, ni puede ser la última, en que esos símbolos sagrados y soberanos se han estrechado en los momentos de gloria y de esperanza; recojamos á nuestro muerto reivindicado; vamos á darle tierra uruguaya en que descanse... pero démosle ante todo, señores, démosle corazón uruguayo en que palpite.

Y bien pueden dárselo todos los orientales, señores; bien ha podido imprimirse, como se ha impreso, á esta repatriación, todo el carácter de una apoteosis nacional.

Esa figura, esa forma melodiosa que había pasado del olvido, y aun de la reprobación de muchos, á la glorificación de todos con sólo morir; ese hombre cuyo espíritu fué tan discutido en vida, y cuyo cuerpo fué tan reclamado en muerte por personalidades discrepantes entre sí, debía tener un rasgo propio, común á todas ellas, superior á todas ellas, y de una energía tal, que se sobrepusiese á todos los otros rasgos que pudieran enajenarle voluntades ó proyectar sombras sobre su memoria. Dejaría de ser hombre superior si no hubiera sido objeto de contradicción: sólo los grandes corazones tienen derecho á los grandes infortunios; dejaría de ser montaña, si no tuviera sombras, ó si no las proyectase al recibir el sol de la inmortalidad sobre el hielo de su frente.

Ahora bien, señores; creo que mi misión en este momento consiste en descubrir, en la figura histórica de Juan Carlos Gómez, ese rasgo predominante é imperioso que distingue á los elegidos. Yo lo he visto, yo lo veo con inconfundible intensidad; y yo os lo presentaría en forma capaz de haceros palpitar de respeto, y aun de amor, si yo fuera dueño de esas palabras que se estremecen, que son sustancia musical en sí mismas, que brotan de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y son la irradiación de su intensa claridad; yo os presentaría á Juan Carlos Gómez, tal cual se me ha aparecido al evocar su espíritu para animar con él esos despojos, como la encarnación del caballero de una idea, como el tipo del prócer honesto, del prócer honrado, que, enamorado de una estrella intangible que vió brillar á lo lejos en los albores grises de nuestra tempestuosa infancia política, caminó con los ojos fijos en ella, siempre empapados en su temblorosa claridad, y sin mirar muchas veces la senda que pisaba, y en la que tropezaban y se desgarraban y se ensangrentaban sus pies; yo os lo presentaría como el hombre del ideal, de la fe en un principio, en un algo eterno, inmutable, superior á la voluntad del hombre; en un tipo de perfección para la patria, concebido por la razón en forma de idea, visto por la fantasía en forma de imagen, y amado por la voluntad en forma de pasión, y al cual el hombre bueno sacrifica su felicidad, su reposo, su vida, y, lo que es más que la vida, el respeto y la amistad de los contemporáneos.

En esos hombres, señores, se ama sobre todo y se glorifica, no tanto el ideal subjetivo y concreto, del que podemos discrepar, cuanto la sinceridad y la integridad en profesarlo, el valor y la energía en perseguirlo, la grandiosidad en promulgar ese mensaje interior del que el grande hombre se cree depositario, y del que debe dar cuenta á los demás hombres, so pena de traicionar su misión en la tierra, é impulsado por una fuerza ó dinamismo superior á la propia voluntad. Esa es, precisamente, la etimología de la palabra *entusiasmo, en theos*, un Dios interior que nos habita y nos posee, una voz interna que nos ordena, que resuena en nues-

tra cabeza, que esplende en nuestros ojos, que vibra melodiosa en nuestros labios.

Y eso fué Juan Carlos Gómez, señores; un vidente sincero y generoso; el vate, el profeta, el sacerdote ó, como queráis llamarle, de una divinidad entrevista, inmaculada é impecable, que pasó por sus ensueños, que lo ungió en la frente y en la boca, y que le mostraba en el horizonte una patria grande, grande, no tanto por su estructura geográfica ó por sus detalles políticos, que él juzgaba medios y no fines, cuanto porque en ella eran una verdad resplandeciente los dogmas de la revolución de Mayo, la virtud, la justicia, la libertad, la fraternidad, la paz, la felicidad del hombre, en una palabra, que es el verdadero fin de la sociedad civil y política, el verdadero fin de la formación de los distintos estados soberanos.

Podía ser esa, señores, una visión engañosa en alguna de sus sugestiones: lo hubiera sido indudablemente, si ella hubiera llegado á hacer vacilar en su honrado mensajero la fe en la existencia inconmovible de nuestro sagrado Uruguay, de esta patria atlántica subtropical, no antagónica, si bien distinta de otras patrias; pero esa visión era una verdad en su esencia; era la misma que todos amamos al amar la patria intangible y soberana, la misma que hoy vive y vivirá siempre en la plenitud de su ser y de su gloria. Juan Carlos Gómez la vió y la amó; la vió, con su espíritu de artista y de poeta, cual una casta divinidad de líneas puras y rígidas como la diosa griega; sí, era el cuerpo marmóreo de la visión helénica, pero animado por el cálido espíritu de los tiempos modernos: por el alma de una democracia olímpica, en cinta de libertades y de justicias inauditas, de progresos inefables, de fecundas selecciones intelectuales y morales dentro de la más perfecta igualdad civil, madre de pueblos que aniquilan los tiranos sin convertirse ellos mismos en opresores, madre de autoridades constituídas por los más aptos y los más buenos, obedecida sin temor ni humillación por los hombros honrados, temida sólo por los perversos, ungida por el óleo de la voluntad popular, y sostenida por el amor y la gratitud de los pueblos; madre de todos los hombres libres, de todos los pensamientos sinceros, de todos los anhelos y de todas las pasiones generosas.

Juan Carlos Gómez, señores, rindió culto á esa divinidad entrevista, que bajó del cielo á posarse en sus ensueños; el fuego que quemó en sus aras fué la combustión de su propio cerebro privilegiado, de ese cerebro humano que, como la vela al arder, alumbra á la humanidad quemándose, consumiéndose y derramando lágrimas; el holocausto fué su propio corazón siempre lacerado por las congojas de los anhelos y los amores imposibles; los salmos litúrgicos eran aquellas inspiraciones del romanticismo francés, que difundieron por el mundo el ideal melodioso, melodioso como la voz de un niño, las *Meditaciones* de Lamartine, los *Cantos del crepúsculo*, *Las Orientales*, las *Odas y Baladas*, de Víctor Hugo, las *Noches melancólicas* de Alfredo de Musset, y la transfusión de todo eso á nuestra infancia nacional, que templaba las décimas de Echeverría, rimaba las nemorosas despedidas de Balcarce, y dis-

tendía, hasta hacerlos reventar, los nervios de acero de los alejandrinos de Mármol, el poeta de las proféticas imprecaciones.

En aras de esa divinidad inmoló Juan Carlos Gómez su vida entera; levantó esos altares en su tierra, y los perfumó con el incienso de sus primeros cantos; huyó con ellos á Chile, y allí continuó su rito cívico, con la fe del creyente, con el celo del apóstol, con la grandilocuencia del profeta; volvió, con ellos á cuestas, á su patria, al creer que rayaba el día que esperaba, en la aurora de Caseros; y cuando vió que la estrella que lo guiaba estaba lejos, demasiado lejos, y que á veces se perdía, al parecer para siempre, en los horizontes tempestuosos; cuando se convenció de que había nacido él mismo demasiado temprano ó demasiado tarde; cuando creyó á su diosa ofendida por la dureza de los tiempos en que le tocó vivir, se limitó á la misión de desagraviarla, y de ofrecerle, con su culto individual, el incienso expiatorio y propiciatorio de su propio corazón incinerado. Entonces huyó al ostracismo, como huían al desierto los antiguos penitentes; allí vivió pensando en la patria, soñando con la patria, permaneciendo fiel á la patria en que había nacido, á esta patria oriental, señores, que fué siempre el núcleo y habitación de su ensueño generoso; á esta patria oriental á la que nada había pedido, ni siquiera el pan de sus últimos años, y á la que todo lo había dado: su culto, sus congojas, sus esperanzas, los reflejos de su estrella.—En su expatriación lloraba, sentía la soledad, se asfixiaba en el vacío; pero velaba junto al ara, abrazado, atado á ella por su voto silencioso como la muerte. «Si está escrito, decía á uno de sus amigos, que he de terminar mis días sin volverlos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embeleso de mi juventud, y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez...»

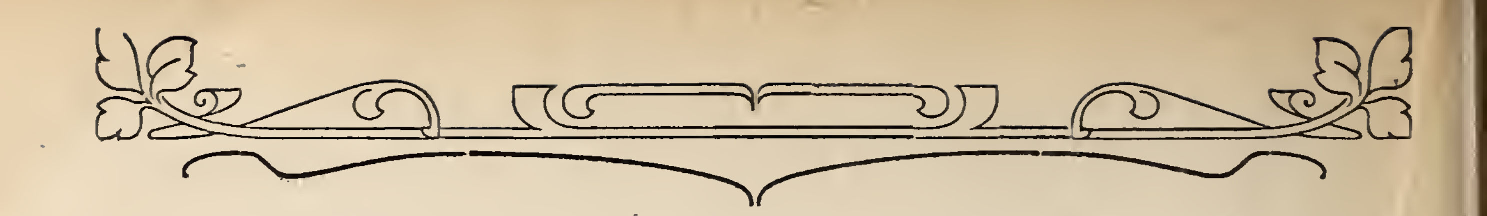
En esa actitud dolorosa, señores, cerró los ojos, y la boca y los oídos, para no volver á abrirlos, el viejo cantor de la libertad, por quien y en quien nuestra patria uruguaya se incorporó con gloria al gran período idealista de la revolución americana; por quien y en quien el nombre de un poeta oriental, de un pensador oriental, de un tribuno oriental figurará, sin ser el segundo, entre los grandes poetas y pensadores y tribunos de ese glorioso período de la historia del continente.

Un escritor argentino nos ha dado un símbolo conmovedor de esas caídas de los seres alados desde las cumbres luminosas. En las costumbres de los gauchos montañeses, dice, existe lo que ellos llaman *remontar el cóndor*. Al cóndor prisionero le vacían los ojos con una punta de hierro ardiente, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en una línea recta, perpendicular al suelo, y vuela, vuela hasta perderse de vista, siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas, siempre derecho, buscando la luz... Y cuando llega á alturas irrespirables, no pudiendo vencer las tinieblas que lo rodean, pliega las alas, baja la cabeza, y se desploma... Va á caer sobre el punto de partida.

Así ha caído, señores, Juan Carlos Gómez, en nuestros brazos, en brazos de todos sus conciudadanos, desde la altura de su ideal. Y es precisamente una gran parte de ese ideal generoso de paz, de fraternidad, de luz celeste, el que hoy realiza el pueblo oriental, al recibir unido, y en forma de apoteosis, ese puñado de polvo sacro. Hemos glorificado hasta ahora, como hemos debido hacerlo, á nuestros guerreros heroicos: hoy abrimos el panteón, para dar entrada en él al héroe del pensamiento; hemos puesto otras veces sobre la urna cineraria de nuestros grandes, la bandera nacional que soportaba el peso de la espada circundada de laureles calcinados por el rayo; hoy, señores, colocamos también sobre ese féretro la bandera, pero sólo para recibir lo que no pesa, porque tiene alas: una pluma, una toga, una lira, una rama de mirto fresca todavía, resonante todavía de los armoniosos acordes del bosque sagrado de que fué arrancada. Es la segunda grada en la escala ascendente del culto de los héroes.

Vamos, señores, vamos, no en actitud de duelo, sino á paso de vencedores, á llevar esos despojos al Panteón Nacional, cuyas puertas están abiertas ya; vamos á dar tierra oriental á este muerto cristiano, que ha dormido en paz en la piadosa tierra argentina. Él casi no sentirá el cambio de almohada, y seguirá dormido en su aureola, esperando la resurrección de su carne, á la luz de nuestras lámparas, encendidas y alimentadas por la gratitud nacional: los mismos árboles arrullarán su sueño con la canción materna de sus hojas suplicantes; el mismo paterno rio hará sonar en la cercana playa el monólogo eterno de sus olas; las mismas palabras ó las mismas plegarias de pasantes silenciosos ó de cortejos enlutados, interrumpirán de vez en cuando aquel silencio sepulcral. Y si bien sentirá, señores, en la misma naturaleza de la tierra en que repose, la razón de por qué tienen que formarse muchas veces dos patrias allí donde puede decirse que no existe sino una alma sola, también ha de sentir en eso, una nota del misterio de la universal armonía, según la cual esa formación de las patrias diferentes, lejos de obstar á la felicidad de los humanos, es el gran agente providencial de la fraternidad de los hombres y de los pueblos; santa fraternidad de que ese glorioso pensador dormido fué el sacerdote incorruptible, el apóstol abnegado, la víctima propiciatoria.





BARTOLOMÉ MITRE

Discurso pronunciado en representación del Gobierno Oriental, en el vestíbulo de la Casa de Gobierno de Buenos Aires, con ocasión del entierro de Mitre—21 de Enero de 1906.

SUMARIO: El pueblo oriental al argentino.—La trayectoria del astro.—Lo que se ve en Mitre.—La formación de los pueblos.—El período caótico.—El pensamiento creador.—Es más difícil ser grande que ser sublime.—Mitre fué grande.—Fué un prócer oriental.—Cagancha, Montevideo y el Paraguay.—El 25 de Mayo de 1910.

Señores:

Me siento sorprendido y presa de una impresión que se parece al pánico, al hallarme casi repentinamente en esta cumbre sacra. Esta tribuna y este momento son una cumbre. He sido transportado á ella por un espíritu imperioso, por el del Uruguay, mi patria, que me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese sepulcro grande que están abriendo tus hermanos al otro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; pon tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en este instante en que se dice que ha muerto Mitre; percibe bien su latídos; dá á tu espíritu la predisposición melodiosa de las triunfales elegías, y ve á llevar al pueblo argentino el abrazo de su hermano el oriental; ve á llorar con él sobre la tumba del prócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de abrazo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores enlutados; pero ante todo y más que todo, que ella tenga resonantes vibraciones de triunfo, que en esa tumba es ya de día; la aurora del sábado la circunda; todo en ella resucita de entre los muertos.

Señores:

Hablo en nombre del pueblo oriental, en nombre de su Gobierno: obedeciendo al mandato, he sentido palpitar el corazón de aquel pueblo, y os traigo el tributo más entrañable de duelo que un hermano puede enviar á su hermano en sus horas de consternación y de congoja; el homenaje de respeto y de admiración más profundo que un pueblo puede tributar á otro pueblo, en las horas silenciosas de las memorias que consuelan.

El Gobierno y el pueblo orientales se han dado cuenta de que no se presentará una ocasión más propicia de confirmar su fraternal amor á la República Argentina que este momento solemne en que va á aumentar su tesoro de sepulcros con un sepulcro nuevo, tan grande, tan venerando, como el más grande, el más venerando y más glorioso de los que forman el suntuoso patrimonio acumulado por la nación argentina, y aún por la América toda, en el siglo pasado, en ese siglo de tempestades caóticas, de sombras y de meteoros luminosos en que fueron forjadas nuestras patrias americanas en las fraguas de la gran revolución, y que forma la edad heroica de nuestro mundo americano.

¿Cómo seguir, señores, la trayectoria del astro que acaba de ponerse en esa tumba? ¿Cómo encontrar algunas de esas palabras habitadas y encendidas de vida que emergen de las profundidades del alma con su resplandor, y por medio de las cuales pudiera deciros lo que ha visto, lo que ve mi patria en ese muerto que llevamos al sepulcro, para llorarlo como con vosotros lo llora, para aclamarlo como con vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan amplio espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en la oscuridad de ese su aparente sueño, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa; pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes, fuerzas latentes, atracciones recónditas, que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin los cuales no se concibe su formación. Los pueblos como los astros, vosotros lo sabéis, señores, se conglomeran en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica; estalla el rayo desgarrando las tinieblas sin orillas; se derraman los océanos atmosféricos sobre la masa incandescente del astro, que arroja de nuevo, una y mil veces, los diluvios hirvientes al espacio; se hunden los mares y se levantan las montañas en convulsiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas del abismo, según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad creadora, que concilian lo inconciliable, separan la luz de las tinieblas, hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, el que reguló en gran parte la conglomeración de vuestra tierra, se encendió en el cerebro ya apagado de ese muerto ; él fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los elementos igneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina definitivamente constituída ; la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes ; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo, en medio de las tormentas de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro, brillar otras como una aurora. Lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular ; pero siempre se le ha visto con el sello inconfundible del enviado ó del profeta sobre la frente, siempre se ha percibido en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella interior, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde, á la luz de las fraguas, forjaban los hercúleos forjadores de patrias el escudo y el casco de oro cincelado de que debía brotar armada la República Argentina, al aparecer, vencedora de los extraños primero, vencedora de sí misma después, y ya definitivamente organizada, en el concierto universal de la democracia triunfante.

Es más difícil ser grande que ser sublime ; es más fácil abnegarse que poseerse ; Mitre ha sido grande ; Mitre fué un dueño de sí mismo. No ha sido un desentono genial ; ha sido una ponderación persistente y perdurable, un equilibrio maravilloso... ha sido una armonía pensativa. Mitre ha sido grande ; grande por lo que hizo, grande por lo que pensó, grande por lo que habló, grande también, más grande todavía por lo que calló, cuando debió rendir culto abnegado al más desconocido de los dioses : al severo dios silencio. Los conquistadores vulgares, y aun los muy grandes muchas veces, necesitan de testigos ; de ahí que las conquistas sobre nosotros mismos sean las más difíciles, las más escasas. Mitre fué un conquistador en el silencio de sí mismo, un dominador de su propio corazón.

Ese hombre que ahí reposa, señores, fué un grande hombre ; pero fué más que eso : fué un hombre de bien, un hombre bueno. Como gobernante, fué integérrimo y puro ; como ciudadano, abnegado y austero ; como soldado... oh como soldado, yo no buscaré la fórmula que lo defina, por que tengo en la memoria la frase de piedra que emplea Southey para esculpir la figura de Wellington soldado : « Sus campañas, santificadas por su propia causa, no fueron manchadas ni por la crueldad ni por el crímen ; su carro triunfal no fué seguido de maldiciones; á sus laureles se entrelazaban los amarantos de la equidad y, en su lecho de muerte, ha podido recordar sus victorias entre sus buenas acciones. »

Eso fué el soldado de Pavón ; eso el del Paraguay ; eso el de vuestros disturbios intestinos... ¿ No es verdad, señores ? ¡ Oh, el bravo soldado, el buen soldado, el soldado bueno !

. . . .

La República Oriental y la Argentina, señores, se desprendieron juntas de la misma nebulosa generatriz; sus historias se compenetran y confunden á cada paso; no en balde hemos sentido allí que un sol se ponía, que una grande obscuridad se difundía en nuestros horizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron á la luz. Mitre es también un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne todas las grandes efemérides de vuestro marmóreo muerto: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo debo recordar concretamente las efemérides que vinculan á este sepulcro el amor y la gratitud de aquella patria; aquellas cifras que revelan también que Mitre nos amó... porque no podía menos de amarnos, porque en aquella patria estaban los recuerdos de sus primeros ensueños, los vestigios de sus primeras glorias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos en pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro dolor, dejadme, señores, que, en la misma representación, comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales; que fué en Montevideo donde el joven predestinado á tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandí, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalla, vió por vez primera clavados en él los ojos encendidos de la gloria, y sintió por primera vez sobre su frente núbil el igneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó á almenar la democracia ríoplatense; donde se incorporó á la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica; donde, al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y á la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló á la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores á la voluntad de los hombres, que rigen y determinan la marcha de la humanidad, llevaron á la guerra titánica á cuatro pueblos hermanos, igualmente heróicos, que hoy se estrechan y lloran, en un duelo común, sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos que ya no ven hubieran visto la aurora del 25 de mayo de 1910?

No puede ser... no pudo ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. Nó. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación

hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en el día de la resurrección, cuando, al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos á esta cuna de la libertad de América á golpear en los sepulcros...

¡Os, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su tumba, después de besarlo en la cicatriz de la frente!... Vámonos; dejémoslo en su paz, en su solitaria región...

¿No veís, señores, que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavía, al despertar á sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar á su lado el gran sepulcro de Mitre?





Mr. ELIHU ROOT

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en el Ateneo de Montevideo á Mister Elíhu Root, Ministro de Estado de los Estados Unidos. 12 de Agousto de 1906.

SUMARIO: El discurso de M.r Root en el Congreso Panamericano de Río Janeiro.—El ideal americano.—La sociedad internacional.—Su fin como el de la sociedad civil, es la conservación y desarrollo de las personas que la componen.—La democracia internacional.—Ley de armonía.

Señor ministro:

Señora:

Antes de levantarnos de la mesa, tengo el grato encargo de deciros algunas palabras en que se refleje y perdure el sentimiento que nos ha hecho desear partir con vosotros el pan uruguayo, y beber en vuestra compañía el vino que alegra el corazón del hombre, según la expresión del libro santo.

Sí, señor Root: nos sentimos alegres y felices de veros entre nosotros; quisiéramos que esta comida, en que, como lo véis, un grupo representativo de damas de la sociedad de Montevideo rodea y agasaja á vuestra dignísima esposa y á vuestra hija, fuera símbolo del testimonio de más intenso afecto que puede darse á un huésped bienvenido: el de abriros la puerta de nuestra casa; el de introduciros al afecto de nuestro hogar.

Y si nos sentimos alegres, no es sólo porque tenemos el honor de conocer en vos al caballero y al prócer ilustre que es gloria entre las glorias de nuestra América, sino porque... debo seros muy franco en este momento... porque estamos persuadidos de que esta

vuestra visita redundará en honor, y también en ventaja, de lo que nos es más caro, de lo que amamos sobre todos los amores de la tierra: de esta nuestra buena patria uruguaya, de esta nuestra madre soberana, que es dueña de nuestra vida, y á la que no podemos menos de creer, so pena de dejar de ser sus hijos, la más hermosa, la más grande, la más amable de las madres, como vos pensáis de la vuestra, como vos sentís de vuestra excelsa patria americana.

Nosotros, llevados acaso de una ingenua ilusión filial, estamos persuadidos de que conocer á nuestro Uruguay es amarlo. Y por eso hemos deseado que lo conociérais; por eso acariciamos la esperanza de que, cuando en el seno de vuestra patria, evoquéis el cúmulo de recuerdos de éste vuestro viaje al través de América, brotará amable y transparente el de este pueblo que ha sido el primero en estrecharos la mano al pisar por vez primera el suelo de una república de América sub tropical, y que os ofrece su pan y bebe con vosotros el vino de la amistad, en un transporte sincero de perdurable simpatía.

Nosotros hemos creído veros besar respetuosamente la frente de nuestra madre, señor Root, cuando, en un momento que debe considerarse histórico, definísteis, en el Congreso Pan-Americano de Río Janeiro, el objeto y el carácter de vuestra visita á las repúblicas ibero-americanas, á estas hijas predilectas de la democracia, que van trepando más ó menos lentamente, pero sin volver un paso atrás, la abrupta montaña en cuya cumbre las espera el ideal: el gobierno propio, la libertad en el orden, el reinado de la justicia y de la paz internas, que son el fundamento y la verdadera garantía del reinado á que aspiramos de la paz y la justicia internacionales.

No hay duda de que dijísteis la verdad en vuestro memorable discurso de Río Janeiro; vuestras palabras parecen piedras angulares. Los estados soberanos no son entidades meramente coexistentes sobre la faz de la tierra; son miembros de un gran organismo palpitante; son personas colectivas que, obedeciendo á la misma ley natural que agrupa á las personas físicas en sociedad civil y política, se agrupan también instintivamente para formar el cuerpo, la vida, el pensamiento del mundo internacional. Pero así como la vida social, lejos de menoscabar los atributos esenciales de la sagrada persona humana, constituye el medio ambiente necesario á la vida, al desarrollo y á la consecución del destino inalienable del hombre, así esa gran sociedad de las naciones, cuya definitiva constitución en América es el anhelo del congreso que ahora celebramos en Río Janeiro, debe tener, como base inquebrantable y como objeto esencial, la vida, el honor, la prosperidad, la gloria, de todos y cada uno de los estados soberanos que la forman.

Habéis proclamado la democracia como el lazo más poderoso que vincula las repúblicas de América. Sí, es verdad; la democracia es nuestra madre común. Pero, la democracia no es otra cosa que la igualdad de los hombres ante el derecho; es, por consiguiente, ante todo, la reivindicadora triunfante del derecho de

los débiles en sus relaciones con los fuertes. Y por eso, señor Root, al pronunciar ese nombre de nuestra madre común, sólo lo hicísteis para proclamar, como el ideal americano en las relaciones de los estados, el mismo nobilísimo principio que rige las relaciones de los hombres libres, y que es el sér de nuestro sér; habéis proclamado, pues, una especie de democracia internacional americana, en cuyo seno todas las personas deben ser personas, con plena conciencia de sí mismas, con destino propio y no supeditado al destino de los demás, con medios morales y materiales para cumplir ese destino, con libertad, con dignidad, con todos los atributos que caracterizan y ennoblecen la persona, y la distinguen de los séres inferiores.

Para levantar el nivel moral de esa gran democracia internacional que habéis proclamado, y de que nuestra América debe ser el arquetipo, no hay sino un solo medio; levantar el nivel de todas y cada una de las unidades que la forman; vigorizar, en todas y cada una de ellas, la conciencia y la altivez de su propio destino, el amor inquebrantable á la noción impersonal de patria la convicción profunda de que, en la esfera de los pueblos, como en la de los orbes, no hay astro, por ponderoso que sea, que pueda perturbar la gravitación de los astros; porque sobre el conjunto de los mundos, está la ley inmutable que los rige, y sobre esa misma ley, la voluntad soberana del Supremo Legislador de los orbes y de las almas y de los pueblos.

Esa ha sido la resonancia en mi espíritu de lo que dijísteis en Río Janeiro, y de lo que estáis ratificando entre nosotros. Vuestras palabras han sido grandes y han sido buenas, porque fueron vuestras, sin duda alguna; pero lo han sido, sobre todo, porque fueron armoniosas, porque se ajustaron al diapasón del ideal de justicia en pos del cual camina lentamente la humanidad; á ese solemne diapasón colgado entre el cielo y la tierra, que da el tono de vez en cuando á los hombres y á los pueblos y á los mundos, para que no se aparten de la universal armonía.

Vuestras palabras han repercutido como voz amiga en el fondo del alma de este pueblo, que os ha aclamado sin reservas porque os ha comprendido. Y por eso, porque he creído interpretar toda la generosa intensidad de vuestra actitud y de vuestros discursos, no me he apresurado á deciros en este momento, como hubiera parecido natural, cuánto amamos, cuánto admiramos en el Uruguay á vuestra admirable patria americana, cuyas estrellas fulguran acaso sin precedentes en el cielo de la historia humana, sino cuánto respetamos, con cuánta pasión amamos á esta nuestra buena patria uruguaya, cuyo sol es una estrella también; cuánto nos alegramos de verla honrada con vuestra visita, y cómo acariciamos la esperanza de que llevaréis de nosotros el recuerdo de un pueblo sinceramente amigo, muy consciente de sus propios destinos, muy convencido de sus derechos y también de sus deberes, muy ajustado, en una palabra, á esa grande armonía de los estados soberanos que mútuamente se respetan y se aman, y que

habéis proclamado, en nombre de vuestra patria, como el supremo ideal de nuestra libre América.

Señoras: señores: Llenemos nuestros vasos del vino más generoso, del que más alegra y más conforta el corazón del hombre, del vino de la esperanza, y bebamos á la salud de nuestro ilustre huésped mensajero, que es aquí la inteligencia, el pensamiento; á la de su esposa y de su hija, que son el símbolo amable del corazón; al mayor fulgor de las estrellas de su patria, nuestra gloriosa amiga; á la realización, en el continente americano y en el mundo, de sus generosos ideales de paz, de fraternidad y de justicia.



ÍNDICE

